PATRICK DEVILLE

Taba-Taba

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

TABA-TABA

PATRICK DEVILLE

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Taba-Taba

Edición en formato digital: octubre de 2021

© imagen de cubierta, «Stilleben», Friedrich Meckseper, 1966 © Friedrich Meckseper, VEGAP, Barcelona, 2021

© de la traducción, José Manuel Fajardo, 2021

© Éditions du Seuil, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4336-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Lo único que no cambia es que siempre parece que «algo ha cambiado en Francia».

PROUST,
A la sombra de las muchachas en flor

UNA PUERTA MONUMENTAL

Justo en el extremo del estuario del Loira, en el centro de las tierras emergidas del hemisferio norte, una puerta de piedra levanta frente al río su modesto arco y su verja de dos hojas. De monumental no tiene más que el nombre. Hacía falta que hubiera un monumento en el Lazareto y le tocó serlo a ella, que no se abre a nada, visible desde lejos para los navíos a la entrada del canal, del mismo color gris y verde que las aguas dulces y saladas que se mezclan a sus pies.

Sus barrotes metálicos dejan un espacio por el que me cuelo de perfil todas las mañanas para bajar a la playa y agacharme como un gigante junto a los pocillos de agua que la marea deja en los huecos de las piedras. Entre mis sandalias, cada uno de esos charcos es un reducido mar interior con sus acantilados y con su vegetación de algas flotantes que hay que apartar como una cabellera para hacer salir a los cangrejos resabiados y seguir en su pánico a las gambas transparentes y, a veces, a las angulas o a los alevines de mújol. En 1965 abandoné todas esas historias naturales, cuando se decidió que ocho años en un hospital psiquiátrico eran ya bastantes para mí, incluso teniendo la posibilidad que me ofrecían mis hombros de golondrina de deslizarme tan rápido fuera de la jaula.

Yo nunca había empleado hasta entonces la palabra loco ni la palabra estuario. Ignoraba todavía que la palabra lazareto podía escribirse con minúscula y que era un nombre común. Viven en el Lazareto, decían los chavales de Mindin, hijos de pescadores, haciéndose los duros. Donde los locos. Yo me encogía de hombros y no intentaba dar explicaciones sobre la dicha de vivir en el Lazareto, al que regresaba volando. En su interior, para designar a los dementes que nos rodeaban usábamos la palabra Pensionados.

Así, el mundo, esa quincena de hectáreas a orillas del río, inaccesible, aislada por un camino de ronda y por una tapia ininterrumpida que lo rodeaba, se dividía en Pensionados y Personal, categorías más porosas de lo que cabría suponer, pues muchos de los enfermos menos afectados, los simples de espíritu o los tontos del pueblo depositados allá por obra del éxodo rural, trabajaban también en el Jardín o en la Carpintería, en la Pintura, en el Lavadero o en la

Cocina…; el Lazareto estaba lleno de mayúsculas. Por ello les correspondía un estipendio a final de mes, que les era lícito despilfarrar en la Cafetería, con triunfales rondas de refrescos Pschitt de naranja o Vérigoud de limón, o en la compra de peines de celulosa o de tarjetas postales jamás enviadas.

Yo solía fijarme en ciertos psicópatas perturbados, los que tenían el rostro lívido, la boca abierta, la mirada vuelta hacia el centro de sus propios cerebros y enigmas, que llevaban cascos de cuero marrón, pero los demás deambulaban vestidos de azul por la arena de los paseos bajo los pinos, con maneras pensativas de filósofos antiguos o de zánganos, sentándose en los bancos para charlar o visitándose de pabellón en pabellón al final de la tarde. Entre estos se contaban mis grandes camaradas.

Uno de ellos en especial, un solitario melancólico conocido únicamente por el apodo de Taba-Taba, podía pasarse horas, si el tiempo lo permitía, sentado en los escalones de la puerta monumental, balanceando lentamente el torso hacia delante y hacia atrás frente a las aguas grises y verdes, y salmodiando Taba-Taba-Taba / Taba-Taba-Taba, con una perfecta cesura de verso alejandrino francés en el medio, con el torso en la posición más baja al final del primer hemistiquio y levantándose luego mientras pronunciaba el segundo, sin que pareciera que, con esa letanía, lo que estuviera echando en falta fuera el tabaco. Porque eso sucedía unos cuarenta años antes de que Correos eliminara el pitillo de Malraux en sus sellos. La administración hospitalaria, todavía poco sensible al tabaquismo en general y confrontada a problemas de otra gravedad, hacía distribuir entre los pensionados paquetes de cigarrillos Gauloises Troupes, los cuales salían de las partidas de tabaco de segunda categoría que la empresa Seita producía entonces para los soldados de segunda clase del matadero argelino. También se podían comprar en la Cafetería.

Lo que Taba-Taba parecía estar invocando, confusa y obstinadamente, era sin embargo otra cosa, más grande y más misteriosa, allí sentado sobre los escalones de la puerta monumental, con los cabellos al viento y su hermosa jeta de poeta o de profeta desquiciado alzada frente al río.

UNA DÁRSENA DE CUARENTENA

Ninguno de los locos que yo frecuenté durante esos ocho años -aunque ocho años en la infancia son un siglo entero- se tomaba por Cristo o por Napoleón, cuyo sobrino había sido sin embargo el fundador de nuestro Lazareto, al firmar el siguiente decreto imperial el 21 de mayo de 1862:

> Napoleón, Emperador de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional,
>
> A todos los presentes y futuros, Salud.
>
> Tras el informe de nuestro ministro secretario de Estado del Departamento de Agricultura, Comercio y Obras Públicas:
>
> Visto el dictamen conjunto del doctor Mélier, inspector general de los servicios sanitarios, y del señor Isabelle, arquitecto del gobierno, sobre las obras de construcción a ejecutar para la edificación de un lazareto en la punta de Mindin, en la orilla izquierda del Loira…

La misión preparatoria había emprendido sus trabajos en 1860, el año en que Louis Pasteur refutó la tesis de la generación espontánea e inventó la bacteriología. Un año más tarde, una epidemia de fiebre amarilla arrasó la ribera del estuario. Se excavó entonces una dársena de cuarentena en medio de los prados salados, destinada a acoger a las embarcaciones infestadas, o sospechosas de estarlo, antes de que atracaran en los puertos de Paimbœuf y de Nantes. Esa dársena debía ser lo bastante profunda para permitir que anclaran en ella los navíos de tres palos que regresaban del Caribe cargados de coco, caña de azúcar, crustáceos y, por supuesto, de loros, y tener la suficiente amplitud para poder desembarcar a las tripulaciones y a unos pasajeros que uno se imagina de traje blanco y sombrero para protegerse del sol, con las manos agitadas por los temblores y un pañuelo en los labios, sentados aparte sobre toneles de ron tumbados. El lugar sería destinado también a acoger al cuerpo expedicionario del general Bazaine, que iba a instalar a Maximiliano y a su esposa Carlota en el trono de México.

Según los planos originales que he podido consultar, al oeste de la

dársena se alzaban la enfermería y el servicio de desinfección, luego había un vasto espacio libre para el campamento de los marineros, la casa del capitán, un lavadero, un refectorio y, más al oeste todavía, en medio de un perímetro rodeado de muros, el lazareto propiamente dicho, el lazareto del Lazareto, algo así como el calabozo de una prisión, el tabernáculo de un altar o la jaula para locos de un hospital psiquiátrico. Allí debían ser encerrados los contagiosos, que resultaban doblemente encerrados puesto que el conjunto del establecimiento, sus ocho hectáreas originales, estaba ya protegido por un alto muro reforzado, a lo largo de sus tres lados terrestres, y por un camino de ronda sin salida. Los únicos accesos estaban al norte: río arriba y frente a la dársena de cuarentena, se hallaba el canal de entrada de los navíos, y aguas abajo, la puerta monumental, que daba a unos cuantos metros de arena durante la marea alta y a una quincena de metros de cieno en la marea baja, puerta que estaba previsto que no se abriera más que para evacuar sobre la orilla los cadáveres contaminados, que serían enterrados en la isla de Saint-Nicolas-des-Défunts, en medio del río. Aquel arco de triunfo no vería desfilar más que a vencidos, y en posición horizontal.

La etimología de lazareto -contrariamente a lo que quizá pueda pretender algún médico haciéndose el chistoso mientras cierra con doble llave la puerta a tus espaldas- es ajena a la resurrección de Lázaro. La palabra es el resultado de una contaminación del habla veneciana, entre las palabras Lazaretto y Nazaretto, al referirse al primer establecimiento de confinamiento de apestados en el islote de Santa Maria di Nazareth, en medio de la laguna véneta. También es ajena a ese Nazarius, ciudadano romano canonizado, a propósito del cual Gregorio de Tours escribía en el siglo VI que se pueden ver «las reliquias de san Nazario en la diócesis de Nantes, en un burgo a orilla del Loira». Sin embargo, en el mismo momento en que por orden del emperador se excavaba en la margen izquierda del estuario la dársena de cuarentena de Mindin, se estaba abriendo en la otra orilla la dársena de flotación de Penhouët. Y san Nazario resucitó: el escocés John Scott instaló allí sus astilleros navales por invitación de los hermanos Pereire y de los sansimonianos, lanzando la construcción de navíos de casco de hierro. La mano de obra afluía. La *Revue des Deux Mondes* daba cuenta en 1858 de esa avalancha hacia el oeste:

> Si uno quiere hacerse una idea de la manera incoherente y brusca con la que se puede levantar en pocos meses una ciudad californiana, puede irse a Saint-Nazaire a contemplar ese mismo espectáculo. Hoy día, Saint-Nazaire es una aglomeración de inmigrantes que crece a ojos vistas. Allí se trazan inmensas calles y por todos lados se levantan, como al azar,

construcciones de toda clase, desde casas parisinas con puerta cochera hasta tabernas de marineros. Por lo demás, no hay red de vías públicas organizada, ni fuentes, ni policía. Hace dos años, Saint-Nazaire era un pueblo, hoy es una ciudad.

En ese año de 1858 nace en El Cairo la pequeña Eugénie-Joséphine, sin la cual yo no habría conocido el Lazareto. A la edad de cuatro años, esa niñita vestida de blanco y bordados contempla cómo las grandes olas esmeraldas traslúcidas, de un amarillo dorado en sus corazones vidriosos y rematadas por alambradas de espuma, ondulan bajo el sol. El barco cubre la ruta hasta el puerto de Marsella. Siete días, con escala en Malta. Ella abandona para siempre su Egipto natal y, en medio de la alegría del viaje y ajena por completo a las batallas, ignora que al hacerlo está desandando un camino deslizándose sobre esqueletos y ahogados.

En ese mismo año de 1862, el de su llegada a Francia y la fundación del Lazareto, el primer paquebote transatlántico construido en Francia, el *Impératrice-Eugénie*, se halla en dique seco en Penhouët. Saint-Nazaire se convierte en el puerto de embarque de la línea regular a Cuba y a México. Allí se descarga la hulla importada de Cardiff, y la cosa queda clara: la margen norte del río será marítima e industriosa, la sur, balnearia y ociosa. Todo separará a las dos orillas. El estuario es una frontera cuyas aguas turbulentas espumean con cada marea.

Al sur, por una de esas bromas que el viejo océano se complace en gastar a los geógrafos, Saint-Brévin había ido recibiendo del mar durante un siglo centenares de hectáreas de tierras de aluvión, aumentando con ese depósito arenoso el territorio nacional, y los discípulos de Brémontier, el creador del bosque de las Landas, emprendieron en 1860 la empresa de intentar fijar el terreno mediante la plantación de un pinar, con el fin de que las olas y las corrientes marinas no fueran a llevarse de nuevo lo que allí habían dejado olvidado. Se edificaron villas de arquitectura vasca o normanda, se hicieron parques, jardines, y muy pronto se abrió un casino, allí se cultivaron orquídeas, se plantaron mimosas y esquejes de rosal. La estación balnearia de L'Océan fue creada en 1882 y el pueblo de Saint-Brévin recibió en 1900 el permiso del Estado para llamarse Saint-Brévin-les-Pins. El año anterior, por falta de bacilos y virus tropicales en cantidad suficiente, el lazareto para marinos infectados había cerrado el negocio. Adrien Proust, padre de Marcel, comandaba entonces en Francia la lucha contra la peste y el cólera. Y concentraba los esfuerzos de su cordón sanitario en la costa mediterránea, que era la más amenazada.

Transformado durante la Gran Guerra en hospital para «peludos»,

como se llamaba a los soldados de infantería, el antiguo lazareto acogió tras el Armisticio a «niños de ambos sexos para los que esté recomendado un aire marino mitigado, mejor que un clima marítimo demasiado fuerte». Fue rebautizado como Casa Departamental de Convalecencia y Reposo de Mindin, denominación demasiado larga para los brevinenses, que, unas décadas más tarde y convertido ya en un establecimiento de asilo de enajenados, continuaban lógicamente llamando Lazareto al Lazareto puesto que había sido un lazareto.

Aquel entusiasmo de entreguerras por los baños de mar, por el sol y por la salud de los niños después de tanto lodo y tantas alambradas y tantos pulmones quemados, fue cantado por el doctor Dardelin, médico jefe del Lazareto, en un opúsculo publicado en 1931 por la editorial La Vague, en Pornic. En él se leen persuasivos textos sobre climatoterapia, talasoterapia y helioterapia, mezclados con amplias consideraciones geopolíticas y natalistas:

> Se nos acaba de decir que hay que cambiar la antigua divisa *Si vis pacem para bellum* por la nueva *Si vis pacem para pacem*. Pero eso no son más que palabras contra palabras. Habría sido necesario explicar cómo hacerlo: *Generando pueros*. Frente a una Alemania rencorosa, ante una Italia agresiva, las mujeres de Saint-Brévin deben saber que el único modo de no acabar llorando al pie de un nuevo Monumento a los Muertos de la Guerra es este: hacer niños.

Aquel latinista sin hijos tenía respuesta para todo. ¿47º15’ de latitud norte, la misma que Terranova y Saint-Laurent, no es un poco septentrional para la balneoterapia? No, zanja él, porque a 2º10’ de longitud oeste está exactamente el punto de llegada de la corriente del Golfo:

Las aguas dulces y cálidas de la cuenca ecuatorial amazónica, tras ser arrojadas al océano al sur de la Guyana, suben hacia el noroeste junto a la costa guyanesa. Alcanzan el máximo calor en esa auténtica caldera tropical que es el golfo de México y atraviesan a continuación el Atlántico dirigiéndose hacia el nordeste. Ese gigantesco río de agua caliente está todavía a veintiséis grados de temperatura a la altura de los 40º de latitud norte, allí donde con frecuencia la temperatura del aire es de cero grados. A la corriente del Golfo se debe la característica suavidad de la temperatura en las playas del océano. Y determina en ellas una línea isotérmica de +7º en enero, paralela a la costa. Saint-Brévin se encuentra sobre esa línea.

Añadiendo a las isotermas sus anotaciones sobre la atmósfera -«Además del ozono marino, Saint-Brévin posee en abundancia el que

proviene de la oxidación de la trementina de sus bosques de pinos»-, el doctor Dardelin deducía de ello sus propiedades terapéuticas:

> Los niños obtendrán grandes beneficios de su estancia en Saint-Brévin. Si están sanos y con buena salud, aumentarán todavía más su capacidad de defensa frente a la enfermedad. Si están débiles o convalecientes, recuperarán pronto una salud normal. Los adenopáticos, en particular, si practican bien su gimnasia respiratoria, verán dilatarse sus fosas nasales y no tendrán necesidad de abrir la boca más que para comer, hablar o gritar. La tos debida a los ganglios traqueo-bronquiales desaparecerá. Hasta los cuatro años, el esqueleto de los raquíticos se enderezará sin aparatos. Las inflamaciones de amígdalas disminuirán. La hipotonía muscular se transformará en vigor; la palidez, en vivos colores…

Yo no conocí al doctor Dardelin. Tuvo un accidente al volante de su automóvil en 1943 al embarcar en el lanchón de Pellerin, y se ahogó en el Loira. E imagino las miradas suspicaces que su viuda, enfermera del Lazareto, debía dirigirme cuando se cruzaba por casualidad en los paseos con mi tez de aspirina y mi musculatura de mosquito. Aquella mujer desabrida, que conservó después de la Liberación su uniforme de la Cruz Roja, con la banda blanca ceñida a la frente y la larga capa azul marina, quizá pensaba entonces, asintiendo con la cabeza, en su difunto marido, y se preguntaba cómo cuadraba con los cálculos de líneas isotérmicas y con la oxidación de la trementina el hecho de que un niño, que ni siquiera estaba hospitalizado y que habitaba desde su nacimiento en la vivienda del personal junto a la puerta monumental del Lazareto, pudiera ser tan insensible a los efectos hipertónicos y dardelianos de la geografía marina. Ella ignoraba que por dentro yo era el Caballero Negro.

Eso sucedía después de que el Lazareto, bombardeado, evacuado, transformado en campo de prisioneros de guerra alemanes y devuelto a principios de los años cincuenta a su uso médico, hubiera sustituido su sueño de falansterio de la puericultura por la realidad de la psiquiatría pura y dura. En lugar de a niños sanos con mejillas coloradas haciendo gimnasia entre el perfume balsámico de los pinos marítimos y la polvareda de la rubia arena de las dunas, el Lazareto acogía entonces a enfermos mentales cuyos casos parecían desesperados, en especial, aquellos que tenían psicosis con episodios agudos, encefalopatías y secuelas de la enfermedad de West.

Sin embargo, de aquel millar de retardados profundos, solo el amnésico Taba-Taba iba a ser en parte responsable, años más tarde, de mi partida del Lazareto, como lo era de los progresos que yo realizaba

en su compañía, sentado un escalón más abajo que él en la escalera de la puerta monumental, en la sincronización del balanceo de mi busto con el suyo, adelante y atrás, mientras recitaba nuestra letanía: Taba-Taba-Taba / Taba-Taba-Taba. Yo me iba exiliado a L'Océan.

Los archivos del Lazareto han desaparecido. Nunca sabré el nombre de Taba-Taba. También me habría gustado conocer los testimonios de los primeros contagiosos que me precedieron en aquel lugar, prisioneros a los que les estaba prohibido incluso el acceso a la puerta monumental, y que no podían distinguir en el dique seco de la otra orilla al *Impératrice-Eugénie*, en aquel año de 1862 en el que una muchachita de blanco y doble nombre propio de emperatriz, Eugénie-Joséphine, había abandonado Egipto y llegaba a Francia.

¿Les ofrecerían a aquellos reclusos las últimas novedades de las librerías? Victor Hugo publicaba tras su exilio *Los miserables*, Gustave Flaubert, *Salambó*, y Jules Verne, *Cinco semanas en globo*. Se traducía por primera vez *El origen de las especies*, de Charles Darwin. Y ese tal señor Isabelle, arquitecto del gobierno del Segundo Imperio, había venido para asistir a la inauguración de su lazareto y de la puerta monumental, que él había decidido flanquear con dos alas de edificios como dos largos pasillos, destinadas a alojar al cuerpo de guardia, sin poder imaginar que menos de un siglo después un niño crecería en una de esas dos alas, la de la izquierda mirando al río, y también sería encerrado allí, inmóvil a lo largo de días y noches, tumbado de espaldas, con las piernas abiertas de par en par y los mejillones al aire.

UN TEATRO A LA ITALIANA

Qué buen ojo tenía la señora Dardelin, viuda del médico jefe ahogado en el estuario. Ese niño va torcido. A la pata coja. Frunciendo el ceño bajo su cinta blanca, ella lo observa cada mañana: ese niño de tres años cojea por los caminos del Lazareto. Un Quasimodo en miniatura, cuando por dentro es el Caballero Negro. Le responden que es por la arena, por el suelo escurridizo. Ella insiste. Ese niño cojea.

Acabaron preguntando al doctor Cholet, sucesor de Dardelin. Todo el mundo es joven, optimista. Pero la viuda Dardelin es vieja. E insiste. Lo repite. Parece un pato cojo. Va torcido. Se deciden a hacerle unas radiografías. Luxación congénita de una cadera con malformación de la pelvis. La enfermera jefe está exultante. Diagnóstico exacto. El padre, según ella, no es responsable de nada porque nació en 1925 en Saint-Quentin, en el departamento del Aisne, ciudad en la que había nacido también, en 1872, su difunto esposo Henri Dardelin, el cual no habría dejado de consagrarle un opúsculo a la enfermedad si esta hubiera castigado al Aisne. Se informan. La enfermedad es bretona. La joven y afligida madre carga sobre sus frágiles hombros con la asimetría de las patas del niño.

El primer especialista de Nantes al que consultan es categórico: no hay nada que hacer, será cojo, eso es todo. Hay casos peores. A ustedes, que viven en medio de anormales incurables, no hace falta que se lo explique. Los padres palidecen y el niño da vueltas como un idiota por las cuatro esquinas de la consulta. El médico lo observa, y pontifica. Los caminos del Señor son inescrutables. Puede que a estos *untermenschen*, estos seres inferiores a los que deja vivir, Él los ame todavía más que a nosotros.

Décadas después, inclinado sobre la correspondencia de Alexandre Yersin en los archivos del Instituto Pasteur, yo mismo copiaría este largo fragmento de una de las cartas que Pasteur envió a su madre desde Berlín, cuando era un joven estudiante de medicina, en 1885. Le cuenta que ha asistido a «una operación extremadamente interesante que le hicieron a uno de mis pequeños amigos. Tenía una luxación patológica en el fémur, es decir que una de sus piernas era más corta que la otra porque el fémur estaba salido de su articulación en la

cadera. Se le abrió la cadera, se talló con martillo y tijera la cabeza del fémur, luego se separó la pierna del cuerpo más allá del ángulo recto (eso hizo crujir todos los huesos), por fin se llevó la pierna a su posición normal y esta tenía ya la misma longitud que la otra».

Las técnicas quirúrgicas habían progresado un poco desde entonces: Bretonnière, un joven y ambicioso cirujano, quiere lanzarse a la aventura. Se le exime de toda responsabilidad en caso de fracaso, le echa el lazo al niño que camina de lado cual cangrejo y lo mete en un Simca Aronde blanco y rojo, modelo ambulancia. En el bloque operatorio lo anestesia, le sierra la pelvis y le implanta un tope hecho con un pedazo de sus propios huesecitos, lo inmoviliza con las piernas separadas mediante una concha de escayola: dentro de un año romperán ese molde, hasta entonces ahí está, boca arriba. Una tortuga panza arriba.

En el centro exacto del mundo, en el lugar que ocupa el antiguo lazareto del Lazareto, un poco más atrás de la puerta monumental, se alza un teatro de reciente construcción. Está dotado de camerinos, un almacén de decorados y vestuario, maquinaria y torres escénicas, butacas de terciopelo rojo, un bar en el sótano que se abre en el entreacto, una escala debajo del escenario para llegar hasta el agujero del apuntador y un foso para orquesta. El joven padre del niño inmóvil es cantante barítono. Él dirige la compañía Obra Nacional del Teatro del Hospital, financiada por la Academia Ansaldi. Allí se montan comedias, operetas y óperas cómicas, *Los mosqueteros en el convento* de Jules Prével, *El Jorobado*, adaptación de la novela de Paul Féval, *La Arlesiana* de Bizet, *Las campanas de Corneville* de Louis Clairville, cuya gran aria para barítono seguirá cantando el director de escena toda su vida:

> Tres veces he dado la vuelta al mundo
> y los peligros me hacen dichoso;
> amo el cielo cuando está iracundo
> y el mar cuando está furioso.

Clairville y Alphonse Allais habían tenido la idea de aquella bobada en un hotel de Normandía un día de copas. He ahí una Francia que se divierte, que retoza, que canturrea al son de esas músicas vivaces y de la alegría de Offenbach, y que, achampanada, lejos de la melancolía del Romanticismo, recupera la añorada ingenuidad de antes de la guerra, la de los felices años veinte. ¿Los locos internados fueron sensibles a esa frivolidad francesa? Al cuerpo médico aquellos espectáculos le parecían preferibles a los conciertos wagnerianos. El propio Nietzsche había alabado la claridad mediterránea de Bizet y de

La mascota, de Audran, contraponiéndola a la negrura del wagnerismo.

Cual viril que contiene la hostia y la protege, así conservaba el teatro bajo su bóveda en medio del Lazareto un poco de espíritu, de música y de poesía en esa aldea aislada, amputada del mundo con sus dos mil habitantes -mil cuidadores y mil pacientes- y su parque lleno de pinos marítimos y robles verdes, de mimosas y de unas cuantas palmeras que el doctor Dardelin había decidido traer por la calidad de su trementina. El asilo está protegido por altos muros de piedra sobre los que dormitan las lagartas, y vive en autarquía, en una especie de comunismo primitivo o delirio fourierista. Hay un jardín para las flores y las verduras, un criadero para aves y cerdos. El dinero no existe. Uno no escoge lo que come. Cada mediodía se nos entrega la Caja, en la que la Cocina ha dispuesto la comida. Por la tarde, un grueso caballo blanco y gris, enganchado a un volquete, pasa a recoger las basuras.

Todos los gremios están representados: los nombres de los jefes de servicio evocan los créditos de segundo rango del cine francés de la época, Bouteau en la Pintura, Chadeigne en la Peluquería, Mauclair en el Lavadero, Pasquereau en la Cocina, Blanchard en la Carpintería. Este último es también el regidor y decorador jefe del teatro. Como reyes magos, todos desfilan por la cabecera del Caballero Negro, delicado y horizontal. La Carpintería confecciona un carrito que le permita salir a tomar el aire e ir al teatro. En el Garaje se equipa al ingenio con neumáticos y suspensiones. La Carpintería se queja de que se haya encargado en el exterior la confección de la concha de escayola.

Pero a lo largo del día me dejan a solas con el Caballero Negro dentro, la vista en el techo, maquinando los proyectos más oscuros contra los otros, a veces contra la pequeña Redon, que se sienta en la ventana de enfrente y siempre está mirándome de reojo los mejillones: un día me pondré mis pantalones cortos, demasiado anchos para mis patas de palillo, y me largaré. Leo el atlas, paseo mi dedo por él, preparo mis expediciones. Atravesaré a pie el desierto de Tassili, desde Argelia hasta Libia, recorreré los *uadi*[1] secos del desierto de Rub al-Jali, atravesaré las junglas de África, remontaré el río Níger y luego el Mekong. Yo soy el Caballero Negro. Quien se oponga a mi avance será hecho pedazos. Estrangularé con mis propias manos a un cocodrilo, con él me haré zapatos y un cinturón. Lucharé contra diez con una simple navaja. Me rodearán en algún paraje lejano. Los indios me clavarán gritando en un poste. Navegaré por los océanos y bailaré sobre la línea del ecuador. Luego regresaré. Mis padres no habrán envejecido. Seguirán habitando en la puerta monumental. Yo saludaré a Taba-Taba, sentado sobre los escalones. Todavía seguiré llevando

pantalones cortos demasiado anchos, pero mis zapatos serán de cocodrilo. Ocuparé mi lugar en la mesa de la cocina y canturrearé:

> Tres veces he dado la vuelta al mundo
> y los peligros me hacen dichoso.

UNA ALFOMBRA MÁGICA

Nadie que se hubiera sentado entonces en una silla a mi cabecera, al lado de mi carrito, me habría podido convencer de que toda la desdicha de los hombres viene de no saber quedarse tranquilos en una habitación. Yo quería partir. Me lo prohibían. Estaba furioso. Tuvieron la curiosa idea, para ayudarme a tener paciencia, de regalarme *La alfombra mágica*, un libro para niños que todavía poseo, escrito en Nueva York, en inglés, por Mary Zimmerman, y editado en versión francesa en Ámsterdam sin mención del traductor:

> Cada noche, la mamá de Michel leía para su hijo. Una de sus lecturas favoritas era la de un príncipe que poseía una alfombra mágica. Bastaba con decir ABRACADABRA para que la alfombra se elevara en el aire y lo condujera a donde él quisiera… Pero todo eso sucedía lejos de allí, en Persia, donde había califas, mezquitas y unas altas torres llamadas minaretes.

Debido a que a veces no había lectores disponibles, y puesto que yo no tenía otra cosa que hacer más que soñar despierto mirando el techo durante horas, la hermana del barítono, Simonne, a la que llamaban Monne y que era institutriz, me enseñó a leer solo. Uno suele acordarse del primer libro que logró descifrar. Es divertido que *Peter Rabbit* aparezca en obras que están tan alejadas en el espacio y en el tiempo como puedan estarlo *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, o las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. A veces, yo arrojaba el libro al suelo. La señora Payen, una pensionada que velaba al lado mío, interrumpía su labor de punto y lo volvía a poner sobre mi carrito. Yo lo tiraba de nuevo.

Sin embargo resulta enternecedor, un niñito. Yo era un tirano. Prisionero de la escayola y del Lazareto. A veces, los comediantes de la compañía o los músicos de la orquesta se presentaban delante del príncipe raquítico. La compañía trabajaba en la adaptación de un texto cuyo título parecía referirse a nuestros vecinos, los pescadores de Mindin.

Admitido en los ensayos, pobre monstruito preso ya de una megalomanía delirante y precoz, enseguida lamenté que una historia

tan bella fuera tan confidencial y efímera, pues existiría solo el tiempo que duraran las representaciones, y emprendí la tarea de hacer que aquella historia, que imaginaba inventada por uno de los adultos de la compañía teatral, quizá incluso por uno de los pensionados del Lazareto cuyas extravagantes peroratas lindaban con el arte dramático, llegara al conocimiento de un público más vasto, escribiéndola en folios plegados en dos, y fabricando luego con ellos un libro de cartón azul cosido con hilo rojo, obra que no dudé en firmar, puesto que a fin de cuentas yo era quien la redactaba y le daba forma, ya que nadie sabía en verdad quién era ese autor despreocupado que habría hecho mejor en escribir la historia, en lugar de reservarla para el auditorio de trastornados por lo general poco atentos, entiéndase con ello exageradamente exuberantes, de nuestro hospital psiquiátrico.

Los libros son rapaces que sobrevuelan los siglos, cambian a veces de lengua y plumaje en el camino y se lanzan sobre el cráneo de niños deslumbrados. Han pasado años y leo esta frase del *Diario de lecturas*, de Alberto Manguel: «Para Machado de Assis, al igual que para Diderot y Borges, la cubierta de un libro debería llevar los nombres del autor y del lector, puesto que los dos comparten su paternidad»: yo debería haber firmado *Los trabajadores del mar* a medias con Victor Hugo.

UNA PEQUEÑA BIBLIOTECA

> La vida es crimen, robo, celos, hambre, mentira, cabronada, estupidez, enfermedades, erupciones volcánicas, temblores de tierra, pedazos de cadáveres. No puedes evitarlo, mi pobre viejo, ¿no irás a ponerte a parir libros, eh?
>
> CENDRARS, *Moravagine*

En aquel lugar de relativa incultura, el barítono pasaba más o menos por erudito. En su pequeña biblioteca se podían ver algunos poetas y libros de teatro. Sus tres héroes eran Verne, Kipling y Cendrars. Símbolos paternales tan vilipendiados como el florete y el piolet, ambos herrumbrosos ya y guardados en el sótano, conservados cual reliquias de otra vida, prelazarética. Desde la primera vez que me lo recitó, detesté «If», el poema de Kipling: «tú serás un hombre, hijo mío». Aunque yo ignorara todavía, al igual que él sin duda, que ese poema le había costado la vida al hijo de Kipling, ya me lo imaginaba. La cólera no logró, sin embargo, impedirme leer los dos tomos de *El libro de la selva*, el cual parecía una continuación de *La alfombra mágica*, y de este me sabía de memoria largos pasajes, pues la inmovilidad favorece la hipermnesia:

> En una tarde de invierno, Michel descubrió, por casualidad, el maravilloso poder de la alfombra. Estaba sentado en su sillita, justo sobre el estado de Florida, y pensaba en el príncipe de la historia que le contaba su mamá. De pronto, Michel tuvo una idea. Cerró los ojos y dijo: ¡ABRACADABRA, vuela alfombra! Cuando volvió a abrir los ojos, Michel se encontraba en Florida, en plena floresta virgen. Los caimanes nadaban en el agua verde. Una espuma espesa colgaba de los árboles a lo largo de la ribera.

Desde que la Carpintería había confeccionado una mesa inclinada que se colocaba sobre la cama, me afanaba en encontrar otras sílabas que encajaran en la métrica de Taba-Taba, en su alejandrino magnífico y sincopado con su cesura justo en el medio. Taba-Taba-

Taba / Taba-Taba-Taba. De anillos ensartados / veo visillos colgados. Yo llevaba la existencia de un viejito recluido. ¿Acaso iba a vivir marcha atrás? Al Caballero Negro le gustaba lo novelesco pero rechazaba los consejos, quería escoger él mismo: ¿en qué podía estar pensando el barítono cuando me recomendó la novela *Moravagine* de Cendrars?

Ya en la lectura de la introducción, firmada «Blaise Cendrars, La Mimoseraie, abril-noviembre 1925», no se le había podido escapar al barítono que él mismo había nacido exactamente a mitad de la escritura de la novela, en agosto de 1925. Cendrars pretende que los documentos citados en *Moravagine*, y que decía haber encontrado en un baúl, estaban firmados por R., y concluye así su prólogo: «Y ahora, como de todos modos hace falta un nombre para la mejor comprensión de este libro, pongamos que R. es… es…, pongamos que es RAYMOND LA SCIENCE.» Raymond la Science y los anarquistas de la banda de Bonnot estuvieron escondidos por un tiempo aquí, en una villa de la avenida de la Hautière, en la estación balnearia de Saint-Brévin-l'Océan. Venían a descansar en ella, pero el barítono lo ignoraba. «Todos aquellos cafés se parecían, por todos lados era lo mismo. En todos había una gran efervescencia. No se hablaba más que del caso Bonnot.»

Lo que en revancha no podía faltar en la novela era la crítica a la psiquiatría y al internamiento, el rechazo a instituciones como nuestro Lazareto, en las que «por todas partes se sentía la trágica disciplina, el duro horario que regía la jornada de los trastornados y de los locos como una geometría… Yo habría querido abrir todas las jaulas, todos los zoológicos, todas las prisiones, los hospicios para locos, ver a las fieras libres y estudiar el desarrollo de una vida humana inesperada». Moravagine es el primero en dar una vuelta al mundo en avión que hace pensar a la vez en el globo de Verne y en el viaje de Phileas Fogg, e incluso en el estribillo de *Las campanas de Corneville*, «tres veces he dado la vuelta al mundo». Lo que tampoco pudo escapársele al barítono es que el loco Moravagine tiene la pierna derecha torcida y cojea horriblemente.

EN MANAGUA

Fue a mediados de 1965 cuando abandoné el Lazareto, pocos meses antes de las elecciones presidenciales de diciembre en las que De Gaulle se vería reelegido. Yo había recortado con tijera las fotografías y las declaraciones de intenciones de los siete candidatos, y las había pegado en el cuaderno donde redactaba mi enciclopedia. Luego puse fin a mi carrera política.

Cincuenta años más tarde, en el mes de mayo de 2015, estaba encerrado de nuevo en una habitación, pero con un método y por voluntad propia, después de haberme provisto de comida y tabaco en cantidades suficientes, léase exageradas, de vino blanco fresco, y de haber puesto en el picaporte un pequeño letrero escrito a mano para que me dejaran en paz.

De ese modo, gracias a la vaguedad de las dos fechas que cada día se usan en el planeta, resulta posible jugar a la confusión de los husos horarios, eclipsarse del mundo y permanecer así suspendido en el limbo, con las manos juntas bajo la nuca. A veces, en medio de la noche o por la tarde, me despertaban las pocas notas de una canción, una especie de corrido muy dulce que alguien tocaba con la guitarra; en ellas encontraba el eco de la salmodia de un marroquí, afilador y vendedor ambulante de lejía, que había escuchado veinticinco años antes en la carretera de Targa, a la salida de Guéliz, «cuchillos, tijeras, lejíiiiia…», y la de los alejandrinos de Taba-Taba, sentado en los escalones del Lazareto; y toda cronología quedaba abolida, en ese medio sueño que es nuestra verdadera existencia y que no deberíamos abandonar más que de tarde en tarde, para ir a cazar un venado o a comprar un sándwich y cigarrillos, y quizá para perpetuar la especie y tumbarnos luego de nuevo a recuperar el hilo analógico de nuestras ensoñaciones.

Los recuerdos más antiguos son químicamente los más estables. Precipitados de proteínas en el fondo del hipocampo. En cuanto cerraba los ojos, asociaba por pura gimnasia mental un sonido a un color o a un olor, y visitaba el Lazareto. La puerta monumental y el ala húmeda del edificio. La ventana de la cocina que daba al estuario

por el que pasaban los barcos. El patio adoquinado y los escalones sobre los que se sentaba por la mañana Taba-Taba. Y alrededor, el camino de ronda por el que marchaba el caballo enganchado al volquete. Ignoraba en qué se podía haber convertido aquel lugar después de cincuenta años. Hacía dos, en marzo de 2013, Monne, la institutriz, había muerto en ese Lazareto en el que ella me había enseñado a leer con *La alfombra mágica*. La habían llevado a aquel lugar, que tampoco ella había vuelto a ver en décadas, a la edad de noventa años, unas semanas antes.

Monne dejaba tras de sí todo un barullo de cosas. De los tres cuartos traseros de su casa de Mindin, no lejos del Lazareto, abarrotados del suelo al techo, extraje primero y luego conservé, sin clasificar, tres metros cúbicos de archivos acumulados, como si estuviera respondiendo a una orden terminante o incluso, ya me daría cuenta de ello, a una maldición de Tutankamón, pues descubrí entre ellos abundante munición de guerra no percutida, que habría podido hacer trizas a quien hubiera tenido la idea de pegarle fuego a todo aquello.

PEQUEÑAS HUELLAS

En esa tarde de mayo de 2015 en Nicaragua, tumbado en aquella habitación del hotel Barceló, me imaginaba consagrado durante los meses siguientes a la lectura de los archivos de Monne y a recorrer en coche las regiones de Francia que eran evocadas en ellos. Con el fin de preparar ese proyecto tan vago, sentado sobre aquella cama con la agenda delante, ya completamente despabilado y antes de ponerme a ello en las páginas todavía en blanco, me dediqué a repasar las que el bolígrafo ya había ennegrecido. Volví a ver los rostros con que me había cruzado desde el pasado enero.

Con la excusa de buscar historias lejanas, había ido encontrando por aquí y por allá pequeñas huellas francesas a las que prestaba una creciente atención desde hacía cuatro meses. Desde que había tenido lugar en París el asesinato de varios periodistas y dibujantes franceses a manos de dos jóvenes, también franceses, en nombre de la guerra santa islámica. Me enteré de la matanza de *Charlie Hebdo* cuando estaba en el chalet de la familia Yersin, en el cantón suizo del Valais. Después de regresar unos días a París y luego a Saint-Nazaire, pasé el mes de febrero en Ecuador. Una amiga me prestaba un apartamento en Quito, en lo alto del barrio de Guápulo. A mi llegada había leído, escrito en francés, con grandes letras blancas sobre la pared ocre de una calle en pendiente: «Yo no soy Charlie», sin que hubiera indicios de quién era el autor de esa frase, ni de la razón de su presencia en aquella calle.

Mencioné ese enigma durante nuestro viaje con Edwin Madrid por carretera hacia el norte, a lo largo de los volcanes de la cordillera. Había reanudado mi investigación sobre la misión de La Condamine, que fue enviada allí por Luis XVI para medir la línea del ecuador, del que el país había tomado finalmente su nombre. Luego investigué acerca de la descabellada idea del presidente Gabriel García Moreno de hacer de Ecuador una colonia francesa, una propuesta que fue declinada en 1862 por Napoleón III, embarcado entonces en la aventura mexicana y en la construcción del Lazareto de Mindin.

Los recuerdos más recientes son más frágiles, pues el hipocampo

todavía no se los ha zampado. En cada ocasión, yo anotaba en la agenda el nombre del hotel, seguido de un número de teléfono y una dirección: me había alojado en el Finch Bay de Puerto Ayora, en esas islas Galápagos que García Moreno también quería ofrecer a Francia; luego, en el Ramada, Malecón Simón Bolívar, de Guayaquil, siguiendo las huellas del general San Martín, quien murió en Boulogne-sur-Mer. A fines de febrero me fui a Suiza, a Friburgo, Hotel de la Rose, luego a Lyon y de nuevo al chalet del Valais, y después a otro en Chamonix, antes de llegar al hotel Bauer de Venecia para rendir homenaje a la obra de Daniele del Giudice. Daniele había estado en nuestra expedición londinense de finales de los años ochenta con las historietas de *Charlie Hebdo* y de *Le Canard enchaîné*. Con gusto habría evocado con él nuestras veladas en el pub del Front Page. Pero hacía ya mucho que Daniele, amnésico, vivía retirado en una clínica de la Giudecca, encima de la laguna, del otro lado del Gran Canal. Sentado en la lancha de Roberto Ferrucci y de su primo Giorgio, junto a Véronique Yersin, pasamos lentamente delante de la ventana a través de la cual miraba fijamente, desde su habitación, aquel que ya no sabía que había escrito libros.

A mediados de marzo estuve en Santiago de Chile, en el Grand Hyatt de la avenida Kennedy. Con frecuencia, Francia suscita más interés en el extranjero que en las terrazas de los cafés de París. Durante un almuerzo con Jorge Edwards, que acababa de dejar su puesto de embajador en Francia, pude constatar la inquietud suscitada allí por los atentados y el miedo a lo que pudiera suceder. A mi regreso, pasé algunos días en Madrid, en la villa morisca plantada en medio del parque de la Residencia de Francia, comprada por Philippe Pétain en 1941, y una semana más tarde, a fines de abril, me encontraba en Boston, Massachusetts, en el Botolph Club de la Commonwealth Avenue, donde los árboles florecían a la salida del invierno, mientras no muy lejos estallaban tumultos raciales en Baltimore y varios escritores de Estados Unidos protestaban en los periódicos contra la concesión, en Washington, de un premio a la libertad de expresión a *Charlie Hebdo*. Unos artículos en los que se podían leer acusaciones contra Francia y su laicismo exacerbado -acusaciones que Pétain ya había hecho contra la República en su día-, unos escritores a los que Salman Rushdie puso en su lugar de inmediato.

En ese mes de mayo de 2015, después de pasar de nuevo por Suiza, en el hotel National de Berna, y de ir a ver una colección de Gauguin en Basilea, dormí algunos días en el hotel Victoria de Varsovia, donde, después de todas esas huellas de historia francesa, de Luis XVI a Pétain, que había encontrado esparcidas al azar como blancos cantos rodados por mi camino desde hacía cuatro meses, vi por primera vez,

en el cruce de Nowy Świat, la alta estatua erigida en 2005 en homenaje al general De Gaulle, o mejor, al todavía capitán De Gaulle, el cual había asesorado a principios de los años veinte al ejército polaco cuando este estaba en guerra contra el Ejército Rojo de Trotski. Sin embargo, es el nombre de Bonaparte el que sigue siendo cantado en el himno nacional de Polonia.

Tumbado sobre aquella cama, mientras cerraba la agenda, no se me escapó el hecho de que, más allá de los archivos de Monne, iba a tener que dar la vuelta al mundo para poder recolectar todas esas pequeñas huellas francesas dejadas desde el Segundo Imperio, que fue el tiempo de la muchachita de blanco llegada de El Cairo y de la creación del Lazareto.

UN CANAL HISTÓRICO

Entre las invenciones humanas por las que había ido alimentando un gusto inmoderado desde los tiempos del Lazareto, figuran las estatuas ecuestres y las grandes vías de agua artificiales: el canal de Suez, abierto por Ferdinand de Lesseps en Egipto, y el de Panamá, cuyo encargo le fue retirado, así como el de Nicaragua, del que nunca se excavó un metro.

Respecto de este último, había novedades y yo abandoné Varsovia rumbo a San José de Costa Rica, me iba a caminar bajo la lluvia. Esa noche invité, en el bar del hotel Balmoral de la avenida Central, a Carlos Cortés y a Rodrigo Soto, que veinte años atrás me habían ayudado a reconstruir la vida de William Walker y su triple proyecto de restablecer la esclavitud, imponer la lengua inglesa en lugar de la española y excavar en Nicaragua un canal entre el Atlántico y el Pacífico. Un siglo y medio más tarde, los chinos venían a apropiarse del proyecto.

Me vi con Sergio Ramírez y Antoine Joly en Managua. El primero había sido vicepresidente de la República sandinista tras la revolución de 1979. Acababa de publicar un panfleto, «Un cuento chino», burlándose de ese absurdo proyecto. El segundo era entonces nuestro embajador en Managua y acababa de enviar un largo artículo a la prensa, «Un sueño francés», en el que recordaba la historia de ese canal desde el Segundo Imperio.

Después de haber fusilado a William Walker en 1860, en el momento en que Lesseps concluía el proyecto de su canal en Egipto, Napoleón III firmó con el nuevo gobierno de Nicaragua un contrato para abrir ese canal interoceánico. Estados Unidos e Inglaterra amenazaron con una guerra. El emperador tiró la toalla y más tarde resolvió atacar México. Fue por razones políticas y llevando la contraria a la geología como Lesseps comenzó en Panamá las obras, en las que Paul Gauguin se enroló como jornalero de desmontes.

En ese año de 2015, Daniel Ortega, elegido de nuevo presidente de la República, acababa de firmar un contrato, con una duración de un siglo, con la Hong Kong Nicaragua Canal Development Investment Co.

Ltd. Había decidido expropiar a los campesinos de la zona, que se rebelaron, y la lista de muertos provocados desde hacía siglo y medio por ese canal fantasma siguió engrosando. Aunque los chinos podían alardear de un saber hacer muy anterior, pues hacía mil años que habían excavado a lo largo de dos mil kilómetros el Gran Canal de Hangzhou, en Pekín, el proyecto parecía encubrir un imperialismo de nuevo tipo. La HKND preveía crear dos puertos, Brito en el Pacífico y Águila, del lado del Caribe, pero sobre todo se adueñaba de inmensas zonas de tierras de agricultura sin ninguna obligación de excavar el canal antes de cien años.

América Central era un buen lugar para que yo tomara de nuevo impulso y me sumergiera en la Francia de 1860. Me acordaba de ese año como si lo hubiera vivido. Así, cada mañana esperaba el periódico en el que me enteraría del descubrimiento de los templos de Angkor, en Camboya, por Henri Mouhot. O bien, fantasma del futuro convocado por las mesas espiritistas, me mantenía invisible en el despacho de Victor Hugo en Guernesey, seis años antes de que escribiéramos juntos *Los trabajadores del mar*, y leía por encima de su hombro la carta que él estaba redactando en mayo para mostrar su apoyo a Garibaldi en su Expedición de los Mil a través de Italia. Tras pasar el secante, Hugo cogía una nueva hoja para fustigar en ella contra el saqueo en octubre del Palacio de Verano de Pekín por parte de los ejércitos francés e inglés, por una vez coaligados: «Uno de los dos bandidos se llamará Francia, el otro se llamará Inglaterra.» Y el nombre de Hugo sigue siendo hoy venerado en toda Asia por haberse opuesto a la empresa colonial del Segundo Imperio, «odiosa agresión contra un pueblo libre».

RUMBO A FRANCIA

¿Qué es un rey, al lado de un francés?

SAINT-JUST

La vida de los pueblos, como la de los hombres, no es cronológica, a veces en la duermevela estos se ven de nuevo jóvenes y fogosos, y se entristecen al despertar y descubrirse tan viejos a los ojos de los otros; así, acontecimientos que parecían olvidados bajo el polvo de los siglos actúan de golpe sobre el presente y perturban el porvenir.

Aunque ya me había venido la idea de seguir la historia del canal y de trasladarme a Nicaragua, sabía que estaba embarcado desde hacía varios días en el proyecto «monnesco», y como tenía presente en la memoria el telegrama enviado a Bernanos, en Brasil, por De Gaulle después de la Liberación -«Su lugar está entre nosotros»-, sentí que mi presencia era perentoriamente requerida y que no podía desentenderme de la llamada de mis compatriotas, impacientes al punto de reunirse en la explanada del Trocadero y de dirigirse en masa al Quai d'Orsay[2] para exigir mi retorno y ponerme a la cabeza del Comité de Salud Pública.

Me pareció pues que había llegado el momento de salir de aquella habitación del hotel Barceló, de dirigirme al aeropuerto Augusto César Sandino de Managua y de regresar a los archivos de Monne para reencontrarme con un siglo y medio de confetis franceses y con los fantasmas de mi infancia, con Taba-Taba y su reglamentario uniforme de tela azul del Lazareto, con la niñita vestida de blanco y bordados que descendía en Marsella junto a sus padres del paquebote blanco de las Mensajerías Imperiales y tomaba en la estación de Saint-Charles un tren a París, y con el nieto de esta, que fue barítono, aunque también fue motociclista antes de ser payaso.

POR EL CAMINO DE RONDA

Este podría ser el punto de partida de la investigación: una fotografía de 1956 en blanco y negro, como se sacaban en la época, rodeada por los cuatro lados de un margen blanco. La motocicleta de poca cilindrada está equipada con un sillín posterior para el pasajero, ligeramente más elevado. Está detenida sobre la arena del Lazareto, no lejos de la puerta monumental donde se sienta Taba-Taba. En primer plano, dos manos enguantadas se apoyan sobre los puños del manillar, el hombre lleva una chaqueta de botones oscura y un pantalón de equitación. Los cabellos negros están peinados hacia atrás, la mirada es seria, el busto rígido.

No está mirando a la posteridad desde ese medio siglo, sino a su hermana Monne, que es quien le fotografía. Ella y su madre siguen llamándolo Loulou y eso le molesta un poco. Tiene treinta y un años de edad, Monne treinta y cuatro. Los dos son solteros. Pero él no por mucho tiempo, eso espera. Esa es la razón por la que va a pisar fuerte el pedal de arranque y a largarse en busca de su novia, que está un centenar de kilómetros al norte, no lejos de Rennes. Monne se divierte retrasándolo. Él se pone el casco, se ajusta el barboquejo. Su vida, como la de todos los muchachos de su edad, ha sido muy movida hasta el presente, llena de historias de campos de refugiados, campos de prisioneros y fugas a pie por las carreteras. Estudió violín y esgrima, se alistó en el maquis, a los diecinueve años desfiló entre los vencedores por la ciudad de Cahors liberada. Ahora le gustaría, si es posible, llevar una vida apacible.

Sabe bien que, a pesar de la Liberación, Francia no ha dejado de estar en guerra. Los combates en Indochina se han acabado hace dos años, en mayo de 1954, en Dien Bien Phu, y unos meses más tarde, en un sangriento día de Todos los Santos, había comenzado la guerra de Argelia. En este año de 1956 tiene lugar la Operación Mosquetero. Francia e Inglaterra, coaligadas de nuevo, envían tropas a Egipto para oponerse a la nacionalización del canal de Suez decretada por el presidente Gamal Abdel Nasser. No es que la situación internacional le sea indiferente, él lee los periódicos, pero se pone a dar pataditas ansiosas contra el suelo. No es el momento. Pongamos fin a su

impaciencia, dejémoslo arrancar su moto con un golpe de talón. Pasemos de la fotografía al cine, veámoslo alejarse por el camino de ronda y abandonar el Lazareto para ir en busca de su novia. Se casará en un año. De ahí a procrear a un cojo no hay más que un paso.

EN ZAMALEK

Sin embargo, todo esto bien podría comenzar un siglo antes, en 1858, del otro lado del Mediterráneo, siguiendo la estela de la muy efímera República Francesa de Egipto creada por Bonaparte, cuyo recuerdo va desvaneciéndose. El señor Eugène Lorion diseña en ese momento para el príncipe Mustafá Bey jardines en El Cairo y en Alejandría, mientras que Ferdinand de Lesseps, cónsul general, se compromete con los sansimonianos a trazar el proyecto del canal.

Con el objetivo de ir hasta el origen de la historia, me dirigí al hotel Longchamps de la calle Ismaïl-Mohammed, en el barrio Zamalek de la isla Gezira, en medio del Nilo a su paso por El Cairo. En la época de la niñita de blanco, la isla todavía era salvaje y solía ser inundada por las crecidas. Después de que fuera hecho el drenaje, se instalaron en ella hermosos barrios y embajadas. Los ingleses plantaron allí sus árboles de nim o nimbos traídos de las Indias, y los franceses, plátanos, como en todas partes. De esa munificencia vegetal y arquitectónica, hoy un poco en decadencia, el hotel Longchamps conserva la elegancia discreta, una pequeña terraza invadida de plantas en macetas, largos pasillos de oscuras bibliotecas y fotografías en blanco y negro con marcos de caoba. Desde él se puede llegar a pie a la plaza Tahrir por el puente de los Leones, hoy llamado puente Qasr-al-Nil, presidido aún por las cuatro fieras esculpidas por Henri-Alfred Jacquemart, puente por el que llegaron decenas de miles de manifestantes a fines de enero de 2011 para exigir la renuncia del presidente Hosni Mubarak, cosa que lograron.

Tras pasar el Café Riche, cercano a la plaza, a pocas calles de distancia di con el antiguo consulado de Francia, al que el padre Schehadé, dominico de la Escuela de Sorèze, vino en 1946 para recoger un duplicado del certificado de nacimiento de la niñita de blanco. Antes de eso, en la segunda mitad del siglo XIX, los archivos franceses no se conservaban en El Cairo sino en Alejandría, hasta que los ingleses bombardearon allí el consulado de Francia en 1882.

En compañía de Mahmoud Tawfik, novelista egipcio con quien yo había cenado en Saint-Nazaire unos días después del atentado de

Charlie Hebdo, caminé un poco por la ciudad vieja, alrededor de la mezquita Al-Azhar, y recorrí las callejuelas hasta el Café Naguib Mahfouz, luego nos fuimos a almorzar al Mena House, siguiendo la carretera rectilínea de Gizeh en la que, desde que fueron expulsados del poder en 2013, los islamistas ametrallan de vez en cuando a los raros autobuses de turistas, con el fin de arruinar el país y poner en apuros al nuevo presidente Abdelfatah al-Sisi.

Aquel día nosotros éramos, en efecto, los dos únicos clientes en la inmensa sala de maderas barnizadas. Una decena de camareros ociosos y maestresalas apresurados nos habían ofrecido, como en una escena de cine cómico, la mejor mesa, aquella ante la que se alza en toda su majestad la Gran Pirámide -sobre la que se deslizaban los resplandores del dios de los faraones por encima de las crestas de las palmeras- y el muro de adobo que enmascara las tiendas pobretonas y esconde de las miradas de los eventuales clientes del palacio los establos de las carretas sin trabajo. Reanudamos nuestra conversación nazariana delante de una botella de vino blanco frío y unos arenques con patatas y aceite, y evocamos la situación general del mundo musulmán y, en particular, la de El Cairo y París.

A mi regreso al centro, puse sobre el escritorio de la habitación número 3 del Longchamps este documento que había abandonado en su día El Cairo dentro de la maleta de un padre dominico libanés y que yo acababa de traer aquí de nuevo dentro de mi equipaje:

> Consulado de Francia en El Cairo, certificado de nacimiento, acta n.º 120, de 13 de febrero de 1858:
>
> Ha nacido en El Cairo, Egipto, un hijo de sexo femenino que ha recibido los nombres de Eugénie Joséphine y cuyo padre es el señor Eugène Lorion, jardinero al servicio de Su Alteza el Príncipe Mustafá Bey, residente en El Cairo, y cuya madre es la señora Joséphine Thirion, residente en El Cairo.
>
> Lo que se certifica en este extracto conforme a las indicaciones recogidas en el registro de El Cairo, el ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y seis, el Cónsul de Francia en El Cairo.

En ese año de 1858, el del nacimiento de la niñita de blanco, el egiptólogo francés Auguste Mariette, discípulo de Champollion, crea el museo de El Cairo. Más al sur, los exploradores ingleses Speke y Burton son los primeros europeos que ven el lago Tanganica. Y cuatro años más tarde -¿será que el príncipe Mustafá está harto de los jardines a la francesa y, por preocupaciones botánicas o geopolíticas, los quiere ahora a la inglesa?-, el padre de la niña decide abandonar

Egipto con su mujer y su hija e invertir sus pocos ahorros en las tierras fértiles de la Beauce, en el corazón de Francia. Nunca más verán una palma datilera, un platanero o un árbol del viajero.

Algunos meses después de su partida, se enterarán por los periódicos de la entrada de las aguas del Mediterráneo en el lago Timsah, el 18 de noviembre de 1862. Pero el canal de Suez no será abierto a la navegación hasta siete años más tarde, inauguración a la que asistieron juntos la emperatriz Eugenia y el emir argelino Abd-el-Kader, debajo de un bonito pabellón de cristal y vigas de hierro especialmente construido en Francia, el cual, una vez abiertos el canal y la vía libre hacia Asia, será enviado por decisión del emperador, como presente, al rey Norodom de Camboya, quien lo hará instalar en su palacio en el centro de Phnom Penh, donde todavía sigue.

El recorrido de los objetos de la gente sin importancia, todas esas menudencias aureoladas de tristeza procedentes de casas que han sido vaciadas y que se pueden ver en los mercadillos implorando por entrar en una nueva historia, suele ser más enigmático. Monne había conservado todo lo que encontró de sus antepasados. De un viaje a Jerusalén, que no puedo saber si fue emprendido por razones piadosas o con el fin de buscar allí un contrato de paisajista, Eugène Lorion se trajo un pequeño camello de madera de olivo que hoy tengo delante de mí, un camello arrodillado, bien plantado según la terminología adecuada, cuya silla de montar con bisagra es un tintero en el que sin duda mojó su pluma Sergent-Major la chiquilla de blanco, quien, a pesar suyo, fue finalmente responsable de mi infancia en el Lazareto.

UNA MÁQUINA DEL TIEMPO

Uno siempre tiene un aire un poco idiota, como de payaso, es inevitable. El director de escena, quizá porque el teatro del Lazareto tenía esa obligación o bien por simple gusto, había creado el dúo Rog & Géo, cuyos números creaba. Él interpretaba al payaso de rostro triste y su compañero Royer al personaje de Augusto, con sus colores chillones y que se hace el tonto. El hijo del payaso blanco siguió sus pasos más tarde. Después de un año metido en la primera concha de escayola, todavía tuve que pasar seis meses con otra y luego volver a aprender a caminar. Debió de ser en 1962, un siglo después de la llegada de la niñita de blanco a Francia, en el año de la independencia de Argelia y de la crisis de los misiles en Cuba, cuando hice mi debut en el escenario con un número sobre una máquina del tiempo que se descontrolaba, una cabina colocada sobre el agujero del apuntador de la que yo salía vestido de frac, tocado con una chistera calada hasta los ojos y levantando bien alto en mi mano un bastón, todo ello después de que en escena se hubiera intentado rejuvenecer a un vejestorio que quería volver a ser joven. El público bonachón se reía. Nosotros nos fuimos a desmaquillar. El payaso blanco volvió a ser el jefe taciturno que debe ser todo director de escena y se embutió en otro traje.

Como era él quien escogía las piezas teatrales, solía adjudicarse los papeles principales y tenía predilección por esos héroes camuflados que desvelan en el último momento su verdadera identidad de príncipe encantador. El barón Henri de Corneville, que regresa de incógnito a su palacio. Un mosquetero que, habiendo entrado en el convento con ropas de abad, desenvaina su espada y desmonta el complot contra el cardenal Richelieu. Lagardère que, oculto tras la apariencia de un enfermo, se deshace de su joroba y venga la muerte del duque de Nevers. El actor doblemente disfrazado utilizaba en las escenas de duelo su propio florete sin tope en la punta. Puede que así él volviera a ser el Caballero Blanco que había sido en su infancia. Luego uno juega al teatro y sube a escena como una persona mayor. Siempre hacemos como si fuéramos adultos, y un día descubrimos que todas las personas mayores son niños impostores, como nosotros.

¿Quizá soñaba que poniendo el contador de la cabina en los catorce años iba a hacer envejecer de golpe a su hijo y que así yo sería el que él fue, el que había huido por las carreteras y conocido el miedo bajo las bombas, el hundimiento del mundo de los adultos y la desaparición de su padre? ¿Qué pensarían los psiquiatras sentados en la sala de su número de payaso, de esa locura de hacer entrar a su hijo en la máquina del tiempo y hacerlo envejecer y rejuvenecer a su gusto dando vueltas a la rueda? ¿Lo esperarían entre bastidores para ponerle la camisa de fuerza o bien se encogerían de hombros y se dirían que a fin de cuentas, si Brézhnev y Kennedy no lograban un acuerdo en aquel momento crucial de la Guerra Fría, el planeta bien que podía hacerse humo esa misma semana?

Eso habría sido estúpido.

HACIA LA BEAUCE

Como si todos ellos fueran Lázaros a los que yo obligaba a levantarse, a salir de sus tumbas y reanudar sus vidas, pero sobre el papel, con la inmensa pretensión de un Caballero Negro o del propio Shakespeare -«*You still shall live / Such virtue hath my pen*»-,[3] emprendí la tarea de unir de nuevo el año de 1860 con el presente, pero esta vez haciéndolo al volante, y para ello le compré un Volkswagen Passat VW TDI gris metálico a Claude Jasnot, propietario del Garage de l'Atlantique, en el pueblo de Saint-Brévin-l'Océan.

Tras una encuesta entre numerosos taxistas, había escogido ese modelo de coche del que alababan su confort, robustez y fiabilidad, y que además tenía a mi modo de ver la ventaja de la discreción. Eso fue antes de que se descubriera que los sistemas de control de gases del tubo de escape habían sido manipulados por el fabricante. Y más tarde, tosiendo, cual irritado fumador empedernido, reparé en que aquel Volkswagen me producía picores en la garganta. Su contador marcaba ya cincuenta mil kilómetros, prueba de que estaba habituado a circular desde hacía mucho, cosa que me tranquilizaba. Tenía algunos golpes aquí y allá, como debe tenerlos cualquier auto normal y anodino.

Como me negué a escoger ninguna de las dos matrículas que correspondían a mis domicilios, pues no quería mostrar el maldito 75 de París, que te somete en toda Francia a la venganza de los niños, las pedradas y las burlas -parisinos cara de cochinos / pariseros cara de carneros-, ni el exótico 44 de la región de Loira Atlántico, pues en los departamentos alejados de esta, la matrícula de un vehículo tan apartado de su lugar de origen parecía susceptible de animar al robo sin escrúpulos, cuando no a la cremación, le rogué al dueño del taller que le pusiera unas placas sin indicación geográfica, que es algo legal pero tan poco frecuente que hubo que esperar a que las confeccionaran. Luego, un buen día, una vez que fijé sobre el salpicadero la pantalla táctil del GPS y metí en el maletero dos espráis antipinchazos, además de algunos libros y archivos, me hice a la carretera y me alejé de la costa.

Después de algunos kilómetros de gran exaltación y de llevar el

pecho henchido por la embriaguez, que hacía tanto que no sentía, de estar sentado al volante con el propósito de realizar una larga travesía, ya me estaba lamentando por haberme provisto tan solo de dos espráis antipinchazos, cuando el vehículo estaba equipado con cuatro ruedas, y maldecía la mala preparación de mi expedición, imaginando los sinsabores que me acarrearía la explosión simultánea de tres neumáticos, mientras me preguntaba si la imposibilidad de determinar la procedencia del vehículo y de su conductor, esa manifiesta voluntad de disimulo, no levantaría sospechas en las poblaciones que fuera encontrando y en sus respectivos policías municipales.

Privilegiando en un primer momento la progresión geográfica sobre la histórica, puesto que nuestras vidas no son cronológicas, resolví pasar una primera noche en Chartres, donde la niñita de blanco y su marido se establecieron durante un breve tiempo al final de la Primera Guerra Mundial, cuando ambos andaban ya por los sesenta años de edad, en el número 5 de la calle de la Pie.

Es una casa medieval, estrecha, levantada con piedras quizá extraídas de las canteras de Berchères, como las de la cercana catedral, y tiene una puerta de medio punto. En su interior abriga una tienda de decoración de dos niveles bastante chic. En el entresuelo se alzan unas estimables columnas de capiteles esculpidos. Salí a la calle, muy angosta, para observar en contraplano las cinco ventanas de falso arco en la fachada del piso de arriba, y los dos perros sentados sobre el tejado. A unas decenas de metros, a medio camino de Notre-Dame de Chartres, que levanta su alta techumbre verde bajo un cielo azul al final de la calle de Changes, se alza una lonja tipo Eiffel, con columnas y vidrieras.

Ninguna indicación, en la plaza de Billard, permite fechar el edificio de la lonja, y ante la consiguiente imposibilidad de imaginarme allí a la pareja de ancianos eligiendo, cesta al brazo, sus verduras y frutas, interrogué al camarero de La Table du Marché, el cual me dijo que la lonja acababa de ser restaurada y que en ella se instalaba dos veces por semana el mercado que daba nombre al restaurante, pero no sabía nada sobre el año de su construcción. Siempre me asombra que se pueda vivir así, delante de un monumento sin hacerse preguntas nunca acerca de él. En lo que duran un café y un cigarrillo resolví el enigma gracias a mi teléfono y pagué la cuenta, informando al camarero de que la lonja había sido levantada en 1899, diez años después que la Torre Eiffel, sobre lo que había sido el emplazamiento de un antiguo castillo que la niñita de blanco y de sesenta años, Eugénie-Joséphine, no pudo conocer, aunque sí que había conocido la lonja.

Con el título de un relato de Lowry, *Habitación de hotel en Chartres*, flotando vagamente en mi memoria, bajé por las calles en pendiente hasta llegar al hotel Ibis Centre-Cathédrale, cuya entrada está en la plaza Drouaise, pero que, si se pasa de largo la recepción y se atraviesa la sala de los desayunos, ofrece también un acceso privado a la orilla del Eure, río sobre cuyas aguas de un verde celadón daban vueltas unos patos de cabeza verde fluorescente. Luego, a la salida del estacionamiento, pasé junto a una escuela municipal, construida en 1913 y todavía en activo, que acoge un museo de la propia escuela y en la que se dan cursos de escritura con portaplumas, y llegué a un pub iluminado con luces amarillas, donde aquella noche solo éramos tres, asediados por un centenar de marcas de whiskies.

De pie, delante de la barra, estaba un parisino que había decidido instalarse en Chartres. Alquilaba provisionalmente un apartamento de dos habitaciones en el centro y se chupaba cada día la ida y vuelta a la capital mientras buscaba otro que fuera de su gusto. Agucé el oído cuando habló de la calle de la Pie. Se quejaba de que fuera imposible estacionarse cerca. En toda la parte alta de la ciudad, abundó el patrón, las multas habían pasado de ser por «entorpecer» a ser por «peligrosidad», y habían triplicado su cuantía, si dejabas el coche con una rueda sobre la acera para ir a comprar una baguette, te caía una encima, lo que significaba la muerte del comercio local. Sobre todo, señaló, porque eran cada vez más los chartranos que efectuaban la ida y vuelta cotidiana de una hora en tren a París. De lo que se concluía que lo más simple era comprar la baguette en Montparnasse.

Y yo pensaba en que la pareja de la cesta no había tenido ninguna razón para salir de aquel hermoso lugar, ellos, que nunca poseyeron un automóvil y no conocieron los problemas de estacionamiento, y que habrían podido perfectamente acabar su vida aquí, comprando verduras en el mercado de Billard y yendo de vez en cuando a ver el asombroso laberinto que hay en el suelo de la catedral, en cuyo centro se hallaba antaño la gran placa de cobre de la victoria de Teseo sobre el Minotauro, placa que se llevaron las tropas, en el año II del calendario republicano, para convertirla en municiones y salvar la Revolución. Y veía a la pareja de ancianos entrecerrando los ojos, tomados de la mano mientras contemplaban el brillante caleidoscopio de los vitrales de la nave en los días de mucho sol y, sobre todo, ese azul, magnífico y misterioso, de cuyo deslumbramiento dejaba yo constancia en mi cuaderno en aquel mismo instante.

Con unas galletas, unos cigarrillos y un encendedor colocados sobre el asiento del copiloto, al alcance de la mano, volví a hacerme a la carretera a la mañana siguiente y dejé Chartres en dirección a Étampes, a través de todos esos pueblos terminados en «ville» que

había visto en el mapa: Houville, Béville, Francourville, Denonville, Vierville… Al pasar del departamento de Eure y Loir al del Essonne, mientras atravesaba a baja velocidad la región de la Beauce, vi grandes silos de grano, altos como iglesias, y camiones y enormes tractores sobre la infinita planicie, carteles que anunciaban «maquinaria agrícola» y, en ocasiones, «remolacha», dorados faisanes picoteando al borde de la carretera y, más lejos, cuervos posados sobre los campos de labranza, todo eso que el hombre cree ver a veces y que los egipcios y los chinos nos envidian.

Egipto es el primer importador de trigo del mundo, pero su caótica situación política y el descenso de sus ingresos por turismo le obligaban entonces a reducir su demanda, lo que implicaba la caída del precio del trigo hasta los ciento cincuenta euros la tonelada. En Francia la cosecha había sido excelente, más de cuarenta millones de toneladas, pero nueve millones de ellas se habían quedado sin vender y aguardaban en aquellos silos levantados sobre la llanura de la Beauce. El resto de los graneros del planeta también se desbordaban mientras que a los pobres les faltaba el pan y ni podían permitirse un brioche. Y sin embargo, la superficie cultivada había aumentado aquí por primera vez desde los años treinta. Los inversores chinos estaban comprando a toda prisa tierras de cultivo tanto en Francia como en África, y habían declarado que querían adquirir en torno a cincuenta mil de las seiscientas mil hectáreas de la Beauce.

A unos cuarenta kilómetros de Chartres, entré en Mérobert, un pueblo somnoliento que a finales del siglo XIX contaba con unos pocos cientos de habitantes, lo mismo que a fines del XXI, y lo recorrí dos veces sin dar con un bistró abierto. Encontrar la escuela fue fácil, era un edificio macizo con ocho ventanas en la fachada y dos plantas, en el cual había tenido lugar el idilio. La niñita de blanco ha rejuvenecido cuarenta años en cuarenta kilómetros. Acaba de pasar su adolescencia en un pensionado parisino. Sin duda ella también se aburre mucho en Mérobert. En sus sueños brilla a veces el sol de El Cairo. Pero es aquí, en esta llanura cereal, donde la niñita de blanco llegada de Egipto va a conocer el amor. Tiene veinte años.

DONDE EL ZAPATERO

Puede que él también fuera guarnicionero, Jean-Baptiste Pathey. Esta región de Vexin, hoy día parque natural, situada al noroeste de París en dirección a Normandía, era recorrida por caballos cuyos arneses y cordajes debían recibir todavía más cuidados que los zuecos de los campesinos. La casa de Frémainville, cuya dirección yo no tenía puesto que resultaba inútil para el cartero, debía de estar cerca de la iglesia de Saint-Clair, frente a la cual se congregaban, como sucedía en todos estos pueblos, la panadería y el albergue, la escuela y el herrero. No lejos de ella están los bosques y, en el verano, la eclosión de espigas y amapolas sobre la llanura, que más tarde vendrán a pintar Van Gogh y Monet. Jean-Baptiste Pathey y su segunda esposa, Marie-Rosalie Daguet, le ponen a su hijo el nombre de Alexandre. Esto sucede cinco años antes del nacimiento en El Cairo de la niñita de blanco.

Estamos en los inicios del Segundo Imperio y Victor Hugo sentencia: «Todo es posible en ti, oh Francia, la enormidad en la bajeza tanto como la inmensidad en la grandeza. ¡Así es! No tienes más límites en lo bajo que en lo alto.» Alexandre es un buen alumno, ayuda en el taller y en las cuentas, ya que sabe aritmética, también sabe que su padre no podrá enviarlo a la universidad. Tiene diecisiete años cuando se entera de lo sucedido en Sedán: un año después de la inauguración del canal de Suez, Francia es derrotada y Napoleón III es hecho prisionero. La noticia llega a París el 4 de septiembre de 1870 y al día siguiente es proclamada la República. Los grandes exiliados que habían rechazado la amnistía, Hugo, Quinet, Blanc, regresan tras veinte años de destierro. Esa misma noche, Hugo lanza un «Llamamiento a los alemanes» que asedian la capital, y exhorta a los franceses a resistir: «Francia tiene el deber ante los pueblos y los hombres de salvar París, no por París, sino por el mundo.»

Al principio del asedio, el poeta patriota recibe mucho, reanuda contactos, invita a Paul Verlaine y a Sarah Bernhardt, al anticlerical abate Michon, y a Louise Michel, que quiere organizar cursos de educación popular para mujeres. La ciudad carece de provisiones y los

animales del zoo se inquietan. Hugo escribe en su *Diario* que ha recibido «una pierna de antílope del Jardin des Plantes. Es excelente». Se comerá al oso, luego: «La carne que comemos ni siquiera es de caballo. ¿Será de perro? ¿O quizá de rata? Comienzo a tener problemas de estómago. Comemos cosas desconocidas.» Y finalmente el 2 de enero de 1871: «Abatieron al elefante del Jardin des Plantes. Lloró. Nos lo vamos a comer. Los prusianos siguen lanzándonos seis mil bombas al día.» Hace publicar de nuevo *Los castigos*, cuyos derechos de autor entrega para comprar tres cañones y bombardear a su vez a los sitiadores.

Así pues, en enero la gente muere en París: «Los prusianos disparan contra los hospitales. Bombardean el Val-de-Grâce. Sus obuses han prendido fuego esta noche a los barracones del Luxemburgo, que estaban llenos de soldados heridos o enfermos, y ha habido que transportarlos, desnudos y envueltos con lo que se ha podido, hasta el hospital de la Charité. Barbieux[4] los ha visto llegar allí hacia la una de la madrugada. Son ya dieciséis las calles alcanzadas por los obuses.»

En marzo, Garibaldi es elegido diputado por Argel. En París, la Asamblea Nacional anula su elección. Hugo dimite como gesto de solidaridad.

En mayo, la Semana Sangrienta pone fin a la Comuna. Después de la guerra llega la guerra civil. El hijo del zapatero tiene dieciocho años y lee los periódicos, las cifras espantosas, veinte mil muertos, cuando durante el Terror en la Revolución, del que tanto se habla, se había enviado a menos de dos mil personas al cadalso entre los meses de pradial y termidor.

En septiembre, el buen alumno recibe la carta manuscrita que va a cambiar su vida y a alejarlo de la zapatería. Está firmada por Agustin Cochin, el amigo de Henri Lacordaire, muerto en su escuela de dominicos de Sorèze en 1861, Cochin, el autor del ensayo sobre la abolición de la esclavitud y al que la joven República acaba de nombrar prefecto:

> Señor, en virtud del decreto acordado por el Consejo Departamental de Instrucción Pública, el 21 de agosto pasado, le he nombrado maestro en prácticas, con ¾ de Beca del Departamento, en la Escuela Normal primaria de Versalles, para que pase tres años en ese establecimiento y se prepare para la profesión de Maestro.
>
> Al final de cada año escolar, concedo becas de promoción a los alumnos que se han distinguido por su celo y buena conducta, dependerá pues de usted el obtener un nuevo favor.
>
> El señor director de la Escuela se encargará de informarle del día fijado para el inicio de las clases.

Cuente, señor, con la certeza de mi alta consideración. El prefecto de Sena y Oise, A. Cochin.

Alexandre Pathey deja Vexin para irse a Versalles, del otro lado de la capital, en el sur. Allí obtiene su diploma -«Maestro de la Academia de París»-, el 27 de junio de 1874. Para su padre, el zapatero, aquel será un último verano de orgullo: él, que a lo largo de su vida habrá visto el Primer Imperio, después la Restauración de los Borbones, más tarde la muy breve Segunda República y luego el Segundo Imperio, ve ahora a su hijo convertirse en maestro de escuela de la Tercera República, casi en un sabio. Jean-Baptiste Pathey muere el 21 de septiembre en Frémainville. El hijo, con el salario de su primer destino en Chevreuse, en el límite del bosque de Rambouillet, pasará una pensión mensual a su madre, Marie-Rosalie.

Ahí está, hecho un húsar negro de la República, aunque al poeta Péguy solo se le ocurrirá esa expresión en 1913. Hace economías y se compra una edición de la *Historia de Francia*, de Jules Michelet, en diecinueve volúmenes, que estará en la biblioteca del barítono en el Lazareto y más tarde en la mía, también compra *La vuelta a Francia de dos niños*, de G. Bruno, que hará leer a sus alumnos, un libro de geografía publicado en 1877 y que yo pretendo completar con esta *Vuelta a Francia hasta 2017 de un viejo niño solo al volante de un Passat*. El inventario también recoge la existencia de varios estantes de obras de Victor Hugo.

Con cada nuevo destino hay que desplazar todo eso, y el soltero se mueve mucho. Conocerá cinco escuelas antes de encontrar a Eugénie-Joséphine, entre Étampes y Rambouillet, en uno de esos pueblos del departamento de Sena y Oise, cerca de París, con los que soñaremos más tarde al leer a Proust, unos pueblos que, en la medida en que no los hayan devastado las losas de hormigón y los accesos de las autopistas, las galerías de los centros comerciales, las rotondas y los vendedores de neumáticos, y las torres de apartamentos no los hayan devastado, todavía resultan hoy propicios para la aparición en alguno de ellos, en Mérobert o en Méséglise, de una muchacha con vestido blanco o de Gilberte «delante de una iglesia, en un paisaje de la Île-de-France»,[5] junto a un seto de espinos en flor.

El contrato de matrimonio Lorion-Pathey se firma el 7 de marzo de 1880 en casa del letrado Chefer, notario de Rochefort-en-Yvelines. Eugène Lorion, el padre de la novia de blanco, se declara «propietario» de profesión. Ella tiene ahora veintidós años. Los enamorados se ríen, quizá de ese nombre compuesto ya pasado de moda, Eugénie-Joséphine, en el que se reúnen las emperatrices de dos imperios caídos. Al viejo Hugo, a sus ochenta años de edad, nacido bajo Bonaparte como Jean-Baptiste Pathey, debió de alegrarle, al igual que

a este, que los primeros maestros de la joven República fueran hijos de zapateros.

EN LA ESCUELA

El pueblo de Blandy está solo un poco más al este, a unos cuarenta kilómetros de Mérobert en dirección a Milly-la-Forêt. Aquí crecerán los dos hijos supervivientes de la pareja. Otros dos, que murieron a corta edad, Alexandrine-Eugénie y Alexandre-Eugène -con ese lúgubre juego de nombres compuestos a modo de espejo, como una ida y vuelta entre la vida y el limbo-, llevaban como era corriente los nombres de sus padres o de sus abuelos, por eso Eugénie-Joséphine conserva testarudamente para su hija el de una emperatriz, y feminiza como Alexandrine el nombre del padre, en el que se escucha también el eco de una de las dos ciudades egipcias de su infancia.

El *Anuario de la enseñanza primaria en Sena y Oise* recoge que la vivienda oficial asignada para la escuela municipal de Blandy es un apartamento de cuatro habitaciones en «bastante buen estado». Alexandre recibe un «complemento salarial» para que, además de enseñar, lleve la secretaría del ayuntamiento y dé cursos nocturnos para adultos. Su esposa, la que fuera niñita de blanco y que en 1893 había sido nombrada «directora de trabajos de costura en la escuela mixta de Saint-Sulpice-de-Favières» por el inspector de la academia, sigue asumiendo esa función en Blandy y adquiere una máquina de coser marca Peugeot.

El final del siglo XIX es el del apogeo del culto al progreso, todavía hay un equilibrio entre ciencia, técnica y vida rural. En ese año de 1899 se inaugura un cacharro a vapor que une Melun con Milly-la-Forêt, al final de la línea, donde coches de caballos llevan hasta las granjas la primera maquinaria agrícola. Salvo el maestro, el médico y el cura, aquí todos los hombres viven de los productos de la tierra o de su comercio. En este último año del siglo, en este último sábado de las vacaciones de agosto, Alexandre instala su sillón a la sombra de los tilos, entre los que juguetea el sol del verano. Ha dejado el patio de recreo abandonado al zumbido de los insectos y a las acrobacias de las golondrinas. Ese hombre de cuarenta y seis años abre sobre sus rodillas el periódico local: *L'Abeille d'Étampes*.

Durante más de treinta años, hasta su muerte, conservará ese ejemplar del periódico, que yo me encontraré doblado, amarillento y

crujiente, entre los archivos de su nieta Monne, y lo hace por causa de la siguiente nota suelta, la única que ese día hace mención de su pueblo: «Hace unos días, el hijo del Sr. Pathey, maestro en Blandy, se encontró un chaleco de obrero que contenía un monedero y diversos objetos: se apresuró a entregar todo ello ese mismo día al propietario del chaleco. Ya tuvimos el placer de mencionar, el año pasado, que este joven había dado prueba de gran valor al arrojarse a sujetar la cabeza de un caballo encabritado, en la estación de Étampes.» Satisfecho de su lección de moral -la cual responde a la *Carta a los maestros* enviada a todas las escuelas por el ministro de Instrucción Pública, Jules Ferry, en noviembre de 1883-, y quizá autor él mismo de esas líneas en *L'Abeille*, que habría enviado a Étampes, Alexandre enseñará esa noche la nota a su hijo Eugène, de dieciséis años, y a su hija de nueve, Eugénie, a la que anima a seguir el ejemplo de su hermano mayor, aunque sin llegar al extremo de precipitarse delante de un caballo desbocado.

Alexandre prosigue su lectura a la sombra de los árboles y frunce el ceño. El gran asunto ahora, en todos los periódicos y también en esta edición de *L'Abeille d'Étampes* del sábado 26 de agosto de 1899, es el caso Dreyfus. El editorial le informa de que «las sesiones del Consejo de Guerra de Rennes continúan sin que se pueda saber todavía en qué fecha terminarán. El número de testigos crece todos los días y así seguiremos sin duda hasta el 15 de septiembre». Hace cinco años que el caso divide en dos a Francia, esta por su parte ha enviado a Zola al exilio en Inglaterra. La semana pasada, el director del *Journal du Peuple*, Sébastien Faure, hizo un llamamiento a la revuelta y *L'Abeille* reprodujo su arenga:

> Nosotros intervenimos, pues, para hacer que los embusteros de sacristías y cuarteles se traguen las infamias y las estupideces con las que envenenan a la opinión pública; para señalar la justa desconfianza que nos inspira el gobierno, sea este el que sea; para sacar de su culpable sopor a las masas adormecidas; para afirmar el vigor y la energía que animan a la parte consciente del proletariado; para resaltar su valor y utilizar el arsenal inagotable de la aspiración al bienestar y a la libertad que se halla en el alma trémula de las multitudes.
>
> E intervenimos también para barrer a esa banda desgañitada de antisemitas y de gritones nacionalistas que infectan las calles y que, si no la sacamos de la calzada, acabarán por dar al mundo la impresión de que el París de 1848 y de 1871 ha muerto, que el París de la Libertad y de las revoluciones se esconde ante un puñado de sicarios y cretinos que imponen sus consignas en los templos donde se adora al Dios fautor de

miserias e ignorancia, en los Estados Mayores donde se explota el fanatismo chauvinista y la estúpida admiración de los brutos ante el lustre y el uniforme.

Estamos en vísperas de días decisivos. Se acercan horas trágicas.

Preparémonos.

Seamos firmes.

¡Hoy domingo, a las tres, todos a la plaza de la République!

La manifestación había degenerado: «Como la Policía dispuso una importante fuerza en ese lugar, los anarquistas, conducidos por Sébastien Faure, se dirigieron hacia la plaza de la Nation y allí se desató la lucha entre estos y los nacionalistas. Hubo intercambio de bastonazos y se dispararon dos tiros de revólver. El agente de policía Gauthier y otros diez guardias resultaron con heridas de mayor o menor gravedad. Un poco más lejos, cayó el señor Goulier, comisario de policía, y otros agentes fueron heridos. El señor Sébastien Faure fue arrestado. Después de estos altercados, los revolucionarios se dirigieron por la calle Saint-Maur a la iglesia de Saint-Joseph y, al grito de "¡Muerte a los curas, abajo el clero!", saquearon el templo.» Todo eso sucede seis años antes de la ley de Aristide Briand y de la separación de Estado e Iglesia. Pero Alexandre lo ignora. Este podría ser un nuevo pretexto: Francia, desde hace mil años, cuando no está en guerra civil, está al borde de ella.

Y durante la lectura de ese periódico -que quizá, y con un siglo de distancia, solo ha estado en manos de nosotros dos-, de esas páginas amarillentas que en cien años hicieron un tour completo a Francia y que yo había llevado conmigo a Blandy, Alexandre se inquieta por el futuro, mientras que yo conocía ya ese pasado y las consecuencias de las noticias del extranjero libadas ese día por *L'Abeille*:[6] cerca de Metz, que ya no pertenece a Francia desde la traición de Bazaine y la derrota de 1870, «y mientras nosotros vivimos días de discordia y turbulencias, Alemania, en significativo contraste, glorifica a su ejército a nuestras puertas y exalta su patriotismo. El sábado, Guillermo II inauguró con gran aparato militar el monumento erigido a los muertos del 1.er Regimiento de la Guardia Imperial alemana en el campo de batalla de Saint-Privat. En una emotiva alocución, el emperador ensalzó a la guardia imperial y celebró el éxito de su abuelo en 1870».

Más al sur, en ese año de 1899 en que se cierra el lazareto de Mindin, la ciudad de Porto, a la que todavía se llama Oporto, sigue castigada por la peste cinco años después del descubrimiento del bacilo por Alexandre Yersin, «y se han adoptado las medidas más severas. Se ha establecido un cordón sanitario alrededor de Oporto y

parece que la epidemia está localizada y será combatida victoriosamente. No obstante, los puertos franceses y los puestos fronterizos han establecido inmediatamente la necesidad de que todos los barcos provenientes de Portugal y de España dispongan de una patente de salud».

Más al este, en Estambul, a la que todavía se llama Constantinopla, «si Francia estuviera menos exclusivamente preocupada por los debates del consejo de guerra de Rennes, habría prestado atención a la visita que nuestro embajador en Constantinopla, Sr. Constans, ha hecho al *shayj-al-islam*, es decir, a esa especie de gran maestro de la religión musulmana que asiste al sultán comandante de los creyentes. Es sabido que Francia es hoy una potencia musulmana muy importante. Su imperio colonial cuenta con millones de adeptos al Profeta en Argelia, Túnez, África Occidental, el Alto Congo y la región del Ubangui. Además, todavía conserva un prestigio considerable en ciertos países islámicos, como por ejemplo Egipto, Marruecos, Asia Menor y la propia Turquía. Sería bueno que combatiera las intrigas que pretenden presentarla como un adversario del islam y, a ese respecto, la visita del Sr. Constans tendrá una inmensa repercusión en el mundo oriental y en toda África».

Y uno bien que podría tomar esa visita diplomática como el extremo del hilo de una pelota de lana y devanar la madeja de la historia de Francia y del islam desde hace un siglo hasta los atentados de *Charlie Hebdo*.

UN DRAMA EN SUDÁN

Ese es el título del único artículo que aparece firmado en el periódico de ese sábado 26 de agosto de 1899, con el nombre de Paul Clermont, también el único escrito en primera persona. Es el artículo más elaborado y el más sangrante: «El alma se queda confusa ante semejante desgracia. Yo conocía a los actores de esta tragedia, el coronel Klobb, el capitán Voulet y sus camaradas. Estaban hechos para estimarse los unos a los otros, vivían la misma vida, habían tenido los mismos jefes, inspiraban la misma simpatía. ¿Cómo ha podido producirse este doloroso encuentro, en el corazón de África, que ha hecho que dos oficiales franceses caigan por balas francesas?»

Esos asesinatos resuenan en *El corazón de las tinieblas* y en *Apocalypse Now*, monstruoso acontecimiento de la locura colonial para el cual la medicina inventa el término de «sudanitis», como excusa patológica para el delirio asesino incomprensible.

Repasemos la historia aceleradamente: los últimos veinte años han visto completarse la europeización por la fuerza del planeta, la desenfrenada carrera de los ejércitos de Inglaterra y de Francia. Ya ha pasado la hora de los héroes solitarios, los Brazza y los Livingstone, los Stanley y los Burton. Las expediciones se profesionalizan y se militarizan.

A partir de 1881, Francia quiere tender una vía férrea, a través del Sáhara, desde Argelia hasta el Sudán francés, que es la actual Mali. Envía al coronel Flatters, que sale de Ouargla rumbo al sur a la cabeza de noventa hombres y ciento cincuenta camellos cargados con oro y con víveres para varios meses. La caravana desaparece en las arenas, masacrada por los tuaregs. Al año siguiente, Inglaterra ataca Egipto y bombardea el consulado de Francia. En 1884, Francia se apodera de Tonkín. En 1885, la Conferencia de Berlín intenta establecer las fronteras europeas de África. Ese mismo año, los yihadistas del *mahdi* de Omdurmán caen sobre Jartum, decapitan al general Gordon, cortan la ruta hacia la provincia de Ecuatoria y los Grandes Lagos; y el capitán Gabriel Marius Cazemajou, después de haber combatido en Tonkín y en la guerra franco-china, baja desde Túnez en busca de los eventuales supervivientes de la misión Flatters. Morirá asesinado en

Zinder, en el actual Níger, por orden del sultán de Sokoto.

Rimbaud echa pestes desde El Cairo, en un artículo que entrega al periódico *Le Bosphore égyptien*, contra la presencia británica en el África Oriental, él, cuyo padre había sido capitán en Argelia en la época del proyecto de Napoleón III de crear un gran reino árabe que fuera de Argel hasta Bagdad. El conflicto entre las dos potencias se encona, dibuja una inmensa cruz sobre el mapa: los ingleses controlan su vertical desde El Cairo hasta El Cabo, los franceses su horizontal de Dakar hasta Yibuti. En la intersección se dan de coces.

En 1896, Francia, que acaba de apoderarse de Madagascar y de expulsar en Muang Sing, a orilla del Mekong, a los ingleses del norte de Laos, envía al capitán Jean-Baptiste Marchand desde Brazzaville rumbo al Nilo. Después de un trayecto de dos años, la misión, en la que también participa Charles Mangin, el futuro vencedor de Marrakech, ocupa Fachoda en 1898 y aplasta a las tropas yihadistas. Inglaterra amenaza, envía barcos de guerra frente a la costa de Brest y de Bizerte, y a Lord Kitchener a Fachoda. Francia arría la bandera, pero al mismo tiempo lanza desde el norte la expedición de Ferdinand Foureau y el comandante François-Joseph Lamy, con la consigna de atravesar la meseta del Tassili y el desierto de Teneré hacia la ciudad de Agadez y al lago Chad. Al año siguiente, el cuerpo expedicionario Voulet-Chanoine deja Dakar cargado de armas rumbo al este para unírseles y apoyarlos.

Esos dos son los que van a hundirse en la locura, los capitanes Paul Voulet y Julien Chanoine, transformando a su tropa de seiscientos soldados y ochocientos porteadores en una columna infernal, incendiando los pueblos a su paso y masacrando a los pobladores, matando incluso a los niños. Cortan las comunicaciones y en su pesadilla y su *sudanitis* afirman querer crear su propio reino africano. El teniente coronel Jean-François Klobb es enviado a toda prisa desde Tombuctú con la orden de hacerlos entrar en razón y arrestarlos. Después de una persecución de dos mil kilómetros, los encuentra en Dankori, cerca de Zinder, y se aproxima a su campamento al descubierto. Voulet hace que lo abatan. Los dos capitanes serán asesinados, algunos días más tarde, por sus propios hombres amotinados.

Alexandre cierra el periódico después de haber rodeado con un lápiz azul la nota sobre su hijo. Ya es el final de la tarde y el sol declina. Se siente un poco alterado por esa lectura, un poco perdido con todos esos nombres de lugares, él, que nunca ha salido del departamento de Sena y Oise. Es la hora de tocar la campana y hacer entrar a los niños en clase. Pero no, todavía son las vacaciones de verano, y además es sábado. Tiene que preparar el comienzo del

nuevo curso, limpiar paredes y suelos a fuerza de agua. Saca del archivo el mapa mural de África de Vidal-Lablache. No es muy patriótica ni pedagógica esta historia de franceses que se matan entre sí, sin que intervengan siquiera los ingleses o los alemanes. Cómo explicar ese drama a los niños. Es algo completamente ajeno a lo que dice el manual de geografía de Pauly & Toutey, todavía en uso entonces: «El carácter de los franceses es amable, acogedor; se nos reconoce la alegría, el ingenio; se airean nuestras buenas maneras; también se sabe de nuestra franqueza, de nuestro ardor en el trabajo y que nos gusta hacer el bien a los otros. Jóvenes franceses, esforzaos desde la escuela en adquirir y conservar las cualidades que han construido la grandeza de vuestros padres.»

Pero los niños no se enterarán del drama de Dankori. No hay emisoras de radio ni de televisión que distraigan sus mentes. Él es el único juez. Este periódico debe permanecer en su apartamento privado, conoce el reglamento, yo también lo conozco puesto que él conservó un ejemplar de este que yo encontré, más de un siglo después, entre los archivos de Monne:

EXTRACTOS DEL REGLAMENTO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS PÚBLICAS DEL DEPARTAMENTO DE SENA Y OISE

Art. 3

La guarda de los locales escolares está encomendada al maestro. Este no permitirá que, sin mediar una autorización especial del prefecto, sean usados para ningún uso ajeno a su propósito.

Art. 6

Las clases durarán tres horas por la mañana y tres horas por la tarde: la de la mañana comenzará a las ocho y la de la tarde a la una.

Art. 14

La clase será encalada o lavada con lejía todos los años, y se mantendrá en un constante estado de limpieza y salubridad. A dicho efecto, deberá ser barrida y limpiada con agua todos los días. Se aireará con frecuencia, las ventanas serán abiertas durante el intervalo de las clases, incluso en invierno.

Art. 15

El francés será la única lengua usada en la escuela.

Art. 16

Queda prohibida cualquier representación teatral en las escuelas públicas.

Art. 17

No se podrá introducir en la escuela ningún libro ni folleto, ningún impreso ni manuscrito ajenos a la enseñanza, sin la autorización escrita del inspector de la Academia.

BARBIZONESES & CHAILLOTINOS

Por supuesto que yo soñaba con horizontes más amplios, pero hasta el presente habían dado saltos de pulga. A una veintena de kilómetros de Blandy, al borde de la D64, se ofrece a la mirada de los automovilistas una gran reproducción en azulejos de *El Ángelus* de Millet. Yo había estacionado el Passat en la calle mayor de Barbizon, adonde acudían a mediados del siglo XIX los pintores ávidos de aire libre, los Corot, Daubigny, Rousseau y el propio Millet, en rebeldía contra los esplendores alegóricos de David bosquejados en taller. Los avances del arte dependen de los avances técnicos: hacía poco que se vendían los colores en tubos de zinc y había un tren que partía de París y tenía parada en Melun. Desde allí, un coche de caballos entregaba su cargamento de artistas en el puesto de correos de Chailly-en-Bière.

Todo ese mundillo se alojaba en el albergue del Cheval Blanc. Cada mañana partían dos grupos a pie para pintar, con toda la parafernalia de taburetes plegables, paletas, caballetes, grandes paraguas blancos, pinceles, cepillos y pintura en tubos: de un lado, los animalistas como Albert Charpin y Rosa Bonheur se iban a la llanura de la Bière en busca de ovejas y vacas, molinos y labranzas, espigadoras y sembradoras; del otro, los paisajistas silvestres llegaban hasta la aldea de Barbizon, en el linde del bosque de Fontainebleau, aunque dentro del municipio de Chailly.

Entre barbizoneses y chaillotinos la cosa estaba que ardía. El espabilado François Ganne abrió un albergue en medio de la aldea. Los pintores se evitaban así dos horas de caminata cotidiana cargados con sus bártulos. Llovía el dinero. Barbizon no quería seguir siendo la vaca lechera de Chailly. La aldea se independizó al conseguir del Estado, en 1903, el permiso para convertirse en municipio, un municipio francés más. En ese año de 2015, estos eran 36.658. Dividámoslos por los 365 días de los doce meses: visitar uno al día durante un siglo no alcanzaría para conocerlos todos, este país nos resulta inaccesible.

Al fondo del cuadro más célebre de la escuela de Barbizon, ese cuadro que por un tiempo fue el más caro del mundo y que hoy está

en el Museo de Orsay, el campanario que se ve, a pesar de las disputas, es el de Chailly. Hasta su muerte, la niñita de blanco, que vivió aquí, llevó consigo a sus diferentes domicilios una copia de la obra, y su nieta Monne la conservó en su casa de Mindin. A mí no me gustaba esa pareja de campesinos colgada de la pared en medio de ese paisaje desolado, aplastada conjuntamente por la fatalidad de la condición campesina y el oscurantismo religioso, y que parecía aceptar su suerte y hasta darle gracias a Dios, en pie delante de su carretilla y su cesta de patatas, con el campanario de Chailly sobre el horizonte en el momento en que les llega el revuelo de campanas que llaman a la oración del ángelus; pero resulta injusto, hay que escuchar a Millet, la gran humanidad y el amor a la naturaleza de quien nació campesino y fue labrador y pastor, y cuyas últimas palabras pronunciadas son las de un artista sorprendido: «Es una lástima. Habría podido trabajar más.»

Van Gogh lo convirtió en su maestro y retomó las composiciones de sus cuadros para volver a pintarlos a su estilo. Después de los animalistas y los paisajistas, fueron los impresionistas, Monet, Renoir o Sisley, quienes hicieron el peregrinaje, y el albergue del padre Ganne se convirtió en un pequeño museo cuyas paredes y muebles están cubiertos de bocetos encontrados debajo de sucesivas capas de pintura. Allí se proyecta ininterrumpidamente un filme gracias al cual me enteré del encuentro de Robert Louis Stevenson y Fanny Osbourne en Barbizon, antes de que partieran juntos hacia Samoa, isla a la que llegaron en 1890, el año de la muerte de Van Gogh en Auvers-sur-Oise y del nacimiento de Eugénie-Alexandrine en Mérobert. Dos años más tarde, moría aquí George Schwob, que había abandonado el Instituto Francés de El Cairo poco después de la partida de la niñita de blanco, y cuyo hijo Marcel, el autor de las *Vidas imaginarias*, seguiría en el ocaso de la suya los pasos de su héroe Stevenson rumbo a Samoa.

En la librería, compré una novela de los hermanos Goncourt en la que se menciona su estancia aquí en 1860, *Manette Salomon*; luego me dirigí al Passat bajo una lluvia fina, pensando en la frase desesperada de Trotski en 1934, cuando el antiguo jefe del Ejército Rojo exiliado se escondía bajo una falsa identidad en una de las casas de Barbizon que están en el linde del bosque, una frase pronunciada en el transcurso de un paseo por aquellas calles, en compañía de su guardaespaldas y secretario Jean van Heijenoort, bajo un cielo que puede que fuera tan próximo y triste como el de ahora: «Vestirse, comer, esas pequeñas cosas miserables que hay que repetir día tras día.» Me crucé bajo el aguacero con algunos japoneses encapuchados. No había encontrado hotel y me alojaba en una casa de huéspedes alejada de todo. Llamé a Yersin a Ginebra, aterrado ante la idea de tener que tomarme un café a la mañana siguiente sentado en la mesa común de no fumadores.

Como siempre, ella supo tranquilizarme.

Si hace mucho que Barbizon va camino de monte-san-michelizarse, Chailly permanece adormecido como pueblecito de menos de dos mil habitantes, a cincuenta kilómetros de París por la carretera D607. Gracias a los limpiaparabrisas, había podido leer dos carteles colocados al borde de la ruta, uno informativo, que anunciaba que el pueblo, confrontado a la desertización sanitaria, buscaba un médico generalista, y el otro reivindicativo, que protestaba contra la inminente clausura de un aula escolar.

Una vez estacionado el Passat al pie de ese campanario que se ve sobre el horizonte en el cuadro, encorvado y protegido por un paraguas, paseé el índice sobre el mapa de papel acristalado que estaba delante del ayuntamiento. Algunas personas salieron de este para preguntarme qué buscaba, probablemente calibrando con la mirada si yo sería el esperado doctor, para el cual, sacrificando la seguridad a la salud, acababan de transformar el puesto de policía municipal en futura consulta médica.

Les respondí que buscaba la escuela primaria. Hubo ceños fruncidos y temí resultar sospechoso, con mi ancho impermeable negro y delante de ese automóvil cuya procedencia geográfica estaba enmascarada. Mencioné a Alexandre Pathey, que había dirigido aquella escuela durante la Primera Guerra Mundial. Tenía ante mí a los ediles de Chailly. Salían de una reunión, cartera en mano. Charlamos. El alcalde, Patrick Gruel, me preguntó si disponía de documentos de la época sobre el municipio. No tenía gran cosa. Alguna correspondencia administrativa, así como una declaración, firmada por la mano de su lejano predecesor, en la que este certificaba que «la señorita Eugénie Pathey ha cumplido con celo y dedicación la función de secretaria auxiliar de ayuntamiento».

Sin duda, la joven, que había asistido a su envejecido padre, solicitó ese certificado a los efectos oportunos para el caso de que necesitara encontrar trabajo después de la guerra. Añadí que sus padres, ella nacida en Egipto y él en el Vexin, habían pedido, mucho tiempo después de haber dejado Chailly, que sus restos fueran enviados aquí y sepultados en el cementerio del camino de Villiers, en el límite de ese bosque salpicado de grandes roquedales redondeados, al lado de las tumbas de Jean-François Millet, de Théodore Rousseau y de Karl Bodmer, el pintor suizo de los indios de América del Norte, los gritones pieles rojas de Rimbaud.

EN CHAILLY

El primero de enero de 1914, el día de Año Nuevo, ellos alzan las copas de champán por un porvenir que les sonríe: solo son tres en la escuela cercana a la iglesia y al ayuntamiento, el padre, la madre y su hija de veinticuatro años, Eugénie. El hijo domador de caballos encabritados se ha alistado y ha partido como tambor mayor a Lorient y luego, a Albi. Comienza un año como los otros, pero no para Alexandre Pathey. Después de cuarenta años de docencia, cuenta con ejercer su derecho a la jubilación y retirarse a Chartres.

Es un hombre robusto, no demasiado alto, con gran mostacho blanco a lo Georges Clemenceau. Reúne los documentos que reconstruyen su vida en los lindes de bosques, el bosque de Vexin, luego el de Rambouillet, ahora el de Fontainebleau, enumera las escuelas en las que ha estado destinado, siempre en la gran corona urbana que rodea París por el sur, en Chevreuse, Neuilly-sur-Marne, Saint-Jean-de-Beauregard, Les Mesnuls, Rochefort-en-Yvelines, Mérobert, Saint-Sulpice-de-Favières, Marolles-en-Beauce, Blandy y hoy en Chailly, así como las distinciones que le ha reportado una carrera tan larga, porque a la Tercera República le encantan las medallas, de bronce, plata y oro, como si fuera un deporte, la mención obtenida por una monografía de Blandy presentada en la Exposición Universal, las felicitaciones recibidas de parte del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Gabriel Guist'hau, por su compromiso voluntario con la enseñanza para adultos, compromiso tan grande que su vista se resiente. Tengo delante de mí una factura de la casa Renard, situada en el número 12 de la calle de la Tannerie, en Étampes: «Entrega de unos quevedos con cristales por receta 6 f. Entrega de un estuche 1 f. Total 7 f.»

Provisto de esos quevedos, el dreyfusard[7] abre algunas semanas más tarde *Le Petit Parisien* del domingo 25 de enero de 1914, saca un par de tijeras del cajón de su escritorio y recorta un extenso artículo: «Los funerales del general Picquart». El oficial que exculpó a Dreyfus también fue expulsado del ejército al final del primer proceso, y enviado a prisión por falso testimonio; rehabilitado al mismo tiempo

que Dreyfus, había sido nombrado luego ministro de la Guerra. Ahora acaba de morir de forma bastante estúpida al caer de un caballo en Amiens. El cortejo fúnebre abandona la estación del Norte hacia el cementerio del Père-Lachaise en presencia de Raymond Poincaré, presidente de la República, de Émile Loubet, antiguo presidente de la República, de Alexandre Millerand, futuro presidente de la República, de Georges Clemenceau, antiguo y futuro presidente del Gobierno, y del propio capitán Dreyfus, en cuyo patriotismo nunca hizo mella la injusticia, y que dentro de pocos meses volverá al frente con entusiasmo e ingenuidad.

El artículo, que ocupa varias columnas, está ilustrado con una fotografía en blanco y negro del coche fúnebre tirado por caballos, y como suele ocurrir en arqueología, el reverso de la página hormiguea de informaciones olvidadas cuya importancia histórica, con la distancia, resulta más grande que la muerte de Picquart. «Sherif Pachá declara ante el juez»: el general turco, oficial de Saint-Cyr y de la Legión de Honor, exiliado en París, acaba de escapar a una tentativa de asesinato y de abatir con un revólver a Alí Djevad, el agresor que se había introducido en su casa. Ese general francófilo es un obstáculo para la adhesión del Imperio otomano a Alemania. Y va a ser el despiece de ese imperio agónico por parte de las potencias europeas lo que desatará, al cabo de seis meses, la Primera Guerra Mundial.

De momento, no se siente la pólvora sino sobre todo la nieve. Hace un frío que pela y, sin embargo, «pese al frío, a París no van a faltarle el carbón ni el gas». El consejo municipal acaba de aprobar una ayuda excepcional para los «obreros de los puertos de París y los empleados auxiliares de la compañía de barcos parisinos, que han sufrido un verdadero parón como consecuencia de la disminución de los atraques motivada por el hielo». Y en una de las deslizantes aceras heladas de esa capital congelada, «el señor Armand Grimal, de cuarenta y seis años, representante de comercio, se ha matado la pasada noche, hacia las tres, de dos disparos de revólver en la cabeza, delante del número 88 de la avenida del Maine. Durante mucho tiempo habitó en ese inmueble, gozando de una situación desahogada, en compañía de una señorita de apellido Meyer, que murió hace aproximadamente seis meses».

Yo había resuelto acercarme a mi retorno hasta esa dirección y alzar mi copa por los bellos amores muertos, en el Maine Café, que ocupa hoy los bajos del número 88, aunque el inmueble no sea ya el mismo, pues fue reconstruido en los años setenta durante la construcción de la torre Montparnasse. Con la refrescante ingenuidad de un presente que ya no existe, *Le Petit Parisien* del 25 de enero de 1914 está próximo, como todos los viejos periódicos, a la lectura de los «poetas de tiempos antiguos», cuyo vigor compara Proust con el de

las chicas de la pequeña banda, poetas «para los cuales los géneros todavía no estaban separados, y que mezclan en un poema épico los preceptos agrícolas con las enseñanzas teológicas». *Por el camino de Swann* se ha publicado el pasado mes de noviembre. Se venderán tres mil ejemplares de él hasta el mes de agosto, después las ventas se estancarán con la movilización general.

El 7 de marzo de 1914, a las nueve de la mañana, Joséphine Lorion, apellidada Thirion de soltera, viuda del cosechador de cereales, se apaga a los noventa años cumplidos en su casa de Boulogne, calle de Longs-Prés, entre el Sena y el bosque. La niñita de blanco es ahora huérfana. Tiene cincuenta y seis años.

Ya es la época de los narcisos y las campanillas de nieve. Ella prepara su mudanza a Chartres. En esta apacible primavera, ¿es consciente de que Europa está en la cima de su poderío económico, industrial y cultural, en el apogeo de su extensión geográfica y también de su peso demográfico? En ese momento, una de cada cuatro personas es europea o de origen europeo. Por primera vez en la historia de la humanidad, una civilización ha logrado una dominación planetaria. Tal era, según creía entonces Kipling, la carga del hombre blanco.

En medio de ese continente de paz y prosperidad, París es la capital mundial de la pintura y la literatura, también de la música y de la danza, y podría fijarse el punto de ese cenit unos meses antes, el 29 de mayo de 1913. El recién abierto Teatro de los Campos Elíseos, del arquitecto Auguste Perret, acoge a los Ballets Rusos de Diáguilev. Se estrena *La consagración de la primavera*, de Stravinski, y la coreografía es de Nijinski. Trajes y vestidos de noche. Todo es muy ecuménico, artistas y banqueros. En el cóctel, Ravel y Debussy, Gide y Claudel, Cocteau, Proust y Cendrars, Henry James y Joseph Conrad, Sarah Bernhardt e Isadora Duncan, los banqueros Gulbenkian, Vanderbilt y Rothschild: todos a bordo del gran navío art déco, cual si fuera el *Titanic*, que se había hundido un año antes. A uno le gustaría prevenirles, tocarles en el hombro. Van derechos a estamparse contra el muro. Navegan hacia el iceberg, bailan sobre el volcán. Pero lo que hay es barullo y riñas de vanguardias, invectivas, y llama usted música a eso, gritos y bastonazos, un sombrero que rueda por el suelo, una copa que se rompe. Europa se aburre y se adentra con despreocupación y buena conciencia en la embriaguez de la autodestrucción y el champán.

Tres meses más tarde, en pleno verano, el presidente del Gobierno, Louis Barthou, hace balance de las negociaciones con Alemania: «Debemos admitir que estas concesiones han alejado por mucho tiempo el riesgo de una conflagración general.» Es apoyado por la

proverbial lucidez de los economistas: su ministro de Comercio, Alfred Massé, está convencido de que la «mundialización de los intercambios es la mejor garantía de la paz». Ve una prueba de ello en la reciente declaración de su homólogo británico, David Lloyd George: «Los intereses comerciales e industriales de nuestros países están ya tan imbricados que la guerra se ha vuelto imposible.»

Los asuntos morales suelen estar ligados en Francia a asuntos políticos. El 16 de marzo de 1914, la esposa del ministro Joseph Caillaux mata con un revólver a Gaston Calmette en su despacho de director de *Le Figaro*. Ese Caillaux, cuya carrera política se viene abajo, estaba a punto de hacerse cargo de la presidencia del Gobierno y de nombrar ministro de Asuntos Exteriores a Jean Jaurès, pacifista como él. Alexandre Pathey sigue llenando el papeleo administrativo, jura por su honor que no tendrá más ingresos que los de su jubilación como maestro, y que no ha ejercido, «ni ejerce actualmente, funciones susceptibles de concederle derecho a otras pensiones, ni del Estado, ni de los departamentos, colonias, países del Protectorado o establecimientos públicos». Se acerca el fin del año escolar. Muy pronto, él dará unas palmas o tocará la campana por última vez, y los alumnos formarán en filas de a dos en el patio. El último día, un pequeño poema de agradecimiento escrito con tiza sobre la pizarra, un breve homenaje leído por el primero de la clase.

Las familias han puesto dinero para regalarle un azucarero de plata a la niñita de blanco y hay disparos cerca de uno de los puentes del río Miljacka. Gavrilo Princip mata al archiduque de Austria y a su esposa. Alexandre saca del archivo el mapa de los Balcanes, editado por Vidal-Lablache, y localiza dónde están Sarajevo y Bosnia-Herzegovina. Ese día, el káiser, vestido con uniforme de gala, preside a bordo de su yate las regatas anuales de Kiel, en el Báltico, y no permite que lo molesten. El zar previene a Austria-Hungría contra cualquier acción en Serbia. Los pueblos y los periódicos se enardecen. Europa encuentra una distracción. El 31 de julio, Raoul Villain asesina a Jean Jaurès, que rechazaba una guerra tan apasionante. Se decreta la movilización. Alexandre es demasiado viejo. Le piden que permanezca en su puesto hasta que sea nombrado su sucesor. Solo unas semanas, justo el tiempo de echar a los alemanes.

El general Gallieni, encargado de la defensa de la capital, requisa bestias y forraje en todos esos pueblos de los alrededores de París y se prepara para el asedio. Esta vez se espera salvar a los animales exóticos del Jardín de Aclimatación. Vacas y ovejas patrióticas entran en columnas en París. Los ovinos pastan en el bosque de Boulogne y a los bovinos se los aparca en el hipódromo de Longchamps. Los

caballos, como los hombres, se van al frente. Los taxis también. El inicio de las clases coincide con la batalla del Marne. Los frentes se estancan.

Alexandre ha reanudado los dictados, las tablas de multiplicar y sus tareas en la secretaría del ayuntamiento, con la ayuda de su hija Eugénie, la cual, a los doce años de edad, el miércoles 4 de noviembre de 1902, había copiado a lo largo de varias páginas en su cuaderno de escritura, por orden de su padre, que era también su maestro en la escuela, con tinta y pluma Sergent-Major y con una bella caligrafía que alternaba trazos gruesos y finos, esta frase única: «Todo hombre tiene dos patrias: la suya y además Francia.»

Luego llegan los largos inviernos de Chailly-en-Bière y uno se huele que el nombramiento del sucesor está lejos. El 21 de febrero de 1916 empieza la batalla de Verdún. En julio, comienza la del Somme. Cientos de miles de jóvenes mueren, y en la retaguardia continúa la pequeña misión de instruir a los niños y de calentar la clase. El 4 de noviembre de 1916, Alexandre Pathey envía un giro al señor Evrard, administrador de Maderas del Mée en Barbizon, departamento de Sena y Marne: «Ante la falta de tiempo, me tomo la libertad de enviarle por correo los cincuenta francos de la madera, solo me queda darle las gracias pues es muy buena, espero que pueda vendérnosla de nuevo el año próximo. Acepte la expresión de mis mejores sentimientos.»

Desde su mansión de Fleury-en-Bière, no lejos de aquí, la marquesa de Ganay recluta muchachas de buena familia para la Asociación de Enfermeras-Visitadoras de Francia, ubicada en el 56 de la calle de Vaugirard, y contacta con Eugénie. Esta recibe el 3 de abril de 1917 un correo de Berruye, médico-mayor del Hospital complementario n.º 52 de la 5.ª Región, situado en la plaza de Fontainebleau, y sigue un rápido curso de formación, aprende a cambiar vendajes. Los heridos son cada vez más numerosos, llegan gaseados, lisiados. El frente está del otro lado de París, al norte y al este. Los desfigurados y los amputados son enviados a todos los departamentos. Las mujeres trabajan en los campos para alimentar a los niños y en las fábricas para producir obuses. Europa está arruinada.

En este año de 1917, los Estados Unidos de América, cuya población es todavía una cuarta parte de la europea, entran en guerra y envían tropas al puerto de Saint-Nazaire. Desde hace tres años, y con la inauguración de su canal de Panamá, el mundo entero se enriquece. Argentina y Nueva Zelanda exportan su carne. Los astilleros navales japoneses construyen barcos de transporte. Para poder utilizarlos, Francia e Inglaterra prometen entregar después de la victoria al emperador Yoshihito las colonias alemanas en China: la provincia de Shandong y las fábricas de cerveza de Tsingtao. En Rusia estalla la

Revolución de Octubre. Por delante de Verdún, las comunas de Douaumont y Vaux han sido recuperadas. Todavía falta un año para la firma del Armisticio en noviembre, varios millones de europeos mueren. La paz no reúne más que a vencidos andrajosos. Alexandre sigue las peripecias del futuro tratado a través de *Le Petit Parisien*, así se entera de que la patente de la aspirina podría pasar a manos francesas. Eugénie tiene veintinueve años, ya sería hora de que se case.

Ella pertenece a esa generación de mujeres que van a tener que andar a codazos para disputarse a los supervivientes. Un hombre de cada diez ha desaparecido y muchos otros están enfermos. Pero ahí está ese joven atleta rubio de ojos azules, el monitor de gimnasia, al que sus padres han invitado a comer un domingo a Chailly, ¿vendrá? Es un apasionado de la cultura física y mantiene correspondencia con su héroe, Gabriel Maucurier, de la Federación de Gimnasia Deportiva. Prisionero de guerra, regresa indemne a Francia en diciembre de 1918, lo envían en prácticas a Joinville-le-Pont, del otro lado del bosque de Vincennes, a la Escuela deportiva militar del batallón de Joinville, y luego lo destinan a Melun:

> El señor Petit, inspector primero del Departamento de Melun, acredita, ante los señores maestros y las señoras maestras del departamento, al monitor de Educación Física Deville, sargento del 31.º Regimiento de Infantería, destacado en Melun.
>
> 5.ª Región - 3.ª Subdivisión, Estado Mayor, Instrucción & Entrenamiento Físico.

El joven atleta saluda al inspector y se mete en el bolsillo de su uniforme la siguiente orden de misión, de fecha 8 de mayo de 1919, firmada por el teniente jefe de sección:

> El sargento Deville, del 31.º Regimiento de Infantería, es designado como monitor de Instrucción y Entrenamiento Físico de la Subdivisión de Melun. Debe viajar a pie, en bicicleta o en ferrocarril. Se ruega facilitarle la ejecución de su misión.

En este fin de curso escolar de 1919, el gimnasta emprende su gira por la subdivisión. El 28 de junio, justo cinco años después del atentado de Sarajevo, se firma no lejos de allí, en el palacio de Versalles, el tratado de paz entre los aliados y Alemania. Cuando él llega a Chailly, se encuentra con el director de la escuela, así como con la dura esposa de este, la que fuera niñita de blanco. Esta hace de nuevo las maletas, mete en ellas el azucarero de plata, que les regalaron a su partida cinco años antes, y la copia de *El Ángelus*. Al

final del verano, irán a instalarse en Chartres. Paul Deville acaba de reparar por primera vez en su hija Eugénie.

DESFILE EN JULIO

Sentado al volante, estacionado en el muelle del Maréchal-Joffre, me parecía distinguir enfrente, sobre la isla de Saint-Étienne, la silueta de Taba-Taba o de algún otro loco que corría por la margen agitando los brazos, delante de unos muros altos que podían ser los de una prisión. Plantada sobre un meandro del Sena, Melun es una de esas ciudades que deberían verse aisladas y de lejos, majestuosas en medio del paisaje, pero que se han visto atrapadas, devoradas, por la red suburbana de carreteras y raíles, y por una mezcla de arrabales y risueñas campiñas. Teniendo al sur Fontainebleau, y al norte, Vaux-le-Vicomte y el castillo de Fouquet, cuyo esplendor levantó la cólera del Rey Sol, la verdad es que la figura de Blanca de Castilla, reina de Francia que murió en Melun, y los bloques de la barriada de Dammarie-les-Lys, donde se filmó la comedia *Les Kaïra*, no resultan muy propicios para animar el turismo melunés.

Delante de esa estación, edificada a mitad del siglo XIX y hoy estación terminal de la línea de cercanías RER D, es donde convendría instalar el complejo material cinematográfico que ya utilicé en la avenida Simón Bolívar de Managua y en la avenida Didouche-Mourad de Argel: una cámara capaz de filmar aceleradamente durante un siglo y medio las modificaciones del paisaje urbano y los rostros de todos los viajeros. Los de la banda de alegres pintores rumbo a Barbizon, que fueron los primeros en utilizar la línea. Y más tarde, en abril de 1879, el de Paul Cézanne, que vivió aquí, en la plaza de la Préfecture, y regresó a su casa. Y todavía más tarde, en el mes de julio de 1919, el del joven gimnasta Paul-Marie Deville, de uniforme azul marino y tocado con una gorra, que aparecía de vez en cuando por los andenes, a veces con un ramo de flores en la mano.

Después de más de tres años de cautiverio en Alemania, Paul no tiene una dirección en Francia. Sus parientes, que huyeron de Soissons y pasaron la guerra en París, se vuelven a instalar en el número 3 de la calle de Guise, en medio de una ciudad devastada. Él, como todos los supervivientes de las trincheras, está a la espera de ser desmovilizado. Pero una guerra mundial no se detiene de un día para

otro. El joven gimnasta se ha guardado el ejemplar del diario *Le Petit Parisien* -«Con la mayor tirada de todos los periódicos del mundo» del pasado sábado 5 de julio, en el que se da cuenta de los debates en la Cámara de Diputados.

Han pasado seis meses desde el Armisticio. Se habla de comenzar la desmovilización de las clases 7, 8 y 9, pero él está en la 10. Otros, como el diputado Jean Durand, querrían que la desmovilización de los campesinos fuera prioritaria, y ese tampoco es su caso: «Las tierras de Francia han perdido a un millón de muertos, un millón de mutilados y un millón de campesinos movilizados. No obstante, hace falta que la tierra produzca, para que Francia viva. Es por eso por lo que la desmovilización está en la base de todos nuestros problemas económicos y financieros.» La República de Weimar se dispone a firmar el tratado, pero todavía hay que esperar, mantener las tropas en alerta y las armas dispuestas.

En la Europa central, se modifican las fronteras y bastaría soplar sobre las brasas para que el conflicto se avive. El general Franchet d'Espèrey devuelve a los rumanos la administración de la ciudad de Arad. «El general fue recibido por un gentío inmenso que aclamaba a Francia con entusiasmo. Se negó a recibir al alcalde magiar que quería hablar en nombre del gobierno magiar y declaró que Arad era de Rumanía.» Más lejos, el Ejército Rojo de Trotski sufre altibajos en el frente finlandés: «Los bolcheviques han fracasado en su tentativa de dividir a las tropas que iban desde el frente de Tuules hacia Olonetz, desembarcando en Vitele las numerosas fuerzas de la flota del Ladoga. Los blancos se retiraron a tiempo a Vieljarvi.» Un despacho de agencia desde Lima menciona la revolución en Perú. Jack Dempsey conquista el título de campeón mundial de boxeo. La princesa Murat es víctima de un accidente de carretera en Estados Unidos. En París se hace recuento de los supervivientes del Jardín de Aclimatación.

La capital no ha sido asediada como en 1870, cuando Hugo devoró la mitad del zoo. Los alemanes fueron detenidos en el Marne y el señor Porte, el director, se muestra tranquilizador: «Hemos podido conservar los especímenes raros o preciosos de nuestra colección: las dos jirafas, el elefante, las tres avestruces, el dromedario y los caballos enanos que tanto gustan a los niños. Dos leones marinos evolucionan en la dársena y las faisanerías están todavía suficientemente dotadas. Por otra parte, desde el fin de las hostilidades hemos hecho todo lo posible por aumentar el número de nuestros huéspedes. Dos cebroides, obtenidos en Brasil mediante el cruce de una cebra macho con dos yeguas de Boulogne, enriquecen nuestra colección». Paul-Marie cierra el periódico. Nada de eso le dice cuándo podrá vestirse él de civil, comprar una entrada en la casa de fieras e irse a ver de cerca a los cebroides.

A partir de ese mes de julio de 1919, se convierte en un habitual del trayecto que va de Soissons a Chailly, vía la estación de París Norte y la de París Lyon, y luego Melun. Un «peludo» intacto es una especie todavía más rara que un cebroide. Él se pavonea con su lindo uniforme deportivo militar y emprende la seducción de Eugénie-Alexandrine, esa muchacha alta de ojos castaños y cabellos negros. Al principio, escribe a los padres: «Como había previsto, la vida aquí no es nada divertida, pero no tengo intención de quedarme por mucho tiempo, de entrada porque las primas que se ganan son irrisorias y además no hay muchas posibilidades en lo que concierne a mi tipo de trabajo. Así que cuento con establecerme en París dentro de algunos días.»

En efecto, todo se acelera. La opinión de los industriales y de los representantes del mundo agrícola es adoptada y se decide hacer la desmovilización general de golpe. «Me he enfundado por fin el traje de civil con un suspiro de alivio, o, mejor, con un ejercicio respiratorio, por usar mi vocabulario gimnástico. Parece que el domingo próximo tendremos aquí una fiesta con motivo de la decoración de la ciudad, que debe recibir la Legión de Honor, se espera incluso la visita del señor Poincaré… En cuanto a mí, no puedo sino subrayar el buen recuerdo que guardo de ustedes y de su amable país.»

Como pájaros supervivientes sobre las ramas ennegrecidas de un paisaje devastado por el incendio, esos dos van a iniciar la pequeña y eterna danza respetando los ritos y los pasos que son propios de su época, el intercambio de dulces palabras, dos pequeños poemas, una foto, y los paseos familiares por el bosque. Caminan pisando huevos. Él se envalentona:

> Querida amiga:
>
> Al fin he recibido noticias suyas, y eso me hace muy feliz porque empezaba a perder la paciencia, tal vez le parezca que soy muy exigente, pero no, no piense eso, cuando se trata de personas a las que uno tiene mucho interés en estar unido y hacia las que se conserva una amistad profunda y sincera, es muy natural que se espere noticias con impaciencia. Usted me pregunta qué es lo que piensan mis padres de mi decisión de partir a París, es cierto que se quedaron más bien sorprendidos cuando les anuncié mis nuevos proyectos, pero ya está resuelto, además les he hecho ver que a mi edad debía pensar en buscar una posición, ¡tanto desde el punto de vista del trabajo como del matrimonio!, y según creo nos separaremos perfectamente de acuerdo. También les he mostrado la fotografía de una

> persona que me es muy querida y que les ha parecido muy linda, y desean que mis esperanzas prosperen. Cuento con ir a París el martes o el miércoles, e instalarme allí definitivamente la semana siguiente. Gracias por sus dos pequeñas poesías referidas a los «peludos»…

Paul acaba de echar dos cartas al correo, una con destino a Chailly, para Eugénie, la otra con destino a París, para una tal Annie. Baja por la calle de Guise hacia la orilla del Aisne, que está a dos pasos, ve deslizarse las chalanas bajo el puente en medio de la luminosidad del anochecer del verano. Todavía se pregunta si la decisión que toma es la correcta, escoger a Eugénie en vez de a Annie.

A partir del mes de agosto comienza el noviazgo, que va a durar un año, es bien largo. A partir de ahí, los desplazamientos cambian de dirección. Eugénie, que nunca se ha separado de sus padres, ni siquiera para ir a la escuela puesto que ella vivía en la escuela, ha seguido a estos a Chartres. Se casan en septiembre de 1920, y los cuatro se instalan en el número 5 de la calle de la Pie, donde la niñita de blanco de sesenta y dos años ya ha colgado *El Ángelus*.

PRIMER AMOR

El gimnasta conservará todo lo relacionado con su familia y su vida de soltero en una maleta de madera de factura militar. Los escasos documentos de estado civil nos dicen poco sobre sus padres, Eugène y Julie, de apellido de soltera Maucurier. El padre, que había entrado en octubre de 1891 en las fundiciones y talleres de construcción Piat, en Soissons, como almacenero, fue evacuado a la sede parisina de la calle Saint-Maur el 30 de agosto de 1914, a la llegada de los alemanes. Sabemos más acerca del hermano mayor del gimnasta, Henri, obrero fundidor, aunque en ese momento era artillero a tiempo completo. Ya casado y padre de una pequeña Madeleine al comienzo de las hostilidades, regresa de permiso a su casa de vez en cuando, en el número 8 del pasaje Gustave-Lepeu, en el distrito IX de París.

Todas sus cartas comienzan con «Mi querido Paul» y llevan el tampón violeta de la censura. Están dirigidas al campo de prisioneros de guerra de Wurzburgo, en Baviera, donde su hermano menor está internado desde abril de 1915: «Te escribo desde París, estaré aquí ocho días… Madeleine sigue creciendo… Con el tiempo que ha pasado no la reconocerías… Actualmente estamos siempre en los alrededores de mi antigua guarnición. Puede que nos saquen de ahí en breve, para ir a saber dónde… Ciertamente esto se hace largo y aún no parce que vaya a terminarse, pero la impaciencia no hace avanzar, al contrario…»

Fue por casualidad que en estos intercambios fraternales descubrí la aventura parisina de Paul, a la que Henri pone fin brutalmente el 13 de agosto de 1915: «A propósito, debo hablarte de esas dos cartas, sobre ti, que han recibido nuestros padres. Es cosa tuya, pero no comprendo en absoluto por qué quieres que esa señorita y ellos se conozcan. Mientras lo consideré como una diversión, me ahorré la molestia de hablar del asunto. Ahora que tú también te lo tomas en serio, no quiero tener que hacer más alusión a ello. Debes comenzar por saber lo que haces. Actúas al contrario que todo el mundo. Cuando quienes están en un caso como el tuyo, que da tanto que hablar, permanecen más tranquilos que nunca y sobre todo no se comprometen a nada de cara al futuro, tú precipitas el movimiento. O

eres tonto o no piensas. Mi padre no ha respondido a la segunda carta. No sabe qué debe hacer, y en todo caso lo estás obligando a ser descortés con esa señorita, que es tan educada con ellos. Todo el mundo en casa espera explicaciones exactas sobre el asunto. Tienes que hablar francamente. Cuando se es tan ingenuo como para hacer semejantes tonterías, se debe tener la franqueza de discutirlas.»

Paul está a punto de cumplir veinticinco años, pero ser el hermano mayor no era entonces poca cosa. Al final de la misiva, Henri se calma: «No te enfades conmigo por la manera un tanto franca como te hablo, entre hermanos no debe haber otra y tú sabes cuánto pienso en ti.»

En Wurzburgo, como en todos los campos, el tiempo está detenido y los hombres están privados de información. Al principio seguramente uno piensa que será cosa de unas pocas semanas o de algunos meses, sin embargo para él van a ser más de mil días sentado delante de los barracones. Así es como uno pierde la juventud y algunos la razón. Son varios millares, una pequeña ciudad francesa de madera a las afueras de una ciudad alemana de piedra.

Los peluqueros, los sastres y los enfermeros reanudan allí sus actividades. Hay un lazareto aislado para los enfermos de neumonía y, después, de gripe española. Paul es de constitución fuerte y se repone de sus heridas. Ocupa una habitación con otros sargentos, reparte su tiempo entre el trabajo de acarrear tierra para las carreteras de los alrededores, las labores en la campiña y la vida en el campo de prisioneros, la lavandería, los arreglos, la comida, los cuencos de hojalata, la limpieza de las letrinas y la práctica del dibujo, los ejercicios de estiramientos y de musculación, un poco de fútbol. Entre los prisioneros, los alumnos del Conservatorio, como Lucien Nat, y los comediantes del Ateneo montan una compañía. En octubre de 1915 representan una comedia de Maurice Hennequin, *Un matrimonio por teléfono*. Son hombres acostumbrados a vivir entre ellos, lejos de las mujeres: en el pensionado, en el regimiento, en la fábrica, en las trincheras. Paul había pasado los dos años de su servicio militar en el cuartel antes de la guerra.

Él se aburre y observa a un gorrión que juega en un charco, una vida como la suya, ignorada, minúscula, que da saltitos, se posa y luego se larga más allá del campo. Él, que nunca ha aprendido lenguas extranjeras, al cabo de tres años habla un poco de alemán. Su lengua materna, el francés, se convierte por primera vez en algo curioso para él, algo que antes parecía tan natural. Pronuncia la palabra pájaro, *oiseau*, en voz alta. Pronuncia las vocales en el orden en que le enseñaron a recitarlas, a, e, i, o, u, se da cuenta de que *oiseau* es la única palabra del francés que reúne las cinco vocales en un arcoíris de

sonoridades, un abanico de plumajes, y que ni una sola de esas vocales se pronuncia. *Oiseau*. Ni *bird* ni *vogel, oiseau* en francés es multicolor, la palabra parte y brilla, y desaparece ya en el follaje. Qué pensamientos tan extraños le vienen a uno en cautividad. Paul le pide a Annie que deje de escribir a sus padres. Pero a él, más y más.

Si en el verano del 14 los combates habían convocado por primera vez desde las campañas napoleónicas a todos los jóvenes franceses, más de tres millones de movilizados sobre una población de menos de cuarenta millones, y habían obligado a vivir juntos a los «peludos» bretones y borgoñones, vascos y normandos, corsos y bearneses, mezclándolos y rematando el esfuerzo de unificación lingüística de la Tercera República, con el paso de los meses y luego de los años, la separación que se va abriendo entre ellos es entre prisioneros y combatientes. Grupos a los que convendría añadir el de los enchufados en la retaguardia y también el de los mutilados, los ciegos, los amputados, los descalabrados, todos los dejados «fuera de combate», que llenaban los hospitales y hasta el lazareto de Mindin.

Mientras que Paul se repone en Wurzburgo de sus heridas, lee el periódico del campo, *L'Intermède*, y cuenta los cientos de días todos iguales, para Henri la guerra se convierte en un oficio. Su vida está marcada por el ritmo de las idas y venidas entre el estruendo del frente y el reposo en el distrito IX, «aquí es la buena vida, esta es siempre una ciudad alegre». Sus cartas van de a dos, una escrita a su llegada de permiso y otra la víspera de su partida. El 8 de junio de 1916: «Te escribo desde París donde estoy actualmente por siete días. Me encuentro muy bien y estoy listo para comenzar de nuevo… No puedo hablarte de los acontecimientos, ahora hay mucho movimiento y tengo que reincorporarme a mi batería, que sigue en el mismo famoso lugar…» Escribe incluso con un poco de fanfarronería, el 15 de junio, antes de dirigirse a la estación del Norte: «No me preocupa regresar a la hoguera… Haz como yo, no te preocupes por nada»; y puede que le crezca dentro el temible amor a las armas y a la guerra que está en el fondo de todos los hombres y que la Historia despierta de tiempo en tiempo.

Desgrana los nombres de todos sus conocidos caídos en el campo del honor, «al pobre Ventalon le ha tocado el turno de yacer en él, lo mataron en el Somme». Y poco a poco despunta la irritación ante la lectura de las quejas de su hermano pequeño. «A propósito de tu última carta, veo que no estás muy contento y que el tiempo se te hace largo. Tienes que poner de tu parte, viejo, los hay que están peor que vosotros… Confiemos en volver a vernos pronto.» Es el momento de las grandes carnicerías de 1916, las ofensivas y las retiradas por unas cuantas áreas de barrizal repleto de casquillos de obús y de carne

humana. «Pienso que no debe ser divertido para vosotros, pero no puedo compadeceros, no sé exactamente cómo es vuestro estilo de vida, pero seguramente es preferible al que tenemos nosotros en este momento.»

La moral parece más alta en la carta escrita a su llegada el 15 de febrero de 1917: «esperemos que podamos vernos este año, no va a ser de inmediato, pero hay posibilidades», y en la carta escrita a la partida el 21 de febrero: «En lo que a mí respecta la cosa sigue bien y espero pacientemente, sin preocuparme…; todavía pasaré un tiempo tranquilo hasta que lleguen días más movidos, lo que por otra parte no me disgustaría.» A continuación de estas frases, y en la misma cuartilla, la escritura cambia. Es su esposa, Alix, quien toma la pluma: «Querido Paul: aprovecho la carta de Henri para enviarle unas palabras. No tengo muchas cosas nuevas que contar. Me ha hecho muy feliz tener a Henri durante diez días, sobre todo porque solo habían pasado tres meses desde que vino la última vez y hasta el momento siempre transcurrían seis sin que viniera. El hábito de vivir feliz se recupera enseguida, eso hace que las partidas sean siempre muy tristes. Henri sigue siendo el mismo, con la moral alta, nunca deja traslucir lo que está pasando, y es mejor verlo partir de buena gana, así la pena es menor…»

La última de las once cartas está fechada el 23 de junio de 1917, después de la oleada de motines en la que él no tomó parte: «Mi hija sigue creciendo, vas a encontrarla cambiada… Quizá nos haga falta tener un poco de paciencia para ver el final, no es nada divertido pero lo aceptamos como una necesidad, sin embargo hay momentos en que eso no tiene ninguna gracia, se te debe de estar haciendo muy largo y el aburrimiento es el peor de los males, pero fíjate cuántas otras ventajas tenéis en comparación con vuestros colegas del frente. Ánimo mi querido Paul. Después de la guerra la vida será interesante para quienes conserven sus cuatro extremidades para disfrutarla, y tú seguro que serás uno de ellos.»

Paul regresa en efecto a Francia con sus cuatro extremidades intactas un mes después del Armisticio, el 12 de diciembre de 1918. Henri no regresará. Muere gaseado. En el pasaje Gustave-Lepeu, una linda y pequeña calle florida y empedrada que visité para ver la fachada de su número 8, se queda su mujer, Alix, viuda de guerra y madre de dos niños: Madeleine, nacida antes de 1914, y Henri, fruto de un permiso. Ella abandona París para instalarse en Soissons, en casa de sus suegros, y escribe a su cuñado: «Dentro de unos días tendré necesidad de usted, Paul, a causa de mis hijos. Va a hacer falta un consejo de familia para poder terminar el proceso de mi indemnización de guerra y se necesita convocar a tres miembros de la

familia, tanto de una como de otra rama. Pienso que usted no se negará a ello, sería penoso tener que recurrir a extraños cuando se tiene parentela tan próxima. Saludos cordiales.»

Al fondo de la maleta militar de madera reposa una única carta de Annie. Fue enviada desde París, el 4 de agosto de 1919, en respuesta a la carta de ruptura que Paul le ha enviado el día 1. Ella le dice que le esperará, todavía tiene esperanzas. No se trata de un amorío, sino de un gran amor. Paul se casa con Eugénie. Como en la *Teodicea* de Leibniz, uno puede imaginar un mundo en el que Paul hubiera escogido a Annie en vez de a Eugénie; y al leer esa carta me di cuenta de que en ese verano de 1919 podía perfectamente haber sucedido que el pequeño pescador de gambas de Mindin nunca hubiera llegado a existir. Valiente negocio para mí.

LA AMIGA AMERICANA

La vida de Eugénie había sido hasta ese momento más apacible que la de Paul. En treinta años nunca había dormido lejos de sus padres. Tampoco había sido nunca herida por una bala.

Después de haber recibido el 3 de abril de 1917, tres días antes de que los Estados Unidos decidieran entrar en guerra, el correo del médico-mayor de Fontainebleau, se fue a aprender un poco sobre cómo colocar vendas y distribuir caldo a los lisiados, pero cada noche regresaba a Chailly. No obstante, ese contacto con las obras de caridad es el que le acercará más tarde a Dorothy W. Schoonmaker, del American Committee for Devastated France, con quien mantendrá una correspondencia que conservará.

El 28 de junio, justo tres años después del atentado de Sarajevo, llegan las primeras tropas americanas al puerto de Saint-Nazaire y emprenden la construcción de vastos acuartelamientos. Sus navíos están llenos de vehículos y de material de ingeniería, pero transportan pocos soldados aguerridos. Los jóvenes yanquis no tienen servicio militar y el ejército activo cuenta con doscientos mil hombres. Los recién llegados serán formados y armados por Francia. Un año más tarde son ya dos millones, la mitad de ellos combatientes. Los generales Pétain y Pershing prevén doblar esos efectivos y cruzar el Rin. El Estado Mayor alemán sabe que lo llevan a la derrota, negocia en secreto con el presidente Wilson, esgrime el riesgo de una revolución bolchevique. Para Wilson, más vale el káiser que el comunismo. Acepta la idea de un armisticio aunque los aliados están al borde de la victoria. Después de la hecatombe de esos cuatro años, ¿cómo pedirles a los hombres que continúen el combate o que aguarden en los campos de prisioneros a que por fin se les proponga la paz? La Alemania invasora no será invadida, mientras que todo el norte de Francia está destruido, las tierras y las fábricas arrasadas. Poincaré y Clemenceau, que reciben en julio de 1919 al general Pershing en París, delante del monumento a La Fayette, sospechan ya que el tratado no hace sino aplazar para más tarde las nubes y luego, la tormenta.

Los Estados Unidos siempre han sido un poco lentos en apoyar a Francia, a decir verdad nunca la han apoyado verdaderamente, solo abandonaron su aislacionismo al inicio de la guerra submarina y porque Alemania le prometía Texas a México. La francofilia fue siempre más obra de individuos que del Estado. Ya durante el asedio de 1870, un grupo de americanos fue a excusarse ante Victor Hugo por la indecisión del presidente Grant a la hora de defender a Francia. «A la cual la República americana debe tanto», les recordó Hugo, decepcionado. «Le debe todo», añadió uno de los americanos presentes.

Un año antes de su muerte, en 1884, Hugo fue a pronunciar un discurso delante de la Estatua de la Libertad, obra de Auguste Bartholdi, que estaba a punto de ser desmontada para enviarla en pedazos a Nueva York: «Esta hermosa obra apunta a lo que siempre he amado y pedido: la paz. Entre América y Francia -una Francia que es Europaesta promesa de paz se mantendrá permanentemente. Es bueno que se haya hecho.» El presidente Wilson no fue más rápido con el gatillo que el presidente Grant. Hasta 1917, los voluntarios americanos que se habían unido a los aliados eran amenazados con ver cómo se les desproveía de su nacionalidad. Por esa razón Henry James, en el apogeo de su celebridad, había cambiado de pasaporte y se había convertido en escritor británico.

El presidente Roosevelt también esperará tres años, hasta 1942. De Gaulle informa de sus contactos con el general Eisenhower, que quiere imponer a Giraud y poner al ejército de la Francia Libre bajo su tutela so pretexto de que a este le falta armamento, y él podría negarse a proveerlo. De Gaulle pierde la calma y explota: «¿No recuerda que en el curso de la última guerra y en lo que respecta al aprovisionamiento de armas a varios países aliados, Francia jugó un papel análogo al que desempeñan hoy los Estados Unidos? Fuimos nosotros, los franceses, quienes entonces armamos por completo al ejército belga y al serbio, procuramos muchos de sus recursos a los rusos y a los rumanos, y por fin dotamos a vuestro ejército de una gran parte de su material. ¡Sí! Durante la Primera Guerra Mundial, ustedes, los americanos, solo dispararon cañonazos con nuestros cañones, no montaron más tanques que nuestros tanques, no volaron en más aviones que en los nuestros. ¿Acaso le exigimos nosotros en contrapartida a Bélgica, Serbia, Rusia o Rumanía la designación de tal o cual jefe o la institución de un sistema político determinado, se lo exigimos a los Estados Unidos?» Los civiles son más respetuosos. Dorothy W. Schoonmaker, joven voluntaria, es una de ellos.

Esos ricos ciudadanos americanos vienen a ayudar a Francia a levantarse. Se retiran escombros de los bombardeos, se desminan los

campos, se sacan los cadáveres, se trazan los inmensos cementerios rectilíneos plantados de cruces blancas y se escoge a un americano anónimo muerto cerca de Chaumont-en-Champagne y se lo transforma en el Soldado Desconocido.

Hace varios meses que Paul y Eugénie abandonaron Chartres para trasladarse a Soissons, dejaron la linda calle de la Pie, cercana a la catedral, por una casa húmeda en la calle Tour-de-Ville, en medio de las ruinas. Él es monitor de deporte en el club La Soissonnaise. Eugénie trabaja con un grupo de mujeres en el Comité Americano para la Francia Devastada, del que Dorothy W. Schoonmaker es una de sus representantes, comité que distribuye entre la población productos de primera necesidad, alimentos, ropa y medicamentos. Después de varios meses en Soissons, Dorothy se va y le escribe una carta, con fecha 8 de agosto de 1921, en un papel que lleva el encabezado del hotel Brighton de la calle Rivoli de París, porque de todos modos esos voluntarios no es que duerman en colchonetas de campaña: «Querida señora Deville: Le envío estas zapatillas porque temo que no tendré la ocasión de regresar a Soissons para llevárselas yo misma. Partimos hacia América el 19 de este mes, a bordo del *George Washington*. Hará nueve meses que dejé mi casa y le aseguro que estaré muy contenta de estar en ella. Esta vida de baúles y maletas comienza a ser un poco fatigante. Escríbame de vez en cuando para darme noticias. Espero que todo vaya bien en su casa. Creo que su padre y su madre estarán muy pronto con ustedes. Mis mejores deseos para usted y para el señor Deville. Sinceramente.»

Cuatro días antes de subir a bordo del paquebote, el 15 de junio, Dorothy es fotografiada en el Jardín de Aclimatación, no muy lejos del recinto de los cebroides, cuyas grupas quizá haya ido a acariciar. Tocada con un curioso gorrito o boina, lleva una falda larga y negra muy estricta, una chaqueta negra y una blusa blanca de cuello abierto, y permanece de pie bajo la tienda del servicio médico del Comité. Si bien los parisinos no viven bajo los escombros como los soissoneses, sí que están sometidos a racionamientos y restricciones, y puede que los cebroides que se disponían a zamparse les deban la vida a los paquetes del Comité.

Mientras los padres de Eugénie, que no logran habituarse a la separación, abandonan a su vez Chartres y se van a vivir al lado de su hija, en Soissons, Dorothy escribe el lunes 31 de octubre de 1921 desde su casa en el 124 West Chestnut Street, Kingston, Nueva York, y yo no puedo evitar escuchar en sus frases francesas el acento chic americano de la Costa Este, amable y un poco esnob: «Querida señora: Estoy muy contenta de haber recibido su encantadora fotografía. Hace tiempo que quería agradecérselo, pero desde que regresé a América

estoy ocupada todos los días y hoy es verdaderamente el primero en que tengo un momento para escribirle. Su fotografía está siempre delante de mí, sobre mi pupitre. Y cuando la veo pienso en usted, en Tour-de-Ville y en Soissons. Me he sentido tan feliz allí y ustedes han sido todos tan buenos conmigo. Lamento mucho estar tan lejos de Francia. No tengo noticias desde que partí de Soissons. Quizá podría usted escribirme. ¡Cuénteme todo! ¿Qué ha pasado con el baloncesto, en el que su marido había avanzado tanto, y con los otros atletas? Estoy segura de que mucho ha ocurrido desde mi partida. Pero es muy difícil para mí escribir en francés y por eso no he escrito antes. Pero sé leer muy bien el francés y me gusta recibir cartas suyas. Le envío con esta carta una fotografía mía como recuerdo. Creo que sus padres están ahora con ustedes, sé lo contenta que estará con su compañía. Aquí en América estamos muy interesados en este momento en la visita del mariscal Foch. Está haciendo una gran gira por los Estados Unidos y el 11 de noviembre estará en Washington para rendir homenaje a nuestro soldado desconocido, que será enterrado allí ese día. Espero que pueda usted leer esta carta. Dé recuerdos míos a su marido.»

Eugénie le informa a su amiga del nacimiento de Simonne, la pequeña Monne, en julio de 1922. Los cinco hacen mudanza y se instalan en una casa más grande y más salubre, en el 9 de la calle de Feuillants. Dorothy le responde el 29 de noviembre: «Mi muy querida señora: Me encantó recibir su carta tan interesante hace unos meses. Le aseguro que pienso en usted y en Soissons con frecuencia. Espero que usted y su niñita estén con buena salud. Me gustaría mucho tener una fotografía suya. Estoy contenta de que la enfermera del Comité le haya podido ayudar con la niña. Es bueno que tenga a sus padres en casa y estoy contenta de que hayan dejado Tour-de-Ville. Esa casa era tan húmeda que estuve preocupada por ustedes durante el invierno. El sábado pasado fui a New Haven, donde mi hermano está instalado en la Universidad de Yale. El equipo de fútbol de Yale jugó contra el equipo de Harvard (otra universidad). Se enfrentan cada año y son grandes rivales en rugby. Es un gran acontecimiento y todo el mundo va a verlos jugar. Su estadio es muy grande. 79.000 personas pueden sentarse para ver el juego. El sábado estaba, entre otros, George Clemenceau, que está haciendo un auténtico viaje triunfal por los Estados Unidos. En todas partes es recibido con gran entusiasmo. Yo estaba tan contenta de verlo. Me parece maravilloso de su parte, sobre todo a su edad, venir tan lejos para explicar la causa de Francia contra Alemania. Creo que hará mucho bien. Como nuestro país es inmenso y está tan lejos, hay mucha gente que por ignorancia no comprende todo el peligro que representa Alemania. Yo estoy segura de

comprenderlo mejor ahora que antes de mis seis meses en Soissons. Escríbame cuando pueda y por favor dé saludos a todos de mi parte. Su amiga.»

Por razones puede que tan solo deportivas, la pequeña banda de los cinco abandona Soissons para trasladarse a la todavía más destruida ciudad de Saint-Quentin, unos sesenta kilómetros más al norte por la carretera de Flandes, ciudad en la que Paul recibió en 1919 su diploma de monitor deportivo y la medalla de plata de la República. Regresan a su vida de eternos alquilados, cuyo recorrido he reconstruido a partir de los sobres postales: calle de Rosiers, en la barriada de Montplaisir, y luego calle de Tisserands. Las dos parejas alquilarán más tarde dos casas adosadas en la calle Richard-Lenoir. La correspondencia transatlántica parece terminarse con el envío de una gruesa cartulina que anuncia para el martes 10 de enero de 1924 el matrimonio de Dorothy Webster Schoonmaker y William Hoag van Slyke.

Eugénie no acudió a la boda de su amiga americana. En toda su vida, no salió nunca del territorio nacional. Paul tampoco. Salvo sus largos años bávaros.

ABANDONAR SAINT-QUENTIN

A uno puede asombrarle que alguien se vaya a vivir de buen grado a esa ciudad picarda. Su posición de encrucijada es una bendición en tiempos de paz, pero ya le había valido ser asediada por los ejércitos españoles en tiempos de Felipe II, ocupada por los rusos después de Waterloo y por los prusianos después de Sedán. Al principio de la Gran Guerra se encontraba sobre la Línea Hindenburg, construida por los soldados alemanes. Los civiles huyeron durante la batalla del Somme. Los alemanes se instalaron en ella. Los okupas son poco cuidadosos. Al final del conflicto, la ciudad estaba destruida en un setenta por ciento y todo su material industrial había sido saboteado por los alemanes o se lo habían llevado.

Los habitantes no regresaron hasta 1919, para constatar los destrozos. En la euforia de la paz recuperada, y dado que esta había sido con toda seguridad la última de las guerras, se relanza la industria textil de esta capital de los telares, y se crea La Cotonnière. Paul da clases de gimnasia en algunas escuelas privadas y en asociaciones deportivas, e interpreta comedias en una compañía de aficionados. A pesar de ese entusiasmo, y después de que la ciudad sea de nuevo invadida por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, Saint-Quentin no recuperará su demografía de 1914 hasta inicios de los años sesenta, gracias a la inmigración de polacos, marroquíes e italianos. Su población seguirá creciendo algo hasta la crisis económica de los años setenta, con la deslocalización de las fábricas textiles a Túnez o a Pakistán y la explosión del paro.

En el marco poco risueño del verano de 1925, lejos de los locos años de Montparnasse, nace el segundo hijo, Paul-Eugène, al que apodarán Loulou. Los padres viven en el 38 de la calle Richard-Lenoir y los abuelos en el 36, en casas de ladrillos rojos y ventanas estrechas en las dos alturas. Algunos meses más tarde, debido a que la ciudad está en el trayecto ferroviario de París a Varsovia vía Berlín, el escritor y periodista Joseph Roth decide hacer aquí parada. Su reportaje aparecerá en el *Frankfurter Zeitung* del 2 de mayo de 1926: «Antaño era una villa europea venerable, con una historia europea no menos

venerable. Las bombas incendiarias la hicieron desaparecer.» Él camina sin rumbo fijo por las calles de Saint-Quentin, como lo he hecho yo a mi vez. «Antaño aquí había una casa, una tienda o una fábrica. Lo que queda es un trozo de pared de la altura de un hombre.»

Esas frases están destinadas a los lectores alemanes en el momento en que los partidos populistas hacen campaña para interrumpir el pago de las indemnizaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles. Están destinadas también a tranquilizar su propio remordimiento: aun de mala gana, había terminado por alistarse voluntario en 1916, pero nunca había vivido unos combates cuyo resultado descubre. En unos años tendrá que huir del nazismo e ir a morir a París. Tal vez se cruce en 1926 con unos críos en medio de las obras de reconstrucción: una niñita de cuatro años y un bebé en un cochecito. «Detrás se abre una plaza gris, desierta, cubierta de polvo, de suelo irregular y con un solitario montículo en el medio sobre el que crece una pequeña flor silvestre, amarilla y brillante. ¡Qué minúscula y despiadada luz mortuoria para un cadáver tan grande, tan imponente!»

Un año más tarde se levanta un memorial de más de treinta metros de longitud y cerca de veinte de altura, en triple homenaje a los muertos de 1870, a los «peludos» de la guerra del 14 y a los muertos civiles del éxodo del 17, un monumento firmado por Paul Landowski, arquitecto de la desmesura, que está embarcado ya en el proyecto del Cristo del Corcovado en Brasil y en el del mausoleo de Sun Yat-sen en China, y que se ve a sí mismo como el nuevo Bartholdi. Con o sin monumento, incluso siendo preferible que los haya, el haber crecido en medio de ciudades destruidas, al lado de padres supervivientes pero aplastados por la Historia, impotentes ante un azar monstruoso, es un silencioso traumatismo que se transmite de generación en generación, y los niños que nazcan en Bengasi, en Alepo o en Mogadiscio en este año de 2015 también lo transmitirán contra su voluntad a sus descendientes durante varias generaciones, en la optimista hipótesis de que estas últimas conozcan un día la calma de la paz recuperada y la reconstrucción de las ciudades.

Después de haber circulado a baja velocidad junto al canal de Saint-Quentin, en el que se mezclan a lo largo de un centenar de kilómetros las aguas del Escaut, el Somme y el Oise, en medio de un paisaje de luz tan suave y tan opuesta al deslumbramiento de Niza que estos dos extremos de Francia, que fueron también los de la vida del pintor Matisse, parecen separados por varias decenas de miles de kilómetros, llegué a la ciudad de fachadas art déco, en las que brillan los destellos dorados de los mosaicos, y almorcé en la brasserie de

L'Édito. Del otro lado de la vasta plaza, bordeada por pequeños establecimientos turcos y chinos de comida para llevar, se alza el gran palacio gótico bien conservado del ayuntamiento, con su carillón. En aquellos días del centenario de la Gran Guerra, una exposición de fotografías de los campos de batalla colgaba de sus rejas, grandes imágenes en color de John Foley.

Y el nombre de este fotógrafo me transportó de golpe, en uno de esos vértigos involuntarios de búsqueda de un recuerdo, no un centenar de años atrás sino apenas una treintena, hasta el calor del Gran Zoco de Tánger en la época en que las Éditions de Minuit encargaban en París a ese fotógrafo los retratos de sus escritores debutantes. Confrontado por primera vez a tal ejercicio y al preguntarme cómo debería vestirse un escritor, yo había optado por ponerme una chaqueta color arena porque entonces leía las novelas de Paul Bowles e imaginaba que él habría podido usar una. Invitado más tarde a Tánger con motivo de los ochenta años del escritor americano, me presenté vestido con aquella chaqueta que todavía conservaba, y que ahora veía como sobreimpresa delante de las imágenes de John Foley. Perdido por un instante en el tiempo y el espacio, e incapaz de volver a los campos de batalla, olvidando a la pequeña banda de los seis, la razón de mi presencia delante de aquel caserón de la ciudad de Saint-Quentin, a punto ya de regresar a mi habitación del hotel Minzah de la calle de la Liberté de Tánger, me dediqué a fotografiar las fotografías de John Foley, así como los textos de Anne Roze y las citas de autores que acompañaban las imágenes, para mirarlas luego en la pantalla de mi ordenador.

Tumbado en la cama del hotel Mémorial, en el número 8 de la calle de la Comédie, copié esa noche dos de esas citas. La primera era de Blaise Cendrars, quien asistió en 1913 al estreno de Stravinski en el Teatro de los Campos Elíseos, se alistó después en la Legión y partió a la región de Champagne para perder su brazo derecho y nunca más aplaudir: «Nosotros, los más viejos, que ni siquiera hacía un año que éramos soldados, ya habíamos aprendido a perder toda esperanza, nosotros, los supervivientes», pero nosotros sabemos que él, Cendrars, va a salir adelante y que lo reencontraremos en Brasil un día de estos.

La otra era de John Dos Passos, el novelista neoyorquino que desembarcó en Saint-Nazaire con las tropas americanas y al que yo había intentado vanamente rendir homenaje sugiriendo que se diera su nombre a una de las calles de la ciudad cercanas al puerto. La cita hablaba de sus combates en el Somme y del descubrimiento de la guerra: «Una sangrienta e intensa masacre que solo sirve para destruir la delicada construcción de la civilización.» También él saldría bien parado, y se iría luego a España a combatir en las filas antifranquistas del POUM. Me acordé de que fue Dos Passos quien tradujo más tarde

los libros de Cendrars al inglés.

En medio de la noche, fumando un cigarrillo delante de la ventana abierta de la habitación 101, en el primer piso del Mémorial, yo miraba ahí abajo en el patio al Passat -palabra que significa Pasado en catalán y Alisio en alemán- como a un animal gris metálico del que dependía mi vida, y me apenaba un poco no poder ofrecerle a él también una habitación o por lo menos, en cuanto pudiera, un parking de hotel donde me lo imaginaba bien cuidado, como los caballos en los establos de las fondas y quizá como el asno de Stevenson, mucho mejor que abandonado junto a una acera para que le mearan las ruedas.

Desde que salí de Managua, había remontado la larga vertical de los setenta y un años de vida de la niñita de blanco, de El Cairo hasta Saint-Quentin. Eugénie-Joséphine muere aquí, en su cama de la calle Richard-Lenoir, en julio de 1929. Y como en esas parejas de pájaros de las que se dicen que son inseparables y en las que el que sobrevive se marchita, Alexandre Pathey, el maestro de escuela regordete y con mostacho a la Clemenceau, muere en agosto de 1930 y en la misma habitación, de regreso de una visita al médico. Esos dos conocieron a lo largo de sus existencias más inventos extraordinarios que los que habían visto los europeos desde la Edad Media: el automóvil y el transatlántico, el teléfono y el avión, el ascensor y el tranvía, el tractor agrícola y las vacunas, el esparadrapo y el tanque, el gas de combate y las alambradas.

Después de juntar, con un año de intervalo, los restos de ambos en Chailly-en-Bière, a contramano del camino que yo acababa de recorrer al volante, Eugénie-Alexandrine, que a sus cuarenta años de edad nunca se había separado de sus padres, cae en una melancolía que hoy llamaríamos depresiva. Detesta esta ciudad, y todo el Norte. La banda de los cuatro supervivientes va a cambiar de aires. Escogerán el Jura, los bosques, el aire puro de las montañas y, sobre todo, una ciudad intacta. Al alba, deposité un escudo en la mano del palafrenero que acababa de cepillar el Passat y de ajustarle los estribos: también yo me disponía a abandonar Saint-Quentin.

HACIA LAS FRONTERAS

Van sentados en el interior de un potente y nuevo Renault 6 CV, pero la red viaria de 1930 es sinuosa, las carreteras todavía atraviesan el centro de las ciudades. Dôle está a más de quinientos kilómetros de Saint-Quentin en dirección sudeste, vía Reims, Troyes y Dijon, y hay que recorrer y contornear los parajes del Mosa en los que Paul había combatido quince años atrás.

Puede que durmieran en el camino, puede que hicieran dos veces el viaje. O bien, que alquilaran un camión que los acompañase. Todos los trastos que han ido acumulando llegarán al Jura, después de haberlos sacado de Chailly para llevarlos a Chartres, a Soissons y luego a Saint-Quentin. Los viejos periódicos doblados y los diecinueve volúmenes de Michelet, el pequeño camello de madera de olivo de Jerusalén, el azucarero de plata regalado a la niñita de blanco a fines de junio de 1914 y su *Ángelus* de Millet.

Yo no transportaba en el maletero del Passat más que un ligero equipaje y una pequeña biblioteca de emergencia, algunos cuadernos de notas y mapas de carreteras en los que veía, como en la región de la Beauce, todos aquellos lugares de nombres terminados en «ville», como Charleville o Thionville, que estaba planteándome agrupar, y visité por megalomanía Deville, un pueblecito que sigue siendo comunista, muy empinado y pegado a los espesos bosques del parque nacional de las Ardenas. Tomé una foto del rótulo de carretera con el nombre de Deville para enviársela a Yersin.

De modo que daba vueltas a poca velocidad por aquellos parajes, en los que la desaparición de las industrias siderúrgicas y textiles había supuesto la de la propia clase obrera y la de prácticamente todo trabajo asalariado. En ellos, los viejos jubilados podían asombrarse de que el famoso dios Trabajo, que había sido su pesadilla, se hubiera convertido en un sueño inaccesible para sus nietos. Todavía quedaban algunas actividades reacias a la deslocalización, como las peluquerías, las funerarias y sobre todo las tabernas. Y allí fui siguiendo, al azar de mis paradas, cuanta conversación deprimente y resignada puede nacer de la temible ideología Tina -There Is No Alternative-, destilada a

través de todos los televisores y que machaca con la idea de lo inútil que es rebelarse.

Una noche entablé un diálogo de hombres solos, como los que se dan en cualquier parte del mundo -en el Baby Bar cercano a la casa de Rimbaud, en Charleville, o bien en La Caverne, en la calle de L'Horloge de Sedán, o en la plaza Crussy, donde se estaciona la camioneta de las Frituras Jacqueline-, con un apicultor que estaba lejos de sus colmenas y varado delante de una cerveza. Incansable y apasionado, un poco bebido ya, me hablaba de las mil variedades de abejas y de la terrible mortandad en los enjambres diezmados por los pesticidas, enjambres cuya desaparición no supondría solo la de la miel sino la de toda la agricultura.

Me daba esas informaciones como una retahíla inconexa, sin apartar los ojos de la rolliza camarera de dulce mirada de ternera que estaba de pie al otro lado de la barra y que podría ser la de una canción de David McNeil, «Tourcoing-Dacca-Tourcoing», «la camarera de vestido malva medio desabrochado», cuyas partes más rollizas el apicultor parecía lamentar no poder amasar. Pero esas son cosas que no se hacen allí, me recordó él. Además, en Francia ya no se puede hacer nada. Y ahí vino una carretada de críticas contra el gobierno y el elogio de los burdeles belgas, que estaban a pocos kilómetros y cuyas prestaciones, que me detalló una por una, eran en efecto a precios bastante módicos.

Como si no hubiera ya suficientes problemas en Francia con el gobierno y las abejas, mientras que todo alrededor del país, en Alemania, en Suiza y en España, uno bien que podía echar un polvo, aquí ese dinero se iba para Bélgica, a bares donde él se encontraba con muchachas del lugar, la mayor parte de ellas jóvenes madres solteras que dejaban a sus hijos aquí, en la guardería, y se hacían cada mes con el equivalente a tres o cuatro salarios mínimos, mientras recibían subsidios en Francia. Y nosotros, lo único que hemos conservado de este lado de la frontera es la central nuclear de Chooz, en el pico de Givet, que cualquier día revienta, despotricaba el apicultor.

Altas colinas boscosas en las que se deshilachan las viejas brumas del norte, cabañas de aperos en medio de las huertas, una pequeña mesa sobre la que apoyar la botella y una copa de vino tinto, una o dos sillas plegables para contemplar cómo crecen las habichuelas, una regadera de zinc. Hay jardines obreros a lo largo de las vías del ferrocarril y de los canales por los que se deslizan barcazas llenas de trigo flamenco. Remontando el curso del Aisne y luego el del Mosa hasta Verdún, la ciudad más risueña, de pequeñas terrazas turísticas y floridas, me preguntaba si Paul pescaba ya en el Aisne y en el Somme, como más tarde pescaría en el Doubs, en el Tarn y en todos los ríos

cercanos a sus domicilios, con cebo vivo de alburno, gardí o gobio.

A bordo del potente y rutilante Renault, ellos se parecen un poco a la familia ideal de los anuncios, el padre de pelo rubio rizado y ojos azules y la madre de cabellos negros tocada con un sombrero, y en el asiento posterior sus dos hijos rubios, la niña de ocho años y el chico de cinco. Es un nuevo punto de partida, una época feliz que no durará mucho tiempo.

Los padres, que van sentados delante, tienen cuarenta años. Eugénie nació en Mérobert en noviembre de 1890 y Paul tres semanas más tarde en Soissons. Y entre esas dos fechas, aquel que se convertirá años más tarde en su gran héroe, Charles de Gaulle, nacido en Lille.

Obnubilado por las efemérides y las coincidencias de fechas y lugares, una noche retomé mis notas y localicé, en ese año de 1890 en que nacieron esos tres, estas otras pequeñas bandas cuyas vidas consigné. A principios de abril de 1890, Jules Ferry redacta su testamento, pide ser inhumado «frente a esta línea azul de los Vosgos desde la que sube hasta mi corazón fiel la conmovedora queja de los vencidos. Quede claro que no quiero ningún cura en mi funeral». En el mes de junio, Pierre de Savorgnan de Brazza y Joseph Conrad remontan el río Congo, uno a bordo del vapor *Roi-des-Belges* y el otro a bordo del *Courbet*, mientras que Henry Morton Stanley, que ha encontrado a Emin Pasha y ha acompañado hasta Zanzíbar a la población de Ecuatoria, se instala en El Cairo y escribe su mejor libro, *En las tinieblas de África*. En julio, Vincent van Gogh muere de un disparo de pistola en Auvers-sur-Oise mientras que Paul Gauguin, que no quería verlo más, está en Pouldu, en Bretaña. Richard Francis Bacon, que fue el primer gran explorador, el primer europeo en entrar en la ciudad abisinia de Harar, disfrazado de mercader, el primero en penetrar en La Meca, en Arabia, disfrazado de peregrino, y el primero en ver las aguas del lago Tanganica, muere en octubre en Trieste. Alexandre Yersin se embarca en Marsella rumbo a Saigón y Robert Louis Stevenson desembarca en Samoa.

Cuando se entera de que Van Gogh se ha pegado un tiro, Gauguin, que había regresado de pasar tres años en Panamá, busca cómo huir de nuevo, cómo abandonar Bretaña. En este año de 1890 escribe que «Occidente está en este momento podrido». Proyecta partir a Tonkín, «para regresar uno o dos años después, sólido», cree él, como si hubiera leído la *Mala sangre* de Rimbaud. Luego se inclina por Madagascar: «y terminaremos por vivir para nada». Será Tahití. Y luego las islas Marquesas.

En cuanto al que partió de Charleville porque allí en invierno «apesta a nieve», aquel que, más todavía que todos los otros, fue herido por la patología del moverse y ya en el momento de la

Comuna, a los diecisiete años, había llegado a París, vía Saint-Quentin, en tren y sin billete y había sido encerrado porque en esa época los revisores y la justicia eran expeditivos e inflexibles…, en él pensé al escuchar una conversación entre dos mujeres, en un café contiguo a la agencia de viajes de la que estas salían.

Acababan de comprar unos billetes para las islas del Sur y desplegaban sobre la mesa sus prospectos de colores. Una proponía llevar algo de comer para el avión porque en los vuelos de bajo costo la comida es de pago. Sin duda se regocijaban ya de ver por fin alzarse el gran sol rojo por encima de palmeras, tamarindos, almendrones y alcanforeros, y contemplar a las fragatas y los rabos de junco dando vueltas en el cielo dorado, en vez de a pichones grises sobrevolando los puestos de frituras.

¿Conocerían ellas a su vez la decepción, el terrible aburrimiento de los trópicos que había sido evocado hasta la saciedad por el exiliado de Charleville en su correspondencia, con frases que yo había copiado hacía mucho tiempo y que releía como consuelo ante nuestro propio y mayúsculo aburrimiento, sea cual sea el siglo? En 1881: «vivo de una forma estúpida y muy tediosa», «por suerte solo hay esta vida y eso resulta evidente, porque no es posible imaginar otra vida más aburrida que esta». En 1884: «He pasado treinta años aburriéndome considerablemente.» En 1886 se imagina yéndose a «refugiar por unos meses a los montes de Abisinia» y llevando una vida «sin inviernos ni veranos, una existencia libre y gratuita». Pero en 1888 dice: «Mi existencia es penosa, está reducida a un tedio fatal.»

En ese año del nacimiento de aquellos tres, 1890, y después de haber pasado por Yibuti, el exiliado de Charleville ve la Torre Eiffel a escala reducida que su colega Armand Savouré ha hecho erigir con la ayuda de cincuenta albañiles. Dos meses más tarde, en enero, vendrá la caída del caballo en Dire Dawa, la infección, la loca carrera en camilla por los pedregales hasta la costa, la amputación en Marsella, la tumba en Charleville. Antes de soñar con Zanzíbar y Sudán, el gran caminante había franqueado a pie y con frecuencia las fronteras, la belga hacia Charleroi y la alemana hacia Stuttgart: esta última, la del Segundo Reich, se había acercado a Charleville desde 1871. Cortaba entre Longwy y Thionville.

EN ZONA ROJA

En septiembre de 1871, un año después de Sedán y unos meses después de la Comuna, Victor Hugo, que ya no tenía prohibida su estancia en Francia, emprende viaje hasta Thionville, donde su padre había combatido. En el curso de este periplo, diez años después de haber recorrido el campo de batalla de Waterloo para escribir *Los miserables*, atraviesa «el campo de batalla de Sedán. El jefe de tren nos lo ha explicado. La llanura está cubierta de pequeñas elevaciones cubiertas por las matas de cáñamo que se han plantado sobre ellas. Son tumbas. En una pequeña isla del Mosa hay mil quinientos caballos enterrados. El lugar está marcado por el espesor de la hierba».

Cuarenta y tres años más tarde y por todos los alrededores, no solo miles de caballos, sino también cientos de miles de hombres que vendrán a descomponerse aquí bajo una lluvia de fuego y de gases tóxicos, y por primera vez en el planeta, al igual que sucederá más tarde en Chernóbil y en Fukushima, una parte considerable de la región se volverá inaccesible para la vida humana. Al final de la Gran Guerra, el siete por ciento del territorio nacional estará destruido y cientos de miles de hectáreas, repartidas entre once departamentos, serán clasificadas como zonas rojas y declaradas inadecuadas para cualquier actividad.

Un siglo después, una vez que se desciende desde Longuyon a Verdún por Mangiennes, y luego por la bella carretera D905, se atraviesan grandes colinas erizadas de árboles resinosos, sobrevolados por pequeñas y tranquilas aves rapaces, pinos negros y pinos silvestres, y quizá también de árboles de hoja caduca, alisos y abedules, y es fácil creer que se trata de bosques ancestrales, pero fueron «bosques de guerra» plantados sobre un paisaje desforestado y cultivado desde la Edad Media, que estaba cubierto en 1914 por vastas extensiones de sembrados y pastizales. Durante cerca de un año, la tierra fue removida y horadada por las explosiones de sesenta millones de obuses, tan solo en esa batalla. Después de milenios en los que los combates han dejado sobre la hierba puntas de sílex y luego espadas, armaduras y balas de cañón con las que se tropezaban los arados, aquí lo que habrá serán los millones de bolitas de plomo de la metralla que

todavía cubren el suelo, y cerca de cien toneladas de mercurio de los detonadores de las municiones, que no se degradarán jamás.

En los años veinte, la superficie de las zonas rojas variará según el poder de los lobbies agrícolas, deseosos de recuperar las tierras, y la voluntad política de olvidar o de negar. Habrá zonas desclasificadas que serán luego prohibidas de nuevo. Se encontrará plomo en el vino que está en contacto con la madera contaminada de los toneles, arsénico en la sangre de la caza, metales pesados en los champiñones. La degradación de las armas químicas que no explotaron acentuará la contaminación de los suelos empapados por el fluir de todos los riachuelos que alimentan al Mosa, y la diversidad animal y vegetal será inferior a la existente un siglo antes.

Recorriendo el campo de batalla de Waterloo, Hugo inventó el personaje de ese cabrón de Thénardier, desvalijador de cadáveres. Hoy, el auge de la venta en línea atrae hasta la zona prohibida a saqueadores de esqueletos todavía uniformados y enredados en alambradas, cuyas insignias de regimientos y demás objetos militares se pueden encontrar en las subastas. La tierra seguirá vomitando aquí por mucho tiempo, al capricho de sus movimientos, los restos de trescientos mil muertos franceses y alemanes. Cuando fui a orillas del Berézina, pude ver el pequeño terreno en el que se almacenan cadáveres de dos siglos antes, los de los *grognards*, los soldados de la vieja Guardia de Napoleón, que el río sigue expulsando de vez en cuando.

Los servicios de Protección Civil todavía destruían en este año de 2015 varios cientos de miles de obuses y estimaban que, a menos que ocurra una nueva catástrofe, los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial deberían estar libres de contaminación dentro de setecientos años. Siete siglos es bien poco, y una vez que las vacas y las ovejas vuelvan a corretear por la zona roja de Verdún y por las ciento sesenta mil hectáreas alrededor de la central de Chernóbil, donde se acaban de introducir pequeños caballos de Przewalski con el fin de estudiar sus mutaciones genéticas, estas seguirán estando vedadas para la vida humana.

En ese concurso de larga duración que parece una farsa, Électricité de France preveía desmantelar en un siglo su parque nuclear y enterrar los desechos, cuya radiactividad tiene una duración que llega en algunos casos hasta el millón de años, al sur del departamento del Mosa, en el pueblo de Bure, en unas galerías de trescientos kilómetros excavadas a quinientos metros de profundidad. En los contenedores se detallará la fecha, en todos los calendarios conocidos, antes de la cual sería preferible no abrirlos, y el texto de esas etiquetas será sin duda traducido al árabe y al chino, y quizá al suajili y al zapoteco, porque

el porvenir suele ser caprichoso.

HACIA EL JURA

A la hora que es, el Renault quizá haya pasado ya Reims. Sentado al volante, Paul, que ha estudiado el mapa, sabe que muy pronto, una vez que atraviesen Châlons-sur-Marne, estarán a quince kilómetros de Verdún. ¿Piensa en dar un rodeo hasta allí o prefiere olvidar todo eso, no aburrir a su mujer y a sus hijos con esas viejas historias y seguir adelante? Sin embargo, la conducción automovilística es propicia a los recuerdos involuntarios, a la aparición de imágenes antiguas. Más al sur, Bar-le-Duc es un itinerario posible. La mano duda por un instante sobre el intermitente. Podría ver el hospital en el que a los veinticuatro años se preguntaba qué hacía él allí, tumbado sobre una camilla, rememorando su vida ya pasada, su primer día de obrero en la fábrica Piat-Chappée de Soissons. Cuando tenía quince años.

Solo el deporte le había abierto una claraboya por la que huir de la familia y de la fundición, luego el ejército le abrió una ventana. Ya monitor de gimnasia en 1909, ganador de medallas en los concursos regionales, con el paso de sus dos años de servicio militar obligatorio, de 1910 a 1912, y gracias a su condición física, se convirtió en cabo y luego en sargento jefe de sección, así le habían confiscado dos años de su juventud y él imaginaba que con eso bastaba. Pero Alemania declara la guerra a Francia el 3 de agosto de 1914 y ese mismo día él es enviado al frente con el 67.º Regimiento de Infantería, a las órdenes del capitán Duffié, quien morirá a su lado en menos de un año, en Éparges, con el grado de comandante. En el paquete de Paul con las cartas de Annie hay una fotografía, un trébol de cuatro hojas. En 1930, apretada dentro del equipaje que va en el maletero del Renault o en el camión de la mudanza, viaja con él en secreto la última carta de Annie, escrita cinco años después del inicio de la guerra, el 4 de agosto de 1919.

Los primeros combates, cuyo número de bajas les había sido inútilmente ocultado porque era tan desmesurado que resultaba inimaginable y solo podía desmoralizar a la tropa, los de Charleroi, Rossignol y Morhange, causaron la muerte de veintisiete mil soldados franceses en una sola jornada, la del 22 de agosto. Esa hecatombe

hace que hasta el día de hoy esa fecha sea la más mortífera de la historia de Francia, una historia que no ha sido apacible, y solo se logra concebir su desmesura poniendo en un estadio o en medio de una vasta planicie, de pie uno al lado de otro, a esos veintisiete mil hombres ensangrentados, muertos todos el mismo día y, alrededor de ellos, a los espectros de los hijos y nietos ausentes, como los miembros fantasmas acechan a los cuerpos mutilados.

Paul forma parte de la segunda oleada y al día siguiente, domingo, sube hacia Longuyon, en la frontera belga entre Sedán y Longwy. Las tropas alemanas los barren y cometen durante ese día y por la noche los primeros crímenes de guerra en territorio francés, masacran civiles e incendian el pueblo, violan a las mujeres, queman entre la paja a los soldados heridos. Paul tiene mucha suerte, herido el primer día, cae al suelo y es trasladado a la retaguardia en Verdún. Con un alfiler, cuelgan de su uniforme esta nota: «Brazo derecho traspasado por esquirla a la altura del codo. Bala en el pie derecho.»

En medio del asalto o del repliegue, bajo la metralla y la tormenta de proyectiles en todas direcciones, que semeja un enjambre de avispas coléricas, seguro que él no se queda quieto, quizá corra, a pocos centímetros se produce el estallido y si el obús le perfora el pecho en lugar del brazo y la bala le atraviesa el muslo y la arteria femoral en vez del pie, él estaría muerto, fin de la saga, nadie escribiría la vida de ese «Peludo», depositarían su cuerpo sobre otros cuerpos apilados, tirado bajo una cruz de madera. Por uno de esos lindos caprichos del destino, él es reparable, todavía puede servir. El 27 lo llevarán al hospital de Bar-le-Duc, donde se clasifica a los enfermos, por esta estrecha carretera que dos años más tarde se convertirá en la Vía Sagrada.[8]

Durante la semana que va a pasar allí, el ejército francés retrocederá más de cien kilómetros y los alemanes se acercan a París. El gobierno huye de la capital el jueves 3 de junio y Gallieni se prepara para el asedio. Al día siguiente, el suboficial herido es enviado lejos, a resguardo. Nunca en su vida había hecho un viaje tan largo. Se entera de que está en el sudoeste, en el hospital de Caussade, cerca de Montauban, en el departamento de Tarn y Garona, no lejos de Moissac, adonde el azar lo enviará treinta años más tarde, y todavía más cerca del bosque de Lalbenque, el lugar en el que el niño de cinco años que duerme ahora en el asiento de atrás del Renault, Loulou, se unirá al maquis. Pero para que sea enviado de nuevo a la región todavía hará falta el torbellino de una nueva guerra. El día de la llegada del herido a Caussade, el sábado 5 de septiembre de 1914, Charles Péguy, uno de los primeros muertos de la batalla del Marne, cae en Villeroy: el avance alemán es detenido.

Puede que después de la guerra, una vez en la casa de Chartres,

hayan comparado en familia sus recuerdos, confrontando las fechas como lo hago yo ahora. Mientras que Paul está tumbado entre otros lisiados en el hospital de Barle-Duc, Alexandre, que se disponía a disfrutar de su jubilación, recibe esta carta manuscrita del inspector de la Academia de París:

> Versalles, a 28 de agosto de 1914:
>
> Le ruego que me haga saber, a vuelta de correo, si desea usted mantener su puesto hasta el fin de la guerra.
>
> Queda sobrentendido que los atrasos de su pensión se contarán a partir del día en que usted deje de recibir su remuneración en activo.

En este fin de agosto de 1914 no se ve todavía muy claro qué significa ese «hasta el fin de la guerra», pero Alexandre se reengancha y prepara el comienzo de las clases. Los maestros no van a desertar solo porque el gobierno se largue. Recibe un salvoconducto del departamento de Sena y Marne que le autoriza a circular de Chailly-en-Bière a Melun.

De nuevo en pie, aunque le falten algunos dedos dentro del zapato derecho, Paul es reenviado al frente el 1 de febrero de 1915, combate en Éparges y es dado como desaparecido en la trinchera de Calonne. Su rastro reaparece en el campo de prisioneros de Wurzburgo. Después del Armisticio y de regreso en Francia, tendrá que volver a hacer sus papeles, enviar correos a la quisquillosa Administración, y casi deberá excusarse por ser tan descuidado: «Lamento vivamente no poder presentar ningún documento, mi libreta militar y mi carta del hospital estaban en mi mochila, que desapareció en el momento de mi captura en el mes de abril de 1915.»

Paul está ya prisionero en Baviera y la familia Pathey recibe en la escuela de Chailly una carta de su amigo Jean Bily, escrita en el hospital complementario n.º 1 de Montpellier. Este ha estado en los combates de Bois-le Prêtre, Priesterwald para los alemanes, entre Metz y Nancy, cerca de Montauville, que acaban de causar en ese mes de junio de 1915 más de siete mil muertos en cada parte a base de asaltos por ambos bandos que no han modificado la situación.

Leyéndola, le imagino a este Jean Bily uno de esos rostros bondadosos de papeles secundarios de los inicios del cine, un *bon vivant* un tanto charlatán y fanfarrón, tocado con sombrero de paja y amante, antes de la guerra, de los merenderos a orilla del Marne, un espécimen de ese pueblo francés que está en Hugo y que Proust ensalza llamándolo «el gentío innumerable de todos los franceses de Saint-André-des-Champs», un pueblo que uno suponía inmemorial y con el que traté todavía en mi infancia, y del que es difícil decir

cuándo comenzó no ya a desaparecer, sino a ser cada vez más escaso, a atenuarse, porque desde hace tiempo, digamos desde los años sesenta o setenta, no nos lo volvemos a encontrar más que por casualidad en algunas fortuitas reapariciones, en los cafés de provincia o en los mercados de pequeños pueblos apartados. Y entre los millones de «cartas de "peludos"», me gustaría salvar la suya:

Disculpen mi escritura así como mi largo silencio. Es más culpa de los *boches* que mía. Parece que mi presencia en las trincheras de Bois-le-Prêtre era para ellos de una gran importancia, porque saludaron mi llegada como se saluda el nacimiento de los príncipes, con fuego de salvas de artillería. Y a la noche, para entretenerse, lanzaron fuegos de artificio con hermosas bengalas iluminadoras. Era demasiado bello para durar.

Al tercer día en la segunda línea, un gordo pepinazo ha venido a visitarme sin tocar a la puerta. Me quedé tan sorprendido por esa inoportuna visita que perdí el conocimiento. Cuando recuperé el sentido, estaba en brazos de mis camaradas que me habían llevado a un refugio. Yo no entendía nada de esa comedia: no sentía ningún dolor y me veía sin armas, sin equipamiento. De pronto me di cuenta de que mi brazo derecho no se aguantaba, estaba roto, y tenía el rostro lleno de quemaduras. Entonces comprendí: estoy herido, me dije.

Fui evacuado la misma noche del 2 de junio, a Pont-à-Mousson. Después de pasar algunos días en Toul, donde fui operado del antebrazo, me enviaron al sur. Desde el 11 de junio estoy en Montpellier, donde espero pasar una temporada. No he hecho nada para merecer ese favor, visto que no he disparado ni un tiro.

La fractura y la herida van bien. Tengo el brazo inmovilizado por un aparato hasta la muñeca. La mano derecha está libre y me sirve para trazar sobre el papel caracteres casi ininteligibles. Con todo esto espero haber terminado mi campaña. Qué queréis: no es héroe quien quiere, yo creo que con la intención basta.

Contrariamente a lo que parece prever, sus heridas no serán suficientes para que lo licencien y es muy probable que Jean Bily haya conocido otros combates. Su nombre no volverá a aparecer en la correspondencia, quizá esté grabado en un monumento a los muertos, o puede que se perdieran de vista.

De ahora en adelante, cuando relea una de las escenas más divertidas y burlescas de Proust, la discusión entre proletarios durante una pausa en un burdel sadomasoquista que frecuenta Charlus, cuando se enteran de la valerosa muerte de un oficial en el frente, será a Jean Bily a quien tenga en mente: «Tenía casi las lágrimas en los

ojos mientras hablaba de la muerte de ese oficial y el joven de veintidós años no estaba menos emocionado. “¡Ah, sí!, eso es ser un tipo elegante. Un desgraciado como nosotros, pase todavía, porque ese no tiene gran cosa que perder, pero un señor que tiene un montón de sirvientes, que puede irse a tomarse su aperitivo todos los días a las seis, ¡eso es verdaderamente genial! Uno puede burlarse lo que quiera, pero cuando se ve morir a tipos así, impresiona de veras. El buen Dios no debería permitir que ricos así mueran, además, son demasiado útiles para el obrero.”»

Uno siempre es miope en medio de la batalla. El Estado Mayor, armado con sus gemelos sobre la colina, no siempre ve con claridad cómo van las cosas. Prisionero es peor, sometido a la censura de la correspondencia y además a la desinformación. Encerrado en Wurzburgo desde la primavera de 1915, Paul solo ha vivido el enfrentamiento entre franceses y alemanes. Es más tarde cuando el frente se hace internacional, y él no se enterará de eso hasta después de su liberación.

Alemania perdió enseguida sus colonias en Camerún y en las actuales Ruanda y Burundi. Su barco de guerra *Graf-von-Goetzen* había sido saboteado en aguas del lago Tanganica. Después de julio de 1916 y de la batalla del Somme, los imperios británico y francés se traen combatientes de todas partes: los tiradores senegaleses y argelinos van al frente y los anamitas suelen ir a las fábricas. Los australianos, bengalíes y sijs descubren el Pas-de-Calais. Una fotografía de John Foley muestra el monumento *1914 - INDIA - 1918*, erigido en Neuve-Chapelle, y va acompañada de esta cita de Faulkner: «Abandonaron el ecuador y recorrieron la mitad del mundo para venir a morir aquí bajo el frío y la lluvia: senegaleses, marroquíes, kurdos, chinos, malayos, indios, polinesios, mongoles y negros, que no podían comprender la contraseña.»

La guerra se vuelve mundial pero aún la llaman la Gran Guerra y solo se llamará Primera Guerra Mundial cuando comience la nueva guerra, la cual poco a poco se convertirá en la Segunda, como si no tuviera por qué ser la última. Sentado al volante del Renault, en ese año de 1930, Paul, al que todo esto le ronda la mente, todavía espera que aquella haya sido de verdad la última.

EN CASA DE POITEVIN

Al final de una cena en París en casa de Véronique Yersin con el escritor y actor alemán Hanns Zischler y con Jean-Christophe Bailly, y mientras nos separábamos contándonos nuestros proyectos para las siguientes semanas, que incluían partidas a Ginebra o a Blois o regresos a Berlín, yo mencioné mi viaje a Longuyon, en la región de Meurthe y Mosela, al igual que podría haber dicho Mpulungu en Zambia -como si no fuera de esperar que el autor del magistral libro *Le dépaysement* se conociera al dedillo los treinta y siete mil y pico municipios de Francia-. De inmediato, Bailly se puso a describir el pueblo y su gran farmacia Marx y me recomendó a su amigo fotógrafo Éric Poitevin. Su estudio estaba en Longuyon, pero él vivía en Mangiennes, una de cuyas calles principales, me precisó, es la calle de Moscú. Estaban preparando juntos un libro. Él le avisaría de mi llegada.

Esa tarde yo había ido a ver el cementerio militar alemán con sus cruces grises de madera rodeadas de un seto bajo y bien recortado, y luego las calles de Longuyon, rebautizadas tras el Armisticio en agradecimiento con el nombre de las ciudades generosas y bienhechoras que nunca habían recibido un obús y que habían ayudado a la reconstrucción de los pueblos martirizados: así la antigua Grand-Rue se había convertido en calle de Sète y la antigua calle de los Halles en la calle de Deauville, porque los ricos, que bien que se habían puesto a salvo, habían echado mano al bolsillo, al igual que antaño se compraban las indulgencias al dios Ares.

Esa zona de Longuyon fue también la cuenca que proveía de empleo a Longwy y a las acerías. Tras el cierre de los altos hornos, algunas familias iban ya por la tercera generación de parados. Las construcciones de los antiguos pueblos se hundían y la población del departamento de Mosa era menos numerosa que un siglo antes. Las amplias residencias campesinas de los tiempos antiguos habían sido troceadas en pequeños apartamentos con tabiques de cartón yeso, que eran alquilados por la Dirección de Asuntos Sociales y Salud para alojar en ellos a indigentes. Regiones damnificadas, con más fatalismo

que movimientos sociales. Como si toda acción se hubiera vuelto vana e hiciera falta ponerse en manos del destino, de los avatares de la vida en general y del juego del azar en particular.

Durante los últimos días, la turbadora e invasiva presencia de «salones de manicura» y la desaparición de las gasolineras me había sorprendido tanto como el asombroso número de bares que ofrecen el juego Rapido y otros rascas, establecimientos ruidosos equipados con televisores, adornados con inmensos falsos cheques de cartón que anuncian los premios descomunales que alguien se había llevado al bolsillo allí mismo, y en los que se veían a clientes, que con frecuencia exhibían tatuajes y piercings, afanados con los boletos multicolores, mostrándose a veces los signos del horóscopo o agarrando entre el pulgar y el índice una monedita verticalmente, prolongados muchas veces, en el caso de los dedos femeninos, con uñas abigarradas.

Como son pocas las actividades compatibles con semejantes garras frágiles, quienes trabajaban durante la jornada no estaban ahí sino del otro lado de la frontera, en Bélgica y, los más afortunados, en Luxemburgo, cuyo solo nombre evocaba algún fabuloso El Dorado de Perú en los tiempos de Pizarro. Las parejas de trabajadores fronterizos se hacían construir grandes casas con dos garajes en frontón para sus coches nuevos. Como se trataba del maná de los ingresos venidos del extranjero, las opiniones aquí estaban divididas. Si las empresas de construcción se frotaban las manos, otros artesanos los acusaban de impedir cualquier desarrollo local y de llevarse la mano de obra cualificada.

Evoqué las masacres de civiles cometidas en Longuyon durante los primeros días de la guerra de 1914. En su infancia de lector ávido y sin biblioteca en casa, Poitevin conoció a una anciana que le prestaba libros y que le había hablado de los acontecimientos de aquella época. Una vez llegada la paz, cinco años más tarde, nadie pensó en investigar, en perseguir a los culpables. No hubo corte penal internacional ni unidad de apoyo psicológico. Todo eso era antes de la nueva Convención de Ginebra. Esos asesinatos no eran todavía crímenes de guerra, sino los habituales daños colaterales.

Miramos las planchas de las pruebas de su siguiente libro, *Le puits des oiseaux*, cuyo texto acababa de escribir Bailly. Aves de tamaños y colores diversos, desde el impresionante azor al pequeño gorrión, el camachuelo común y el jilguero lugano, colgaban de hilos delante de un fondo neutro. Durante años, había traído a su estudio de Longuyon esos pájaros muertos encontrados en los campos o al borde de las carreteras, que en un primer momento guardaba al fresco antes de colgarlos en la habitación para fotografiarlos. Si bien algunos habían recibido un perdigón en las alas durante algún accidente de caza, otros habían muerto naturalmente, o porque fueron a picotear con

demasiada frecuencia en la zona roja.

DEL OPTIMISMO EN LA CARRETERA

Después de Longwy, atravesé no sé por dónde la antigua frontera, descendí hacia el valle del Fensch, donde se fundía antaño el acero de la Lorena, pasando por lugares que ya no terminaban en «ville» sino en «ange», Hayange, Nilvange, Florange o Gandrange, remonté hacia Thionville, adonde había llegado en tren varias veces y caminado por el puente del Mosela desde la estación para llegar al hotel Mercure Centre. Saqué del Passat a Victor Hugo y a Chateaubriand, que son buenos compañeros de viaje.

Si bien las devastaciones guerreras son la fatalidad tanto de las ciudades fronterizas como de los puertos de mar, Thionville no ha salido mal parado hasta el presente, pues conserva su torre del reloj y las arcadas medievales del mercado así como las fachadas españolas de la calle de la Tour, y esa preservación del patrimonio se la debemos en parte al general bonapartista Joseph Hugo. Pero cuando el hijo de este llega al fin aquí en 1871, después de haber madurado el proyecto durante sus veinte años de exilio, la ciudad sí que ha caído esa vez y Victor Hugo se encuentra con que está en Alemania: «He visto esta ciudad, que mi padre defendió en 1814 y en 1815 sin que fuera tomada. Alemania la ocupa. Hay una guardia prusiana a sus puertas.»

Hugo emprende su peregrinaje familiar. «He preguntado al alcalde, el señor Arnould: "¿Dónde están sus archivos? Quisiera ver los relativos a la defensa del asedio de 1814, que fue comandada por mi padre." Me ha respondido: "Ya no tenemos archivos. Todo se quemó."» Hugo saca sus útiles de dibujo y se instala en la calle de la Tour. «Thionville tiene hermosos restos de la época española», anota quien había crecido por un breve tiempo en Madrid. Yo me acerco a su taburete y le reconozco, él es la encarnación de Francia: «Los paseantes me miraban con lágrimas en los ojos y yo les decía: "Estén tranquilos, los liberaremos. Francia dejará de ser Francia o ustedes dejarán de ser prusianos."» Esa promesa será cumplida, pero cuarenta y siete años más tarde. El fuerte de Guentrange, que los alemanes habían construido durante esa primera anexión para proteger Thionville de la revancha francesa, resultará inútil, al igual que, en

sentido opuesto, todos los fuertes de la Línea Maginot no lograrán evitar la segunda anexión, más breve, de 1940 a 1944.

Hugo se va a Rodemack, cuyo nombre él escribe Rodemach, hoy cercana a la frontera con Luxemburgo: «Rodemach es célebre porque en 1814 una guarnición de setenta y cinco hombres, desgajada de Thionville y ubicada en Rodemach por orden de mi padre, plantó cara a 45.000 alemanes.» En el campo se cruza con un jinete: «Me ha saludado al pasar, su caballo se ha detenido y ha bajado la cabeza. El viejo me ha dicho: "Es un jaballo brancés; le está zaludando."»

Aquel que a los catorce años escribía en su cuaderno, o pretendía haberlo hecho, que quería ser «Chateaubriand o nada», sabe bien que su modelo había venido antes que él a estos parajes y que se había encontrado del lado malo de la Historia, en el campo de los agresores. El vizconde François-René de Chateaubriand, a quien la Revolución había prohibido pisar suelo de Francia, se había alistado en el Ejército de los Príncipes. Los mal equipados combatientes emigrados franceses partidarios de la monarquía son colocados en la retaguardia de las tropas prusianas del duque de Brunswick. En la primavera de 1792, «llegó la orden de marchar hacia Thionville».

Los prusianos logran sus primeras victorias y avanzan hacia París para liberar a Luis XVI y devolverlo a su trono. Por interés diplomático, se ordena a los emigrados franceses que se unan al cuerpo de ejército principal. «Levantamos el sitio de Thionville y partimos hacia Verdún, que se había rendido el 2 de septiembre a los aliados. Longwy, patria de François de Mercy, había caído el 25 de agosto.»

Pero el 20 de septiembre llega la batalla de Valmy, a mitad de camino entre Verdún y Châlons-en-Champagne, y con ella el triunfo del ejército de los harapientos, que salva a París y a la Revolución. Los prusianos son vencidos. La retirada es una desbandada. Y estas frases, que se dirían del Maurice Genevoix de *Ceux de 14* o del Ernst Jünger de *Tempestades de acero*, pues ambos también habían sido combatientes en Éparges cerca de Verdún, uno las ha leído en las *Memorias de ultratumba* y lo que describen es la debacle militar de 1792: «Abandonamos Verdún. Las lluvias habían destruido los caminos; por todas partes encontrábamos carcasas, cureñas, cañones empantanados, carretas volcadas, vivanderas con sus hijos a la espalda, soldados que expiraban o ya muertos en el barro.»

Es el sálvese quien pueda y Chateaubriand, herido, remonta hacia Longuyon y luego a Longwy, pasa a Bélgica, llega a Arlon, después a Namur, donde las mujeres acuden en ayuda de ese zarrapastroso que huye solo por el borde del camino con su muleta: «Reparé en que ellas me trataban con una especie de respeto y de deferencia; hay en la

naturaleza del francés algo superior y delicado que es reconocido por los otros pueblos.» El magro consuelo de ese prestigio es algo obsoleto y muy dieciochesco, pero él lo seguirá defendiendo al dirigirse a la Francia del porvenir, a la que trata de usted: «Y sin embargo, Francia del siglo XIX, aprenda usted a estimar a esta vieja Francia que valía la pena. También usted se hará vieja a su vez y será acusada, como se nos acusa hoy, de tener ideas obsoletas.»

En estos parajes fue donde conocí al geógrafo y diplomático Michel Foucher. Habíamos organizado juntos unas conferencias en Thionville sobre las fronteras a pedido del alcalde de aquel momento, Bertrand Mertz, a las cuales invitamos a la novelista japonesa de lengua alemana Yoko Tawada. En el camino de vuelta, compartimos un chucrut cerca de la estación de Metz mientras esperábamos nuestro tren. Foucher dirigía la edición del *Atlas de l'influence française au XXIe siècle*.

La obra iba a darle un amplio espacio a la promoción lingüística y cultural, y abordaría el asunto desde la creación de la Alianza Francesa en 1883, cuyos fundadores se reunían en el círculo Saint-Simon animado por Ferdinand de Lesseps, Louis Pasteur, Ernest Renan y Jules Verne; haría inventario de los cientos de Alianzas presentes hoy en más de cien países y, en el terreno médico, la treintena de Institutos Pasteur existentes en el extranjero. Abordaría sin duda la creación matemática puntera, la exploración espacial y oceanográfica, recordaría que el Louvre es el museo más visitado del mundo, con una avalancha de cifras y gráficos capaz de machacar nuestra legendaria modestia, pero capaz también de refutar esa irritante propensión de los franceses a ponerse zancadillas a sí mismos. Proust anotaba ya ese «hábito de nuestra dulce Francia de calumniarse a sí misma», actitud por otra parte paradójica, pues tras esa autodenigración bien cabe sospechar la desmesurada ambición de una grandeza inevitablemente defraudada, sea cual sea su dimensión.

Así, el optimismo, más aún cuando resulta difícil de mantener, es un imperativo categórico, de igual modo que el buen ánimo y el humor, según Alain. «Con cada ocurrencia ingeniosa muere un sistema.» Yo pensaba que el atentado contra *Charlie Hebdo* había despertado el término pueblo, que la prensa solo utilizaba en sentido figurado. En la primera plana del diario *Libération* del 11 de enero de 2015 se leía: «Nosotros somos un pueblo». En *Le Parisien* del lunes 12: «Ayer, el pueblo de Francia se levantó», y me decía que era formidable que se hubiera escuchado el doblar de las campanas de Notre-Dame de París tras el asesinato de aquellos comecuras.

Confortablemente instalado en la autopista A31 rumbo al sur, en

dirección a Pont-à-Mousson -ciudad cuya potencia poética, más allá de su capacidad de marcar todas las aceras de Francia con tapas de alcantarillas que llevan su nombre, evoca cierto puente asiático perdido entre la bruma bajo lluvias torrenciales-, yo alimentaba con abundante combustible mi optimismo recordando una velada en Burdeos, cerca de la lonja de Chartrons, en compañía de André Velter, quien me informaba de que cada día -que no nos da Dios puesto que nosotros somos ateos, y también lo era Ernest Pignon-Ernest, que cenaba con nosotros y lo reivindicaba-, cada día pues que no nos da Dios sino que nos lo ganamos nosotros mismos, se venden en Francia más de mil ejemplares de su colección «Poesía».

Cuando me detuve para llenar el depósito, estacionando entre espantosas autocaravanas, y mientras me dirigía hacia la caja pisoteando un césped lleno de embalajes y papeles sucios, recordé que los asesinos de los periodistas de *Charlie Hebdo*, que no habían previsto su retirada y se habían olvidado de llevar un poco de dinero de bolsillo, asaltaron en su fuga una gasolinera con el fin de procurarse alimentos y así fue como los localizaron. ¿Cómo un pueblo que había ganado una guerra después de haber perdido a veintisiete mil hombres en una sola jornada, un pueblo que compra en las librerías varias decenas de miles de poemas al día, podría dejarse impresionar? No obstante, algunos kilómetros más lejos yo pensaba en esa palabra, pueblo, que me había venido en mente, a ese pueblo pertenecían también los hermanos Chérif y Saïd Kouachi, nacidos en París, así como su cómplice, Amedy Coulibaly, el asesino de la tienda kosher de la puerta de Vincennes, nacido en el departamento de Essonne, cosa que complicaba un poco una reflexión que decidí abandonar de momento.

La conducción automovilística favorece la digresión, el baile de ideas, a veces luminosas y frecuentemente absurdas, el olvido del tiempo y de los lugares: así, poco a poco, me fui extraviando. Después de la breve llamada a la realidad de cada peaje, yo envejecía o rejuvenecía, cambiaba de continente. Luego, de regreso a Francia y mientras miraba la hora en el salpicadero y observaba la aguja del marcador de velocidad, me di cuenta de que iba pisando huevos por el carril derecho, decidí acelerar y alcanzar a los cuatro de la pequeña banda, que sin duda ya hacía tiempo que habían pasado Dijon y se acercaban al Jura y a la frontera suiza, adonde podrían llegar antes que yo, según la conocida fábula de la gorda tortuga Renaulta y la liebre Volkswaguenice que se queda con un palmo de narices.

EN DÔLE

Esclarezcamos de entrada de dónde sale ese pequeño acento circunflejo de Dôle: está en la obra de Boileau y estuvo en mi infancia. Y es posible que fuera ese el alejandrino del *Arte poética* mil veces repetido que recitaba a lo largo de la jornada Taba-Taba en los escalones del Lazareto, pero sin pronunciar las palabras. Quizá Boileau, en el momento de pregonar las victorias del Rey Sol, confundió esta ciudad con el vino de ese nombre del Valais o con la segunda cumbre más alta de la región suiza del Jura, la Dôle:

> Pero mientras cuento yo la gloria renovada
> A ese pronto vencedor hacia los Alpes le llaman
> Dôle y Salins al yugo ya se han doblegado
> Besançon en su peñón aún humea fulminado.

Para poner fin a ese tipo de querella que Francia adora, suele uno dirigirse al supremo arbitrio del Estado, como se dirigen al maestro los chavales en el patio durante el recreo: un decreto de prefectura de 1962 fue el que se cargó ese acento. Pero cuando ellos se bajan del Renault es a principios de los años treinta, y conservarán por tanto el nombre de Daule para distinguir en sus conversaciones los recuerdos de esta ciudad de los de la comuna de Dol-de-Bretagne, así como tampoco dirán jamás Beijing en lugar de Pekín, ni Mumbai en lugar de Bombay.

Dole contaba en este año 2015 con más de veinticinco mil habitantes. Dôle tenía dieciocho mil en el año 1931, progresión muy notable, por más que sea de las que pueden hacer sonreír a un demógrafo chino. Dejé el Passat en la plaza Jules-Grévy, delante del Hotel de la Cloche, donde había depositado mi equipaje. Luego, para desentumecer las piernas, me puse a vagar por las calles, y no me habría sorprendido encontrarme el vehículo de ellos junto a alguna acera, con su matrícula del departamento del Aisne. Pero seguro que ya han encontrado un garaje, porque viven a lo grande al comienzo de su vida en el Franco Condado.

Paul alquila un apartamento señorial en la mansión Froissard, en el número 7 de la calle de Mont-Roland, un palacete del siglo XVII clasificado después como monumento histórico. El barrio, convertido en semipeatonal, es turístico y pintoresco, con pasajes, que aquí llaman *treiges*, de edificios con ventanas de rejas negras, redondeadas y ventrudas, restos del tiempo en el que el condado de Borgoña era español; enfrente están el callejón sin salida de los Carmelitas y la casa Odon-de-la-Tour, en la esquina de la calle está el colegio Notre-Dame de Mont-Roland, en el que él da clases de gimnasia, no lejos del colegio de los jesuitas, y más allá, la calle de Charles-Sauria, el genial inventor de la cerilla. La pequeña Monne está inscrita en el pensionado Sainte-Ursule, en el séptimo curso. Como todas sus compañeras mediopensionistas y según las reglas del decoro, tiene que usar sus propios cubiertos de plata.

Desde ese momento, sus vidas transcurren dentro de ese perímetro del centro histórico. Van a habituarse a la paz, aquí no hay huella alguna de la Gran Guerra. El monumento que está cerca de su casa es en homenaje a los muertos de 1870. Desembarcado en Marsella dos días después de la batalla de Sedán, Giuseppe Garibaldi, el amigo de Victor Hugo, había instalado en Dôle, en el mes de octubre, el Estado Mayor de su ejército de los Vosgos formado por voluntarios italianos y también españoles y polacos, y desde ahí reinició el combate por la República. En ese mismo momento, Brazza escogía por solidaridad la nacionalidad de aquella Francia derrotada. Aquí es donde se forma el pequeño panteón de héroes que me será transmitido: Schweitzer, el alsaciano nacido alemán después de Sedán y convertido luego en francés, Lesseps el egipcio, y más tarde Lacordaire, de Sorèze, y Pasteur, nacido en Dôle, quien después de la derrota abandona París y sale a los caminos en busca de su hijo desaparecido en los combates, o por lo menos de sus restos, al igual que después de la otra guerra Rudyard Kipling, carcomido por los remordimientos, sentado en la banqueta trasera de su Rolls-Royce, le enseñará a su chófer el mapa del campo de batalla de Loos y buscará el cuerpo de su hijo miope, caído en su primer asalto. Declarado inútil, este se había empeñado en combatir para obedecer el temible mandato paterno: «sé un hombre, hijo mío».

Mientras Paul está en las barras paralelas y Monne en la escuela, Eugénie suspira delante de *El Ángelus* de su madre, que está colgado en la pared, se pone el sombrero de luto con flores negras y violetas, y sale a dar un paseo con el pequeño Loulou, rubio todavía como su padre y su hermana, pero cuyos cabellos empiezan a oscurecerse. En caso de catarro o de fiebre, tienen de vecino a un médico, que se convierte en su primera relación amistosa. Disfrutan juntos de las

diversiones anteriores a la televisión, cuyos programas conservan. Si el teatro del Lazareto viene de Sorèze, su descubrimiento había tenido lugar con anterioridad, en Dôle. Y ya en Saint-Quentin, Paul se había unido a una compañía de aficionados. El domingo 15 de febrero de 1931, se representa *La reina Mozab*, una ópera cómica de Duprato; el domingo 17 de mayo, *Alcestes*, un drama clásico de Eurípides, cuatro actos en verso con un prólogo de Georges Rivollet. Pero sobre todo son los grandes espectáculos deportivos. El 10 de mayo, la «Fiesta de gimnasia y juegos del colegio Notre-Dame de Mont-Roland: combates a espada, hockey, combates con florete, baloncesto, pirámides, monitor el señor Deville, diplomado por la Escuela de Joinville»; y el 28 de junio, el gran «Concurso interregional de Gimnasia y Música de la FGSPF», la Federación de Gimnasia y Deporte de los patronatos de Francia, de su ídolo Gabriel Maucurier. Y si esa posibilidad hubiera existido entonces, quizá Paul habría tomado el apellido de su madre, Julie Maucurier, y dejado el de su padre, Eugène Deville.

No deja de ser curioso, aunque sea práctico, eso de tener un apellido que uno no ha escogido y que debe llevar. Yersin sabe algo del asunto. Hay frases sobre eso en Genet, poco a poco uno se convierte en su apellido, se identifica con su sonoridad. Uno encuentra siempre, con esa crueldad propia de los niños que es el inicio de la poesía, de qué burlarse: «¿Qué, a todo gas Deville?»[9] De adolescente, uno repara en ese apellido, que es bastante común, cuando lee libros: el de Sainte-Claire Deville cuyo retrato adornaba el despacho de Pasteur, el de Jean Deville, expulsado por el Segundo Imperio y médico de Victor Hugo durante su exilio, el del general Deville, que combatió en Verdún, y el de Alphonse Deville, nacido en Dôle, que vivió en la calle de Cherche-Midi de París y dio su nombre a la pequeña plaza que está al lado del hotel Lutetia: ese patronímico es pues honorablemente conocido por los habitantes de Dôle y quizá les facilite la integración más que el de Maucurier.

Al mismo tiempo, es un poco idiota conservar ese apellido de nacimiento, visto que uno no puede modificar ni el siglo ni el lugar de este. Durante mucho tiempo lamenté no haberme inventado un seudónimo, como Traven o Cravan, y ser yo el único en poder sonreír al ver ese nombre secreto escrito en Suiza sobre los camiones de la compañía Deville-Mazout, cuyo logotipo es una ardilla de cola erizada de llamas, o al leer en la vitrina de un restaurante de Quebec «Deville, para comer, beber o reunirse», y sobre todo en Buenos Aires, ante esta publicidad de una marca de lencería femenina: «Deville, para cada momento de tu vida.» O, por el contrario, ese apellido puede ser una máscara: en 1975, Roman Kacew, asiduo de los seudónimos como Shatan Bogart y más tarde Émile Ajar, publicó su novela *Direct Flight to Allah* con el de René Deville. Fue con el de Romain Gary como

publicó esta frase: «No tengo una gota de sangre francesa, pero Francia corre por mis venas.» Ahora que una alianza de hecho entre los islamistas yihadistas y la extrema derecha nacionalista intenta arrastrar a Francia a una guerra civil, me sigue gustando la simple definición que hizo este judío de Lituania: «El patriotismo es el amor a los tuyos, el nacionalismo es el odio a los otros.»

La elección de un bistró en una ciudad desconocida obedece a un tropismo misterioso: solo después de haber empujado la puerta del Café Central, en la calle Arènes, no lejos de la colegiata de Notre-Dame, me di cuenta de que había entrado allí años atrás, cuando en 2008, de camino a la Universidad de Lausana donde debía consultar los archivos de Malcolm Lowry, hice parada en Dole y fotografié el palacete Froissard para Monne, que todavía vivía.

Siete años más tarde, sentado en la misma banqueta al fondo del café, delante de un anís de Pontarlier, mejor que de un de macvin del Jura, que es demasiado dulce, desplegué la edición semanal de *La Vie doloise* del sábado 16 de mayo de 1931, que el gimnasta había comprado en esta misma ciudad, ochenta y cuatro años antes, lo había guardado sin saber bien por qué y lo había paseado al azar por toda Francia en sus desplazamientos, y que yo había traído conmigo a Dole para leerlo a mi vez.

Me inquietaba un poco que algún cliente, como sucede a veces en este tipo de establecimientos, me saludara con un: «¿Qué, noticias frescas?» No exactamente. Paul Doumer, huérfano de Aurillac y amigo de Alexandre Yersin, el huérfano de Morges, acaba de ser elegido presidente de la República y permanecerá en ese cargo hasta su asesinato un año más tarde. En la Cámara de Diputados, el ministro de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, saca adelante con ciento cuarenta votos frente a seis el envío de un saludo de simpatía a la joven República española. El periodista expresa sin embargo su inquietud, y el porvenir demostrará que esta no era infundada: «Hay que seguir con atención los acontecimientos españoles. No presagian nada bueno. El ideal de los republicanos parece ser el de establecer un régimen de libertad y tolerancia comparable al de la República francesa, a la que siempre han admirado. Nos tememos que se vean arrastrados a su pesar hacia concepciones más brutales, provocando irresistiblemente reacciones no menos vigorosas y que se abra así un largo periodo de agitación, de sufrimientos y miseria.»

Más al norte, en esta primavera de 1931, Alemania se muestra todavía zalamera: «El doctor Curtius, ministro de Asuntos Exteriores del Reich, ha respondido en el transcurso de un banquete en Berlín a las declaraciones realizadas por el Sr. Briand ante la Cámara francesa a propósito del proyecto de acuerdo aduanero austro-alemán. El Sr.

Curtius habló por el contrario a favor del proyecto en términos moderados, afirmó lo correcto de los procedimientos diplomáticos y la pureza de sus intenciones en lo que se refiere al mantenimiento de la independencia de Austria.»

Pasando páginas, avancé hacia la actualidad local, pero en el Jura no pasó gran cosa durante esa semana, casi nada, y el corresponsal local del cantón de Chaumergy, un tanto jodido por tener que entregar un artículo de todos modos y justificar su puesto, no destaca más que este suceso como susceptible de ser puesto en conocimiento de los lectores, lo cual da una idea de lo que era entonces la delincuencia en el Jura: «Infracción-M. N…, de Commenailles, circulaba en bicicleta, sin luz, hacia la medianoche cuando los gendarmes de Chaumergy se lo encontraron y le multaron.»

Por fin, al leer un reportaje consagrado a la fiesta nacional en honor a Juana de Arco en Dôle, descubrí por qué esa publicación había sido conservada durante tanto tiempo: «A los acordes de una marcha ejecutada por la fanfarria de la Legión Doloise bajo la dirección del Sr. Lenoble, el Sr. Deville, monitor diplomado por la escuela de Joinville, presenta su compañía. Vestidos con calzones azules y camisetas blancas, los cadetes avanzan en filas de seis, cubriéndose la parte del corazón con el brazo. La columna saluda a la antigua y se retira. ¡Verdaderamente, lucen muy bien!»

He ahí a Paul al cabo de unos meses, conocido y aceptado por su nueva ciudad. ¿Por qué entonces, pasado un año, quiere partir? Visto de lejos, todo va bien, es un profesor respetado y alquila una de las mejores residencias burguesas, pero está en números rojos: ha tenido que vender el coche y busca alumnos a los que dar clases particulares. O tal vez deja el pájaro en mano por los cien que vuelan. El momento está mal elegido. En ese año de 1931, los efectos de la Gran Crisis surgida dos años antes en América llegan a Europa. Francia cuenta ya con doscientos mil parados. Las cifras en Alemania no tienen comparación. Hay cinco millones de parados y el sistema bancario se hunde. Paul cierra el periódico, enciende su pipa y frunce el ceño.

LA TENTACIÓN DE LAS ARMAS DE FUEGO

Parece claro que a diferencia de los ministerios y de los estados mayores, la gente de a pie no cree ya realmente en la paz con esa Alemania que fue el agresor y poco a poco se hace pasar por víctima. Teme que se esté armando discretamente y ataque por sorpresa. Uno se prepara para ello. Paul ya ha matado. Supo lo que era estar bajo el fuego a la cabeza de su sección de una treintena de hombres. Desde el fin de la guerra, es titular de un carnet de la Sociedad de Tiro y de Preparación Militar:

> Prueba a media distancia (fusil de guerra)
> serie: 7 balas disparadas sucesivamente y sin pausa anormal
> distancia: 200 metros
> posición: facultativa, sin apoyo
> arma: fusil reglamentario, recogido de camino al tiro
> los fusiles con los que los candidatos ejecutarán sus pruebas de tiro deberán haber sido revisados con cuidado antes de los exámenes, y ser el mismo modelo de arma con la que hayan hecho la instrucción en sus sociedades
> diana: cuadrada, de 1,50 m por lado. En el centro, un círculo de un metro de diámetro, dividido en 10 zonas numeradas de 1 a 10 puntos; fondo negro de 0,20 m de diámetro incluyendo las zonas 9 y 10.
> regulación: tres balas de ensayo que preceden inmediatamente a la ejecución del tiro.

Paul conservará toda su vida, en la gran caja de hierro en la que se acumulan medallas deportivas y militares, una reserva de municiones que yo encontraré en casa de Monne. Sus heridas psicológicas son las de los supervivientes, ya sea de la Gran Guerra como de las guerras de Vietnam o de Afganistán, imágenes del infierno de Longuyon o de Éparges que le vuelven por sorpresa, la carnicería, el ruido, la respiración, la imposibilidad de hablar de ello salvo con otros supervivientes, la culpabilidad por haber sobrevivido, el recuerdo de

su hermano muerto gaseado, pero quién no vive con la imagen de un muerto.

Si está abonado a la revista de la Unión de Sociedades Gimnásticas de Francia, también lo está al órgano oficial de la Federación Nacional de Asociaciones de Suboficiales en la Reserva, y recibe de oficio la publicación mensual *Le Sous-Officier de réserve*. En el número de septiembre de 1932, que tengo ante mis ojos, el general Gamelin, jefe de Estado Mayor, escribe unas palabras que concluyen así: «Añado que Francia es fácil de conducir, pero hay que dirigirla de acuerdo con su corazón. Quienes han hecho la guerra saben que en los momentos graves la moral lo domina todo. Pero hay que conocer un oficio que se vuelve cada día más difícil por el progreso de los armamentos. Debemos trabajar para conocer los útiles que nos son confiados.»

Aquel al que acabarán llamando Gagamelin,[10] a tal punto eran obsoletos sus conceptos estratégicos, llevará al desastre al ejército en 1940. En ese otoño de 1932, el lento derrumbe de Alemania prosigue. Los parados son ya seis millones. Tres meses más tarde, Hitler es elegido canciller. Paul renueva su carnet en el campo de tiro.

UNA JOVEN PAREJA

Él está desnudo y es metálico. Un muchacho y una muchacha, inclinados sobre el ecuador de un globo terrestre, personifican los ríos Doubs y Loue, su confluencia. La fuente está instalada delante del Hotel de la Cloche, en el parking Jules-Grévy. La estatua de este último se alzaba en medio de la plaza cuando Paul vivía aquí. En el año de la elección de Grévy como presidente de la República, 1879, el joven príncipe heredero Luis Napoleón Bonaparte moría en África, en la guerra inglesa contra los zulús. Todo riesgo de regreso al imperio quedaba descartado y Grévy instauró «La Marsellesa» como himno nacional, decretó la festividad del 14 de Julio, amnistió a los comuneros y a continuación hizo entrar los restos de Victor Hugo en el Panteón. En 1941, el gobierno de Vichy desmontará la estatua de Grévy en Dôle.

Desde la fuente, la calle Jean-Jaurès desciende hacia la casa del padre de Louis Pasteur, construcción de varios niveles con pasaje y vistas en la parte trasera al canal de Tanneurs, modesto brazo derivado del canal Rin-Ródano, que hay que atravesar para llegar al Doubs. Ellos van a descubrir y a amar el rudo invierno, los hielos del Jura, la maderada de grandes troncos que desciende desde la montaña hacia el canal. La ciudad pasa por ser una de las más frías y en ella el aire es sano y tonificante. Cuando no está en el campo de tiro o en el colegio, Paul se va de pesca.

Caminábamos a lo largo de praderas bajo un cielo azul que se reflejaba en el río, una parte de cuyo curso hace de frontera con Suiza antes de dar nombre a un departamento, desde que la Asamblea Constituyente eligiera recurrir a la hidronimia y decidiera dar un uso administrativo a los nombres de los cientos de ríos y afluentes, que se convirtieron en el gran poema revolucionario de las prefecturas. Pasaban algunas vacas. Yo pensaba que ese animal tan preciado podía también ser útil para la toponimia: por aquí pasaría esa larga Diagonal de la Vaca, de nordeste a sudoeste, sobre la línea que va de Belfort a Bayonne y en la que hay lugares donde viven más bovinos que humanos, enumerando las denominaciones lecheras como indicaciones

geográficas: la montbéliarda y luego la charolesa, la limusina y la salers, hasta la bazadesa.

Tras la nieve, el curso es suave y majestuoso, seguro de sí mismo, sereno como parece serlo la ciudad misma allá arriba. Su ligera pendiente forma extensiones de aguas tranquilas bordeadas de hierba cola de caballo e islas en las que viven castores y pájaros raros, como el pechiazul y el charrán. Sentados al borde del agua, miramos flotar delante de nosotros los tapones de corcho, y quizá Paul siente mi presencia fantasmal a su lado. Las suaves colinas nos ocultan pudorosas el Loue, cuyo nacimiento erótico fue pintado por Courbet, con el bello color azul verdoso que le da el subsuelo cárstico. A principios de siglo y debido al azar de un incendio en la fábrica Pernod de Pontarlier, durante el cual miles de litros de absenta fueron vertidos al agua, y al rastro de peces ebrios por el hada verde que se retorcían alocadamente, fue cuando se descubrió que el río Loue es en realidad una reaparición del Doubs. Así que la pareja de la fuente no son hermano y hermana, sino padre e hija, y esta aporta al poderoso curso paternal sus lindos y pequeños afluentes: el Lison, el Cuisance, el Brême y el Réverotte.

Con el fin de prevenir las cada vez más frecuentes inundaciones y el que la erosión se coma los márgenes, se pensó en ralentizar el río, devolviéndole los meandros en los que harían parada las aves migratorias. Algunos de esos pájaros morirán aquí, tan lejos de la casa de Poitevin, y no quedará de ellos ninguna huella fotográfica, aunque quizá sí geológica, al igual que sus ancestros reptiles fosilizados en esas rocas que dieron el nombre de jurásico al periodo que siguió al triásico, y mucho antes, al paso del pérmico al triásico. Los veranos caniculares, las temperaturas de sesenta grados, las tormentas y los huracanes fueron los signos de un cambio climático que entrañó la desaparición del noventa y cinco por ciento de las especies marítimas y el setenta por ciento de las continentales. Entre ellas no se contaba todavía la humana, cuya extinción podría llegar con el próximo calentamiento, así como las de todos esos dioses tan entretenidos que esta se ha inventado para pelearse.

Alrededor de doscientos cincuenta millones de años más tarde, recogemos las cañas de pescar y remontamos en dirección a la ciudad con algunos pescaditos, y con Paul convertido de nuevo en invisible fantasma a mi lado.

Después de haber empujado la alta puerta del palacete Froissard, que no está abierto al público -pero es que me siento un poco como si yo fuera un antiguo inquilino-, tomé la majestuosa escalera de doble tramo y caminé por el patio interior adoquinado, luego pasé junto al pensionado de Sainte-Ursule, en el número 14 de la calle, donde

Monne estaba inclinada sobre sus cuadernos, y seguí por la larga arteria de Mont-Roland, que subía a medida que me alejaba del centro y se curvaba a la izquierda en dirección a las vías del tren, hasta la sede de La Vaca que Ríe en Dôle y, detrás de ella, la pequeña fábrica Bel en la que se producen actualmente los deliciosos quesos industriales Apéricubes. Durante la Gran Guerra, los alemanes llamaron Valkiria al servicio de intendencia de sus camiones de aprovisionamiento de la tropa. Los franceses, que no estaban tan bien equipados, bautizaron a sus carretas Vacakerie para burlarse, y me imagino las buenas risotadas que debieron de soltar, cuando las vieron llegar al frente, Jean Bily y sus compañeros.

UN NAUFRAGIO

En el camino de regreso, iba observando los rostros de los paseantes, a veces hombres solos, otras veces familias con niños, pensando en que si se le pidiera a los veinticinco o veintiséis mil habitantes de Dole que cada uno sostuviera en las manos una pizarra con un nombre escrito en ella, no serían suficientes para evocar a todos los muertos de aquella jornada del sábado 22 de agosto de 1914. Al día siguiente iba a tomar la carretera a Saint-Nazaire, ciudad que no sufrió la Gran Guerra, al contrario, lo que vio fue cómo la presencia del ejército de los Estados Unidos había mejorado sus infraestructuras, así como el negocio de sus burdeles. Cada soldadito americano cobraba un salario equivalente al de un oficial francés y había un centenar de bares de alterne dispuestos a acogerlo.

Esas dos ciudades de Dole y de Saint-Nazaire están asentadas sobre el mismo paralelo, cuarenta y siete grados de latitud norte, en los extremos de una línea trazada de este a oeste. Después de haber pasado Montargis y Orleans, decidí hacer un alto cerca de Blois, en el hotel Ibis Vallée-Maillard, al borde de la autopista A10, en medio de un área de actividad empresarial recientemente dividida con trazados en ángulo recto, separados por rejillas galvanizadas blancas. Tenía pensado estacionar el Passat en el parking del Building[11] de Saint-Nazaire y tomar un tren para ir al encuentro de Yersin, en vez de aparcarlo en París.

Cuando en ese año de 1931, el doctor Dardelin hizo editar su libro sobre el Lazareto de Mindin, los cuatro neodôleses están todavía lejos. No descubrirán ese lugar hasta veinte años más tarde, en 1951. Y no seguirán para ello esa gran horizontal rectilínea que había seguido yo, todavía les esperaban muchos rodeos. Saqué del Passat varios de los periódicos viejos y por la noche reanudé su lectura en medio de representantes de comercio solitarios, tanto hombres como mujeres, cada cual ensimismado en teclear en su ordenador o en su tableta. En aquel verano de 1931, en Dôle, tan lejos del mar, hojeando *La Croix du Jura* «Periódico católico semanal publicado el domingo», en el que se habla de nuevo del Concurso interregional de gimnasia de su héroe Maucurier, Paul no presta quizá atención a la noticia breve que está al

lado, porque uno no conoce los dos extremos de su propia vida y él ignora que, dentro de más de cuarenta años, será en esa región de Saint-Nazaire donde la muerte vendrá también en su busca:

> El Sr. Briand ha recibido al nuncio del Papa, monseñor Maglione, que ha venido a rogarle al ministro de Asuntos Exteriores que transmita al presidente del Consejo las condolencias del Santo Padre con ocasión de la catástrofe de Saint-Nazaire. Le ha entregado al ministro 30.000 francos destinados a las familias de las víctimas.

Si bien este brevísimo artículo no detalla los hechos, ya evocados sin duda en alguna edición anterior, es posible encontrar tras esas pocas palabras todo un contexto de tensiones políticas y religiosas. Del otro lado de Francia, un navío se hunde en el océano y el Papa, en su caridad, acude en ayuda de las víctimas. El domingo 14 de junio de 1931 el tiempo es magnífico y desde el alba el *Saint-Philibert*, de la Compañía Nantesa de Navegación a Vapor, fletado por el servicio de las Mensajerías del Oeste y alquilado durante ese día a la Unión de Cooperativistas, desciende por el estuario del Loira. Es un pequeño navío blanco de treinta y dos metros construido en los astilleros de Dubigeon. A bordo lleva un capitán, un mecánico, dos fogoneros, dos marineros, el grumete Pierre Samzun y quinientos dos pasajeros.

Después de haber sobrepasado la puerta del Lazareto y el peñasco de Nez-de-Chien, el *Saint-Philibert* pone proa al sudoeste, rumbo a la Vendée, y atraviesa la bahía de Bourgneuf en dirección a la isla de Noirmoutier. Los excursionistas hacen pícnic bajo los robles verdes del bosque de la Chaise, recogen moluscos en la playa de Dames o visitan el museo. Al final de la tarde, el cielo se oscurece y se levanta el viento. El capitán duda, pero los pasajeros insisten en que los esperan en Nantes y al día siguiente deben presentarse al trabajo. Franqueada la punta Saint-Gildas, el pequeño navío, que afronta la borrasca y las altas olas, es volteado por un golpe de mar y se hunde en pocos segundos. Hombres, mujeres y niños gritan y se alejan entre el oleaje. En Saint-Nazaire aparejan de inmediato las dos únicas embarcaciones capaces de afrontar semejante tempestad, el remolcador *Pornic* y el barco-piloto *Saint-Georges*. Traerán de vuelta a ocho supervivientes y algunos ahogados repescados, que son desembarcados delante del hangar de la Compañía General Transatlántica, donde desde hace seis meses se monta la pieza T6 de lo que se convertirá en el mayor paquebote del mundo con el nombre de *Normandie*.

Los días siguientes, cientos de cuerpos quedarán varados en las playas, desde Pornichet hasta la isla de Yeu. Reflotados algunas semanas más tarde y conducidos hasta la playa de Mindin, los restos

del *Saint-Philibert* encierran todavía treinta y tres cadáveres comidos por los cangrejos. Los navíos, como los gatos, tienen varias vidas: limpiado y armado de nuevo en Saint-Nazaire, en los Talleres y Forjas del Oeste, el *Saint-Philibert* reanudará su servicio bajo otros nombres, *Les Casquets, Saint-Efflam* y luego *Côte-d'Amour*, sin sufrir averías notables, antes de ser vendido para convertirse en chatarra en 1979.

La breve nota de esta publicación católica adquiere otra dimensión para quien no sea olvidadizo en lo que respecta a viejas rencillas. Veintiséis años después de la ley de Aristide Briand que instauró la separación entre Iglesia y Estado, todo está lejos de estar regulado. Ninguna religión, sea la que sea, acepta sin resistencia su secularización. A ese ministro es al que el Papa envía su representante. A pesar de su Premio Nobel de la Paz, recibido en 1926, Briand acaba de ser derrotado por Doumer en las elecciones presidenciales. Hombre de izquierdas y laico, también es diputado por este departamento del Loira Inferior. Sus padres regentan el Grand Café de Saint-Nazaire, villa obrera y cuna del anarcosindicalismo. En la muy católica Nantes, ese domingo 14 de junio era el día del Señor. Los adherentes de la Unión de Cooperativistas, una asociación de proletarios, intelectuales y enseñantes agnósticos, habían desdeñado las procesiones y ceremonias en la catedral para irse de pícnic a la playa. El Papa, con su gran perdón, distribuye el maná vaticano a las familias de esos descreídos tragados por el mar. La investigación descartará tanto la responsabilidad del capitán como de la compañía. Perecieron por «obra del mar», que es tanto como decir por la cólera divina.

Paul conservó este ejemplar de *La Croix du Jura* porque el nombre del gran Maucurier figura en él. Al igual que sus padres y abuelos, él es católico. Para él, Francia es cristiana como la hierba es verde, el mar es azul, las gallinas ponen huevos y las vacas dan leche. Seguro que le preocuparía ver en este año de 2015 tantos miles de iglesias en venta, pero es que para él una diócesis es un empleador como otro cualquiera. Comenzó su vida fabril a la edad de quince años y no posee diplomas que le permitan integrarse en la enseñanza pública. Tiene que recorrer los establecimientos privados. Y se va a dejar desplumar por un abad.

UN VIAJANTE DE COMERCIO

Ellos se van a pie o, mejor dicho, en tren, pero no siguiendo la frontera rumbo al sur y luego, más allá de los confines de Suiza, descendiendo el Ródano y a través de Italia, sino de regreso a la región parisina.

La estación de Dole tiene escrito en su frontis «1854» y afirma con su solidez el poderío de los ferrocarriles y el que tenía el Segundo Imperio seis años antes de que la cercana Saboya se volviera francesa, al igual que Niza. Enfrente se alza el amplio edificio del café-hotel-restaurante que hoy -y quizá también ya entonces- se llama Trois-Magots. De pie, delante del hermoso coche que fuera suyo, el jefe de la estación de Dôle-Ville, Michel Fradin, los saluda en su partida. Que sus descendientes estén tranquilos. Tengo delante de mí las facturas que atestiguan que el señor Fradin pagó, en dos veces, los 9.000 francos que le pedían por la adquisición de ese vehículo marca Renault, n.º 329678, con una potencia de 6 CV, matriculado por primera vez en la prefectura del Aisne el 10 de enero de 1930. Estamos en paz.

Parece que Paul había estado ya en Creil con motivo de una asamblea general de monitores de gimnasia a la cual fue convocado. Una medalla prueba que se hallaba a pocos kilómetros de allí en julio de 1927, en la época en que habitaba en Saint-Quentin, pues participó en la cercana población de Coye-la-Forêt en un concurso que reunió a más de mil atletas en medio del bosque de Chantilly; hubo misa militar bajo el alto patrocinio de monseñor Le Senne, obispo de Beauvais, y puede que en esa ocasión ya hubiera conocido al abad.

Alquilan en el número 32 de la calle Gambetta. Creil es hoy el extremo norte de la línea del tren de cercanías RER D, que la une con Melun, en el extremo sur, a través de una larga vertical de más de una treintena de estaciones sin transbordos, vía París Norte y París Lyon. Es un poco difícil imaginarse el pueblo entonces, bombardeado por los alemanes en 1940 y por los ingleses en 1944, maltratado en los años sesenta por la impericia de los arquitectos y los urbanistas diseñadores de grandes barriadas. Muy pronto, dado que su situación en Creil

parece endeble, Paul vuelve a ponerse en contacto con la región del Jura y pide certificados a sus antiguos empleadores.

Por parte del colegio Notre-Dame de Mont-Roland, le responde el padre Édouard Margot: «Su carta me ha conmovido mucho. Si usted no guarda mal recuerdo del colegio, sepa que todo el colegio, tanto maestros como alumnos, lamentó verle partir. Mis deportistas, en el momento de regresar al trabajo, han sentido más que nadie la interrupción de ese entrenamiento físico que usted logró que les resultara atractivo y cuyos beneficios han experimentado. Esta noche tenemos un primer partido contra los júnior del FCD, nuestros equipos muestran quizá demasiada confianza en la victoria, si pierden será una buena lección. Dele mis recuerdos a la señora Deville…»

Por parte del pensionado de la Providence, es la señora Degoise, o madre Degoise, quien lo hace: «También yo lamento, señor, no haber podido verle antes de su partida, me habría gustado darle las gracias de nuevo y expresarle mi total simpatía. Le echamos mucho de menos y le deseamos que consiga encontrar clases, estoy segura de que una vez que le conozcan apreciarán sus excelentes enseñanzas. Me conmueven los sentimientos que me expresa, cómo no ha de ser natural que le deseemos lo mejor, señor, si da clases excelentes y tan concienzudamente. En verdad se podía sentir la corriente de simpatía entre profesor y alumnos, y eso era mérito suyo. Con gran placer le adjunto el certificado que me pide, deseándole que le sea de alguna utilidad.»

Las cosas, en efecto, toman mal rumbo, no recibe el salario. Eugénie se preocupa. Contrariamente a su padre, maestro en la escuela pública, su marido no tiene ninguna garantía y sus ahorros se agotan pronto. Aquel a quien yo conoceré siempre tan calmado y amable, está colérico y envía al abad una carta certificada escrita a máquina de la que se guarda la copia en papel carbón:

> Ya estamos a 6 de marzo. He aguardado hasta hoy con la esperanza de que el no haberme enviado mis emolumentos del mes de febrero se debiera a un olvido, pero me veo obligado con pesar a recordarle las condiciones en las que me hizo venir a Creil y las promesas con las que me movió a abandonar la posición que tenía en Dôle.
>
> Usted no puede haberse olvidado de la petición formal que me envió por carta, con fecha del 5 de noviembre de 1931, en la que me ofrecía las condiciones que yo decidí aceptar, a saber:
>
> 1 - la certeza de una remuneración de mil a mil doscientos francos.

2 - un apartamento de 4 o 5 espacios, por un alquiler de unos 150 francos al mes.

Estaba usted a tal punto urgido de verme llegar que me pidió que le respondiera por telegrama.

Con esas condiciones abandoné mi posición en Dôle y efectué gastos muy importantes, más de cuatro mil francos que puedo justificar, para mi mudanza, y así vine a instalarme en Creil.

De entrada, en lugar de una remuneración de mil a mil doscientos francos, usted sabe bien que me encontré con una de tan solo ochocientos francos.

3 - Sin ningún motivo serio, sin que siquiera me haya usted avisado de que pensaba prescindir de mis servicios, hace dos meses me dio a entender que mi colaboración debía cesar.

Así pues, usted me ha causado un perjuicio material extremadamente importante y fácil de calcular, me ha despedido sin ninguna razón ni indemnización, y en fin, me ha causado un grave perjuicio moral en razón de la reputación que tengo entre los patronatos y que corre el riesgo de quedar gravemente dañada por la actitud que usted ha mostrado hacia mí.

Entenderá bien que, por mucho respeto que tenga por su función, no puedo aceptar sufrir las consecuencias de una decisión no motivada que además atenta gravemente contra mis intereses.

Le ruego pues me haga el favor de explicarme cuáles son sus intenciones respecto a la reparación a la que tengo derecho, estoy seguro de que si hasta hoy no me las ha explicado es porque no ha evaluado todavía su importancia.

Espero noticias suyas en el más corto plazo posible porque, si no tengo respuesta en el plazo de ocho días, me veré a mi pesar en la obligación de dirigirme al tribunal competente para resolver este desacuerdo.

Cuente señor abad con la expresión de mis mejores sentimientos.

Están a mitad del año escolar, y acorralados. Venden lo que pueden, y los cubiertos de plata de la pequeña Monne. Eugénie salva el azucarero de su madre y *El Ángelus*. Paul empieza a trabajar como viajante de comercio para La Cotonnière de Saint-Quentin, ciudad que había abandonado dos años atrás pero en la que mantenía contactos. Viaja en tren y en autocar puesto que ya no tiene coche, duerme en pequeños hoteles cerca de las estaciones, con retretes en el descansillo, saca de su maleta de cartón las hojas de pedidos y las

muestras de tejidos, a la noche se entrega sobre el linóleo a ejercicios de relajación para conservar la forma y también la esperanza. Vuelve a experimentar esa soledad que había vuelto locos a algunos en los campos de prisioneros. Helo ahí a dos velas. De momento es solo una imagen. Un día dejará de serlo. A la noche vuelve a ver los cuarenta años pasados, la fábrica, la guerra. No volverá a pasar por eso. Va a regresar a casa, a Soissons, donde nació él y nació también su hija Monne, donde nacieron sus padres y sus abuelos. Escribe al club La Soissonnaise, que acoge al hijo pródigo. Uno no debería abandonar nunca Soissons.

HACIA LA TIERRA DE LOS FRANCOS

Ahí están, de regreso a la cuna en 1932, en esa antigua capital de Francia en la que, según la guía telefónica, algunos de sus habitantes todavía llevan como apellido en 2015 su patronímico, entre ellos un consejero regional que es también adjunto al alcalde. Se instalan en el número 35 de la calle Saint-Gaudin, no lejos de la catedral, luego en el 6 de la calle Charles-Périn, detrás de la plaza de Saint-Christophe. El país, que se recuperaba poco a poco de la desaparición de uno de cada diez hombres, que había visto reducida a la mitad su producción industrial, es alcanzado por la onda expansiva de la crisis venida de Nueva York vía Londres y frente a la cual, sin embargo, se había mantenido mejor que otros países gracias al recurso a una inmigración masiva y al llamado francooro del ministro de Finanzas, Poincaré. Después de su salto peligroso, el gimnasta cae de pie, restablece el equilibrio y respira. Enseña en varias escuelas y asociaciones deportivas, da clases particulares. Los cuatro frecuentan la biblioteca municipal, también compran libros en la librería. Cada uno de ellos consigna la lista de sus lecturas en un cuaderno.

Uno se apasiona entonces por los avances tecnológicos y por el progreso de los medios de transporte, el mundo se hace más pequeño. Después de haberlo explorado a pie, en piragua, a caballo y en camello, lo que ha permitido cartografiarlo, ahora se pretende trazar carreteras en él. André Citroën lanza la expedición Crucero Amarillo, miles de kilómetros en automóvil de Beirut a Pekín por la India y los contrafuertes del Himalaya. Los niños descubren la geografía, escuchan en la radio los nombres mágicos de ciudades lejanas, Damasco y Bagdad, Calcuta e Isfahán, Tianjin, Shanghái, Hong Kong, Hanói. En Francia, Édouard Michelin sabe bien que para vender neumáticos hay que vender coches, pero ¿para ir adónde? Hay que trazar mapas de carreteras, puntuar el paisaje con placas de piedra volcánica esmaltada, instaladas sobre un soporte de cemento armado, que indiquen las direcciones, ofrezcan informaciones turísticas y señalen también los peligros y las prioridades, las curvas peligrosas. El lenguaje escrito invade el territorio: el nombre de las ciudades aparece

con todas sus letras al borde de la carretera antes de entrar en ellas. En 1933 se crea la compañía Air France y algunos ricachones pueden mirar desde lo alto el planeta, sentados junto a la ventanilla, mientras dan sorbitos a un cóctel delante del Pan de Azúcar de Río de Janeiro o las cimas de las torres de Manhattan.

En el suelo la situación es más confusa. Las víctimas de la recesión dudan entre la extrema izquierda y la extrema derecha, y se enfrentan en París en febrero de 1934. Dos meses más tarde, el 8 de abril, el pequeño Loulou asiste a una «Mañana recreativa del grupo Saint-Crépin de la Unión Católica del Personal de los ferrocarriles». En ella se representa *La hija del campanero*, opereta en dos actos de Le Roy-Villars, y *El cachondeo*, comedia en tres actos de Guy de Pierrefeux. Loulou tiene nueve años. Ya es tiempo de dejar de colgarle ese apodo, por más que su madre y su hermana lo vayan a seguir usando toda la vida. Después de las dos Eugénie, he aquí a los dos Paul. Y mejor que decir Paul-Marie y Paul-Eugène, optemos por decir el padre y el hijo.

Este celebra sus once años el verano del Frente Popular: tras pasar meses en la cuerda floja, los electores han elegido a la izquierda reformista de Léon Blum y, mientras que del otro lado de los Pirineos comienza la guerra civil y Alemania es nazi, Italia fascista y Rusia estalinista, Francia es invadida por un fresco viento de felicidad, libertad y vestiditos de verano. Antes de las vacaciones largas, le han pedido al jovencito que clasifique en orden decreciente los oficios que le gustaría ejercer, el teatro no aparece por ningún lado: oficial, maestro, médico, agricultor, aviador, marino, comerciante, carpintero, fogonero, mecánico. Toma cursos de violín y de tenis, se entusiasma por el funcionamiento de la radio. Le regalan un aparato de radio de válvulas, que él monta, aprende a fabricar otro de galena. Su hermana Monne se inscribe en el pensionado del Niño Jesús de la calle Frizebois, va a convertirse en maestra o en profesora. El domingo, el padre se va solo de pesca. Enciende su pipa, ha evitado la ruina, está tranquilo, vigila el corcho, lanza un puñado de cebos. Su vida acaba de trazar, en más de cuarenta años, un círculo que va de Soissons a Soissons, pasando por Baviera y el Jura. No se imagina moverse de nuevo. Los dioses titiriteros le reservan algunas peripecias.

UNA BANDA AZUL

A lo largo de los años treinta, el enfrentamiento entre las grandes potencias es todavía simbólico y pacífico, y la partida se juega tanto en el aire como en el mar. Después del Crucero Amarillo llega la Banda Azul. La botadura de un navío francés de más de trescientos metros de eslora y capaz de alcanzar los treinta nudos, decidida antes de la Gran Depresión, es retrasada por las huelgas, la falta de créditos y la marcha del hambre hasta Nantes de los parados de Saint-Nazaire. Los costos de la armadura del *Normandie* han corrido a cargo de la nación, siguiendo el modelo de las Grandes Obras. El Estado hace construir a los obreros un paquebote de lujo para mantenerlos a flote, justo por encima de la miseria, y también, con un propósito quizá didáctico, para mostrarles a lo que puede dar acceso el dinero.

El 29 de mayo de 1935, cuatro escritores subieron, pagados por sus respectivos periódicos, la escalera de embarque del navío. Habían salido de la parisina estación de Saint-Lazare rumbo a El Havre. En el muelle, un patoso porteador deja caer la botella del vino de paja del Jura que Colette quería arrojar al mar con un mensaje. El vino amarillo se derrama sobre la piedra. Nunca conoceremos el contenido del mensaje. Colette lleva un impermeable blanco y una cesta con provisiones en la mano, como si se fuera de pícnic al bosque. Llega de Saint-Tropez, con los pies desnudos en sus sandalias. A su lado, Pierre Wolff, coautor de piezas de teatro de bulevar, que conocieron el éxito en Broadway antes de la guerra, y luego de guiones para Claude Autant-Lara y Julien Duvivier, busca ya el Grill-Room Bar. Allí se encuentra con Claude Ferrère. Este tiene sus motivos para levantar la copa: recuperado de sus heridas de bala recibidas durante el asesinato, tres años antes, del presidente Doumer, que estaba a su lado, acaba de ser elegido miembro de la Academia Francesa frente a Paul Claudel.

Al pie del ascensor de primera clase, el tercer hombre, de boina negra y pitillo en los labios, se ha despedido de sus cofrades saludándolos con su única mano, y se dirige a su cabina de segunda clase, la 822.

Es una buena cosa que Cendrars viaje en la bodega mientras los

otros están en el salón, y ha sido el talento de Pierre Lazareff, el director de *Paris-Soir*, el que ha reunido a esos dos para su periódico: Farrère recorrerá las cubiertas superiores y su ambiente mundano, mientras Cendrars baja a la sala de máquinas. Los grandes reportajes en primera persona están de moda. También el gigantismo. Y mientras estos cuatros escritores se disponen a cubrir el crucero inaugural del mayor paquebote del mundo con destino a Nueva York, Antoine de Saint-Exupéry está en Moscú la víspera del despegue del *Maksim Gorki*, el mayor avión del mundo, propulsado por ocho motores, equipado con dormitorios, una imprenta, oficina, biblioteca y sala de cine. Tendrá el tiempo justo de escribir su artículo para *Paris-Soir*, antes de que el monstruoso pelícano soviético se estrelle contra el suelo al día siguiente, 18 de mayo.

Once días más tarde tiene lugar el primer baile del *Normandie*, flamantemente nuevo, posado sobre las aguas oleaginosas de la dársena de El Havre, con sus tres chimeneas rojas y negras inclinadas hacia atrás y unidas entre sí por los destellos multicolores de los banderines, es su primer baño de mar y de multitudes. Desde hace varios días, una huelga de marinos bloquea el puerto. El gobierno Flandin ha tenido que soltar lastre. En las cubiertas superiores se ignoran esos detalles de intendencia. Los pasajeros descubren esa especie de pabellón francés a modo de exposición itinerante, la belleza de la depuración y la eficacia denominadas *Estilo Normandie*, un equilibro entre las artes decorativas y la gran cocina, entre el cubismo y la enología. Con una copa en la mano, visitan el jardín de invierno en el que se contonean los papagayos, entran en el comedor de noventa metros a través de dos altas puertas de bronce; un poco ebrios ya, acarician la cristalería de Lalique, las sedas y tapicerías, las maderas de palo de rosa y los lacados de oro, los mármoles y el acero pulido. Decenas de metros por debajo, los navegantes vestidos con mono de trabajo proceden a aumentar la potencia de las turbinas.

En ellos descansan las esperanzas de la Compañía General Transatlántica y de Francia entera. Se trata de cerrarle el pico a las líneas competidoras, la Norddeutscher Lloyd de la Alemania nazi y la Navigazione Italiane de la Italia fascista, ambas poseedoras del récord de la Banda Azul en la travesía del Atlántico, primero en un sentido y luego en el otro, y también de darle un soplamocos a la White Star Line y a la Cunard Line de ingleses y americanos. Y este *Normandie*, que Jules Verne parecía haber descrito con su Ciudad Flotante y que los periódicos biempensantes, siempre pródigos a la hora de soltar tópicos, llaman el Palacio Flotante, es llamado desde hace años por la prensa satírica la Deuda Flotante.

A pesar de los violentos tumultos de principios de año en los

astilleros navales de Saint-Nazaire, que buscan retrasar la entrega del navío, y la posterior huelga de marineros de El Havre, que pretende retrasar su partida, a las siete de la tarde de este 29 de mayo la sirena suena y los remolcadores lo alejan del muelle sobre el que brilla el cobre de las fanfarrias. Es uno de esos anocheceres gloriosos en los que el sol no termina de deshilar sus dorados y revela la geometría de los remaches sobre la gran muralla negra. Cientos de embarcaciones, barcas de pesca, barcos bomberos, veleros e incluso el propio *Île-de-France*, rodean al *Normandie* durante las primeras millas de su viaje a Southampton y a la baliza de partida de la Banda Azul, como se acompaña a un boxeador al ring.

A bordo van más de dos mil personas, entre ellas su madrina, la señora de Albert Lebrun, primera dama de Francia, a la que ningún periódico se le ocurre encargarle una crónica; de la travesía ella solo conocerá las misas en la capilla y las cenas en su suite. Se rodea de la *liner-set*, que se convertirá en la *jet-set*. Al fondo de la bodega, ciento veintidós obreros hacen saltar con destornilladores las tapas de sus bidones de pintura: tienen el encargo de terminar los trabajos que la huelga retrasó.

Uno de ellos faltará a la cita y nunca verá Nueva York. Ese fumador inveterado, ergo simpático, al que a ningún novelista se le habría ocurrido atribuir el terrible apellido de Larbin,[12] está detenido en los locales de la policía de El Havre. Algunos días antes, a espaldas de su contramaestre y saltándose las medidas de seguridad en vigor, Larbin había abandonado sus pinceles para encenderse un pitillo en los retretes. La colilla, arrojada al inodoro en el que sus colegas, contraviniendo ellos también ciertas reglas elementales, habían vaciado un cubo de gasolina, provocó un conato de incendio y Larbin huyó por los corredores. Su historial judicial contenía ya una condena por destrucción de material militar durante su servicio: su torpeza, o la mala suerte, va a perder a Larbin.

Desde la primera noche, los cuatro escritores envían sus artículos a través de la telegrafía sin hilos del navío. Farrère, habituado a los transatlánticos, se hace el crítico gastronómico y ensalza el pato a la naranja del chef Magrin. En el teatro de a bordo se representa *El pastor*, de Sacha Guitry, en estreno mundial. Al aceptar hacer el reportaje, Cendrars había prevenido a Lazareff: «Lo que me interesan son las máquinas. El blablablá y las preciosas recepciones de gente mundana me importan un bledo.» En segunda clase, sus vecinas son las Blue Bell Girls del music-hall.

Conforme envían sus artículos, las imágenes que usan se duplican: la colorista Colette y el trotamundos Cendrars coinciden en ver, incluso en ayunas, a los grandes generadores como una manada de elefantes. Wolff refunfuña: «Según parece, vamos a treinta nudos por

hora. Veinticinco me habrían bastado.» Y los periódicos en los que aparecen cada día sus crónicas, como sucede con todos los viejos periódicos, resultan hoy novelas: por ellos nos enteramos de que las cosas no mejoran para el desdichado Larbin, que se ha quedado en tierra. El comisario Chauvineau dirige la investigación. Descubre que hace un año y medio Larbin todavía estaba casado con una alemana. Y ahí tenemos al fumador bajo sospecha de ser un saboteador que ha venido a pegarle fue a los retretes del buque insignia francés por cuenta del Reich, cuyo navío *Bremen* posee la Banda Azul.

Durante los cuatro días, tres horas y dos minutos que va a durar la travesía, uno se encuentra ante esa apariencia abigarrada que tienen los acontecimientos de la actualidad, ese gran follón sobre el cual, según Hegel, planearía sin embargo la Razón, encargada de guiar a la Historia hasta su cumplimiento. Hojeando las páginas, uno lee en el *Paris-Soir* y en *Le Journal* que en esos días de junio de 1935 el Duce inaugura un jardín zoológico y el ejército italiano llega a los novecientos mil hombres. Que el coronel Lawrence, el mítico Lawrence de Arabia, ha muerto en un accidente de moto, lejos del desierto, y ha sido enterrado en un cementerio de la campiña inglesa. Que el franco está amenazado. O bien que no lo está. Pero finalmente sí, porque el gobierno Flandin ha caído. Que Schuschnigg, canciller de Austria, saca pecho y le responde a Hitler: «¡No hay lugar para el nacionalsocialismo en nuestro país!» Que Sir Percey Bates, presidente de la compañía Cunard Line, la cual acaba de comenzar en sus astilleros la construcción del futuro *Queen Mary*, le desea buena suerte al *Normandie* en su lucha por la Banda Azul, mientras espera su hora. Que el señor Albert Lebrun recibe al señor Pierre Laval puesto que hay que formar un nuevo gabinete de gobierno. Que Joséphine Baker visita la Feria de París. Que se han requisado cincuenta kilos de heroína en el bulevar Saint-Honoré. Que «673 condenados a trabajos forzados se embarcarán pronto rumbo a la Guyana», otra travesía transatlántica para la cual cabe preguntarse si era necesario usar la forma pronominal.

Cuatro días, tres horas y dos minutos -y por qué no y un segundo- después de haber cruzado Bishop Rock, el *Normandie* sobrepasa al buque faro de Ambrose. Acaba de arrebatarle la Banda Azul en el trayecto del este al oeste al *Rex* de la Italia fascista. Una tela azul de treinta metros de longitud es colgada de la amura y esa misma noche, en el puerto de Nueva York, en el muelle 88, las mujeres lucen vestidos azules con la espalda al aire. Es una cena *blue*. Las detonaciones que se escuchan son las de los corchos de champán: Francia acaba de ganar la batalla.

Al mediodía del 7 de junio, el campeón pivota y se apareja para emprender viaje de retorno, en el curso del cual se hace con la Banda

Azul del oeste al este, que estaba en poder del *Bremen* alemán (con lo que las artimañas atribuidas a Larbin habrán resultado vanas). En julio de 1937, el récord le será sin embargo arrebatado por el flamante *Queen Mary* de la Cunard. Un mes más tarde, el *Normandie*, cuyas hélices de tres paletas han sido reemplazadas por hélices de cuatro, recupera la Banda Azul. No existen hélices de cinco paletas: el *Queen Mary* se hace con el nuevo trofeo en agosto de 1938. Un mes más tarde, el Reich, que es mal perdedor, decide cambiar de competición. El 30 de septiembre, Hitler, Mussolini, Daladier y Chamberlain se reúnen en Múnich: las democracias ceden a las exigencias de las dictaduras. A su regreso, los negociadores inglés y francés son ovacionados por haber evitado la guerra. Churchill es más lúcido: «Han escogido entre el deshonor y la guerra, ya tienen el deshonor y tendrán la guerra.»

Unos meses antes, el 30 de marzo, el gimnasta perdió a su padre, Eugène, que había nacido en Soissons en 1862, el año de la llegada a Francia de la niñita de blanco. Tiene que rechazar la herencia hecha a base de deudas de ese hombre ya viudo que había visto la entrada de los alemanes en esa ciudad en 1914 y tuvo que huir mientras él estaba en el frente. Paul recupera algunos documentos y papeles de identidad, por los que me entero de que su abuelo Jean Deville tenía el cabello rubio y los ojos azules, como él, y que en compañía de su esposa, cuyo nombre de soltera era Lucile Brassard, había visto entrar en Soissons a las tropas alemanas en 1870. El gimnasta comienza a sospechar que la tercera generación, e incluso la cuarta, la de su hijo de trece años, podría ver el mismo desfile germánico atravesando de nuevo Soissons.

Con todo, él sigue imaginando un mundo mejor. Al participar en un concurso cuyos detalles ignoro, susceptible de hacerle ganar no sé qué premio gordo, escribió, con fecha de 1 de junio de 1938, a su héroe Gabriel Maucurier haciéndole partícipe de su sueño: «Si gano los cinco millones no voy a cambiar de idea, es algo que hace mucho tiempo que pienso y que habría hecho si mis medios lo hubieran permitido. Hoy se habla mucho de la educación física y yo soy gran partidario de ella. Es más, la he convertido en mi profesión. Pero me resulta penoso constatar cuántos niños de familias muy modestas y que están afectados por desviaciones, escoliosis o insuficiencia torácica, no pueden recuperar las fuerzas ni la salud porque sus padres no tienen los medios para pagar sesiones particulares de educación física terapéutica. Por tanto mi propósito está claro: si tuviera fortuna, compraría un gran parque, haría instalar allí el material para ejercicios al aire libre y también en interior, necesario para ofrecer todos los métodos de educación física gratuitamente a los niños de las

familias necesitadas, y contribuiría por todos los medios, con movimientos, aire puro y alimentación, a darles las fuerzas necesarias para afrontar la vida.»

Más bien de derechas, le espanta la ligereza de la izquierda radical socialista: qué bien están las vacaciones pagadas y la producción de bicicletas y tiendas de campaña, mientras Alemania produce en cadena Panzers y aviones de caza. La catástrofe de Múnich evidencia el fracaso de la Tercera República y la parálisis del sistema de partidos. Él siente que Francia está perdida, ya no sabe a qué santo encomendarse, ni por qué no hacerlo a un rey. Y he ahí que este futuro fervoroso gaullista, mientras De Gaulle por su lado despotrica contra la falta de preparación del ejército francés, se convierte por un tiempo en monárquico, y entre sus pertenencias encontraré yo más tarde algunos folletos de «Propaganda monárquica bajo la dirección de S.A.R. el conde de París». ¿Por qué no tener un rey, si ellos tienen un Führer? En los años sesenta, el propio De Gaulle, por desprecio a los pequeños enredos de los partidos que habían conducido a su derrota, acariciará la idea de restablecer el trono. Sin embargo, es sabido que ya no hay lugar para un monarca. En abril de 1939, definitivamente sobrepasada en la carrera de la Banda Azul, la Italia mussoliniana invade Albania: el rey Zog I huye.

Él, que había esperado con impaciencia ser desmovilizado en julio de 1919, se ve movilizado de nuevo veinte años más tarde, del 1 de septiembre al 30 de noviembre de 1939. A partir de ahí, *Le Canard enchaîné* llamará al periodo de entreguerras «el permiso de veinte años».

Durante esos tres meses que pasa de nuevo bajo las banderas se firma el pacto germano-soviético, el 23 de agosto. El 28, el *Normandie* atraca por última vez en el muelle de la French Line de Nueva York y no volverá a hacerse a la mar, confiscado por los Estados Unidos, que acabarán por incendiarlo accidentalmente. Cinco días más tarde, las tropas alemanas invaden Polonia. Tres días más tarde, Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania. Cinco días más tarde, Cendrars, que tenía previsto embarcarse en el *Passat* de la flota Erikson para dar la vuelta al mundo y hacer otro reportaje para *Paris-Soir*, se queda en el muelle. El manco suizo busca cómo volver al combate. Pero durante meses nada sucede en las fronteras.

En Soissons, los niños van a la escuela con sus máscaras antigás y repiten los ejercicios de la defensa civil. Él sabe que su tío murió gaseado. A la noche, durante las alertas cada vez más frecuentes, se refugian en el sótano de la vecina, la señora Topin, que es más sólido. La invasión es inminente. El padre guarda sus cañas de pescar, se pone el uniforme de sargento mayor y se presenta en el cuartel de Gouraud,

alistado voluntariamente, el 1 de mayo de 1940, así lo menciona su libreta militar. Es destinado como «Instructor en el Centro Regional de Educación Física de la 2.ª Región, afectado al Centro de Rehabilitación de la 2.ª Región en el Depósito n.º 21 en Soissons». Ahora duerme en el cuartel. Luego llega la oleada de tropas alemanas del 10 de mayo de 1940.

LA DISPERSIÓN

Te detesto. Todo lo que sucede es por tu culpa. Tú no crees en nada. Pasas de nosotros como del año cuarenta. Te burlas de todo.

CENDRARS, *Moravagine*

Esa frase fue escrita en 1925. En la época del Lazareto me parecía que esas palabras, que escuchaba de vez en cuando en las conversaciones entre adultos, se referían al año cuarenta del siglo XX y no lo entendía. Me parecía difícil pasar de todo en el año 1940. Pongamos fin a ese anacronismo. La expresión está ya en Proust, en *El mundo de Guermantes*: «Me burlo de ello como del año cuarenta.» Y si bien cada vez somos menos los que nos acordamos de la ancha sonrisa de Claude Duneton y de sus apasionadas palabras cuando se trataba de hablar de la historia de la lengua francesa, su *Bouquet des expressions imagées* sigue teniendo lectores, ese es el caso de Yersin y yo sabía que ella tenía un ejemplar de la obra en alguna de sus dos casas. Lo busqué en su biblioteca de Ginebra y lo encontré en la de París: Duneton menciona que la aparición de esa expresión fue en el año 1791.

Se referiría a la primera novela de anticipación escrita en francés, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, de Louis-Sébastien Mercier, publicada en 1771: el narrador, después de haber dormido durante setecientos años, se despierta en una Francia en la que las ideas de la Ilustración han triunfado, un mundo de paz y de igualdad entre los hombres. Pero los revolucionarios de 1791 querían establecer la felicidad y la paz allí y entonces, así que se burlaban de ese año cuarenta de dentro de siete siglos: nadie pues se ha choteado nunca del año 1940.

Nos disponíamos a partir de nuevo hacia América Latina. Yo iba en busca de pequeñas huellas francesas y eventualmente, y como en todas partes, de lo que significaba eso de ser francés y poseer un pasaporte que no había elegido, como tampoco ella, Yersin, había elegido el suizo. Yo conocía la historia de algunos de sus antepasados protestantes que habían abandonado el sur de Francia en el tiempo de

las guerras de religión para trasladarse al cantón de Vaud. Habíamos dormido en la casona del Mont-Blanc, en Morges, donde había crecido su antepasado pasteuriano. Quería unir ambas sagas, los azares que los dioses titiriteros habían inventado para que nos encontráramos. Antes de nuestra partida, regresé solo al Soissons de mayo de 1940.

Cuando el gimnasta abandonó esa ciudad para trasladarse a Longuyon en el verano de 1914, el gran cuartel Gouraud, de trece hectáreas, situado frente a la abadía de Saint-Jean-des-Vignes, todavía estaba en construcción, bajo el nombre de cuartel Juana de Arco. Más tarde le dieron el del comandante Pierre Gouraud, muerto en combate, cuyo hermano Henri era entonces general del ejército de Levante, en Beirut. Hoy se ha convertido en el parque Gouraud. Su paso a la vida civil fue confiado al arquitecto y urbanista soissonés Jean-Michel Wilmotte.

Las antiguas avenidas militares de ángulos rectos llevan hoy nombres de músicos y científicos, Olivier Messiaen y Pierre-Gilles de Gennes, Claude Debussy y Georges Charpak. El parque Gouraud alberga la Ciudad de la Música y la Danza, inmuebles de apartamentos, un vivero de empresas de nuevas tecnologías y, desde 2010, una clínica y el Hotel des Francs; todo ello, con los tonos blancos y grises que estaban de moda en los inicios de este siglo XXI, plantado sobre el verde de los céspedes bordeados por setos recortados. En el hall de ese hotel de alto standing, por encima del garaje en el que me espera el Passat, un largo bajorrelieve de piedra blanca muestra a un grupo de francos, de frente, armas en mano. En un pilar se reproduce esta frase del general De Gaulle: «Para mí, la historia de Francia comienza con la tribu de francos que le dio nombre a Francia.»

La habitación 125 da al edificio del antiguo dormitorio en el que un fantasma de cincuenta años se desabotona el uniforme y se sienta en su camastro. Deja a su mujer y a sus hijos bajo la guerra y las sirenas de alerta. Pero evitemos una vez más el anacronismo y la inversión, que vino después, de los valores de la vida privada y la vida como ciudadano: el país está en peligro y él piensa estar cumpliendo su modesto deber sin asomo alguno de heroísmo. Cómo podría enfrentarse cada noche a los rostros de aquellos que le rodeaban en Longuyon o en Éparges, los de todos aquellos que habrían muerto para nada si él, el superviviente, se lavaba las manos y pasaba de todo como del año cuarenta: son ya veintiséis años de vida suplementaria los que el azar de la balística le ha regalado.

A un kilómetro de allí, su mujer y sus hijos aprueban su decisión. Están inquietos, intentan dormir, él en el dormitorio de la tropa y ellos allá, separados ya, aunque geográficamente estén tan cerca, pero sin

teléfono ni modo alguno de comunicarse. Puede que también le obsesione la última frase de la última carta de su hermano, en junio de 1917, antes de que fuera gaseado, y que él recibió en el campo de prisioneros de Wurzburgo: «Después de la guerra la vida será interesante para quienes conserven sus cuatro extremidades para disfrutarla, y tú seguro que serás uno de ellos.»

Sus cuatro extremidades están intactas, por más que haga veintiséis años que la otra guerra le arrancó algunos dedos del pie y le agarrotó el codo. Sus piernas no van a servirle esta vez para correr al ataque de nuevo, sino para efectuar la retirada, una larga marcha de más de cien kilómetros al borde de pequeñas carreteras, cargado con su impedimenta y su inútil fusil, recorriendo un itinerario que yo acababa de realizar al volante, y a la inversa, de Coulommiers a Soissons, por Neuilly-Saint-Front y Saint-Rémy-Blanzy.

A la mañana siguiente, recorrí a pie el kilómetro que separa el cuartel Gouraud de la casa, por el largo bulevar Jeanne-d'Arc y la plaza Saint-Christophe, en cuyo centro se alza un gran monumento bastante feo, rodeado de jugadores de petanca, en memoria de la reconstrucción de las zonas liberadas. Delante del número 6 de la calle Charles-Périn, yo sostenía en la mano las tres pequeñas fotografías en blanco y negro que el hijo había tomado en la mañana del viernes 17 de mayo de 1940: dos de la casa y una de la gata blanca preñada que abandonaron. Yo sé que al día siguiente aquí nacieron cuatro cachorros.

La casa, de un piso, está hecha con piedra calcárea blanca y yo conocía su interior por una descripción de 1951 que acompañaba a los formularios de solicitud de indemnizaciones de guerra: «una cocina, una trascocina, tres habitaciones, un comedor, un altillo, un vestíbulo, un despacho de uso familiar». Setenta y cinco años después de que lo hiciera el hijo, yo fotografié a mi vez esa fachada y la de la casa de la vecina, la señora Topin, más baja y de ladrillos rojos. Imaginaba la efervescencia de aquella mañana en las habitaciones soleadas por el hermoso mes de mayo. A uno le gustaría llevarse todo cuando huye de su casa. La madre, que nunca volverá a ver ese lugar, separa ropa para los tres, hace un paquete con un poco de comida y le repite a su hijo que ese no es momento de entretenerse ni de hacer fotos.

Este tiene catorce años y quiere llevarse su bici y su aparato de radio. Baja con una maleta y unas cajas de cartón. Monne agarra en el último momento el azucarero de plata de la abuela. Llegan a la plaza Saint-Christophe, a un centenar de metros de la calle del Général-Pille y la calle Meneau. El padre monta en su motocicleta y los alcanza en medio del barullo. El hijo tendrá que abandonar bajo los castaños de la plaza Pillot su aparato de radio, demasiado pesado. Se quedan

esperando entre el gentío. Es el gran éxodo. La población huye del norte y de sus ciudades destruidas en la Primera Guerra Mundial sin que los veinte años transcurridos hubieran bastado para reconstruirlas, con sus campos repletos de obuses y sus huertos y jardines de troncos aserrados en su día por los alemanes durante su retirada, sin que los árboles replantados hubieran alcanzado todavía la madurez. Como una bandada de gorriones, diez millones de refugiados se lanzan a las carreteras rumbo al sur, la cuarta parte de la población francesa. Es el gran punto de inflexión, el mundo al revés. Y los que tienen como oficio escribir, ya no lo hacen.

Walter Benjamin, a salvo pero exhausto, se suicidará en una habitación de hotel en Portbou. El manco Cendrars, a sus cincuenta y tres años, incapacitado para el combate, seguirá la debacle en Reims, Troyes y Blois, hasta llegar a Nantes. Claude Lévi-Strauss y André Breton se embarcarán más tarde a bordo del mismo navío en Marsella, rumbo a Nueva York. Benjamin Péret, prisionero en Rennes, llegará a México, y Claude Simon, que se ha quedado atrás, montado a caballo para cubrir su fuga, avanza como una flecha por las carreteras de Flandes. Y entonces, estos, que están perdidos y que no han escrito en su vida más que cartas, van y sacan cuaderno y lápiz. El padre tiene cincuenta años y elige un título: *Cuaderno de viaje de mi partida de Soissons. Mayo de 1940*. El hijo tiene catorce y no pone título. Más tarde escribirá en la parte de arriba del cuaderno, antes de guardarlo en un cajón para no volverlo a abrir jamás: *Viaje de Soissons a Bram*.

De vuelta en la habitación 125 del Hotel des Francs, sentado sobre la cama frente a la ventana abierta que da a los edificios del antiguo cuartel Gouraud, fui leyendo alternadamente esos dos cuadernos que había encontrado en los archivos de Monne, cruzando sus testimonios día a día, y siguiendo sus caminos divergentes:

Viernes 17 de mayo (el padre):

Como la vida en el cuartel Gouraud de Soissons se ha vuelto peligrosa, el comandante ha decidido hacer evacuar el lugar, las tropas que forman el retén 21, reserva del 67.º, se han repartido por los alrededores de la ciudad, y la mayoría acampa en el bosque de Maupas, cerca del terreno de maniobras.

En cuanto a nosotros, el Centro de Reeducación de la 2.ª Región, nos hemos instalado en el palacete de Mercin, a 3 km de la ciudad. Nos alojamos en un patio, bajo las arcadas, pero como se sigue cocinando en el cuartel, hace falta ir a mediodía y a la noche con 4 hombres en busca de comida para los doce que componen el Centro. Yo soy el encargado de esa tarea cotidiana.

Este mismo día, un gran número de los habitantes de la ciudad, temiendo los bombardeos, ha partido por la mañana, también mi

familia ha decidido marcharse, pero había que buscar medios de transporte, cientos de coches civiles y militares pasaban sin detenerse, cargados de mercancías o de personas, cerca de la plaza Saint-Christophe el embotellamiento es indescriptible, las calles están a rebosar de gente, evacuados del Aisne, de las Ardenas, del Mosa, muchos belgas, unos con bolsos a la espalda y los brazos llenos de paquetes, otros en bicicleta, otros con carretillas, carretas de mano o cochecitos de niño, y en ese desbarajuste hay tanto civiles como militares, ¿adónde van?, no lo saben, han abandonado sus regimientos con los primeros ataques y solo piensan en llegar a la retaguardia, sin armas.

Hacía varios días que estaba encargado de reagrupar a esos aislados y de llevarlos al cuartel con el objetivo de reagrupar el 9.º ejército, que había sido completamente dispersado, pero esos hombres no tenían más que una idea, huir lo más lejos posible hacia la retaguardia, y no hubo modo de reagruparlos, ni siquiera con amenazas.

Por fin, hacia las 4 de la tarde, pasa un camión con volquete vacío rumbo a Compiègne. Hago parar al conductor militar y le convenzo de llevar a mi familia, pero apenas comienza esta a montar otras veinte personas se precipitan para subir también y todo el mundo se instala en el camión de hierro, sentado de cualquier modo sobre los paquetes. Por fin todo el mundo está listo y el camión se dispone a partir, pero un ruido lejano en el cielo, que va creciendo, se acerca. Distingo entonces a seis bombarderos alemanes que vienen directos hacia la ciudad y van a pasar sobre nosotros. Por fortuna, a cien metros de allí está la plaza Pillot, que está cubierta de enormes castaños, el conductor mete allí el camión, poniéndose al abrigo de las miradas, ¡pero no de las bombas! Los aviones están encima de nosotros y se ven muy bien. Hay unos instantes de miedo en el camión pues todos están amontonados y es imposible moverse, yo estoy junto al camión, al pie de un árbol, y sigo con la vista a los aviones, que giran sobre nosotros, buscando algo, si nos sueltan una bomba no hay nada que hacer, es un momento de angustia, pero todo el mundo lo oculta. Sin embargo, me parece que los aviones se alejan, se dirigen hacia la estación, en efecto unos minutos después oímos cómo caen las bombas sobre la estación y sus alrededores. Luego los aviones se alejan y desaparecen rumbo a Reims.

No hay tiempo que perder, hay que partir, el camión abandona la plaza, toma la carretera de Compiègne y se va a toda velocidad. Intento seguirlo un momento con mi bicicleta, pero no llego lejos y se va alejando cada vez más. Así que disminuyo la velocidad, agito la mano y al poco ya no veo nada. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Regreso a mi acantonamiento, no hay novedades, aguardamos la

orden de evacuar la ciudad, pero hay que esperar. Hacia las seis de la tarde nos enteramos de que las bombas han caído cerca de la estación, una sobre el hospital de la avenida y las otras sobre el pueblo de Belleu, detrás de la estación, donde cuatro soldados que vigilaban el puente han muerto.

Esa tarde hacia las seis partimos en busca de la sopa y de regreso somos sorprendidos en el terreno de maniobras por un nuevo ataque de aviones alemanes, nos tiramos al suelo porque no hay árboles ni abrigo. Sobre la vía cercana a la estación de Saint-Christophe lleva detenido desde la mañana un tren con tanques y cañones. Van a caerle encima, lo que resulta peligroso para nosotros, pero no, van otra vez a la estación y dejan caer allí sus bombas. Derriban una casa justo enfrente de ella, dos bombas caen sobre las vías, que son destruidas, ya no quedan azulejos en la estación, las otras bombas caen al azar, una de nuevo sobre la fábrica Wolber.

El anochecer es tranquilo, no hay novedad durante la noche.

viernes 17 de mayo (el hijo):

Las 4: llegada a Compiègne. ¡Saltamos a toda prisa del camión! Nos arrojamos al suelo. He sentido una emoción indescriptible al ver caer un trozo de metralla de bomba a los pies de Simonne. Hemos esperado a que se enfriara para recogerlo.

Las 5: llegada a la entrada de la estación. Metemos los paquetes y enseguida: ¡la alarma! Nos vemos obligados a entrar en un refugio enfrente de la estación. Allí pasamos una noche horrible, sentados sobre pequeñas cajas de jabón. Sin beber ni comer desde que salimos de casa, permanecemos allí hasta las 4 de la madrugada. El refugio estaba vigilado por soldados con bayonetas en los fusiles. Allí tuvimos el gusto de verlos detener a dos de la quinta columna señalados por Simonne, uno de ellos llevaba un puesto emisor de radio en la maleta. Salimos del refugio y encontramos casas derruidas, caballos muertos en los cruces de las calles, heridos (soldados y civiles). Ya no hay tren. A mamá se le ocurre acercarse al cuartel, allí el capitán nos ha dado dos soldados para llevar nuestro equipaje hasta la carretera de Beauvais, con órdenes de detener un camión militar para que nos recoja junto con nuestras cosas y nos lleve más lejos. Salida de Compiègne, a las 10 del 18.

LAS PALABRAS DEL PADRE Y DEL HIJO

sábado 18 de mayo (el padre):

Después de una noche de calma, los hombres han ido a buscar café y no ha habido nada hasta las nueve de la mañana. En ese momento hay un zumbido anormal, en efecto, 24 aviones alemanes pasan sobre nosotros y van una vez más hacia la estación. Subimos sobre una loma del palacete y podemos ver de lejos lo que va a pasar. Distinguimos algunos círculos de humo alrededor de los aviones. Es la DCA que dispara desde la colina de la Montaña de París, detrás de Vauxbuin y Sainte-Geneviève. Un avión alemán cae sobre Villeneuve.

Pero la oleada continúa, los aviones sueltan sus bombas una vez más sobre la estación y a continuación sobre la fábrica Piat-Chappée, donde los obreros están aterrados, hay algunos heridos pero no muertos, sin embargo los destrozos son grandes y la fábrica debe ser evacuada. Su director, que habita justo en el palacete donde estamos, llega en coche y nos anuncia que ha dado la orden a sus obreros de que se trasladen a la fábrica de Ambroise.

El resto de la jornada es tranquila, pero los evacuados siguen pasando en gran número.

sábado 18 de mayo (el hijo):

Las 11: llegada a Liancourt, a 9 km de Creil. Almuerzo en la hierba con la mantequilla y el queso traídos de Soissons. Cerca de nosotros hay un puesto importante de R. R. Un soldado ha ido al campamento para traernos un litro de agua y otro de cerveza y no ha querido que le paguemos. Un sargento nos ha dicho que hay que esperar un camión para que nos lleve a la estación. Durante la comida, los aviones han vuelto a sobrevolar el campamento en tres ocasiones. Hemos tenido que correr bajo los árboles para ponernos al abrigo de las ametralladoras y de la DCA. Un avión alemán ha sido abatido por encima de nosotros.

Las 3: un camión militar nos lleva a la estación de Liancourt-Rantigny.

Las 6: viendo que no venía ningún tren, la mujer del capitán Bouffanais nos lleva a la casa del abate Mocquet, cura de Rantigny, donde hemos sido calurosamente acogidos.

Noche del 18 al 19. Tres alertas con bombardeos. Vamos al sótano enfrente de la casa. Oímos cómo bombardean Creil.

domingo 19 de mayo (el padre):

Hacia las siete de la mañana he ido a la casa, nada anormal en ella. El barrio está triste, no se ve a nadie por la calle. Nuestra gata está allí, en su caja con cuatro nuevos gatitos. Yo le había guardado restos de carne de la víspera, se puso muy contenta. Recorro la casa y me dispongo a regresar, pero dos aviones alemanes pasan por encima de ella. Me tumbo junto a una pared y espero a que se vayan antes de partir. En la calle solo quedan la señora Favry (madre), la señora Olagnier (de correos) y la quiosquera del final de la calle.

De vuelta en el acuartelamiento, el teniente Ricateau me envía con dos hombres para requisar las bicicletas abandonadas en la plaza Saint-Christophe, como los refugiados que quieren subirse a un camión tienen que abandonar sus máquinas, bicicletas, carritos de bebé, carretillas, etc., la plaza está llena de ellas. Elegimos algunas bicis adecuadas para servir a los hombres del CRR. La plaza no solo está repleta de toda clase de vehículos, también hay cientos de personas que esperan a los camiones para evacuar. ¡Como caiga allí una bomba!

Por la tarde, hacia las tres, hay un nuevo ataque de los aviones alemanes, esta vez son 34, pero por primera vez aviones franceses e ingleses se lanzan a su caza, asistimos de lejos al combate, es muy impresionante. Un avión alemán ha logrado soltar su bomba sobre el apeadero de Saint-Christophe pero ha caído en el terreno de Maupas. Nuestro palacete tiembla. Al día siguiente hemos sabido que, para vengarse, los alemanes habían arrojado sus bombas sobre el Mail y en especial sobre Vauxtrot y Crouy. También algunas sobre la destilería de Bucy-le-Long. Cuatro aviones alemanes han sido abatidos. Un piloto alemán que solo estaba herido ha sido transportado a la enfermería del 67.º. Ha presumido de haber bombardeado la estación de Villers-Cotterêts unos días antes. Un pequeño cañón que estaba en el patio del cuartel con un sargento y 2 hombres ha abatido 5 aviones enemigos en pocos días.

19 por la noche. Parece que vamos a abandonar Soissons esta noche, ¿para ir adónde? Ese es el misterio. El hecho es que la estación está destruida, la de Villers-Cotterêts también, así que partiremos en dirección a Château-Thierry.

Regreso con algunos hombres al cuartel en busca de víveres para la partida, pasamos por la plaza Saint-Christophe hacia las 7 y en ese

momento hay allí una cincuentena de autobuses para evacuar a la población que todavía está en Soissons. Parten por la carretera de París.

Nosotros nos quedamos en el acuartelamiento, el retén abandonará Soissons a las 10 de la noche, hay reunión de todos los grupos a las 10 en el cruce de las carreteras de París y Presles, a la entrada de Vauxbuin.

Todo el material del Centro de Reeducación y los archivos de la Tesorería serán cargados en camiones en el palacete de Mercin donde estamos estacionados. El teniente Ricateau partirá con los camiones, y yo, después de haber llevado a los hombres del CRR y de la Tesorería a la cita del retén en la carretera a las 10 de la noche, esperaré en ese lugar a los 4 hombres que tienen bicicletas y que se reunirán conmigo tras el cambio de camiones.

Estoy en mi puesto a las 10 y el retén parte a pie en dirección a Château-Thierry, pero pasando por Vauxbuin, Courmelles, etc., para evitar el riesgo de la carretera de París, que puede ser bombardeada.

A medianoche todavía no he visto a nadie, estoy junto a la granja de Presles. Oigo ruido de pasos, creo que son mis hombres, pero no, es un destacamento comandado por un teniente que al distinguirme en la oscuridad me planta una linterna eléctrica bajo las narices y con el revólver en la mano me pregunta qué hago allí. Le explico cuál es mi papel y le indico la carretera que deben seguir para dar alcance al retén.

A la una aparecen por fin mis hombres, los camiones habían llegado con retraso. Me entero de que mi baúl ha sido cargado en un camión.

Partimos pues en bicicleta en la dirección que ha tomado el retén, es decir, evitando la carretera de París, pero a unos 7 u 8 km de Soissons preguntamos a unas personas que encontramos en una aldea a qué hora había pasado el retén y nadie nos puede dar noticia, nadie ha visto pasar a la tropa, sin embargo estamos en el itinerario previsto.

Seguimos nuestro camino y para nuestra gran sorpresa nos encontramos con el retén en Chaudun. Este, a pesar de las órdenes recibidas, ¡¡¡se había desviado y tomado la carretera de París con sus oficiales a la cabeza!!! Nos pusimos a la cola del retén y fuimos devorando kilómetros durante horas en silencio y con la prohibición de fumar. Por fin llegamos a nuestro primer destino, Saint-Rémy-Blanzy, a las 5 de la madrugada (20 de mayo). Nos acostamos en el suelo del bosque donde pasaremos toda la jornada, con la prohibición de ir a la carretera porque los aviones enemigos se pasan la jornada entera sobrevolándonos. Comida fría, pan y paté que trajimos de Soissons. Los aviones parecen buscarnos, nadie se mueve, es imposible

pensar en irnos.

domingo 19 de mayo (el hijo):

Imposibilidad de ir ni siquiera a la misa con las sucesivas alertas.

Mediodía: dos oficiales que vienen a almorzar a la casa del señor cura nos informan de que los alemanes están en Saint-Quentin.

Las 2: la señora Bouffanais nos lleva a la estación en coche y esperamos el último tren a París. Las comunicaciones telefónicas están cortadas. El señor cura nos confía una pequeña monja belga-luxemburguesa para que la llevemos a París. Facturamos nuestro equipaje: una bici, una bolsa de ropa y una gruesa maleta.

Noche del 19 al 20. Vamos constantemente de la estación a la zanja situada enfrente, cerca de los raíles.

lunes 20 de mayo (el padre):

Recibimos la orden de partir esta noche a las 9, en dirección a Neuilly-St-Front, donde parece que tendremos un tren??

También parece que nos quedamos en Pontivy (Morbihan).

20 de mayo, 22 horas. La partida prevista para las 9 ha tenido lugar a las 10. Se forma la columna y partimos en pleno claro de luna y con los aviones sobrevolándonos siempre. Marchamos formando una fila de cada lado de la carretera, y cuando los aviones están demasiado cerca de nosotros nos tumbamos en las cunetas. Yo sigo en bicicleta, pero no es agradable porque hay que seguir a la columna al paso y está prohibido adelantarse a ella. De vez en cuando le paso mi bici a algún soldado cansado o cuelgo de mi bici fusiles o bolsas. Hacemos alrededor de 30 km para completar la etapa y llegamos a las 4 de la madrugada. Como a la partida de Soissons, nuestro grupo es independiente, seguimos a la columna pero nuestros víveres y alojamiento son aparte. Así que al llegar al sitio nos ponemos a buscar un alojamiento y solo encontramos un altillo encima de un granero hasta el cual se sube por una escalera carcomida. Pero hay mucha paja y eso es lo esencial.

lunes 20 de mayo (el hijo):

Las 2 (madrugada): el cañón ruge y nubes de humo intercaladas de resplandores rojos se elevan hacia el cielo.

Las 3: el tren llega de Compiègne repleto de refugiados y de soldados.

De las 3 a las 4: caen granadas incendiarias alrededor del tren, sin que ninguna lo toque. En la estación de Creil, bombardeo más intenso. Una granada incendiaria cae delante del puesto de socorro. Los soldados y enfermeros del puesto evitan de inmediato que cause

daños. Partimos a una velocidad vertiginosa hacia París.

Las 4: llegada a la estación del Norte, donde somos muy bien acogidos por scouts y enfermeros.

Las 4 y media: nos llevan en autocares al gimnasio de la avenida Jean-Jaurès transformado en centro de acogida.

Nos encontramos con la desagradable sorpresa de tener que acostarnos sobre paja. Enfermeros de la A.D.F. nos ofrecen mantas para dormir.

martes 21 de mayo (el padre):

A las 5 se oyen bombas, bastante lejos, pero hay que tomar precauciones de todos modos. Estudio la situación y constato que la nuestra es peligrosa, si los aviones nos atacan el altillo no ofrece ninguna garantía y solo se puede bajar de uno en uno y encima con precaución. Así que no hay duda, hay que trasladarse rápidamente, ¿adónde ir? Ningún refugio, lo mejor es que nos vayamos al campo, encontramos un pastizal no muy lejos con un riachuelo y árboles, estaremos bien ahí. Volvemos con placer a nuestro reposo y como los aviones no han vuelto, me levanto hacia las 8 y me lavo bien en el riachuelo. Mis pies eran los que más lo necesitaban y como mi último par de calcetines no es reparable, los tiro y me pasaré sin ellos en el futuro.

Estamos en un pequeño burgo a 3 km de Neuilly-St-Front, solo hay un café que es tomado al asalto, imposible conseguir que te sirvan. Hace falta más de una hora para conseguir una copa de vino. Pero no tenemos nada más que hacer. Hay movimiento en el lugar, un hombre acaba de ser arrestado, le cogieron con una cizalla y desde hace algunos días han sido cortados varios hilos telefónicos. ¿Será un espía? No se sabe. Al final lo han metido en un sótano a la espera de una decisión. Nos iremos sin conocer su suerte. Esta vez se ha podido cocinar, nos ha tocado carne y patatas, que pusimos a cocer al aire libre. Por la tarde, hacia las 3, he escrito a Eugène, en Chailly, con la esperanza de tener pronto noticias suyas, y he puesto un sello en la carta para que llegue bien, la llevaré a la primera oficina de correos que encuentre.

Salimos de este lugar a las 10 de la noche, una hora después atravesamos Neuilly-St-Front. Pregunto por correos pero parece que ha sido suspendida toda correspondencia, la oficina no funciona así que es inútil echar la carta para Eugène y de todos modos vamos en dirección a Melun.

martes 21 de mayo (el hijo):

A mediodía comemos en el cuartel de Tourelles, conducidos en fila

como vulgares prisioneros.

Del 21 al 22 de mayo: situación sin cambios notables. Estamos deprimidos por la falta de aire y el polvo que suelta la paja. Mamá pide salir para ir al Ministerio de Finanzas. Le niegan esa petición, nadie tiene derecho a salir en París. A pesar de eso, Simonne sale por París «en taxi» con una enfermera para saber si los paquetes expedidos en Liancourt han llegado aunque de todos modos no vaya a recogerlos.

miércoles 22 de mayo (el padre):

A unos kilómetros de Charly-sur-Marne, a las 4 de la madrugada, nos pilla una tormenta terrible, está prohibido detenerse, estamos empapados pero hace falta pasar el Marne a cualquier precio antes de la mañana, no se sabe lo que puede suceder. Es lo que hacemos a las 5 de la madrugada (22 de mayo). Sin embargo hay que alejarse un poco del lugar para evitar cualquier sorpresa. Al fin nos detenemos a las 6 en un bosque, estamos calados y la hierba está mojada, de todos modos nos acostamos en el suelo. A las 8, nueva tormenta. Así que partimos de nuevo para llegar a un pueblo a 3 km. Nos alojamos en un hangar sobre paja y dormimos hasta las 11.

Hacemos una comida caliente y el sol nos permite secarnos bien. Nos quedaremos todo el día y mañana también.

Hacia las 3 de la tarde nos llega un ruido de motor acercándose muy deprisa, nos camuflamos bajo los árboles y unos segundos después un avión de caza alemán pasa a unos 50 m por encima de nuestro hangar a toda velocidad, seguido a 100 m por otro avión, pero este último es un francés que lo persigue, en efecto 1 minuto después escuchamos el tableteo de las ametralladoras y de inmediato un ruido de caída. Partimos en patrulla en dirección a la caída, pero en el camino nos enteramos de que el avión alemán fue abatido y se había estrellado en valle de Charly, a 3 km de nuestro acuartelamiento. Regresamos. El resto de la tarde transcurre sin incidentes.

miércoles 22 de mayo (el hijo):

La 5 (de la tarde): salimos de París por la estación de Austerlitz.

A pesar de la petición de mamá de ir hacia Laval, nos vemos obligados a evacuar por aquí.

Noche del 22 al 23 de mayo: voy enfermo en el tren durante todo el trayecto con dolores atroces en el vientre intensificados por el movimiento del tren. Mamá se atormenta creyendo que es apendicitis.

jueves 23 de mayo (el padre):

Ninguna alerta durante la noche, mientras dormíamos sobre la

paja. La cocina funciona desde la mañana porque los coches de la CHR se han acuartelado con nosotros y nos hemos avituallado, buena comida también a mediodía, la partida se ha fijado para esta tarde a las 7 en dirección a Coulommiers (25 km). Hacia las 4 de la tarde aviones enemigos en gran número pasan por encima de nosotros (alrededor de 50). Todo el mundo se pone al abrigo (de la vista) y los aviones pasan.

Por la noche una comida fría antes de la partida, que tomamos a las 6 porque el grueso de la columna está a 3 km de nosotros.

Llegamos al punto de reunión y nos enteramos con sorpresa de que la columna ha partido a las 6 (prueba de organización perfecta, el comandante había adelantado la hora de la partida, pero las órdenes no fueron transmitidas). Somos pues unos 20 hombres aislados de la columna y Boniface, herido en un pie, no puede andar. Partimos cuatro en bicicleta con la esperanza de alcanzar a la columna y enviar una ambulancia. Nos unimos a la columna a las 8 en un pueblo donde encuentro una camioneta. La envío a recoger a los enfermos y nosotros ocupamos nuestro lugar en la columna. Marcha monótona en la noche, sin ruido, y siempre a la escucha.

jueves 23 de mayo (el hijo):

Las 10 (de la mañana): llegada a Bram. Todo el mundo baja. Vamos al centro de acogida con el fin de reponernos. Antes de entrar, mi malestar, que había disminuido, regresa. Tengo muchas náuseas. Unos scouts me llevan a la enfermería y el doctor Kaisergue me pone una inyección de aceite de alcanfor y ordena que me trasladen a la enfermería que está en el hotel Rancoule y que haga reposo durante 48 horas. Mamá y Simonne vienen también al hotel y nos dan una habitación con 2 camas. Esa misma noche conocemos al doctor Laboucarié, cuya visita fue reconfortante para todos.

viernes 24 de mayo (el padre):

A la 1 de la noche al fin estamos cerca de Coulommiers, aproximadamente a 1 km. Nos detenemos a la entrada de la ciudad, en lo alto de una loma bajo el viento. Estamos helados porque habíamos cogido calor al marchar, pues, como siempre, he hecho casi todo el camino a pie porque es difícil circular en bicicleta durante la noche, más aún yendo al paso. Nos vemos obligados a ponernos nuestros capotes y también las mantas. Nos quedamos ahí más de una hora. Parece que los oficiales han ido a la estación para hacer que se preparen los trenes y el embarque.

Por fin, hacia las 2.30, llegamos a la estación, por el andén de mercancías, allí hay tres o cuatro mil hombres que no saben qué

hacer, se distribuye paja, hay que pelear para tenerla y luego hace falta encontrar sitio en los vagones, y como vamos a la cola de la columna llegamos los últimos. El tren está completo, nadie quiere hacernos un sitio (¡el espíritu francés!). He encontrado a Boniface y a los compañeros del CRR, que tuvieron la suerte de dar con un camión, aunque por el contrario no vieron la ambulancia.

Vamos juntos a ver al comandante y este nos autoriza a subir al vagón de correos, que estaba enganchado a una locomotora en una vía de estacionamiento. Subimos una quincena y estamos mejor que los otros. Pero están las bicis, varios centenares. Hay que ponerlas en un vagón-plataforma. Las apilamos como podemos, pero también están los autos reglamentarios y los coches que hay que embarcar. Lo que hace que solo estemos prestos para partir a las 4 de la madrugada. ¡Como a un avión alemán se le ocurra visitarnos! ¡Qué desastre! Arrancamos al alba.

Pasamos por Villeneuve-St-Georges a las 7. Por Massy-Palaiseau a las 10. Por Versalles a las 12. Por Chartres a las 15 y por Le Mans a las 19. Nos detenemos en Le Mans para avituallarnos de comida y agua (un pedazo de tocino y queso) y luego el tren parte de nuevo a las 21 en dirección a Nantes. Se hace de noche e intentamos dormir un poco.

viernes 24 de mayo (el hijo):

Estoy mejor. Mamá cae enferma a su vez. El doctor le manda dos días de dieta.

25 de mayo: Simonne cae enferma. El doctor le manda 1 día de dieta. Viene a vernos a la mañana y a la noche y nos cuida con gran abnegación. Abandonamos definitivamente la enfermería el 6 de junio.

sábado 25 de mayo (el padre):

Nos detenemos a las 4 de la madrugada en una pequeña estación que se llama (¿Pasquet?), ¿dónde estamos? ¡Nadie sabe nada! Por fin nos reparten por diferentes lugares de los alrededores, y a nosotros se nos asigna Vallet como sede del retén, pero eso está a 5 km de la estación. Además están las bicicletas que hay que descargar. Me quedo pues con los que quieren su bicicleta, pero pasa media hora de espera y el jefe de estación no puede dárnoslas, las vías de estacionamiento no están libres. Hay que esperar a que llegue el día o regresar más tarde. Hay una camioneta que carga los baúles de los oficiales para llevarlos a Vallet, lo aprovechamos y ¡nos largamos!

Llegamos al lugar antes que la columna, pero nos encontramos allí al teniente Ricateau, que ha venido desde Soissons con los camiones y está a cargo del acuartelamiento. Ha hecho también lo necesario para

que estemos bien alojados. Nos lleva allí de inmediato y después de un café bien caliente en un bistró, ¡todo va bien!

Tenemos una casa deshabitada, el comedor como despacho, la cocina para que duerman los hombres y nosotros dos en las habitaciones de arriba, sin mobiliario, solo la paja, pero nos las apañaremos.

En efecto, una hora después había trabado conocimiento con el vecino, viejo rentista que vivía solo (el Sr. Humo) y que había ofrecido una habitación al teniente, pero este tenía ya una y me la pasó a mí. Buen negocio pues, habitación simple, un armario, 1 cama para una persona, mesita de noche, 2 sillas y ventana a la calle. El patio en común, con el alojamiento del grupo, de lo mejor. Los compañeros que han llegado durante la mañana (Dubut, Boniface) se han puesto un poco de morros al enterarse de mi adquisición, pero cada cual se las tiene que ingeniar.

¡Esta noche voy a acostarme en una auténtica cama!

Vallet es una pequeña ciudad de entre 5.000 y 6.000 habitantes, con una iglesia muy bella, calles agradables y población simpática. Nos instalamos lo mejor posible porque parece que nos quedaremos aquí un buen tiempo. He recuperado mi bolsa, que había partido con los camiones, y también el baúl, tal y como lo había embarcado en Soissons. He enviado la carta para Eugène a la estación de Coulommiers, pero le escribo de nuevo con la dirección de aquí. También escribo a Citron en Blandy.

Luego los días se suceden con absoluta tranquilidad, al principio comía con los hombres pero ahora hay una cantina para suboficiales. Tan solo tengo algunos trabajos que hacer con la máquina de escribir, la vida es más bien monótona. Estamos bien instalados porque hemos encontrado en el lugar mesas, sillas, etc.

Nos llegan noticias por los lugareños que tienen radio. Naturalmente, la situación no es brillante, los alemanes siguen avanzando, no sabemos qué es lo que haremos si el avance continúa. He tenido que arreglar mis zapatos (3 francos), pero están muy bien. Lavo la ropa yo mismo porque las lavanderas de la zona se aprovechan de la situación.

El avance enemigo continúa, muchas personas que habían sido evacuadas a Bretaña se ven obligadas a dirigirse hacia el Midi, también es increíble el número de coches, de camiones y bicicletas que pasan por aquí rumbo al sur. Tenemos que controlar la circulación para evitar los accidentes y los embotellamientos. He tenido la ocasión de ver pasar al dispensario de Soissons, con la señorita Rouffiac y las enfermeras que conocía. También he visto al doctor Bonnenfant, el gestor del hospital, con Dufour hijo. Y al señor Dominique y señora, antiguo carpintero de Soissons.

Dos camiones de Courouble, que habían seguido al retén, fueron a Soissons con la esperanza de traerse del cuartel material y vestimenta, partieron con una docena de soldados del retén, entre ellos Favry, nuestro vecino. Los camiones fueron ametrallados al regresar por la carretera de París, pero sin ser alcanzados. En cuanto a las mercancías, los soldados habían abierto y saqueado todas las tiendas por el camino. Solo trajeron cosas que los soldados no se habían llevado consigo y tuvieron que dejar muchas otras. Los alemanes se han encargado del resto.

Los alemanes rodean París. Se disponen a descender hacia el Loira, entonces

(*fin del diario del padre*)

jueves 6 de junio (el hijo):

El doctor nos ofrece su hospitalidad. Pone a nuestra disposición un dormitorio con 2 camas y otra habitación que nos sirve de despacho. Su familia nos acoge como a verdaderos amigos. Una acogida que nunca olvidaremos. Pese a la angustiosa inquietud de no tener noticias de sus padres, que están como oficiales en el frente, nos reciben solícitos.

Desde nuestra llegada a Bram, hacemos gestiones para saber dónde está papá. Hemos conocido al capitán Berquet y a su mujer. Él se ofrece a telefonear a Laval. Aceptamos y al día siguiente la respuesta es negativa: el retén 21 no está en Laval.

Nuestros vecinos de mesa, el comandante Ramel y el capitán Deschamps, hacen averiguaciones por su parte escribiendo a la Oficina Central Militar de París, a Nantes, al gobernador militar de Soissons, a la gendarmería y al gobernador militar de Laval. El comandante Ramel recibe noticias de su mujer, que está en La Roche-sur-Yon. Ella le da novedades de un oficial de la 2.ª región. El comandante le contesta de inmediato para saber dónde se encuentra la 2.ª región.

PEQUEÑAS HUELLAS

Mientras Francia es invadida por tercera vez en setenta años y se derrumba, mientras que diez millones de refugiados, un cuarto de la población del país, son arrojados a las carreteras y las familias son separadas, en todo Perú vivían en esa primavera de 1940 seis millones de personas. Y en el mes de julio de 2015, diez millones tan solo en la capital.

Instalado en la Residencia, en el barrio de San Isidro, inmóvil de nuevo, encerrado en el apartamento de invitados que da al jardín, había reanudado la lectura de mis cuadernos desde mi partida de Managua dos meses antes: tras pasar una mañana en la laguna de Xiloa con Sergio Ramírez, había tomado un vuelo con destino a San Salvador en medio de un cónclave de curas en sotana.

Estos se dirigían a la ceremonia de beatificación de monseñor Romero, abatido durante la misa por un comando paramilitar en 1980. Yo había reparado en algunas noticias de los periódicos. Nada sobre el proyecto chino del canal. *El Diario de Hoy* del jueves 21 de mayo de 2015 conseguía establecer que la media nacional de homicidios en ese pequeño país que es El Salvador había pasado de catorce a veintiuna víctimas al día. El presidente del Banco Central de la fronteriza Guatemala, Julio Roberto Suárez, y el presidente del Instituto Guatemalteco de la Seguridad Social, Juan de Dios Rodríguez, habían sido arrestados por corrupción. Esos periódicos me parecían tan antiguos como los que yo había encontrado en los archivos de Monne y había llevado a cuestas durante dos meses por las carreteras a bordo del Passat.

Mientras atravesaba en coche esas regiones del norte y del este de Francia arrasadas por las guerras, me había imaginado con frecuencia combates todavía más antiguos en esos mismos lugares, antes de la existencia de Francia, pensaba en la batalla de los campos cataláunicos, en algún lugar entre Troyes y Châlons-en-Champagne -no lejos a vuelo de pájaro de Valmy y Verdún-, de la que no queda huella alguna en la tierra. A mediados del siglo V -mil cuatrocientos ochenta y nueve años antes de la invasión alemana de mayo de 1940-,

una coalición de galo-romanos, francos y visigodos rechazó a la de los hunos y los ostrogodos dirigida por Atila. Todos aquellos pueblos habían desaparecido, como desapareció el pueblo de los limas que, en esa misma época, levantó Huaca Pucllana, cuyas ruinas habíamos ido a ver en el barrio limeño de Miraflores: una gran pirámide intacta, de ladrillos de color pálido hechos de tierra y paja, dispuestos como libros en estanterías y montados por bloques.

Hay ofrendas en el fondo de pequeños pozos, conchas de moluscos, dientes de tiburón, plumas, esqueletos de mujeres y niños metidos en bolsas. Por encima de esa fascinante belleza de las religiones muertas, el cielo uniformemente blanquecino y lechoso, escayolado o algodonoso, con ese color que aquí llaman de «panza de burro». Nunca azulado, nunca con sol y nunca con lluvia. A veces, la niebla de la garúa como un vaporizador. Todo lo que le hizo escribir a Herman Melville que Lima es la ciudad más triste del mundo. Y todas esas civilizaciones esparcidas que habían ido desarrollándose, fabricando armas, inventando sus propios dioses, se habían extinguido sin sospechar la existencia de aquellas otras que eran contemporáneas suyas y combatían entre sí en otros continentes.

La alta y majestuosa Yersin había requisado en nombre de la Confederación Helvética una bicicleta diplomática francesa para bordear el Pacífico desde lo alto de los acantilados. Poco inclinada a la inmovilidad y la reclusión, ella recorría la ciudad y nos encontrábamos en la terraza del Cala, por encima de las piedras grises y del estruendo de las olas, o en el barrio de Rímac, al pie del Cerro San Cristóbal, del otro lado del puente vigilado por un blindado con ruedas, antiguo barrio colonial español convertido en corte de los milagros, lleno de tullidos, perros callejeros y vendedores de cocaína de mirada desorientada, con una minúscula iglesia cuyo sacristán interrumpe su estudio de una revista pornográfica para recibir las moneditas de un nuevo sol por las velas. Un día fuimos más al sur, para darnos un paseo de príncipes con Diego Trelles Paz y Alfredo Pita, cuyas novelas están llenas de la increíble violencia de la guerra civil del Perú en tiempos de Sendero Luminoso: quizá la pertenencia a un pueblo es tan solo la suma de los traumatismos comunes transmitidos de generación en generación.

Cenamos en La Botica, avenida Petit Thouars, y hablamos hasta medianoche en la sala trasera de una tienda de Barranco. De la familia de marineros heroicos que fueron los Du Petit Thouars, Abel-Nicolas Bergasse Du Petit Thouars fue quien dio su nombre a esa avenida. Enviado primero por el Segundo Imperio al Japón cuando los tumultos de 1868, y luego por la República a las islas Marquesas en 1880, el año del matrimonio de Alexandre Pathey con la niñita de blanco,

impidió en el camino de regreso el saqueo por parte de las tropas chilenas de la ciudad de Lima. Su tío Abel Aubert había tomado posesión de las Marquesas y de Tahití en 1842 en nombre del rey de los franceses, este mismo era sobrino de Aristide Aubert, quien partió en 1792, año de la batalla de Valmy, en busca del desaparecido La Pérouse, antes de acompañar a Bonaparte a Egipto y de morir en la batalla naval de Abukir el 2 de agosto de 1798, jornada en la que las balas de cañón de la flota inglesa de Nelson le arrancaron sucesivamente los dos brazos y luego una pierna.

Íbamos a llegar a Cuzco y después a Puno, donde yo esperaba proseguir con esta colección de pequeñas huellas y ver los lugares donde estuvo el botanista Joseph de Jussieu, miembro de la expedición de La Condamine cuyos pasos había seguido yo, seis meses antes, en Ecuador, en Mitad del Mundo y en la cordillera. Después de haber medido un cuadrante de meridiano, los hombres de esa expedición se pelearon y se separaron. La Condamine descendió el río Amazonas para regresar a Francia por Cayena. Jussieu pasó a Perú, prosiguió sus investigaciones hasta el lago Titicaca, regresó a Francia en 1771, después de treinta y seis años de viaje, y depositó sus colecciones en el Museo de Historia Natural como si hubiera salido de él la víspera.

Sin contar con alejarme tanto tiempo del Passat y de la reanudación de mi vuelta a Francia, invitamos a cenar antes de nuestra partida a Fabrice Mauriès, a quien habíamos conocido dos años antes como cónsul general en Saigón y habíamos encontrado ahora como embajador en Lima. En el Amoramar, después del pisco y la sopa de choclo y puesto que el mundo es diverso y colorido, volvimos al tema del embrollo de las familias políticas peruanas. El presidente en funciones, Ollanta Humala, que había venido a tomar una copa a la Residencia de Francia algunos días antes para festejar el 14 de Julio, es el hijo de Isaac Humala, marxista-leninista fundador del etnocacerismo. El ambiente no pintaba bien para la familia.

El padre declaraba en el *Diario Correo* de ese 23 de julio: «Mi hijo está en el Partido Nacionalista pero en realidad es fujimorista porque gobierna con la Constitución de ese delincuente de Fujimori.» En cuanto a su otro hijo, Antauro, seguía en la cárcel desde su tentativa de golpe de Estado del 1 de enero de 2005. Y Alberto Fujimori, que había ganado las presidenciales contra Mario Vargas Llosa, también permanecía encarcelado. En ese mes de julio de 2015 los principales diarios peruanos, *El Comercio*, de centro derecha, y *La República*, de centro izquierda, daban a su hija Keiko Fujimori como favorita en los sondeos para las presidenciales de 2016.

El cuerpo diplomático es por sí solo en cierto modo una Francia

fuera del territorio, satelital, cuyas funciones se tornan cada vez más económicas; pero resultaba difícil vender cualquier cosa aquí donde el salario mínimo era de 750 soles, menos de una cuarta parte del francés. Los proyectos apostaban pues por las tecnologías punteras y sobre todo por el armamento. En ese año 2015, resultaba sin duda delicado representar a un país cuyo ejército combatía en África y en Medio Oriente mientras que, en ese mismo momento, cientos de sus ciudadanos combatían en las filas de los yihadistas del Estado Islámico, y casi ninguno en las de los kurdos sirios, laicos y demócratas.

Habíamos evocado el atentado de *Charlie Hebdo*. Algo se había roto entonces, marcando un periodo nuevo. Por afición a las listas y a las comparaciones, yo había elaborado en un cuaderno la de los atentados, tanto consumados como frustrados, cometidos en Francia durante los últimos siete meses. Después de los doce asesinatos perpetrados por los hermanos Kouachi el 7 de enero y luego los de una agente de policía en Montrouge, al día siguiente, y cuatro clientes en un supermercado kosher, cometidos por Amedy Coulibaly, Moussa Coulibaly había agredido con un cuchillo el 3 de febrero a unos militares que estaban de guardia delante del centro cultural judío de Niza. El 19 de abril, Sid Ahmed Ghlam, que proyectaba matar a «ciento cincuenta infieles» en una iglesia de Villejuif, había asesinado a una joven durante los preparativos, Aurélie Châtelain. El 26 de junio, en el departamento de Isère, Yassin Salhi había decapitado a su jefe, Hervé Cornara, enarbolado la enseña del ISIS y lanzado su furgoneta contra las bombonas de gas almacenadas en el patio de la fábrica. Y hacía unos días, la víspera del 14 de Julio, se había detenido a cuatro hombres que proyectaban atacar un centro militar en la región de los Pirineos Orientales y filmar la decapitación de un oficial. Varios miles de potenciales yihadistas estaban bajo vigilancia.

Mientras seguía hojeando los periódicos peruanos, había leído también, tumbado en la cama, los cuadernos del padre y el hijo que había copiado en Soissons con el fin de visualizar sus recorridos. El 20 de mayo de 1940, la madre y los dos hijos son llevados desde la estación del Norte al gimnasio Jean-Jaurès, en el distrito XIX de París, en el número 87 de esa avenida. Pasan la noche sobre paja. El hijo de catorce años, a quien nunca le han faltado sábanas, se queja de ello. El padre es un zorro viejo de cincuenta años, ha visto mucho, y se alegra de dormir en un granero envuelto en su capote en vez de hacerlo afuera bajo la tormenta: «En fin, hay mucha paja y eso es lo esencial.» Y ahí están, con mucha paja y poco grano, y no se trata de una imagen.

Al día siguiente, martes 21 de mayo, llevan a los refugiados a

comer en el cuartel de Tourelles, en el distrito XX, bulevar Mortier. La marcha es de cerca de tres kilómetros por la calle de Crimée, junto al parque de Buttes-Chaumont, y luego por las calles de Belleville, Haxo y Saint-Fargeau. «Conducidos en fila como vulgares prisioneros», escribe el hijo. Una vez que ha terminado con los refugiados del norte, el cuartel del bulevar Mortier se convertirá, bajo la Ocupación, en centro donde serán retenidos los extranjeros judíos y los apátridas. Allí es donde una chica de su edad, Dora Bruder, de quien Patrick Modiano encontrará la huella en un pequeño anuncio de *Paris-Soir*, será internada antes de desaparecer en Auschwitz. Después de la Liberación, el cuartel Mortier acogerá a la sede del contraespionaje. Esta tomará el nombre de La Piscina por el centro de natación contiguo.

Como un satélite que ve girar bajo él el planeta y consigna los millones de acontecimientos cotidianos, o como ese historiador que, según Fénelon, no sería «de ningún lugar ni de ningún tiempo», inmóvil sobre esa cama, con los ojos cerrados, yo intentaba captar la simultaneidad del mundo durante aquellas pocas jornadas: en México, a las cuatro de la madrugada del viernes 24 de mayo de 1940, es perpetrado el primer atentado contra el exiliado Trotski. Unos hombres abren fuego de metralleta contra la casa de Coyoacán. Su nieto Sieva, que tiene la misma edad que el hijo de los cuadernos y que Dora Bruder, es alcanzado por una bala en un pie. Las cuatro de la madrugada en México son ya las once de la mañana en Francia. A esa hora, el padre, que ha caminado toda la noche desde Charly-sur-Marne hasta Coulommiers, aguarda para ser evacuado a bordo de un tren de soldados vencidos rumbo a Bretaña. Ese día 24 de mayo de 1940, un temblor de tierra de magnitud 8,2 mata aquí, en Lima, a 249 personas. Alexandre Yersin espera en su habitación del sexto piso del hotel Lutetia para tomar el último vuelo de Air France a Saigón. Ese día 24 de mayo de 1940, la madre y los dos hijos acaban de pasar su primera noche en Bram. Les dijeron que tenían que bajarse en Brame. Ellos entendieron Bram. Fue en la minúscula estación donde descubrieron la ausencia de la e final. Están en Bram, en el departamento del Aude.

Después de dos generaciones, desde el regreso de Egipto de la niñita de blanco y sus padres, esos tres son los primeros que han franqueado el río Loira. Todavía no lo saben, pero van a estar desarraigados para siempre. Cuando vuelvan a atravesar ese río lo harán a bordo del *Saint-Christophe*, el lanchón de Mindin. Irán a Saint-Nazaire. Once años más tarde.

HACIA EL SUR

Pasando de Soissons a Bram después de dar un rodeo por Cuzco, elegí llegar allí en verano, como ellos. Y encontrarlos, llegados de la norteña región de Picardía, deslumbrados por el sol del Sur. Bram está al borde de la D33, a medio camino de Carcasona, al este, y de Castelnaudary al oeste, las dos capitales del *cassoulet*, con dos recetas un poco diferentes, lo que da lugar a disputas.

En la *circulade*,[13] el viejo pueblo con dos calles de perfecta forma circular alrededor de la iglesia, cuyas fachadas encorvadas están clasificadas y muchas en venta, hay comercios cerrados y un cine en ruinas. Francia reunía en ese año 2015 a menos de un uno por ciento de la población mundial y el centro de muchas poblaciones estaba abandonado, pues los habitantes habían huido hacia la periferia. La imagen al día siguiente, miércoles, día de mercado, era diferente, ruidosa y colorida. Compré frutas, melocotones y albaricoques, le pregunté a un anciano, que estaba sentado al sol en una de las mesitas delante del Café de la Place, enfrente del supermercado y de la lonja Claude-Nougaro, si sabía dónde se encontraba antaño el Hotel de France de la familia Rancoule: me respondió en inglés que no sabía nada de eso.

En el interior y a la sombra, una decoración de pesebres de heno fijados en las paredes de piedra recreaba el ambiente de una caballeriza. Tres bebedores de pastís interrogaron en mi nombre a un diácono jugador de rugby. La discusión había tratado sobre las dos familias, Rancoule y Spanghero, que habían encarnado la gloria del rugby bramés. El Café de la Place no era su local habitual, sino el café Bénazet, cuyo patrón tenía a todos inquietos a causa de su salud. Me dieron cita allí para el día siguiente. Al azar de esas calurosas palabras, me enteré de que el antiguo Hotel de France, transformado en viviendas sociales, estaba a un centenar de metros de allí, al lado de la estación, en la calle de la Gare precisamente.

Después de una noche de tren, la madre y los dos hijos son acogidos a las diez de la mañana por scouts. Solo tienen que recorrer algunos metros con su única maleta para llegar al hotel. El resto del

equipaje se ha extraviado. Algún oscuro centro de distribución de refugiados los había enviado allí al azar. En ese mismo momento, miles de otros pueblos del sur acogían a cientos de miles de supervivientes. Se abrían de urgencia orfanatos, con la esperanza de que fueran temporales, para las varias decenas de miles de niños perdidos durante el éxodo, aterrorizados por las sirenas que avisaban de los Stukas Junkers Ju87, que ametrallaban en picado. En Bram se los instala en el castillo de Lordat y se intenta reconfortarlos.

En el diario del hijo nos cruzamos con un cura, la mujer de un médico y oficiales. La madre dice ser esposa de un profesor de gimnasia y suboficial combatiente. O sea que es de la buena burguesía. En 1940, todavía uno exhibe su clase social en la vestimenta, en las maneras, de modo que sea reconocible a cien metros de distancia. El doctor Laboucarié los recibe por turno en la enfermería y los deja como nuevos. Más tarde les propondrá que se instalen en su casa. Los oficiales alojados en el hotel intentan localizar al padre. El propio ejército se ha extraviado en la retirada. Al cabo de unos días reciben desde Gimont, en el departamento de Gers, un correo del jefe de batallón May, que comanda a los supervivientes de la 3.ª DIM: «Tenemos aquí reagrupados a algunos elementos de la 3.ª DIM. El sargento Paul Deville no pertenece al 67.º RI sino a una formación que actualmente es el Retén de Infantería n.º 20 en Bussières-Galant, en el Haute-Vienne.» Está claro que eso quedaría más cerca que Vallet, pero la información es errónea.

Ellos también envían bengalas de socorro y reciben noticias de quienes han sido más desafortunados. Como ese camarada soissonés del padre desaparecido, el sargento mayor Lebailly, que les responde el 7 de junio desde el hospital Saint-François-de-Sales de Alençon, en Normandie: «Mis queridos amigos, su carta me ha llegado desde Auray. Les agradezco que me den noticias suyas. Los han evacuado, como a mí, a mi mujer y a André, que estamos en el Mayenne. Qué miseria, yo también lamenté no haberlos visto el 16. Si su paso por Compiègne ha sido movido y Simonne ha salido bien parada, no ha sucedido desgraciadamente lo mismo con vuestro pobre amigo, que ahora no es más que un herido grave al que le falta el brazo derecho desde la altura del codo. Sorprendido por un bombardeo en Compiègne, una bala de ametralladora me ha destrozado el codo y unas horas más tarde me despertaba en una cama de hospital con el brazo derecho amputado. Dos días después estaba en Alençon. Sufro mucho por momentos, pero la curación sigue su curso normal, hace falta tiempo. La moral está alta, hay que resignarse a ello. Imaginen la pena de mi adorada esposa y del pobre Denis, a quienes hemos tenido que decirles la verdad.»

Justo un mes después de la invasión alemana, se enteran de que la

Italia fascista declara la guerra a la Francia invadida. Las fortificaciones de los Alpes, aunque victoriosas, reciben orden de rendirse. Doce días más tarde se enterarán de que se ha firmado un armisticio en Compiègne, en el mismo vagón en que se firmó el armisticio de 1918.

Frente al antiguo Hotel de France de la familia Rancoule, entré en una plaza ajardinada de la que los empleados municipales encargados de los espacios verdes y del riego ignoraban el nombre, y en el ayuntamiento me confirmaron más tarde que en efecto no tenía ninguno. En medio de ella se alza el Monumento a los Muertos, en el que, cuando llegaron los refugiados, figuraba ya el nombre de Antonin Rancoule, en la lista de 1914-1918, pero todavía no el de Jean Rancoule, en la de 1939-1945. Este último se convertiría, durante la estancia del hijo en Bram, en su camarada scout. Después serían grabados los nombres de otros tres hijos de la villa, uno muerto en Indochina, otro en Marruecos y el tercero en Argelia.

Sentado en un banco a la sombra, yo me imaginaba todo lo que un crío paliducho del norte iba a ver por primera vez, quería verlo con sus ojos y no en los libros y las fotografías: las viñas bajo el calor del verano, los cipreses, los pinos, el sol abrasador, las montañas en el horizonte, la estrecha carretera a la salida del pueblo bordeada de altos plátanos, que corta en ángulo recto el canal del Midi. Nosotros habíamos llegado al restaurante L'île aux Oiseaux, un merendero al pie del puente. Algunos turistas ingleses, sentados en sillones plegables sobre el techo de sus embarcaciones, escuchaban melodías de acordeón. La patrona nos había informado de que los plátanos que había a lo largo del camino de sirga estaban enfermos y pronto serían talados. Pero en ese verano de 2015 aquellos plátanos eran todavía los que ellos habían visto en el verano de 1940. Sin la aparición del parásito que los enfermó, habrían podido vivir aún varios siglos. Bonaparte había visto los que nosotros podíamos ver ese año en los jardines de Luxemburgo.

Ellos siguen enviando correspondencia, desde su habitación del Hotel de France, en la que comunican su posición sobre el mapa e intentan encontrar la del padre. Reciben una carta de Madeleine, la huérfana de la otra guerra, la hija de Henri, el hermano que murió gaseado en 1917. La habían evacuado, junto con su madre Alix, hacia Burdeos. Ya estaban de regreso en Soissons: «Vuestra casa también está intacta, he pasado delante de ella al ir a hacer unas compras, pero no he entrado, la señora Topin ha vuelto a cerrar las puertas y da de comer a los gatos. Todas las casas han sido abiertas y saqueadas, seguramente habrá habido algún pillaje en la vuestra, pero solo vosotros podréis saber las cosas que os faltan una vez que regreséis.»

Ellos nunca regresarán. Nunca verán a los cuatro gatitos nacidos al día siguiente de su partida y que el padre menciona en su diario. Nunca volverán a ver a la gata blanca que el hijo fotografió antes de partir y que la vecina sigue alimentando. Si ella no hubiera tenido la carga de esa descendencia, quizá ellos hubieran podido encontrarse con la gata blanca una mañana, enflaquecida, con las almohadillas enrojecidas, tumbada en las escaleras del Hotel de France. Es algo que ya se ha visto, esa fidelidad, ese tipo de hazaña geográfica. A menos que ella hubiera escogido seguir las huellas del padre hasta Vallet, donde él ya no está.

EN CHEZ JULES

En ese mes de agosto de 2015, mientras una marea de refugiados que huían de la guerra en Siria seguía llegando a las costas de Grecia y de Turquía, Angela Merkel proponía a sus compatriotas acoger a un millón de ellos en Alemania y les aseguraba que eso era posible. «*Wir schaffen das.*» En la primavera de 1940, los refugiados del Norte se encontraban en Bram con refugiados del Sur. A la salida del pueblo, circulando lentamente en dirección a Montréal por la D43, en medio de un austero paisaje de canteras, barrizales y marismas, busqué las huellas del campo de concentración de los derrotados españoles de la Retirada. No quedaba nada de ese campo. En el lugar donde se alinearon antaño los barracones de madera, había sido erigido el 12 de marzo de 2009 un monumento, por decisión de Georges Frêche, entonces presidente de la región:

> En este lugar, del 16 de febrero de 1939 al 15 de enero de 1941, fueron internados más de 35.000 republicanos españoles, víctimas del fascismo, de la guerra y de la represión.
>
> Muchos de ellos se enrolaron a continuación en la Resistencia para continuar su combate por la democracia.
>
> Otras víctimas de los totalitarismos de Europa conocieron aquí el encierro.
>
> Este monumento se erige en memoria de esas mujeres, de esos hombres, de esos niños y en recuerdo de las 224 personas que encontraron la muerte en este campo, en condiciones inhumanas.

En ese mes de junio de 1940, los españoles todavía pueden salir del campo. Uno se los cruza por las calles de Bram. Monne se acuerda de un anciano padre y su hijo, que iban con la cabeza bien alta, de su caminar altivo, de sus miradas de fuego. Al padre, decía ella, lo llamaban el Cid, y el hijo, aunque ella lo negara con su sonrisa de vieja dama, permanecía en su memoria como un primer amor imposible. Puede que ella, la virgen rubia de ojos azules que muy pronto tendría dieciocho años, se ruborizara ante la mirada o la sonrisa del apuesto joven español de cabellos negros. Y esa emoción

casaba con ese nombre mágico del Midi, el sur que ella estaba descubriendo, el matrimonio de la viña y el sol. Esa turbación, ese secreto de jovencita, no puede confesárselos a nadie, ni a su madre ni a su joven hermano, cuando siguen sin tener noticias de su padre y el mundo a su alrededor se derrumba.

Sentados a la mesa, les cuentan que la Alemania nazi va arrasando ejércitos, expandiéndose por el mapa de Europa. Después de la batalla de Francia, vendrá la batalla de Inglaterra. En Londres, Stefan Zweig, huido de Austria, está a punto de irse a Brasil. El domingo 16 de junio, escribe en su diario: «Pase lo que pase estamos perdidos, nuestras vidas están destruidas para décadas.» Y al día siguiente, lunes: «Francia perdida, reducida a ruinas para siglos, el país más adorable de Europa, ¿para quién escribir, para qué vivir?» Ese mismo lunes 17 de junio, el hijo sigue registrando la catástrofe en su cuaderno: «Vamos, mamá y yo, a Villasavary. Como Simonne está enferma, se queda a descansar. Y allí, en las noticias de las 12.30, el mariscal Pétain da la triste noticia de que ha pedido el cese de las hostilidades.» Ese día, en el comedor del hotel Rancoule, el comandante Ramel, cuya esposa está en La Roche-sur-Yon, en la Vendée, les anuncia que al fin ha localizado en Vallet al retén 21, en medio de los viñedos de muscadet.

Esa misma noche, el hijo escribe a su padre. Es una tarjeta postal con franquicia militar. Le ponen el matasellos al día siguiente, 18 de junio de 1940. Él dibuja y colorea en el reverso las dos banderas entrecruzadas de Francia e Inglaterra, escribe unas palabras, da la dirección de Bram, en el departamento del Aude: «Estamos con buena salud y esperamos que tú también estés bien. Esta tarde (17 de junio) hemos estado (mamá y yo, Simonne estaba ligeramente indispuesta) en Villasavary para ver al inspector encargado del alojamiento de los refugiados. ¡¡¡Hemos oído la triste alocución del mariscal!!! Esperemos estar muy pronto juntos en días mejores, ojalá. A pesar de ese golpe, confío en que no dejemos de luchar y que salgamos victoriosos. Con la esperanza de tener buenas noticias tuyas, te abrazamos los tres de todo corazón.»

En la cara de la postal, otra mano ha tachado la dirección, «Centro de reeducación Retén 21 Vallet Loira Inferior», y la ha reemplazado por: «Prisionero de guerra Châteaubriant».

Más allá de la coincidencia en la fecha -pero ellos solo se enterarán más tarde del llamamiento lanzado el 18 de junio desde Londres por el general De Gaulle-, lo que me sorprendía en las palabras del hijo de catorce años era su convicción de saberse en la misma longitud de onda que su padre de cincuenta, esa certeza de que él también deseaba la continuación de los combates hasta la victoria. También me

sorprendían esas dos banderas en la postal sin sobre, que podrían haberles acarreado poco tiempo después las peores consecuencias, tanto al hijo que las había dibujado como al padre, que conservó esa postal durante todo el tiempo de su cautiverio, puesto que esta llegó hasta mí.

Nada de todo eso hace de ellos unos héroes. La censura todavía no se aplicaba y los plenos poderes solo le serán entregados a Pétain el 10 de julio. También me sorprendía, leyendo los archivos de Monne y el cuaderno del hijo, que hubiera tantos oficiales franceses, incluso antes del inicio de los combates, esperando con calma la llegada de los refugiados a los pequeños pueblos soleados del Midi, con sus uniformes recién planchados, los cabellos repeinados y el vino rosado en el restaurante del Hotel de France. Y entre ellos, ese comandante Ramel que escribe esta nota infame adelantándose a las órdenes de Vichy, una nota que encontré más tarde en internet:

Campo de Bram, 23 de junio de 1940

NOTA DE SERVICIO

Desde hace dos días se han producidos evasiones entre los refugiados de los barracones 9 y 13. Dos de ellos han sido detenidos, devueltos al campo y encarcelados.

Para poner fin a esas evasiones, me veo empujado a tomar medidas restrictivas contra los refugiados sospechosos reunidos en el barracón 13; hasta nueva orden, tendrán prohibido salir del barracón.

No toleraré que sospechosos refugiados que han venido a pedir hospitalidad en Francia se aprovechen de su desdicha para ir a crear confusión en el país.

Por eso doy la orden a los centinelas de oponerse por la fuerza a cualquier evasión. Todo individuo en estado de rebeldía será abatido como un perro.

Por lo demás, pongo en conocimiento de los refugiados de ese barracón que la nota de servicios 558/2 del día de hoy se aplica a todos los refugiados e internados presentes en el campo.

La actitud de los refugiados del barracón 13 y su respeto a las reglas disciplinarias en el campo dictarán, en el futuro, mi conducta hacia ellos.

El Jefe de Escuadrón RAMEL, Comandante del Campo

(tampón - *Campo de refugiados españoles*, y firma)

¿Cómo se le ocurre, a ese Ramel, utilizar semejante expresión,

«abatidos como perros»? ¿A la noche, en la cena, fanfarronea de ello? ¿Monne enrojece, presa de un ligero temblor, y se inventa una nueva indisposición para dejar la servilleta, abandonar la mesa e ir a refugiarse en su habitación? Ella nunca volverá a ver al joven de cabellos negros como ala de cuervo, que acompañaba a su padre anciano por las calles del pueblo.

Al final de la jornada, empujé la puerta de Chez Jules. El establecimiento se encuentra alejado de la calle principal de Bram por un carril de la D4 contigua a la circular, que toma brevemente el nombre de calle Charles-de-Gaulle hasta la salida del pueblo. El lugar parecía llevar años abandonado, pero la cochambrosa fachada podía ser un camuflaje, un subterfugio destinado a esconderlo de la curiosidad de los turistas ingleses y de los no fumadores. En la oscuridad, cuatro jugadores de belote y una mujer estaban sentados alrededor de una mesa de mármol blanco salpicada de vasos de pastís y ceniceros. Una gran estufa, cuyo tubo subía vertical hasta el techo allá en lo alto, reinaba en medio de la sala alicatada. Había banquetas de paño molesquín rojo pegadas a las paredes. Dos tipos estaban sentados ante la barra de madera, tras la cual oficiaba Bernard, a quien yo había conocido la víspera en el Café de la Place.

Después de que la única clienta lograra sustraer a su marido del infierno del juego, la partida de cartas se interrumpió y ya solo éramos siete encallados en una esquina del vasto local. Todos compartían la inquietud de Bernard sobre el futuro del templo, y le preguntaban por la salud del patrón. Este, Julien Bénazet, seguía llevando el café a los noventa años de edad, pero hacía unos días que había caído enfermo y lo habían hospitalizado. Bernard le visitaba. De regreso, abría el bistró, por solidaridad con los habituales, y de cliente pasaba a encargado.

Me señalaron en la pared un artículo de *La Dépêche du Midi* publicado cinco años antes, ilustrado con una fotografía del cuasi legendario Bénazet detrás del grifo de cerveza. Hasta hacía poco, me dijeron, este enganchaba su embarcación a su Peugeot 306 descapotable y se dirigía a las playas de Narbona para irse a navegar solo. Había nacido aquí, en este bistró regentado por su padre, en 1925, el mismo año en que nació el hijo en Saint-Quentin. Seguramente ambos adolescentes debieron cruzarse en las calles del pueblo o en la panadería, o en las expediciones de scouts de Jean Rancoule, durante los dos años que los refugiados pasaron aquí, hasta el verano de 1942.

Bernard me preguntó si había encontrado el antiguo hotel Rancoule. Me mostró detrás de la barra las copas y los banderines de

los clubes deportivos brameses, invocando el recuerdo de los dos Rancoule, Henri, que fue alero del equipo nacional de rugby de Francia, y su hijo Jean-Michel, del Stade de Toulouse. Se evocó también a Dante Spanghero, el albañil de Frioul emigrado a Bram en 1936, cuyos seis hijos, todos de dos metros de alto y más de cien kilos, habían jugado en el club local antes de pasar, dos de ellos, Walter y Claude, al equipo nacional y de ganar el Torneo de las Cinco Naciones en 1968. Se lamentaron de la aparición del profesionalismo. ¿Quién jugará hoy en el club de un pueblo de tres mil habitantes? Pasando de una cosa a otra, me preguntaron si eso de ser escritor resultaba tan lucrativo como el rugby.

Como me pareció que ellos no lo conocerían, conté el sabido chiste según el cual yo disponía de suficientes derechos de autor para vivir hasta el fin de mis días, a condición de morir el año próximo. Invité a otra ronda de pastís y mencioné una frase del diario del hijo, escrita allí el martes 25 de junio de 1940: «El doctor Laboucarié y su familia dan prueba una vez más de amabilidad poniendo su cocina a nuestra disposición. Así podemos cocinarnos y no comer más en el hotel.» El nombre del doctor Laboucarié no era desconocido para aquellos brameses, uno de los cuales recordaba que antes de la guerra el doctor, entre consulta y consulta, comerciaba con «vides americanas».

A medida que pasaba el tiempo a base de chupitos, el tuteo fue instalándose en la alegre banda. Con el fin de instruirme en los esplendores del pasado, Bernard fue en busca de los cubiertos de plata y la vajilla de porcelana con el monograma del café Bénazet, para mostrármelos, así como una llave de la puerta del fondo, que daba a un inmenso salón de baile polvoriento bajo un techo de cristal. Allí actuaron en otra época orquestas de tango, de paso doble y de java, y se celebraban grandes torneos de bingo. Nada de eso se llevaba ya y la sala estaba cerrada. Un billar seguía suspendido del techo por poleas y cuerdas. Yo pensé que Mathieu Amalric, con quien Véronique Yersin y yo nos habíamos encontrado seis meses atrás en Venecia para rendir homenaje a Daniele del Giudice, de quien él había adaptado al cine *El estadio de Wimbledon*, habría podido usar aquel salón fuera del tiempo en las escenas de su película *Tournée*, al igual que había situado algunas de ellas en el puerto de Saint-Nazaire.

Habíamos regresado a la barra y Bernard llenaba los vasos con una última ronda. Él echaba pestes contra la invasión, aunque pacífica, de los ingleses, que lo compraban todo en el lugar y ni siquiera bebían pastís. Añadimos un poco de agua y vimos opacarse el brebaje nacional. A partir de agosto de 1940, el gobierno de Vichy prohibió el pastís. Esa prohibición confirió de inmediato a esa bebida anisada cierta elevada virtud republicana y patriótica. Durante la invasión de

la zona sur en 1942, después de que los oficiales franceses hubieran abandonado el hotel Rancoule y de que los españoles, al huir de sus barracones, hubieran salvado el pellejo dispersándose por la campiña, los oficiales alemanes, desdeñando el austero Hotel de France, requisaron para uso propio las diez habitaciones del café-cabaret Bénazet.

Dos de los alcaldes de Bram se llamaron Rancoule y Bénazet. El abuelo homónimo del mesonero, Julien Bénazet, lo fue antes de la Primera Guerra Mundial, de 1896 a 1908. Jacques Rancoule, del Partido Radical, asumió esas funciones de 1919 a 1941. Fue su mano la que firmó los certificados de domicilio de los tres refugiados «en casa del señor doctor Laboucarié», así como sus documentos de identidad. El sello que usaba era todavía el de la República, que sin embargo estaba abolida. Monne es descrita así en ellos: «cabellos rubios, ojos azules, nariz rectilínea, tez clara, dieciocho años».

Cómo no iba a gustarle al joven español.

UN PERFECTO COLABORACIONISTA

Sábado 15 de junio: Voy a Fanjeaux, cabeza de partido del cantón, donde paso con éxito las pruebas del Certificado de Estudios.

Diario del hijo

Ese día, Monne acompaña a su joven hermano. Los dos salen de Bram de buena mañana hacia el sur, emperifollados con sus vestimentas del norte caminan una decena de kilómetros en línea recta por la D4, que atraviesa la llanura en medio de muros de trigo, ven Fanjeaux lejos allá adelante, como en el cielo. Setenta y cinco años más tarde, yo estaba de pie al borde de la carretera, a la altura de La Chevalinière, a medio camino entre Bram y Fanjeaux. Invisible, veía a sus fantasmas deslizarse a lo largo de los campos de sorgo rojo, cereal que todavía no se cultivaba por aquellos dominios en 1940.

Al pie del repecho hacen un alto, levantan los ojos, suben con sus sandalias de ciudad la zigzagueante cuesta que los lleva hasta el mirador. Presas del vértigo, se apoyan en el parapeto y descubren la cadena de los Pirineos en el horizonte del sur y la Montaña Negra en el del norte. El muchacho entra empapado de sudor en la escuela, abre el bolso de su hermana que le sirve de cartera, saca la regla y el portaplumas. ¿Cómo hace él para no quedar deslumbrado por todo eso y por la grandiosidad del paisaje, cuando hace menos de un mes que abandonó Soissons bajo las bombas? ¿Cómo puede pensar todavía en el examen, en recitar delante del mapa colgado los departamentos y las prefecturas de una Francia eterna, pero invadida? ¿Aprendió ya que el Aude es un río que fluye aquí de sur a norte, hacia el Mediterráneo, mientras que el Aisne que baña Soissons es un afluente, que ellos habían seguido en su fuga en la parte trasera del camión hasta Compiègne, donde se une al Oise, el cual fluye hacia el sur y vierte sus aguas en el Sena, cerca de París, antes de que este se lance hacia El Havre, en el canal de la Mancha?

Para la prueba de canto, con las manos a la espalda, lo que entona el futuro barítono sigue siendo «La Marsellesa», todavía no el

«¡Mariscal, aquí estamos!» Los maestros eximen a los jóvenes refugiados de examinarse de historia local. La del *vicus* romano Eburomagnus, en la calzada de Narbona a Toulouse, que se convertirá en el pueblo de Bram. Y aquí, en Fanjeaux, la de la cruzada contra los albigenses en el siglo XIII, la barbarie de los católicos contra los cátaros.

En coche, con Yersin, emprendimos la ascensión del pueblo colgado en lo alto, cuyas murallas protegían en la Edad Media a más de tres mil almas y en el presente a algunas decenas de segundas residencias. Visitamos la iglesia parroquial donde destaca la sagrada viga, llamada del «milagro del fuego». El predicador católico Domingo de Guzmán había desafiado a un duelo de ordalía incendiaria al obispo cátaro de Castres, Guilhabert. Los materiales del hereje se consumieron mientras que los del papista permanecieron intactos puesto que Dios los amaba. Guzmán se convirtió así en santo Domingo. Esas disputas de campanarios, creencias absurdas y tonterías teológicas harían partirse de risa a un niño de seis años un poco espabilado. Ellas extendieron la guerra y la tortura por todo el Languedoc. La víspera yo había copiado las frases del empedrado de la iglesia de Saints-Julien-et-Basilisse, en el centro de la *circulade* de Bram:

> En 1210, en el transcurso de la cruzada contra los albigenses, el *castrum* de Bram sufrió un asedio de tres días al término del cual los aldeanos fueron capturados por los ejércitos del norte. Ese episodio dio lugar a un acto particularmente bárbaro: el jefe de los cruzados, Simon de Montfort, hizo cortar la nariz y arrancar los ojos a un centenar de vencidos. Solo a uno se le dejó un ojo, a fin de que pudiera guiar a sus compañeros por el camino de Cabaret (actual Lastours) con el propósito de impresionar a los defensores de ese castillo, que todavía resistía.

Cerca de la iglesia de Fanjeaux, un anticuario o tienda de segunda mano ofrecía a la venta todo un batiburrillo de objetos y tejidos, vajillas, viejos periódicos y revistas. Yo había adquirido por cincuenta céntimos un número de *L'Illustration*, del 21 de septiembre de 1940, que había leído la víspera en La Chevalinière. En él se veían fotografías aéreas de los bombardeos de Londres por la Luftwaffe. Un artículo anodino consagrado al esquí náutico, deporte que los parisinos practicaban despreocupadamente en el Sena en medio de la tranquila capital y de los bonachones alemanes. Un reportaje geográfico en Adén Arabia,[14] en el que no aparecía el nombre de

Rimbaud ni el de Nizan, muerto en mayo en el frente, cerca de Dunkerque.

Jacques de Lesdain firmaba un panfleto a mayor gloria del nazismo y recordaba que, antes de la guerra, en Francia «todo estaba invadido por los israelitas. El gobierno de Blum fue casi al completo judío y masón. En la redacción de un gran periódico de información se contaban hasta quince plumas israelitas. […] Fue entonces cuando el nacionalsocialismo puso a la cabeza de su programa su expulsión y la restitución de una parte de sus bienes». El caos histórico exacerba inclinaciones que son difíciles de descubrir. La catástrofe es el filo de la navaja. Doctor en derecho, diplomado en ciencias políticas, diplomático en China, explorador de Mongolia y el Tíbet, corredor de automóviles en Brasil y Mónaco, a Jacques de Lesdain no le faltaban ni el coraje físico ni la cultura enciclopédica. Habría sido un héroe perfecto y fue un cabrón. Fugado a Sigmaringa antes de la Liberación, condenado a muerte en rebeldía, prosiguió su carrera periodística hasta 1968 en *L'Osservatore Romano*, el periódico del Vaticano.

LA ESPERA

Al mismo tiempo, se alzan hombres de bien que ante la catástrofe hubieran podido lavarse las manos, pasar de ella como del año cuarenta.

A principios de enero de 1939, Gilberto Bosques baja por la escalera de embarque del *Normandie*. Ha combatido durante la Revolución Mexicana. Es enviado como cónsul en París por el presidente Lázaro Cárdenas, con la misión de acudir en ayuda de los republicanos españoles. México abre sus puertas de par en par. Dos años antes, por iniciativa de Diego Rivera, allí se habían refugiado Trotski y su mujer, Natalia Ivánovna. Frida Kahlo los había acogido en su casa azul de Coyoacán. Frida está en París en la primavera de 1939, entra en contacto con los exiliados de la Retirada. Después de la declaración de guerra, Bosques les entrega visados y organiza el embarque de miles de ellos con destino a Veracruz.

Cuando los alemanes entran en París, el consulado se repliega a Bayona, ciudad que será invadida a su vez el 15 de junio de 1940 mientras que el hijo pasa las pruebas de su certificado de estudios en Fanjeaux y De Gaulle está en Rennes de camino a Londres. Bosques se instala en Marsella, en la zona libre, y negocia con Vichy el apoyo de México a los trescientos mil refugiados repartidos por campos como el de Bram. Y puede que el guapo español de Monne, gracias a Bosques, haya pasado su vida en Puebla o Acapulco. A uno le gustaría imaginar que las cosas fueron así, que él conserva en su memoria la imagen de una joven francesa rubia de ojos azules con la que se cruzó en las calles de un pueblo.

Bosques extenderá su ayuda a los judíos y a los antifascistas. Nombrado embajador, anunciará la ruptura de relaciones diplomáticas tras la invasión del sur. Los alemanes deportan al conjunto del cuerpo consular mexicano. Bajo arresto domiciliario en Bad Godesberg, cerca de Bonn, continuará la lucha desde su exilio con el apoyo de la legación sueca. Al menos él actuaba de acuerdo con su gobierno. Pero fue por iniciativa propia que el más oscuro Aristides de Sousa Mendes, heroico cónsul de Portugal en Burdeos, decidió transgredir las leyes de su país.

A partir del lunes 17 de junio, cuando Pétain forma su gobierno y el cierre de la frontera española es inminente, Sousa Mendes reparte a toda prisa visados y pasaportes. Relevado de sus funciones por el ministerio de Salazar, que envía hombres a arrestarlo y repatriarlo, él continúa firmando salvoconductos a quien quiera escapar de la Ocupación y llegar a Lisboa. Muere en la miseria en 1954. En 1966 es nombrado Justo entre las Naciones. Desde hacía años, yo llevaba la lista en un cuaderno de los nombres de esos héroes positivos que alimentaban mi optimismo titubeante. Esos dos figuraban en ella. Yo buscaba otros.

Todavía era verano.

Abrir un detallado mapa Michelin de tapa amarilla y desplegar su acordeón sobre la mesa de un café, con eso basta para sentirse uno embriagado. Leyéndolo, ves todos esos pueblos, esas «pequeñas carreteras secundarias, las más bellas del mundo», según Fernand Braudel, que «siguen las sinuosidades y hablan la lengua precisa de los relieves», esas curvas rotuladas con el verde esmeralda de los panoramas, el verde manzana de los bosques o el azul de los lagos.

Con Yersin, seguimos al azar los gusanillos blancos de los caminos vecinales entre las granjas y los prados sobre los que declina la luz en los atardeceres de agosto, dormimos en Sévérac-le-Château, en la casa de La Singulière, en el nacimiento del Aveyron, en el pueblo de Aubrac, en la llanura donde Yersin tenía que dar una conferencia sobre el *Arte incendiario*, de Kevin Salatino, que ella acababa de editar en Macula. Yo estaba sentado en la primera fila. Ella llevaba una chaqueta de punto verde sobre una blusa de dibujo un poco abigarrado, cual si fuera un Pollock, y una perla en el cuello. Cuando, sin interrumpirse, se quitó esa chaqueta, ante la visión de sus largos brazos dorados de señora de las llamas y sus manos, que se pasaba por los cabellos negros, a uno se le olvidaba un poco Salatino, pero luego volvía en sí fascinado por la proyección de los grabados de los fuegos de artificio mediante los cuales los reyes de Europa divulgaban la grandeza marcial de su poder, imitando la guerra y el eterno cañoneo que yo volvía a encontrar cada día durante la lectura de los archivos. Ella había logrado evocar su obra fetiche, que es el *Rinoceronte* de Durero.

Deambulando por el Macizo Central, fuimos a Millau para comprar guantes de pecarí en Fabre, descendimos por las gargantas del Tarn, cenamos en Espalion, visitamos la alta catedral de ladrillos rojos de Albi, levantada después de la victoria sobre la herejía, dormimos en el Mercure-Cathédrale de Rodez, contiguo al Café Riche en el que se sentaba Artaud durante la guerra para garabatear sus cartas, antes de regresar al hospital psiquiátrico del doctor Ferdière para la cena. Yo

deseaba dejar pasar un tiempo antes de volver a encontrarme con la madre y sus dos hijos. Después de la tensión de los días que siguieron a su llegada, de la inquietud, las noches sin dormir, las pesadillas, ellos van a conocer en Bram el aburrimiento de la espera. Están agradecidos al doctor Laboucarié por albergarlos, pero no están en casa. Con el regreso de la rutina, uno cree tener a mano en el cajón un par de tijeras y es entonces cuando se acuerda de que todo eso, el cajón, las tijeras, la cómoda, no está en la habitación de al lado, sino en la calle Charles-Périn, en Soissons.

Por el momento, ellos comen hasta hartarse, estamos al principio de la guerra. La madre y la hija preparan la comida. El hijo no sabrá freír un huevo en toda su vida. Este termina así su diario, que nunca volverá a abrir: «Lunes 15 de julio: Papá nos informa en una tarjeta postal de que es prisionero de guerra en el campo de Châteaubriant, en el Loira Inferior. Del 15 de julio al 5 de octubre: No tenemos más noticias, como consecuencia de la interrupción del tráfico postal entre la zona libre y la zona ocupada.» Ellos saben que durante la otra guerra el padre permaneció más de tres años en Baviera, y que ahora los ocupantes han comenzado a enviar prisioneros a Alemania.

Durante esas vacaciones de verano, el hijo se convierte en scout. Se reúne con los muchachos que le habían recibido a su llegada en tren. Mantendrá correspondencia con uno de ellos, Maurice Castagné, hasta después de la guerra. Recorren la campiña. Jean Rancoule es el jefe de grupo. Más tarde podrá verse una calle Jean-Rancoule en Bram. Su nombre será grabado en el Monumento a los Muertos.

A principios de septiembre, seguí al sol y me instalé en Lisboa en casa de José Manuel Fajardo. Después de trabajar en su apartamento durante la jornada, fuimos en metro hasta Rossio, donde la estatua de Dom Pedro, emperador de Brasil, puede que sea en realidad una estatua de Maximiliano, emperador de México, desechada tras su ejecución. De igual modo que la del general Morazán, en Tegucigalpa, puede que sea la del fusilado mariscal Ney. Al bajar del ferry en Cacilhas, caminamos hasta la terraza de Ponto Final. Tras las cristaleras del restaurante de pescados O Farol, los buques portacontenedores se deslizaban bajo el gran puente del 25 de Abril. Una inscripción en medio de los azulejos que cubren las paredes retrotrae la inauguración del establecimiento hasta el año 1890. De nuevo la cantinela de las efemérides. Ese es el año del nacimiento del padre y de la madre. En ese año, Conrad y Brazza están en el río Congo. Es el del suicidio de Van Gogh, que bien habría podido pintar las verdes aguas del Tajo. Tras el almuerzo, subí al ferry y luego a un taxi en la estación marítima, para ir al aeropuerto. Durante esos últimos cuatro meses, había revisado ochenta años de archivos de

Monne, de 1860 a 1940. Me disponía a leer la continuación, porque una mañana de enero de 1941, después de ocho meses de espera..

TOCAN A LA PUERTA

… y él se queda de pie en el vano. Viste el mismo chaquetón de hace ocho meses, cuando pedaleó durante un rato detrás del camión que se alejaba por la carretera de Compiègne. Una vez más regresa de la guerra con sus cuatro extremidades intactas. La batalla de Francia fue breve. Uno se imagina a veces una retirada a lo loco, una carrera frenética hacia el mar. Unos sesenta mil soldados franceses perdieron la vida en esos fuegos de artificio. Después de ocho meses de cautividad, sus camaradas del campo de Châteaubriant fueron deportados a Alemania para dejar sitio a los prisioneros políticos. Con sus más de cincuenta años, lo habían considerado demasiado viejo y muy poco amenazador:

> El prisionero de guerra DEVILLE Paul, sargento dado de baja por la Comisión de Bajas del 25/11/1940, reconocido como DU (no apto para el servicio) por las autoridades alemanas e inscrito en las listas de los DU en el Stalag N.º 1834-A, es enviado a su casa en Bram (Aude).
>
> Deberá presentarse de inmediato en la Gendarmería con vistas a su desmovilización.
>
> Nantes, 8 de enero de 1941
> El coronel-médico GODARD
> Director del Servicio de Salud de la XI.ª Región

Con ese papelucho emprendió rumbo al sur y franqueó sin trabas la línea de Demarcación. Caminó desde la estación y tocó a la puerta de los Laboucarié. El médico le estrechó la mano y luego los dejó solos, a los cuatro, en la cocina. Aunque sean unos silenciosos norteños, que nunca mostrarán las efusiones meridionales, bien que debieron de abrazarse ese día. Se prometen no volver a separarse jamás. Él ha soñado tanto con ese momento, en las cartas que escribía desde su camastro castelbriantés:

> «Nunca he recibido nada de vosotros porque sin duda me escribís al sector postal y este ha sido suprimido desde que estamos aquí. En fin, estad tranquilos porque yo estoy bien

aunque hemos pasado momentos terribles. […] Comencé a desesperar, os creía ametrallados en la carretera de Compiègne. Por la noche me era imposible dormir de tantas pesadillas que tenía, espero que eso también se haya acabado. Aunque no os tenga cerca sé que estáis a salvo y eso es lo principal, el resto importa poco. Vosotros sois lo primero y que pase lo que pase. […] ¿Por qué estáis tan lejos, qué es lo que ha pasado? […] Espero que no tengáis la intención de largaros a España porque entonces sé qué es lo que me quedaría por hacer. Se piden voluntarios para el frente. En fin, digo tonterías, estoy tan contento de saber que estáis ahí que me parece estar soñando. Adiós, hasta pronto mis queridos tres y un gran beso para cada uno de vosotros. Confianza y Coraje y Viva Francia.»

Todo lo que se trae del campo es su diario de guerra y un retrato suyo hecho a lápiz, dibujado por uno de sus compañeros de detención, se le ve como tranquilo fumador, tocado con su gorra militar.

Al despertar al día siguiente, se acuerda de que está aquí, en el Midi. Interroga a Eugénie. ¿Por qué no ha remontado ella el Aisne con los niños? Están sentados delante de un bol de achicoria, el café ha desaparecido. Ella no quiere volver a ver aquel maldito lugar. Por tercera vez en dos generaciones: la invasión de los *boches*, los obuses, las llamas, el pillaje, las violaciones. La guerra no ha llegado nunca hasta Bram. Hay hombres de aquí que han muerto en el frente, pero sus hijos no han ido nunca a la escuela con máscara antigás, como los suyos, ni han pasado las noches en alerta metidos en un sótano. La mitad de Francia está ocupada, toda la franja atlántica hasta el País Vasco, e Italia ha invadido el sudeste. Ellos están en medio de lo que todavía permanece en paz. Ella va a quedarse aquí. Aunque los alemanes se marchen de Soissons. Ya no se fía.

Es una buena parrafada para una mujer a la que no escucharé pronunciar más que algunas frases durante los últimos quince años de su vida, en los que por la mañana desplazaba su cuerpo demasiado grande de la cama hasta un sillón Luis XV del que se levantaba por la noche para regresar a su cuarto. No conozco con detalle sus palabras, pero se muestra inflexible. De jovencita, en los tiempos de Chailly, vendó a heridos de guerra en Fontainebleau. De recién casada, en Soissons, trabajó en el Comité Americano para la Francia Devastada de Dorothy Schoonmaker. Por cierto, ¿dónde están esos? ¿Están esperando para crear un Nuevo Comité Americano para la Francia Devastada Nuevamente? Pocas palabras le bastan. Monne y Loulou se quedarán aquí con ella. Él sabe bien que esa esfinge majestuosa es la cabeza de familia. Ya en 1930 había sido ella quien decidió la

expedición jurásica, la compra del Renault 6 CV. A ella nunca le ha gustado el Norte. Sería inútil contradecirla. La herencia egipcia se ha ido poco a poco evaporando, pero es como si cada semana la niñita del cultivador de cereales de la Beauce cenara con Lesseps a la mesa del príncipe Mustafá Bey.

Él, que había esperado ser devuelto a la vida civil en 1919 y luego de nuevo en 1939, se presenta en el Centro de Desmovilización de Carcasona, el 23 de enero de 1941. Recibe una «provisión para la desmovilización de doscientos francos». Dan las gracias al doctor Laboucarié, alquilan una pequeña casa amueblada a la salida de Bram, de camino a Limoux. Con la ayuda de los vecinos, aprenderá a cuidar una huerta. La madre y la hija ganarán cuatro cuartos con sus trabajos de costura. El hijo, dejado a su aire, no ha reanudado la escuela, como si se contentara con su certificado y su escultismo. El padre se dedica a la jardinería por primera vez en su vida, pero ¿qué otra cosa podría hacer? Antes de 1914 había sido obrero en una fundición, pero no hay ninguna fábrica en los alrededores. Envía cartas a la Inspección Académica de Carcasona como si arrojara botellas al mar:

«He dado clases durante más de diez años en establecimientos libres, seminarios, pensionados y escuelas de Dôle y Soissons. Por otra parte, en 1919 fui nombrado monitor de educación física de las escuelas comunales de la región sur de Melun por el Sr. Petit, inspector principal, después de haber hecho prácticas en la Escuela de Gimnasia de Joinville-le-Pont. Como instrucción, Certificado elemental. Dos diplomas de educación física con medalla escarlata del Ministerio de la Guerra. Vengo pues a preguntarles si tienen en su departamento algún empleo relacionado con mis aptitudes.»

Regresa a sus puerros, aprende a manejar la laya y el plantador, en primavera prepara los semilleros, planta matas de tomates. Nada de gimnasia en Bram, donde el único deporte que se practica es el rugby. Dejaron todo lo que poseían en la casa de la calle Charles-Périn. Escribe a los amigos de Soissons y a la señora Topin, la vecina. Podría haber desaparecido todo, los archivos y los viejos periódicos y el camello de madera de olivo de Jerusalén, y ahí se detendría la historia. Veremos que no. Finalmente, se dirige al ejército, y yo he encontrado este borrador de una carta enviada al coronel Pascot:

«Somos refugiados y estamos decididos a quedarnos en el Midi a causa de la salud de mi mujer. Mis hijos de 15 y 18 años han dejado sus estudios. También me he dirigido a la Secretaría de la Juventud y el Deporte, quienes me responden que por razón de mi edad no pueden hacer nada por mí, pues el límite de edad para los cursos es de 42 años y yo tengo 50.

»Sin embargo, seguí la columna a pie desde Soissons hasta

Coulommiers, cerca de 120 km, y a continuación de Vallet hasta Châteaubriant, o sea 80 km, lo que no me impidió organizar, después de un mes de cautiverio, un curso de educación física todas las mañanas en el campo.

»Poseo desde 1920 mi certificado de monitor general, obtenido en París en el gimnasio Jappy, delante de la Asociación de Sociedades Gimnásticas del Sena. Por otra parte, después de la guerra de 1914, hice prácticas en la Escuela de Joinville, que me permitieron ser nombrado monitor con título militar en la subdivisión de Melun y fui enviado a las escuelas de la región sur de Melun por la Inspección Principal. A partir de 1920 también practiqué y enseñé deporte y era además monitor de la Sociedad de Gimnasia y de Preparación Militar Jeanne-d'Arc de Soissons.

»Obtuve un certificado deportivo popular en 1937 (4.º escalón), es decir, a los 47 años.

»Puede usted constatar por todo ello, mi coronel, que estoy desde siempre en el movimiento deportivo y que si es necesario que haga unas prácticas para ponerme al corriente de las nuevas condiciones de enseñanza, me siento todavía en una condición física capaz de soportar las pruebas.

»Habiendo pasado la guerra por mi tierra, en la que hemos dejado todo, no me queda sino hacer una cruz sobre el pasado y comenzar una vida nueva, decisión indispensable para permitir que nuestros hijos encuentren a su vez un porvenir.»

EN ANTIBES

Esas cartas no fueron en vano. La Escuela de Gimnasia y Esgrima de Joinville es una palanca que ya ha movido su vida. Los valores deportivos son lo único que Vichy ha mantenido del Frente Popular. Recibe una respuesta del Comisariado General de Educación y Deportes, dirigido por el jugador de tenis Jean Borotra, ganador de Roland Garros y de Wimbledon: «En respuesta a su carta del 29 de abril, debo hacerle saber que el próximo concurso tendrá lugar el lunes 5 y martes 6 de mayo en Montpellier. El lunes 5 de mayo a las 8 de la mañana en Enclos-St-François, calle Lunaret. Usted se halla en condiciones de edad teniendo en cuenta sus servicios militares, en cuanto a la titulación universitaria, está exento de ella quien ejerza desde 1933, como debe ser su caso, pero creemos que ello está reservado a los profesores de establecimientos del Estado sin que haya sido formalmente señalado. En cualquier caso, el Comisariado se pronunciará sobre su caso y si está usted en buen estado físico puede presentarse.»

Un domingo toma el tren y se dirige a Montpellier, alquila una habitación de hotel en la que por la noche hace sus ejercicios de flexibilidad. Durante esos dos días realiza las pruebas, se encuentra con los formadores de la Escuela de Joinville que se han replegado en el Colegio Nacional de Monitores y Atletas, en el Fort Carré de Antibes. Estos le traen recuerdos de Joinville-le-Pont en 1919, de formadores que hace mucho que se jubilaron, de los campeones deportivos de la época, entre ellos su héroe Gabriel Maucurier. En el verano le convocan para unas prácticas de tres meses, de julio a septiembre. A los cincuenta años ve el mar por primera vez, y las palmeras y los barcos anclados. Sin la capitulación de Múnich él nunca habría visto el Mediterráneo, pero quizá sí el Báltico. Si el Ministerio de la Guerra hubiera enviado al ejército a morir por Danzig y salvar a Polonia. Poco después de su llegada, envía una tarjeta postal con motivo de los diecinueve años de Monne. Es una fotografía en blanco y negro, coloreada, de «La cadena de los Alpes, vista tomada desde el Hotel Josse»:

Querida mía:

11 de julio de 1940 - ¡Lejos de vosotros y sin noticias!

11 de julio de 1941 - Lejos de vosotros pero lleno de esperanza.

¿11 de julio de 1942? Confianza en nosotros y en la Providencia.

Muchos besos de cumpleaños, Paul

Al mes siguiente, envía a su hijo una vista del Fort Carré con los Alpes al fondo, en colores intensos, el azul cielo del mar y el rosa acaramelado de la nieve en las cimas:

Antibes, 8 de agosto de 1941, Mi querido Paul, Mis felicitaciones por tus progresos en natación, y muchos besos por tu cumpleaños, Paul

Mientras permanecen a salvo en Bram, subsistiendo con la pensión de refugiados, y su hijo nada en el canal del Midi, el padre aprieta los dientes. Hace todo lo que puede para seguir el ritmo en medio de los jovenzuelos. A pesar de sus heridas de la otra guerra, del codo fracturado y los dedos del pie que le faltan. Y de los meses de desnutrición en cautiverio. Como en Châteaubriant, él es el más viejo, y de nuevo las barracas de hombres, como en el cuartel y en el campo de prisioneros, el olor a sudor y al bálsamo mentolado Bengué para los dolores. ¿Qué saben ellos de la guerra, a mitad de ese año de 1941? Si leen los periódicos censurados, no mucho. Es poco probable que tengan acceso a la radio clandestina. Unas pocas palabras bastarían para darles una idea de la catástrofe:

En enero, Tailandia había atacado el protectorado francés de Camboya y bombardeado la ciudad de Battambang y el aeródromo de Angkor. Los británicos habían arrebatado a los italianos en febrero la ciudad somalí de Mogadiscio, pero el Afrika Korps de Rommel avanzaba hacia Bengasi y Egipto. Los alemanes habían llegado a Atenas en abril. Por todos lados se deportaba a los judíos hacia los campos de exterminio. Las primeras redadas en Francia habían tenido lugar en mayo. Después de su gran periplo por África a partir de Brazzaville, De Gaulle había viajado a Jerusalén y luego a El Cairo, había restablecido la República en Beirut y en Damasco tras expulsar junto a los ingleses a las tropas de Vichy. En junio, el ejército inglés había invadido Irak y el alemán penetraba en territorio soviético. Mientras todo el mundo miraba hacia el otro lado, Perú había atacado a Ecuador y ocupado la provincia de El Oro. Japón desembarcaba sus tropas en Indochina y en las islas del Pacífico. En agosto, Alemania había invadido Ucrania y ponía cerco a Stalingrado. China, privada de la ayuda soviética en su lucha contra Japón, se volvía hacia los

aliados. Estados Unidos todavía se lo estaba pensando.

En medio de ese planeta en llamas, jóvenes vigorosos y bien alimentados se dejaban la piel en el marco encantador de la región de los Alpes Marítimos para disputar una carrera, saltar sobre la silla de montar de un caballo y lanzar una pelota a una canasta. Uno se da cuenta de lo ridícula que puede ser una leve herida deportiva, pero la vida de los hombres se ve a veces afectada por hechos irrisorios. Durante algunos días Paul solo puede ver con un ojo, no es nada grave, como atestigua este certificado manuscrito:

> Yo, el abajo firmante Gaston R… (*ilegible*), doctor en medicina de la Facultad de París, médico-jefe reservista del Colegio Nacional de Monitores y Atletas de Antibes, Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra, certifico haber atendido al señor Deville Paul, de 50 años de edad, en el transcurso de unas prácticas realizadas por el interesado en su calidad de profesor auxiliar.
>
> Este fue víctima de un accidente durante el desarrollo de un partido de baloncesto, el 16 de septiembre de 1941, hacia las 17 horas.
>
> Al examinarlo hemos constatado una herida superficial situada a las diez de la córnea derecha. Durante el examen clínico no se ha observado ningún otro daño en el ojo. Actualmente está completamente curado sin mancha aparente.
>
> Para dar fe de ello otorgo el presente certificado manuscrito (ley de 1898), en Antibes el 24 de septiembre de 1941.

La víspera, 23 de septiembre, el Comité Nacional de la Francia Libre se había instalado en Londres. Esos deportistas lo ignoran. Llega el final de las prácticas. Se intercambian direcciones. Paul espera haberlas superado satisfactoriamente. Está un poco inquieto. Se pregunta si esa herida no puede descalificarlo, si ha sabido estar a la altura. Al día siguiente, con su parche en el ojo, se inclina sobre una tercera tarjeta postal:

> Antibes 25 de septiembre 1941. Contrariamente a lo que pensaba, somos libres de partir el sábado a mediodía. Espero pues tomar el tren de las 14.15 en Antibes para estar en Bram el domingo a las 6.15 de la mañana. Acordaos de abrir la puerta de abajo. Muchos besos, Paul

LEJOS DE ELLA

La sacudida de los trenes ya no te acaricia:
Pasan lejos de ti sin detenerse en tu césped,
Y te dejan en tu paz bucólica, oh estación al fin tranquila
En el corazón de Francia.

VALERY LARBAUD,
«La antigua estación de Cahors»

Él se da la vuelta en su litera del tren nocturno vía Marsella, intenta dormir. La venda del ojo le molesta. Le asaltan las preocupaciones. Una vez más, mucha paja y poco grano. Ya no le queda nada de su pasado, ni las fotografías, ni las medallas, ni los libros. Todo eso está en su casa abandonada. Se pregunta si su hijo se habrá ocupado del huerto en estos tres meses, si no debería darse una vuelta por Soissons. Cuando se duerme, llegan como siempre los fogonazos mezclados de las dos guerras, de los años como prisionero, de ese partido de baloncesto y de Eugénie, cuyos cabellos han encanecido. Vuelve a ver el rostro de Annie a los veinte años. Ella sigue viviendo en París. Su última carta estaba escondida entre sus papeles. El único objeto que se ha salvado es ese inútil azucarero de plata que Monne, en el pánico de la partida, se había llevado con ella hasta Bram. ¿Por qué no la copia de *El Ángelus*? Muy pronto el azúcar también habrá desaparecido.

Yo intentaba conciliar el sueño en la habitación 21 del hotel Terminus de Cahors donde, cual dios titiritero, preparaba la llegada de ellos a la región. Una puerta acristalada daba a una terraza equipada con sillones y una mesa baja sobre la que reposaban una botella de alcohol medio vacía y un cenicero lleno. Había dejado la puerta abierta y escuchaba el pequeño concierto de las moscas otoñales. Taba-Taba había partido corriendo junto a los raíles, allá en lo más profundo de mi cerebro, haciendo molinetes con los brazos. Haber escrito la víspera el nombre de Antibes reactivaba el recuerdo de un verano de paz en las conexiones del hipocampo. Una travesía de

Francia, recocido por el fuerte calor. Esas imágenes eran más recientes que las de Paul. Tenían, al igual que el brebaje, veinticinco años de edad. Como veinticinco años tenían para Paul, en aquella noche en el tren, las imágenes del campo de prisioneros de Wurzburgo donde recibía las cartas de Annie.

A pocos kilómetros de Antibes, no lejos de Cannes, el castillo de La Napoule era un navío neogótico varado en el borde del mar, cuyo casco batían las olas a lo largo de la noche. Sus bodegas están llenas de obras monumentales y fálicas. El parque tampoco está desprovisto de ellas. Durante todo un otoño, el de 1989, ocupé allí una habitación con ventana ojival donde me enteré de la caída del Muro de Berlín. Con el pintor Yan Pei-Ming, cuyo taller ocupaba otra ala del edificio, encontramos un televisor y lloramos delante de las imágenes de los coches Trabant al pie de la puerta de Brandeburgo. Nacidos en plena Guerra Fría, uno en Francia y el otro en China, nos parecía estar viviendo en directo, junto con los berlineses, el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Dos días más tarde, asistí a la ceremonia del aniversario del Armisticio, delante del Monumento a los Muertos que está junto al castillo. Del otro lado de esa estrecha calle que lleva a la playa, una joven extendía diapositivas sobre el piso de una villa rodeada de ventanales. Volvimos a encontrarnos sobre la arena al final de la tarde. La acompañé el tiempo de tomar unas cervezas y volví a sentarme, observando en medio del gentío sus cabellos rubios, sus relucientes brazos nadando crol en el horizonte. La nadadora se materializó mucho tiempo después, aparición olímpica y brillante que llevaba sobre la frente unas gafas de goma, sacudía sus cabellos y me rociaba con frías gotas de agua mientras reía.

Después de haber recorrido otras costas, de las islas de Lérins a Portofino o Saint-Jean-Cap-Ferrat y hasta Génova, recibí a la nadadora en la casa del general Mangin, en Marrakech, carretera de la Targa, a la salida de Guéliz, ciudad un tanto balnearia en la que ella andaba cada tarde a la piscina antes de volver para cenar refrescada en la terraza. De nuestro regreso en el verano de 1990 a la Villa Arson de Niza permanecían las imágenes de una casa burbuja pegada al macizo montañoso del Esterel, en la que Jean-Pierre Mocky había rodado las escenas de su película *La machine à découdre*. Quizá también permanecieran durante el sueño las de los enormes pechos de Patricia Barzyk. Un juego de contorsiones y reptaciones a lo largo de estrechos pasajes de cemento conducía hasta una piscina excavada en la roca, cuyos bordes biselados dibujaban un horizonte de ingrávida agua dulce sobre el mar. Alrededor de nosotros flotaban botellas de champán ruso. Allí nos enteramos, a primeros de agosto, de la entrada de las tropas iraquíes en Kuwait.

Por uno de esos privilegios que se conceden a los artistas o porque ella quiso marcarse un farol, nos habían recibido en la Villa Ephrussi de Rothschild y en el museo Picasso del castillo Grimaldi de Antibes, cerrado por obras. Movimos pinturas del maestro posadas al pie de las paredes, nos fuimos a nadar a Juan-les-Pins. Desde el mar se veía el Fort Carré de Antibes. En esa noche en Cahors, me volvían las imágenes de aquellos cuerpos quemados por el sol que nos rodeaban con la fiesta de su propia juventud, y el continuo milagro de las olas. El año siguiente lo habíamos pasado en la Provenza, cerca de Bonnieux, adonde nos llegó, el 19 de agosto, el anuncio del golpe de Estado en Moscú. Escuchábamos la radio. Una amiga polaca se imaginaba al ejército ruso saliendo de sus fronteras. Hacía seis meses que había comenzado la Guerra del Golfo. Y desde hacía varias semanas, los combates en la antigua Yugoslavia. Partimos hacia Bretaña.

Los días eran de canícula y conseguimos, combinando etapas cortas, bañarnos al final de cada tarde a lo largo de ese viaje diagonal. En el lago de Saint-Ferréol al pie de la Montaña Negra, en el río Dordoña a la altura de La Roque-Gageac, en el Charente aprovechando un puente que lo cruza. A nuestra llegada a L'Océan, volvimos a nuestros partidos de tenis sobre la tierra batida del viejo hotel Normandy. En la confusión de la duermevela, yo estaba en la playa de L'Océan veinticinco años más tarde y Véronique Yersin me hablaba de sus estudios sobre la Crucifixión. De su partida a los dieciocho años, de sus viajes alrededor del mundo, de la India a la Amazonia, como aventurera solitaria. De repente estábamos durmiendo en el hotel Métropole de la plaza de Brouckère. Bajo el viento glacial, ella me indicaba cuáles habían sido sus lugares habituales en Bruselas después de abandonar el «Cabinet de estampes», el Departamento de Artes Gráficas de Ginebra, para dirigir las Ediciones Macula en París. Habíamos estado en el chalet del cantón del Valais, entre hielos y nieve, y encendido un fuego, habíamos caminado por el puerto de Saint-Nazaire. Pero nunca había tenido el valor de llevarla al Lazareto, de mostrarle la escalera de la puerta monumental sobre las que un monstruito se sentaba junto a un chiflado amnésico. Al despertarme en la habitación de Cahors, Taba-Taba había regresado de su fuga nocturna, estaba sentado en lo más hondo de mi cerebro y había reanudado su letanía.

UN VERANO EN LA GRANJA

Los de la pequeña banda de los cuatro están todavía lejos del Atlántico. No verán sus playas antes de diez años. El gimnasta recibe en Bram la carta que un camarada le ha enviado desde Nimes el 13 de octubre de 1941: «Recibí tu carta del 11. Como tú, nada que señalar desde nuestra partida de Antibes. A no ser un telegrama de Vichy que recibí el viernes a las 11 de la noche y que es de este tenor: Se ruega detallar urgente por telegrama clase y tratamiento actuales. Ese azul oficial que ahora es amarillo[15] me hace suponer que en Vichy se ocupan de nosotros y que de aquí al 15, o como muy tarde a fin de mes, seremos nombrados. He recibido carta de Luch haciéndome partícipe de la respuesta del coronel Pascot. Bien de salud. Un punto negro, los 275 g de pan son un poco escasos en comparación con los que teníamos en el colegio. Te escribiré en cuanto tenga novedades.»

En ese mes de octubre comienza el ataque contra Moscú, la más grande empresa militar de todos los tiempos. Siete millones de hombres se enfrentan en medio de la nieve y el hielo. Hitler prevé arrasar la capital hasta sus cimientos y reemplazarla por un lago artificial. El 22 de ese mismo mes, en represalia por el asesinato de un oficial en las calles de Nantes, los alemanes fusilan a veintisiete rehenes del campo de Châteaubriant. Veintidós soissoneses son detenidos en noviembre, acusados de gaullistas, de espionaje y de complot contra el ejército de ocupación. Pétain encuentra todavía tiempo para hacer derribar en Dôle la estatua de Grévy, y comprar en Madrid una Residencia de Francia con parque y villa morisca, para dar gusto al general Franco, ante quien había sido embajador justo hasta la guerra. En la zona libre no pasa nada, el invierno se acerca. Paul no tiene gran cosa que hacer en el jardín. El racionamiento se hace más duro. Se prohíbe a los panaderos vender el pan del día, que deben dejar secarse y enmohecer para frenar su consumo. Sigue sin haber noticias de la Inspección Académica.

En diciembre, los japoneses atacan por sorpresa la base de Pearl Harbor en Hawái. Numerosos navíos americanos son destruidos. El *Normandie* está bloqueado en el muelle de la French Line de Nueva

York desde el verano de 1939. Los Estados Unidos hacen valer su derecho de angaria para requisarlo, lo rebautizan como *USN La Fayette*. El 9 de febrero, durante los trabajos destinados a transformar el paquebote en transporte de tropas, unas chispas de soldadura pegan fuego a los chalecos salvavidas hechos de miraguano amontonados en medio de un gran salón. Los bomberos se pierden en los pasillos. El incendio se extiende, sin que se pueda sospechar en esta ocasión del pobre Larbin. Los barcos de bomberos arrojan toneladas de agua sobre los puentes superiores. Están a treinta grados bajo cero. El agua se congela. El barco se escora. En medio de la noche, el *USN La Fayette* zozobra. Una fotografía muestra al mayor paquebote del mundo, vencedor de la Banda Azul, desvencijado al alba, tirado sobre el hielo como un gran pez muerto sobre un mostrador. Sus chimeneas están dislocadas. A su flanco, el escarabajo de un minúsculo barco de bomberos sigue regándolo todavía con el chorro cruzado de sus antenas.

Se combate en los océanos, en el cielo, por tierra y bajo el mar, alrededor de los islotes del Pacífico y de los hielos polares. La situación es indecisa y las fuerzas se equilibran. Aparecen movimientos de resistencia. El pueblo de Bram sigue ocupado. La vida de Paul se estanca. Nada avanza. Escribe a Soissons. La casa de la calle Charles-Périn es subarrendada por intermedio del Servicio de Refugiados de Laon, los muebles son amontonados en el altillo. La señora Topin, la vecina que alimenta a los gatos, firma el inventario delante de un oficial de policía y del señor Henri Bureau, que tiene notaría en el número 7 de la calle del Hôpital. Más tarde reciben una tarjeta postal de la señora Verneret, del número 10 de la calle Carnot, con un sello con la imagen del Mariscal: «Su casa está ocupada por personas de bien que habitaban en el barrio. Sus cosas han sido guardadas, solo la biblioteca, que no ha podido ser transportada, permanece en su lugar. La señora Topin ya había guardado en su casa muchas de las cosas en fin se ha hecho lo mejor posible y si regresan encontrarán todos sus recuerdos.» Él sabe bien que Eugénie no cederá. La casa les es actualmente inaccesible, y aquella vida ha sido borrada.

En primavera, una convocatoria le da esperanzas. Pasa una revisión médica el 18 de abril de 1942. Está flaco como un palo, pero vale: «Estado general bueno, peso 58 kg, talla 1,70 m. Sujeto con buena complexión física. Libre de cualquier afección tuberculosa. Hecho en Carcasona, de forma manuscrita, para ser adjuntado conforme a la ley al expediente del Sr. Deville, Paul, profesor de educación física. Dr. Georges Daudé, Inspector de Salud del Aude.» Al menos le reconocen el título y la función, pero el año escolar se termina. Puede aspirar a obtener un puesto al comienzo del próximo

curso. El padre y el hijo deciden buscar trabajo.

Francia es todavía campesina y la tierra está falta de brazos. Los hombres son escasos. Sesenta mil han muerto en combate. Los prisioneros de guerra han sido enviados a Alemania. En ese verano del 42, el padre declarado inútil es demasiado viejo para el servicio de trabajo obligatorio y el hijo de dieciséis años, demasiado joven. Llegan a una granja en Lacapelle-Biron, en la región del Périgord. No queda ningún rastro de cómo se desplazaron hacia el noroeste a lo largo de los doscientos kilómetros del río Aude en dirección a Lot y Garona. Puede que en tren hasta Cahors, donde algún camión habrá venido hasta la estación, frente al hotel Terminus, en busca de mano de obra soissonesa.

En unas pequeñas fotografías en blanco y negro de bordes dentados se ve al padre y al hijo en mangas de camisa. Cargan heno con horcas en una carreta tiradas por grandes bueyes, sobre un prado de suave pendiente. Los urbanitas descubren el olor embriagador de la hierba cortada, que es el de la dicha, una forma de revolución cultural a lo chino, un regreso a la campiña o a la Edad de Oro. Se llenan los pulmones, respiran en medio de *Los trabajos y los días* de Hesíodo, en un tiempo en el que «Cronos reinaba en el cielo. La tierra les proveía de cuanto necesitaban. Vivían felices y sin preocupaciones, vagando a su capricho, sin bienes ni casas, sin conocer la guerra. Comían en común, en compañía de los dioses y las bestias. Y morían sin vejez, igual que se duerme». En julio, ayudan en la cosecha.

Después de Cahors, circulé al volante del Passat por pequeñas carreteras desiertas bordeadas de castaños. Un paisaje cada vez más oscuro y más húmedo que el del Midi. De vez en cuando, los calveros de los aserraderos, los troncos apilados delante de los hangares. En 1940, unos niños habían descubierto por causalidad la gruta de Lascaux, más al norte, en el valle del Vézère, donde diez mil años antes de Hesíodo unos cazadores habían pintado su gran poema polícromo. En Lacapelle-Biron, casas de piedra con entramado de madera sobre las que el atardecer de verano posa un encalado ocre. De nuevo la belleza de esos miles de pueblos alejados que no han sido trazados por ningún plan urbanístico, casas cuyo plano no ha sido concebido por ningún arquitecto, levantadas sirviéndose de los materiales encontrados en los alrededores, las piedras del terreno y las vigas de los bosques, con tejas trabajadas y cocidas en horno. Sobre la plaza que hay delante de la iglesia, jugadores de petanca. Delante del Monumento a los Mártires, el café Le Palissy, donde los clientes me habían indicado la dirección de Bérail.

Se trata de una amplia granja situada a un kilómetro del burgo, a la altura de un mojón de la carretera en medio del bosque que

delimita los departamentos de Dordoña y de Lot y Garona. Yo miraba los campos en los que el padre y el hijo habían trabajado codo con codo bajo el sol, flacos, pero con músculos marcados por el manejo de las herramientas, imaginaba la complicidad de esos dos obreros agrícolas que pasan juntos el verano por primera vez desde 1939, antes de que el padre fuera movilizado el primero de septiembre. En el verano de 1940, uno estaba en Bram y el otro en Châteaubriant, el verano anterior el padre estaba solo en Antibes. Y cuando llaman a uno de ellos, los dos vuelven la cabeza puesto que llevan el mismo nombre y el mismo apellido. En ese mes de julio todavía Lacapelle-Biron está en paz. En París, más de diez mil judíos son arrestados y encerrados en el Velódromo de Invierno y en Drancy, antes de partir hacia los campos de exterminio. En agosto, el hijo es fotografiado solo en medio de los montones de paja el día de sus diecisiete años. En septiembre, es pastor, lleva un rebaño de ovejas a pastar. Es a Bram, donde todavía están la madre y la hija, adonde llega la asignación de destino del gimnasta.

El padre es avisado por el director del «Colegio de Moissac y la Escuela de Agricultura de Invierno adjunta», el cual le pide que se incorpore a su puesto lo antes posible. De nuevo, las imágenes de los refugiados con sus trastos a cuestas o posando cerca de ellos al borde la carretera, antes de ser subidos al remolque de un camión o al techo de un autocar. El padre le muestra al chófer la hoja timbrada:

Ayuntamiento de Lacapelle-Biron

CERTIFICADO

El alcalde de la Comuna de Lacapelle-Biron certifica que:

El Sr. Deville Paul refugiado en mi comuna ha tenido que cambiar de domicilio y que está autorizado a transportar:

50 kg de patatas
4 kg de alubias
20 kg de castañas
hasta Moissac
Los productos han sido cosechados por él mismo.
En el Ayuntamiento, el 8-10-1942.

EN MOISSAC

El padre y el hijo recorren ochenta kilómetros en dirección sur. Se presentan en el colegio. Algunos días más tarde, van a recoger en la estación a la madre y la hija, que han viajado en tren de este a oeste. La única maleta basta para transportar la poca ropa vieja y el azucarero de plata. Alquilan un apartamento en el bulevar Pierre-Delbrel y lo amueblan, pagan una factura el 15 de octubre de 1942 a nombre de Georges Bacou, calle de la République 12, por un total de 1.970 francos, correspondiente a la entrega de sus compras: «un aparador bajo, una mesa con alas abatibles, una mesa cuadrada y cuatro sillas».

No cuentan con recibir a nadie, sino con estar los cuatro sentados alrededor de la mesa, cerca de los sacos de patatas, de castañas y de alubias. A pesar de esas provisiones, muy pronto van a conocer, al igual que sus vecinos, las privaciones y el hambre. Después del racionamiento, nunca más querrán probar los nabos, ni el colinabo. Descubren la ciudad, de ocho mil habitantes, plantada en medio de viñas de uvas chasselas, rodeada de colinas. Es muy distinta del pueblo de Bram. Los niños van a volver a sus estudios. Apenas han llegado ellos a Moissac, los aliados desembarcan en el norte de África. Las tropas alemanas franquean como respuesta la línea de demarcación. El 11 de noviembre de 1942, un mes después de su llegada, la zona libre llega a su fin. La madre y los hijos ven por primera vez los uniformes de los ocupantes. Al sudeste, Italia empuja su frontera hasta Toulon. Las tropas mussolinianas ocupan Antibes y el Fort Carré.

A causa de los azares de la guerra, el padre se integra en la enseñanza pública. Además de sus clases en Moissac, le piden que organice torneos deportivos en formato liga, campeonatos de baloncesto y de fútbol, concursos de gimnasia en Lauzerte o en La Réole, en Caussade, donde fue curado de sus heridas al inicio de la otra guerra, en Auvillar, Réalville y Castelsarrasin, hasta en Montauban y Toulouse. Va a recorrer la región durante más de tres años.

El molino de Moissac es una construcción alta que lleva posada sobre el agua desde el siglo XV. Yo había reservado la habitación 208 de ese hotel de semilujo. Una puerta vidriera daba a la vertical sobre el muelle de piedra por el que caminaban doctas grullas grises. Del otro lado, el puente de carretera Napoleón da salida a la ciudad en dirección a Castelsarrasin. Más lejos, el puente acuífero del Cacor permite que el canal lateral del río Garona pase sobre el río Tarn. Ese canal se conecta en Toulouse con el canal del Midi para formar el canal de Deux-Mers, desde el océano Atlántico hasta el mar Mediterráneo. Es fascinante ver un curso de agua cruzar en ángulo recto otro curso de agua unos metros por encima. Yo había comido en L'Uvarium, cerca de la esclusa, un pabellón octogonal que acoge a la sede en Moissac de la Federación Francesa de Estaciones de la Uva.

Un pequeño puente alomado permite llegar a pie al bulevar Delbrel, bordeado por unos castaños que ya estaban ahí en 1942, así como la mayor parte de las casas de piedras blancas y ladrillos tolosanos, casas reconstruidas después de la crecida que había ahogado allí a ciento veinte personas en marzo de 1930. La catástrofe había ocupado grandes titulares en los periódicos y se habían enterado de ella cuando vivían en Saint-Quentin. La subida de las aguas, en la confluencia del Tarn con el Aveyron, sobre un suelo ya embebido de lluvia, había causado la rotura de un dique. La torrencial marea, que acarreaba los árboles arrancados y las vacas y caballos muertos, entró en la ciudad. La calle de la Inondation sale del bulevar Delbrel y sube hacia el edificio del mercado que los parisinos ofrecieron a los damnificados de Moissac. En el número 12 de la calle de la République, donde ejercía el carpintero Bacou, estaba en 2015 la Casa de la Mutualidad.

Ese tal Pierre Delbrel, de caótico recorrido político, fue sin embargo hombre de mucha constancia geográfica. Nacido en Moissac, elegido por el departamento del Lot, regicida aunque solicitó la suspensión de la ejecución, opuesto al 18 Brumario, exiliado en Suiza bajo la Restauración, regresó para morir en Moissac, que bien que le debía un bulevar. Yo había situado la dirección de la casa de la banda de los cuatro a la altura del palacio de Justicia, porque Monne veía desde su ventana a los soldados alemanes de guardia. Si es que ese edificio, de vidrios ausentes reemplazados por añadidos de madera contrachapada, era todavía un palacio de justicia. Un macizo de flores, enfrente, estaba presidido por el busto en bronce del poeta republicano Camille Delthil, del tiempo en que cada pequeña ciudad francesa honraba a su poeta, y tenía esta estrofa grabada en él:

> Y cuando miles y miles de años más
> me hayan pasado por encima sin poderme abolir

volveré con ojos de niño a ver la aurora
de la que no tendré ya recuerdo en mí.

Su hijo era alcalde de Moissac al principio de la guerra y luego fue destituido por el régimen de Vichy. Gracias a él, los scouts de los Exploradores Israelitas de Francia pudieron instalarse aquí. Más tarde apoyó a la Resistencia. Jean Hirsch, que se presenta como «el más joven resistente francés» por haber sido enlace de ella a los nueve años de edad, describe en sus memorias la organización que se puso en marcha: «Era un milagro. Moissac sigue siendo, para mí, una comuna formada por gente hospitalaria, cómplice y capaz de ser tolerante para evitarle lo peor a centenas de niños judíos atrapados por la tormenta del horror nazi.» Los moissagueses fueron elevados a la categoría de los Justos. Bajo el puente Napoleón hay una placa fijada al muro de piedra dedicada a los dos héroes de la red clandestina: Bouli y Shatta Simon.

Un poco perdido, yo andaba buscando el ayuntamiento y pregunté a una pareja de ancianos árabes que estaban sentados en un banco, quienes me dijeron que desconocían su ubicación. Delante de ellos desfilaban peregrinos a Compostela, sobre todo lindas peregrinas en shorts de muslos musculosos, grueso bastón de marcha en la mano y mochila a la espalda. Me fui a ver de nuevo el claustro abacial al que me habían llevado de niño cuando dimos un rodeo por allí camino de los Pirineos. Según la leyenda, la abadía había sido fundada por el rey Clodoveo en el siglo VI, después de haber expulsado a los visigodos hacia Hispania. Los blancos capiteles calcáreos, las paredes de ladrillos rojos y aquel cedro inmenso, un tanto descentrado en el patio del claustro, que yo había visto sin duda cincuenta años atrás, puesto que inevitablemente debían de estar allí, estaban sepultados en alguna conexión neuronal nunca reactivada del hipocampo.

Unas semanas después de haberse instalado en su nueva casa, el 3 de enero de 1943, cuando la suerte del mundo se decidía a orillas del Volga, en Stalingrado, donde los soviéticos habían lanzado desde noviembre su contraofensiva, mientras que los británicos cortaban en la batalla de El-Alamein la ruta de Egipto a las tropas alemanas impidiéndoles llegar a Alejandría y al canal de Suez, ellos reciben una tarjeta postal de la señora Topin que les informa de la desaparición de la gata blanca: «Disculpen que no haya respondido a su carta estoy tan ocupada debo decirles que tengo como pensionadas a 7 chiquillas así que ya ven la vida es tan dura que hay que apañárselas. Qué hacen sus hijos ¿tienen un buen empleo? Y usted señor Deville, pienso que usted estará mejor señora, quizá no tengan intención de regresar, así que me he permitido usar para mí y mi prima unos hilos de algodón que

encontré en su casa. Sus bienes siguen en mi casa y el carillón está en mi dormitorio y funciona bien. La casa siempre está alquilada e incluso subalquilada su gata ha desaparecido de la casa de la señora Hérault ella estaba tan bien.»

Esa gata blanca los había esperado durante dos años y medio. Todo lo demás podría desaparecer también. Paul le encarga a un amigo, un tal Guillaume, que alquile una caja en el Crédit Lyonnais de Fismes, entre Soissons y Reims, en el Marne. Le pide que se ponga en contacto con la señora Topin y vaya a Soissons para recuperar cuanto pueda de sus objetos, papeles y libros, y que lo deposite en esa caja. Sin el celo de ese Guillaume, los archivos no me habrían llegado, o lo habrían hecho muy incompletos porque alguien los habría expurgado. Habrían tirado los viejos periódicos y las facturas de la madera, el queso, el vino o las gafas del padre del maestro Alexandre Pathey compradas bajo el Segundo Imperio. ¿A quién se le ocurriría conservar eso? ¿Quién querría infligirle a un descendiente la lectura de semejantes naderías? ¿Qué descendiente tendría la idea de verificar semejantes naderías? El señor Guillaume lo reúne todo, la vajilla y los cuadernos escolares, el pequeño camello de madera de olivo, los atados de papeles y las joyas de Eugénie, las libretas militares y las pilas de periódicos, y los diecinueve volúmenes de la *Historia de Francia* de Michelet. Llena con todo ello dos grandes cajas en el Crédit Lyonnais, cuyo alquiler debe pagar Paul desde Moissac.

Solo perdieron aquel paquete que la madre llevaba en el camión, facturado en la estación de Liancourt tras su paso por Compiègne, y que es mencionado en el diario del hijo. Monne lo había reclamado. Los empleados de la estación también habían huido. En Bram, ella recibió esta carta, misteriosamente encabezada con la dirección del hotel Chabrignac de Miers-Alvignac, en el departamento del Lot -«Estación Rocamadour, confort moderno, garaje, teléfono 7»-, el 29 de julio de 1940: «Señorita: Acabo de recibir en este instante su carta, me apresuro a responderle inmediatamente. Lamento que su paquete se haya perdido, pero a la hora actual me es imposible darle la menor información sobre ese asunto porque el 11 de junio abandoné París con mi familia. Me alegra que le vaya bien a usted y a su familia, y que estén en una hermosa región. ¿Tiene noticias de su padre? ¿No lo habrán desmovilizado? ¿Su hermano aprobó el examen? Tengo que dejarla porque es hora de cenar. Presente mis respetos a su madre. Con el mejor recuerdo, Simone J… (*ilegible)*.»

Monne es más bien cabezota. Que haya una guerra mundial no quiere decir que se deje birlar una caja. Solo tirará la toalla después de haber recibido, el 10 de noviembre, una última respuesta negativa de la División de Búsquedas de la SNCF, que se ha replegado a Burdeos. Nunca sabré lo que contenía ese paquete. Quizá tan solo

ropa.

A primeros de febrero de 1943, la capitulación del mariscal Paulus delante de Stalingrado marca el punto de inflexión en la guerra. Cien mil soldados alemanes son hechos prisioneros. Radio Londres da la noticia. El mismo mes, la aprobación de la segunda ley sobre el Servicio de Trabajo Obligatorio refuerza al maquis.

Al hijo todavía no le concierne. Se está enviando a Alemania a los de la clase 42. Él es de la 45. En el colegio le cuesta recuperar el atraso. Su nuevo amigo, Michel Duthil, tiene dos años menos que él. Con él reanuda el escultismo. En Bram, obtuvo un diploma de socorrismo y otro de morse. Sabe cómo fabricar un aparato de radio de galena, encender fuego, orientarse sin brújula en un bosque, todas esas competencias de scouts católicos que pueden ser útiles también para un maquis comunista. Mientras que Michel se ve ya en la facultad de medicina, el hijo vacila. Se matricula en un curso por correspondencia de la Escuela de Ingeniería Civil de Niza, calle del Lycée 3, pide un formulario de inscripción en la Escuela Privada de Enseñanza Marítima de esa misma ciudad, bulevar Franck-Pilatte 21, sección T.S.F., él que nunca ha visto el mar: «En la Escuela se prepara oficialmente para el examen de cadete para la navegación en alta mar. Los cursos son de uno o dos años según la capacidad de los candidatos. Los graduados en matemáticas son admitidos en el segundo año.»

Monne reanuda sus estudios con más facilidad. En su primer carnet de electora, hecho más tarde en Moissac, en 1945, cuando las mujeres acababan de obtener el derecho al voto, figura la profesión de maestra. Es ella también quien, durante sus actividades de beneficencia, entra casualmente en contacto con la Resistencia, su modesto papel consistía en disponer en cierto orden los tiestos de flores delante de su ventana. El hijo habría preferido un maquis gaullista, pero será un maquis comunista del departamento del Lot. Sus múltiples inscripciones en cursos por correspondencia puede que tuvieran también el objetivo de justificar sus ausencias de Moissac.

En cuanto al padre, sigue impartiendo clases. Está claro que es menos peligroso ocuparse de los programas de deporte que de historia. La gimnasia se enseña en camiseta y pantalón blancos, brillantes como las velas de los primeros balandros. Vestimenta impecable, con chaqueta y corbata, para los jurados de los concursos. Vichy se preocupa por la etiqueta. Toda falta de elegancia es susceptible de suponer una amenaza a la estabilidad del Estado. Recibe esta carta de Charles Malard, inspector de la Educación General de Deportes, enviada desde Montauban el primero de octubre de 1943:

> El Comisario General se ve en la lamentable obligación de rogar a los Sres. Directores y Jefes de Servicios que tenga a bien recordar a todos los funcionarios del Comisariado General que estén bajo sus órdenes que tienen el deber elemental de dar ejemplo en el vestir en las ceremonias públicas y en las manifestaciones deportivas. Especialmente cuando ocupan gratuitamente asientos en tribunas oficiales. Dos funcionarios de alto rango se han quitado las chaquetas recientemente en el estadio Jean-Bouin.

Tomando como punto de partida el hotel del Moulinde-Moissac, en el que una pequeña burguesía bien vestida se daba aires de grandeza, yo había emprendido en los últimos días la tarea de recorrer la villa a pie, alejándome del barrio peatonal para llegar a los arrabales. Las viñas y los peregrinos no aportaban aparentemente lo bastante a la economía local.

Cada una de esas ciudades francesas de unos diez mil habitantes en las que yo había hecho parada durante los últimos meses estaba rodeada por un idéntico cinturón de fealdad, de una superficie equivalente o superior a la de la misma ciudad, salpicado de centros comerciales y rotondas, de carteles publicitarios gigantes y parques de atracciones en los que horribles payasos de plástico mantenían al buen pueblo, a base de risas, en la burricie y el infantilismo. En el borde de esas zonas había lugares todavía más lúgubres en los que sobrevivían los excluidos. En una de esas tabernas, delante de la cual había un carrito de supermercado atravesado, escuché la palabra «casusal», en lugar de «caso social», que parecía haberse convertido en un insulto popular.

En esos lugares, donde lo único que parecía tener actividad eran los servicios sociales dedicados a parados y a ancianos hundidos en la miseria, florecía el extremismo. Ante la delincuencia, había emergido el comunitarismo, y en las manifestaciones se veía codo a codo a obreros y pequeños empresarios, empleados y agricultores, en la recomposición preinsurreccional de un pueblo desde abajo. Me decían que en ese año de 2015 los herederos del régimen de Vichy estaban ansiosos por conseguir la investidura en esta segunda circunscripción de Tarn y Garona, donde les parecía que podían ganar en las próximas elecciones legislativas, después de que la ciudad hubiera pasado de la izquierda a la derecha en las últimas municipales. En todas partes había carteles de agencias inmobiliarias colgados de las ventanas. Los pocos jubilados del norte que se habían instalado aquí se sentían pillados en una trampa. Desde el hotel, en dirección al centro por la calle del puente, todo estaba en venta o en abandono, lugares quizá que habían estado primero en venta hasta que se desistió de ellos. Más

allá, unos carteles anunciaban que las calles del barrio turístico estaban «protegidas con videovigilancia». Recordé las frases de Jean Hirsch que había copiado unos días antes. También yo tomo el camino del maquis.

EN EL BOSQUE

Su partida es en secreto. Hace falta salir de Moissac con pocas cosas, su mochila de scout, un buen cuchillo, y caminar hasta la cita convenida cerca de un pueblo. Los camiones asignados por los alemanes para hacer requisiciones en las granjas sirven también de transporte a los guerrilleros. Un recorrido de unos cincuenta kilómetros al nordeste en dirección a Cahors, desde el departamento del Tarn y Garona hacia el del Lot. Hay un primer campo de selección en la aldea de Vayrols, donde los voluntarios son repartidos en grupos. El de Jacques Chapou, alias Capitán Philippe, se instala en diciembre de 1943 en el campamento de Caylus, donde habían estado internados los republicanos españoles y donde se instalará más tarde la división SS Das Reich. El hijo es enviado no muy lejos, al pueblo de Lalbenque, donde el mecánico André Courtès se hace cargo de los recién llegados para guiarlos a través del bosque.

Unos cincuenta años más tarde, él efectuará la peregrinación a ese pueblo convertido en el mercado de trufas más célebre de Francia, volverá a los lugares, a la iglesia, pero sus recuerdos son imprecisos. En ese mismo momento, el historiador inglés Harry Roderick Kedward llega para realizar su investigación (*In Search of the Maquis*, Oxford University Press, 1993) y se encuentra con Pierre Labie, cuya memoria es más precisa, por haber pasado la vida aquí, por haber frecuentado a los supervivientes. Labie describe las acciones de sus comandos móviles, formados por una treintena de guerrilleros, sus acciones de guerrilla, el sabotaje de las vías del ferrocarril hasta Capdenac, menciona los nombres de los resistentes lalbenqueses, el del panadero Maurice Cloud, los de Paul y Lili Rey. Agente de enlace, ella fue arrestada y deportada al campo de Ravensbrück.

En medio del flamear de colores amarillos y rojos del otoño, recorrí esa extensión de miles de hectáreas de robles enanos y robles truferos por carreteras apenas más anchas que el Passat, en algunos lugares apenas caminos pedregosos, sin cruzarme con otro vehículo durante kilómetros, rumbo al este hasta Cajarc y Figeac, a través de Saint-Cirq-Lapopie, y rumbo el norte hasta Gramat y Rocamadour, por

este bosque de la Braunhie integrado en el parque regional de Causses du Quercy. En Lalbenque, por causa del ángulo muerto del retrovisor empotré un guardabarros trasero contra un banco de piedra que llevaba emplazado allí desde hacía siglos y no esperaba más que eso, la ocasión para una modesta venganza contra las generaciones de humanos que le habían impuesto sus sentadas. No muy lejos, detrás del ayuntamiento, estaba una callejuela llamada calle del Maquis. Enfrente, la iglesia de Saint-Quirin, cuyo cura, convertido en confesor del hijo, se escribirá con este después de la Liberación.

De esos seis primeros meses de 1944, el hijo conservará detalles, más que una visión de conjunto. Haber cogido la sarna, que pica entre los dedos, y fumado su primer cigarrillo, después de que uno de los grupos asaltara la Manufactura de Tabaco de Figeac. Las discusiones a la noche con sus camaradas, sobre el cristianismo y el comunismo, dando caladas a su pitillo delante de las llamas y avivándolas. Son casi niños todavía. Los Francotiradores Partisanos fueron creados por el partido comunista a fines del 41, después de la entrada en guerra de la Unión Soviética. El partido quiere hacer olvidar su pasividad y su respeto hasta ese momento del pacto de no agresión Mólotov-Ribbentrop. Desde febrero de 1944, esos maquis FTP se integran en las FFI, las Fuerzas Francesas del Interior, pero cada grupo conserva su jerarquía y su obediencia. Él defiende al gaullismo. Las palabras son fraternales, por más que sus camaradas se asombren de verlo dirigirse a misa en Lalbenque cada vez que puede. La Resistencia corta en dos todas las capas de la sociedad: hay tantos traidores y colaboracionistas como héroes en casa de los campesinos y en la de los aristócratas, en la burguesía y en el proletariado.

En los meses de invierno pasan frío reunidos a la noche en un rincón de los graneros alrededor del fuego. Los robles enanos ya tienen brotes, pronto tendrán hojas. Se lavan en los riachuelos, limpian las escudillas, vuelven a las marchas de entrenamiento, al manejo de las armas y los explosivos. Descubren el *corned-beef* llegado en paracaídas. Lo llaman los «botes de mono». Todavía es casi como hacer escultismo. Luego, el 6 de julio, los aliados desembarcan en Normandía.

En toda esta región más al sur se produce la explosión de la barbarie. Las masacres de civiles. Mientras que su hijo está en el maquis, el padre recibe el 4 de julio una carta del señor Lignières, inspector de academia y director departamental de la Cruz Roja francesa de la juventud. Cabe esperar nuevas exacciones por parte de los alemanes y hace falta proteger a los alumnos:

> Tengo el honor de hacerle saber que a propuesta del señor Brunetier, inspector primero, director local de la C.R.F.J. en

Moissac, le designo con fecha de hoy como adjunto al señor director local para que se ocupe de los asuntos de interés para la C.R.F.J. en las escuelas libres de los cantones de Moissac, Lauzerte, Montaigu, Bourg-de-Visa, Valence d'Agen y Auvillar.

UN REGUERO DE FUEGO

Ese Reich que debía durar mil años se derrumba. Las tropas estacionadas en el sur desde el fin de la zona libre son llamadas a reforzar el norte. Una parte del 4.º regimiento SS Der Führer de la división Das Reich sale de Moissac hacia Normandía. El maquis recibe la orden de entorpecer su avance. Las columnas pierden hombres y material en las escaramuzas, abandonan las carreteras principales, se lanzan a la búsqueda de los terroristas. Esos soldados, que van a enfrentar a los americanos bajo el diluvio de los bombardeos, se pierden en la campiña, descubren delante de ellos a la vuelta de una curva la paz agreste, inmemorial, las labores de la tierra. Los aldeanos saben que viven desde hace meses en una zona ocupada, pero por primera vez ven al pie del campanario los uniformes y los vehículos blindados. Es junio, la apoteosis del sol sobre los trigales, la extrema amabilidad del paisaje, y puede que también esa calma y esa belleza los vuelvan locos, a esos que parten hacia la muerte. Fusilan a los hombres, rematan con revólver a mujeres y niños, incendian.

Durante semanas se suceden las emboscadas y las represalias. Desde el día siguiente al desembarco, el miércoles 7 de junio, el FTP intenta liberar la ciudad de Tulle, en Corrèze, y mueren 18 ferroviarios. Al día siguiente, jueves, los hombres de la división Das Reich ejecutan a más de 40 resistentes en Issendolus, cerca de Gramat, en el Lot. Toman Tulle el viernes, se llevan a todos los hombres de dieciséis a sesenta años de edad, cuelgan a 99 habitantes y deportan a 149. Al día siguiente, sábado, el pueblo de Oradour-sur-Glane, en el Alto Vienne, es rodeado, 642 personas son quemadas vivas en la iglesia o abatidas. Ese mismo día, en Ussel, en Corrèze, son fusilados 47 guerrilleros del FTP. Hay masacres en Rouffilhac, Murat, Mouleydier, Villemur-sur-Tarn y Saint-Sozy. Los maquis no dejan de hostigar a los alemanes, que a su vez no dejan de martirizar a los civiles. Es la gran cuestión de la violencia en la Historia, resuelta desde la Revolución Francesa. El derecho no se instaura por medio del derecho. La acción terrorista ilegal puede no ser ilegítima.

Veinte años más tarde, al acoger en el Panteón los restos de Jean

Moulin, Malraux rendirá homenaje a ese maquis del Lot y mostrará al héroe torturado hasta la muerte en julio de 1943 aquello que este no pudo ver: «Mira cómo se deslizan bajo los robles enanos de Quercy, con una bandera hecha de trapos de muselina anudados, los maquis que la Gestapo no encontrará jamás porque ella no cree más que en los grandes árboles. Mira al prisionero que entra en una villa lujosa y se pregunta por qué lo llevan a un cuarto de baño, él todavía no ha oído hablar de la bañera. Pobre rey martirizado de las sombras, mira a tu pueblo de sombras levantarse en la noche de junio constelada de torturas. Ahí está el estruendo de los tanques alemanes, que suben hacia Normandía en medio del largo quejido de las bestias despertadas: gracias a ti, los tanques no llegarán a tiempo.»

Esas frases, que resuenan desde hace cincuenta años, son Francia, tanto como lo son sus ríos y sus monumentos, y como lo son también las de Auguste Comte recordándonos que la sociedad está compuesta más de muertos que de vivos, y puede que también de todos aquellos que no han podido existir, que no han nacido porque mataron a quienes habrían debido de convertirse en sus padres, los descendientes fantasmas de los veintisiete mil muertos tan solo en el día 22 de agosto de 1914 y de los ciento cincuenta mil muertos en junio de 1944. El furor desencadenado en la serenidad de junio, los caminos abiertos manchados por la luz dorada, el canto de los pájaros, el olor a heno y la fragilidad de las amapolas: la memoria de esas masacres es solar, hecha del rojo de la sangre sobre la hierba amarillenta, de igual manera que es invernal la del frente del Este, cadáveres rígidos, congelados entre la nieve. La división Das Reich, que había tomado parte en la invasión de Rusia en el 41, llega a Normandía a finales de junio de 1944. Atrás deja a la columna Jesser para que continúe con la tarea de los asesinatos.

El 15 de agosto, los aliados desembarcan en la Provenza y suben por el valle del Ródano. El hijo terrorista ha festejado en el maquis la semana pasada sus diecinueve años. En Moissac, bulevar Delbrel, su hermana y sus padres han pensado en él, Loulou, y mirado su silla vacía. El 17 de agosto, la guarnición alemana evacuada de Cahors, atrapada en un meandro del Lot antes de ser cercada, se repliega a Montauban. Mal de salud, el hijo sigue a su grupo, que sale de un bosque que en efecto es, aquí, una vegetación de maquis erizada de cabañas de piedra seca con techos cónicos. Marchan durante unos veinte kilómetros, franquean el puente Louis-Philippe, se unen a otros grupos y suben por el bulevar Gambetta. El capitán Philippe ha muerto en julio y es el capitán Camille quien avanza a la cabeza de los FTP. Aunque su estado es penoso, el hijo está ahí y sigue la marcha. Quiere saber qué es eso de desfilar como vencedor cuando se tienen

veinte años.

Yo había dejado el Passat en el garaje del hotel Terminus, que fue hasta aquel mes de agosto de 1944 la sede de la Feldgendarmerie, y me uní al gentío en el bulevar que lleva el nombre de Gambetta, que era nativo de Cahors. Sentado en la terraza del Café Gambetta, veía a los espectros de aquellos jóvenes caminar en fila a lo largo de todo el bulevar hacia el ayuntamiento. A mi lado, el propio Léon Gambetta, de bronce e impasible, miraba pasar a la juventud de Francia entre aclamaciones y banderines tricolor.

El 20 de agosto, los FTP fusilan a algunos milicianos de Vichy y colaboracionistas. El hijo está en el hospital donde se recupera. Recordará haber devorado allí unas chuletillas de cordero. Yo, alzando mi copa a su salud, observaba delante de mí la publicidad de Johnnie Walker -Kepp Walking-, que evocaba con bastante precisión el dibujo del caminante solitario William Blake, y también al otro Walker, William Walker, Guillermo Caminador, herido en la pierna y perdido en la selva de Honduras, y detrás de esa botella, en el espejo del café, veía a una pareja muda que apuraba sus copas sin mirarse, sin decir una palabra, y me volvía la terrible frase de *Un amor de Swann*: «él callaba, miraba cómo su amor moría». Como si se tuviera derecho a ser tan desdichado en una ciudad que había sido liberada por Loulou y hoy estaba en paz o poco le faltaba.

A su salida del hospital se entera de que ya no es un terrorista. Desde el 10 de junio, las FFI se han integrado en el ejército francés. Helo ahí, convertido en soldado. Le dan un uniforme y el grado de cabo. Puesto que es militar, escoge la aviación. Le aceptan con la condición de que los FTP lo desmovilicen. Sus jefes se niegan. En previsión de las negociaciones que seguirán a la Liberación, cada movimiento quiere conservar sus tropas y hacerlas pesar proporcionalmente. Como de todos modos eso de cabo parece poca cosa, ¿por qué no sargento de caballería?, cumplirá en Toulouse sus veinte años haciendo un curso de formación de oficiales.

En ese mes de agosto descubre *Los días felices*, el programa de acción del Consejo Nacional de la Resistencia, que había sido publicado el 15 de marzo de 1944 para ser puesto en marcha desde el momento de la victoria. En septiembre, llega de permiso a Moissac, liberada el 19 de agosto. ¿Al igual que yo, pasa él en su camino por Caussade y luego por Mirabel y Lafrançaise, por esa carretera ante la que, a la salida de una curva, se abre de golpe una extensión de decenas de kilómetros en dirección sur? Pero eso sería dar un rodeo. Él baja seguramente hacia el valle del Tarn por la carretera departamental, más directa, y pasa por la ciudad medieval de Lauzerte, por esa vía sinuosa en la que las rocas despuntan en medio

de las viñas. Está de regreso para la vendimia. Cada año de los que le queden de vida, esperará, como un ritual, la aparición en los mercados del vino chasselas de Moissac.

Tras remontar por la D820 treinta años en cuarenta kilómetros, de 1944 a 1914, volví a ver el pueblo de Caussade, al que su padre había llegado el 5 de septiembre de 1914. Un tramo de carretera rodeada de plátanos centenarios había escapado a la destrucción. Los tilos de la plaza de la Libération eran demasiado jóvenes. El padre, alcanzado en el brazo y en el pie en Longuyon, no podía utilizar muletas y no había podido ver nada. Le habían sacado en camilla de un furgón y lo habían tumbado sobre una cama.

En todas partes de Francia aparecían hospitales auxiliares como por generación espontánea. Tres tan solo en ese pueblo de Caussade. Los papeles militares no dan detalles. El único que ya funcionaba en esa fecha había venido de París y podía acoger a treinta y cinco «peludos». Pero puede ser que el herido fuera desplazado a continuación a alguno de los otros dos, más espaciosos, que estaban en el castillo Treilheu y en la fábrica Bouzinac. Todos estaban muertos y yo no podía preguntarles. Las huellas, papeles, cartas, facturas, son preferibles, resultan irrefutables, en tanto que el relato del recuerdo suele ser tramposo. Con tantas dudas acerca de esos detalles, quedaba trabajo para la investigación y la imaginación. Al cabo de dos meses lo habían enviado de guarnición a Dreux, luego a Verdún, al frente. Cuando treinta años más tarde le pidieron que organizara manifestaciones deportivas en Caussade, puede que ni él mismo fuera capaz de encontrar el lugar en el que había sido curado al comienzo de la Primera Guerra Mundial.

La Segunda no ha terminado, pero los combates se alejan. París ha sido liberada el 25 de agosto. Pétain y sus esbirros, entre los cuales está Jacques de Lesdain, se hallan en Sigmaringa. En las semanas siguientes, el Ejército Rojo cruza el Danubio, la división Leclerc libera Estrasburgo y los americanos penetran en Alemania por Aix-la-Chapelle. Ellos escriben desde Moissac para pedir noticias de aquellos a quienes perdieron de vista durante el largo reguero de sangre y fuego. Reciben una carta escrita el 16 de noviembre en Lacapelle-Biron por el señor Sérougne:

«Queridos amigos: Hemos recibido su carta del 25-10, la cual nos llegó el 10 de noviembre. Estamos felices de recibir buenas noticias de ustedes. Nos preguntábamos si habrían conseguido escapar a la tormenta.

»Finalmente está hecho, mejor así. Henos aquí libres de los sucios *boches*.

»Ustedes han tenido suerte de estar en Moissac. Si hubieran estado en Lacapelle seguramente no habrían salido tan bien parados. El 21 de mayo tuvimos la visita de esos grandullones. Parece que era una división compuesta en gran parte por hombres de las SS y de la Gestapo. Antes del amanecer habían ocupado toda la zona. Lacapelle estaba rodeada; nadie podía escapar. Todos los hombres fueron arrestados y amenazados con ametralladoras durante toda la jornada. A la noche soltaron por fin a los que tenían menos de 18 años y más de 60, pero a todos los otros (unos cuarenta) se los llevaron incluido el señor cura y todavía no tenemos noticia alguna de ellos.

»La providencia quiso que yo no saliera de casa ese día, de lo contrario yo estaría con los otros en algún lugar de Alemania porque ellos establecieron controles en todas las carreteras y quienes pasaban por allí eran arrestados y conducidos a Lacapelle. También fueron a la campiña, donde robaron cantidades de dinero, vituallas y bicis. Nosotros hemos tenido auténtica suerte. No vinieron a nuestra casa. Caumières fue gravemente maltratado porque encontraron un revólver en su casa y hay dudas sobre si lo habrán fusilado.

»Pero lo más terrible sucedió en Vergt-de-Biron. Un tal Abouly fue martirizado. Lo dejaron completamente desnudo, luego lo colgaron por los pies y lo golpearon con una estaca de una guía de viña hasta matarlo. Parece que eso fue porque en su casa tenía un depósito de armas recibidas en paracaídas. A un primo mío lo han matado de un tiro de revólver en la nuca. Estaba acusado de abastecer al maquis. El miliciano que delató todo eso a los *boches* ha pagado con su vida sus tristes maldades. Arrestado por el maquis ha tenido que cavar su fosa y luego ha sufrido la misma suerte que el desdichado Abouly.

»La Dordoña en general ha sufrido mucho. Sin duda ustedes saben que muchos pueblos importantes han sido quemados y su población martirizada o deportada, entre otros Mouleydier y Rouffignac cerca de Bergerac. En cuanto a los maquis, eran numerosos en nuestros parajes. Los teníamos muy cerca de nuestra casa. Un grupo se alojó durante un tiempo en Lavayssière. Bérail fue ocupado por un hospital auxiliar. Ahora todo ha terminado. No queda nada. Vivimos con tranquilidad y a la espera del regreso de los desdichados deportados. En cuanto a los patronos de Bérail, no tenemos muchas noticias de ellos. La señora Ferrer tuvo que ser amputada. He visto recientemente al señor Pierre, que sigue en St-Chaliès.»

La carta termina hablando de las milenarias inquietudes meteorológicas de los campesinos: «Aquí hace un tiempo deplorable por no decir catastrófico. Llueve casi sin cesar. Todavía no hemos empezado la siembra del trigo y las ¾ partes de las patatas siguen todavía en los campos. La cosecha se hace en muy malas condiciones. La cosecha de vino ha sido buena pero la calidad es en general

mediocre.»

Cuando llegué a Lacapelle-Biron, donde el padre y el hijo habían pasado el verano del 42, fotografié el Monumento a los Mártires, inaugurado en 1947 en la plaza delante del café Le Palissy. En él uno se entera de lo que el autor de la carta todavía ignoraba en noviembre del 44: de los cuarenta y siete habitantes de Lacapelle arrestados en mayo, veinticuatro nunca volvieron de los campos. Entre quienes murieron aquí a partir del 21 de mayo, aparecen grabados los nombres de Jean Sérougne, sin duda el primo abatido de un tiro en la nuca, y Raymond Caumières, en cuya casa se había encontrado un revólver.

El hijo recibe una nota escrita al día siguiente, 17 de noviembre de 1944, por el cura de Lalbenque: «Mi querido Deville: Estoy feliz de que haya podido regresar tranquilamente a su hogar. La mayor parte de los jóvenes de Lalbenque han hecho otro tanto. Aquí también reina la calma y simplemente se ha vuelto al trabajo. Creo que las FFI tienen en efecto muchos heridos o peor, a causa de accidentes.».

PEQUEÑAS HUELLAS

Estoy inmóvil en una habitación de hotel
Llena de inmóvil luz eléctrica…

VALERY LARBAUD, «Nevermore…»

Después de haberme hundido en el pasado de Francia como quien hace apnea en el fondo del mar, remonté como cada vez desde el pasado mayo para sentarme en la playa arenosa de un hotel lejano, intentando recuperar el aliento y también un punto de vista satelital, ver todo eso desde lejos, evitar la miopía del galocentrismo.

Desde 1860, todos los acontecimientos del planeta están conectados. En ese mes de noviembre de 1944, mientras que ese reguero de fuego de la Dordoña hasta Normandía y luego hasta la Alsacia precede al ramillete final de la explosión de Alemania, en el Pacífico todavía sigue la batalla de Filipinas. Los americanos han tomado las islas Marshall y Peleliu. Los japoneses lanzan contra los navíos los primeros ataques en picado de sus suicidas kamikazes. En Indochina, los americanos bombardean Phnom Penh y Saigón. Los japoneses y su aliado Chandra Bose atacan desde Birmania a la India y a las tropas británicas. El 9 de marzo de 1945, el ejército de ocupación del emperador Hirohito toma el control total de Vietnam, de Laos y de Camboya. En Tonkín, los oficiales franceses son decapitados a sable, tres mil soldados mueren en dos días, los civiles son encerrados en campos y torturados. Esas muertes serán reconocidas cincuenta años más tarde como «muertes en deportación».

En esa primavera de 1945, en la metrópolis se desconfía de esos soldados de Vichy perdidos y de esos colonos vestidos de blanco que durante los cinco años de la guerra se la habían pasado tan ricamente en la calle Catinat a la sombra verde de los algarrobos, sentados en la terraza del Continental delante de sus vermuts con cassis. En el otoño de 2015, con el propósito de saber si todavía existía un pueblo francés, un pueblo alemán o un pueblo japonés, pasé un tiempo en Alemania y en Japón.

Después de haber estado solo en Biarritz y con Véronique en Bastia, de haber festejado el equinoccio de los cuatro meses de este proyecto monnesco, y de haber dormido en Savennières en el castillo de los Vaults, durante la vendimia en el Maine y Loira, abandoné Anjou para instalarme en el hotel Manhattan de Frankfurt, y luego en el Ritter de Heidelberg y en el Advena de Maguncia. Los periódicos anunciaban los primeros ataques aéreos rusos en Siria. Yo había cogido el tren para el aeropuerto de Frankfurt y en un pasillo de este me crucé con Boualem Sansal. Nos tomamos un café, él estaba en tránsito rumbo a París, procedente de Leipzig. Yo nunca había dormido en Leipzig ni caminado por sus calles. Ese nombre era como un puñetazo.

Durante el corto vuelo a Viena, intenté rememorar las ciudades alemanas en donde había dormido, visualizar los hoteles y las camas de los que guardaba recuerdo, el Advokat de Múnich, el Zur Zonne de Marburgo, el Central de Gotinga y el Astor de Kiel, el Savoy y el Ellington de Berlín y otros en Rostock, Hanóver, Bremen, Ratisbona… Y durante el camino al valle de Wachau, bordeando el Danubio tras el Neckar y el Rin, me abandoné a la misma búsqueda de ciudades austriacas, en este intento condenado al fracaso de agotar el atlas, de poder un día, tumbado con los ojos cerrados, recuperar en el caleidoscopio de la memoria, mediante la sola evocación de sus nombres, a través de la sonoridad de estos, los rostros, los lugares, los timbres de voz de Graz, Salzburgo, Innsbruck o Krems. A mi llegada a Spitz, todavía era tiempo de vendimia. Los tractores pasaban delante del hotel Lagler con sus remolques llenos de uvas.

Tres días más tarde, yo observaba desde lo alto del piso diecisiete del Motel-One, detrás de la estación de Viena, el campamento de refugiados sirios, sudaneses y eritreos allá abajo, que esperaban para poder montarse en un tren rumbo a Alemania. Al día siguiente dormí en el hotel Maritim de Stuttgart y tres días más tarde en Tokio, en el barrio de Iidabashi, donde el Instituto Francés ponía a mi disposición el estudio que llamaban de Roland-Barthes. Un sofá sobre el suelo de parquet. Las puertas correderas cuadriculadas de madera clara y papel blanco se alzan frente al ventanal que va del suelo al techo. La pieza estaba orientada directamente hacia el este y al alba se inundaba de una luz tan cegadora que el sueño se volvía imposible y no quedaba otra que ponerse a escribir, por qué no, *El imperio de los signos*. Desde el pequeño balcón veía pasar los trenes, noche y día, junto al canal, los escuchaba deslizarse sobre los raíles como en el hotel Terminus de Cahors.

Después de los treinta y cinco años que yo llevaba orbitando en esa red de institutos, contaba con su apoyo para descubrir aquí las

pequeñas huellas francesas. Poco después de instalarme donde Barthes, me encontré durante una cena con Nicolas Bergeret, ahora consejero en Tokio, a quien había frecuentado varios años en Saigón cuando él secundaba al cónsul general Fabrice Mauriès, que yo había vuelto a ver en julio como embajador en Lima. Me acompañó de entrada al Meiji Jingū, santuario sintoísta de inicios de la era Meiji y de la apertura del Japón en 1868. En ese año, Loti y Brazza entraban en la Escuela Naval de Brest y el capitán Abel-Nicolas Bergasse Du Petit Thouars era enviado aquí por el Segundo Imperio, antes de irse a preservar Lima de los ataques chilenos, y de ver cómo se le daba su nombre a una gran avenida de la capital.

El 8 de marzo de 1868, once marineros de la fragata *Dupleix* fueron cortados en pedacitos por los samuráis en el puerto de Sakai, cerca de Osaka. El embajador Léon Roches, que venía de Argelia donde había sido secretario y amigo de Abd el-Kader, exigió excusas y reparaciones. Du Petit Thouars asistió a la ceremonia, esperó hasta el undécimo harakiri y perdonó a los siguientes. Se levantaron monumentos a las veintidós víctimas de la incomprensión entre los pueblos, uno en Sakai en honor a los once japoneses y el otro en Kobe en honor a los once franceses. Yo caminaba por la gran alameda en medio del bosque del parque Yoyogi, después de haber pasado el *torii* en madera de cedro de dintel curvado hacia el cielo: a mano derecha, una pared de pequeños barriles o bombonas de sake envueltos en papel caligrafiado, a mano izquierda una pared de toneles de roble en los que envejecían los mejores vinos de Borgoña, los romanée-conti y gevrey-chambertin, reunión simbólica de esos brebajes propiciatorios y de las apaciguadas relaciones de nuestros dos pueblos. En aquel otoño japonés había profusión de coloridos crisantemos y bandadas de grandes cuervos por encima de los árboles. Y delante del templo de madera marrón, cerca del mostrador de los amuletos, un pequeño cazo dentro de una palangana para purificarse las manos y lavarlas de la sangre de la Historia.

A la noche, desde el ventanal de un restaurante colgado en lo alto del cruce de caminos de Shibuya, yo vigilaba a Taba-Taba, que estaba sentado cerca de la estatua del chucho Hachikō. Él contemplaba a los miles de peatones que, cada vez que el semáforo se ponía rojo, cruzaban en oleadas a toda velocidad bajo las grandes pantallas de vídeo y los neones parpadeantes instalados en cada piso de las torres de cristal, y permanecía quieto allí, inclinando lentamente el busto y enderezándolo, Taba-Taba-Taba / Taba-Taba-Taba, mientras en segundo plano se sucedía el paso aéreo y sibilante de los trenes y del metro. Yo solo podía imaginarme la vida de Taba-Taba, de quien nunca sabré nada. ¿Por qué no podría él haber conocido Japón antes de perder la razón?

Unos días más tarde, tomé el tren a Kamakura, vi el gran Buda erigido en el siglo XIII y contemporáneo de la cruzada de Simon de Montfort contra los cátaros. Mientras en Bram se cortaban narices y arrancaban ojos, se hacía lo mismo en Kamakura, sede del poder feudal de Yoritomo, primer sogún. Allí se buscaba el éxtasis mediante la plegaria y aquí el *satori*, la iluminación del budismo zen. Japón inventaba su propia civilización, apartado de otros pueblos, solo, lejos, indiferente, ignorante de la creada por los jemeres, la cual llegaba entonces a su apogeo en Angkor, de la de Gengis Kan y sus jinetes, que llegaba a las orillas del Indo, y de la del islam de los almohades, instalados entonces en el sur de España.

A mitad del siglo XIX, la civilización europea era la primera en extenderse sobre el conjunto del globo y el aislamiento japonés le resultaba insoportable. Tras el capitán Du Petit Thouars, Francia había enviado a Louis-Émile Bertin para que crease la marina militar japonesa en 1886 y luego, en 1918, la misión militar francesa de la aeronáutica, dirigida por el coronel Jacques-Paul Faure.

En el seno de esta última, Roger Poidatz, especialista en fotografía aérea, había escrito con el seudónimo de Thomas Raucat una novela cuya acción transcurría en Enoshima: *La honorable excursión*. Desde Kamakura, tomé un tren lento para ir a esa isla donde las familias almorzaban angulas, medusas y moluscos. Sentado en una terraza asomada al mar, veía los pinos aferrados al acantilado, la sucesión de agujas muy verdes en distintos niveles horizontales al final de cada rama de forma tortuosa, buscaba nombres de novelistas aviadores, y encontré pocos: Romain Gary, Joseph Kessel, Saint-Exupéry, André Malraux y Daniele del Giudice.

Cerca de mí estaba pintada esta advertencia, «Beware of Hawks», la cual reunía bajo ese término de manera genérica a las águilas y a dos especies de rapaces que parecían en efecto agresivas y codiciosas: el milano real y el halcón peregrino. Esas aves se lanzan en picado sobre las meriendas de los niños como pequeños cazabombarderos Mitsubishi Zero. Los pilotos japoneses fueron buenos alumnos. Quince años después de la partida de la misión francesa, destruyeron la flota americana en Pearl Harbor. Y algunas decenas de años más tarde, las potencias occidentales proporcionaban aviones Rafale y misiles de sobra a las monarquías árabes del Golfo, esperando que las armas se volvieran contra ellas. Desde Tokio tomé el avión a Hokkaido, en la punta norte, y a Sapporo, bajé luego a Yokohama, antes de partir hacia Toulouse, donde iba a encontrarme con Loulou. La primera catástrofe para Japón fue el asedio a ese puerto por parte de la marina americana en 1854 para exigir la apertura del país. Francia e Inglaterra doblegaron a China en 1860 por la misma razón y

saquearon el Palacio de Verano en Pekín. En 1941 Japón destruía la flota americana. China se tomaba su tiempo. La capitulación de Japón fue firmada delante de MacArthur y Leclerc en el verano del 45 a bordo del *Missouri*, anclado en la bahía de Yokohama. La armada de Estados Unidos se instaló en Yokosuka, base militar situada una treintena de kilómetros más al sur en la península de Miura. Ese puerto y su arsenal habían sido concebidos por Louis-Émile Bertin, genial inventor de la «cámara Bertin», destinada a compartimentar el casco de los navíos y mejorar su flotación, quien había llegado a Japón en 1886, proveniente de los astilleros navales de Saint-Nazaire.

EN TOULOUSE

Ahora hay paz en Francia, pero la Segunda Guerra Mundial tarda más en detenerse que la Primera. El ejército alemán firmó su rendición en Reims, al día siguiente el Reich capitulaba en Berlín. Algunos enclaves resistían, los de Brest, Lorient y Saint-Nazaire, donde las tropas alemanas estaban cercadas. La Guerra del Pacífico proseguiría hasta los bombardeos atómicos del mes de agosto. El lunes 18 de julio de 1945, Loulou compra el periódico *La Victoire*, órgano del gaullista Movimiento Republicano Popular (MRP) que se publicaba en Toulouse. En él se habla con grandes caracteres del quinto aniversario del Llamamiento del General desde Londres. En las páginas interiores, de la vida material de los franceses hambrientos, la organización del racionamiento:

> INSCRIPCIONES PARA LA GRASA DE CERDO
>
> Se recuerda a los consumidores de seis centros urbanos del departamento que deben inscribirse en la charcutería de su elección con vista a la distribución de manteca de cerdo de importación. Esa inscripción se hará a cambio del ticket n.º 24 de la cartilla departamental urbana.

Se informa también de que en Zagreb el dictador croata Ante Pavelić, que Malaparte nos mostraba sentado delante de un cesto lleno de ojos humanos ofrecido por sus valerosos ustachas, acababa de ser condenado a muerte, sentencia que nunca será aplicada puesto que él huirá a Argentina donde Juan Domingo Perón lo acogerá con los brazos abiertos. La principal inquietud de los gaullistas es el Oriente Medio y la relación, de nuevo tensa, con los ingleses. Desde la llegada de la Francia Libre a Beirut en 1941, el general Catroux estimaba que la situación estaba cerca de producir un nuevo Fachoda. Con la paz empeora. En sus memorias, De Gaulle recordará las órdenes que dio en ese mes de junio de 1945: «Si ellos amenazan con abrir fuego contra nosotros, sea cual sea la circunstancia, tendremos que amenazarlos con abrir fuego contra ellos. Si ellos disparan, deberemos disparar. Indique esto muy claramente al mando británico, pues nada

sería peor que un malentendido.»

El periodista de *La Victoire* anota que en ese 18 de junio «la Liga Árabe, intransigente en las negociaciones por separado, estaría más dispuesta a aceptar unas condiciones garantizadas conjuntamente por las tres potencias occidentales. En cualquier caso, parece que los medios militares británicos manifiestan un deseo cada vez más vivo de llegar rápidamente a un acuerdo concreto con Francia, a fin de impedir que la crisis del régimen sirio degenere en una sublevación general del mundo árabe contra los países occidentales que tienen intereses en el Oriente Próximo». Más adelante, un suelto menciona que «se han producido incidentes sangrientos en Alepo, donde una mujer fue asesinada y hay tres civiles y un soldado francés heridos».

Setenta años después, en 2015, mientras yo leía ese periódico de 1945, Siria estaba en llamas. Los yihadistas del ISIS habían proclamado un califato cuyos contornos imprecisos borraban, por primera vez en un siglo, las fronteras de los acuerdos Sykes-Picot.

A partir del mes de mayo de 1916, durante la batalla de Verdún y preparando el desmantelamiento del Imperio otomano, Francia y Gran Bretaña, de común acuerdo con el zar de Rusia, confiaron a Mark Syke y François Georges-Picot la delimitación de las próximas zonas de influencia. París obtendría el mando sobre el Líbano, el norte de Siria, Damasco y la provincia de Mosul. Londres, sobre Palestina, Transjordania, Bagdad y Mesopotamia. Después de la Revolución de Octubre, los bolcheviques encontraron una copia de ese acuerdo secreto. Informaron a Estambul y al jerife Hussein de La Meca: contrariamente a la promesa de un gran reino árabe hecha por Lawrence tras la toma de Akaba, las potencias se repartían ya las tajadas turcas. Este año 2015 estaba marcado por el regreso militar de los rusos a Oriente Próximo y su probable alianza con Turquía.

Setenta años antes, en 1945, cuando Loulou pasa las páginas de este mismo ejemplar de periódico, en todo el planeta los muertos se cuentan por decenas de millones, y nunca se llegará a saber la cifra exacta. Más de veinticinco tan solo en la Unión Soviética. Los rusos me habían recordado muchas veces esa cifra mientras atravesaba su país de Moscú a Vladivostok, lamentándose de la amnesia de los franceses, que seguían pensando que los Estados Unidos había sido los únicos vencedores de la guerra. El comentario, me decían, no era ideológico sino aritmético: en el conjunto del conflicto, sesenta muertos soviéticos por cada muerto americano.

Loulou dobla *La Victoire* en su cuartel tolosano. Él forma parte de esos jóvenes resistentes cuyo estatus ha sido regularizado por el general De Gaulle en el otoño de 1944: «Decidimos de entrada, por el decreto de 23 de septiembre, que los hombres que aún estén en armas

deberán engancharse formalmente por el tiempo que dure la guerra. Con ese acto, la situación de los guerrilleros del maquis estará legalmente reglada.» Hace un mes que la guerra ha terminado. Él duda, se postula para recibir una formación en la escuela militar de Uriage, cerca de Grenoble. También podría regresar a la vida civil, pero ¿qué haría en ella?

Dentro de dos meses tendrá veinte años.

Yo ignoraba dónde estaba ese cuartel. También ignoraba dónde se encontraba la prisión en la que Malraux había estado encerrado un año antes, después de su arresto en julio de 1944 en Gramat, en el departamento del Lot, mientras Loulou estaba todavía en el bosque. Habían cargado con el prisionero en Figeac, Villefranche-de-Rouergue, Albi y Revel, y al entrar en Toulouse a la caída de la noche este había reconocido la plaza Wilson. Yo había dormido ahí con frecuencia, en pequeños hoteles o en casas de amigos, una vez en el Crowne Plaza de la plaza del Capitole, con Yersin.

Mi última visita, un año antes por invitación del librero Christian Thorel, me había valido un artículo muy notable en el periódico *Présent*, diario de la «derecha nacional y católica», con fecha del 4 de noviembre de 2014, firmado por Françoise Monestier -cuando yo, como cabía suponer, estaba ya de regreso a la calma de mi apartamento burgués de Saint-Germain-des-Prés, en bata de seda roja, fumando con boquilla de marfil y carcajeándome tras haber sembrado el desorden en provincias y alentado el terrorismo urbano arengando a las masas y empujándolas al motín y al pillaje, para irme luego a hurtadillas al aeropuerto de Blagnac y tomar champán en la sala de primera clase-, pero Françoise Monestier veía claramente lo que había tras mi pequeño teatro, no necesitaba que se lo contaran, las pruebas eran suficientemente abrumadoras:

VISTO EN TOULOUSE

> En este día de Todos los Santos, el sol y el calor se han dado cita. Las calles estaban llenas de gente, las terrazas tomadas al asalto y había un ambiente sencillo e ingenuo a primera hora de la tarde.
>
> A la guerrilla urbana le ha bastado una banda de holgazanes y alborotadores perfectamente entrenados para transformar el centro de Toulouse en un campo de batalla: escaparates hechos añicos, mobiliario urbano destruido, paradas de autobús rotas, cajeros automáticos reventados a mazazos, contenedores de basura incendiados en medio de las estrechas calles cercanas a la iglesia de La Dalbade. Los alborotadores llevan con

frecuencia el rostro enmascarado, y cuando no es así van con barbas descuidadas, cabellos largos y horribles pedazos de tela que llevan amarrados a inverosímiles peinados. Esas joyas corren rápido, tratan a los polis de «cerdos», de «asesinos» y hostigan metódicamente a las fuerzas del orden.

Varios grupos se apoderaron así de las calles tolosanas, persiguiendo sistemáticamente a los CRS, tirándoles latas de cerveza cuando no piedras. En resumen, en la calle volvía a verse la violencia de 1968. Sí, salvo que hoy también están sobre el terreno las bandas venidas del Mirail, de los Izards o de Empalot, lo que le da una nueva dimensión al terrorismo urbano.

Dos días antes de estos altercados, el escritor Patrick Deville leyó, en una librería de moda de Toulouse, fragmentos de *Viva*, su nuevo libro en el que dos exiliados son elevados al rango de iconos: Malcom (*sic*) Lowry y León Trotski. La sombra de este último planeaba indiscutiblemente este sábado sobre las calles de Toulouse.

Diez años antes del maquis de la región de Lot, Malraux había ido a reunirse con Trotski en Saint-Palais, cerca de Royan, y publicó un hermoso artículo en *Marianne*: «Yo sé, Trotski, que su pensamiento solo espera del implacable destino del mundo su propio triunfo. Su sombra clandestina, que desde hace casi diez años va de exilio en exilio, puede que haga comprender a los obreros de Francia y a quienes anima esta oscura voluntad de libertad desvelada con tanta claridad por las expulsiones, que unirse en un campo de concentración es unirse un poco tarde.» Después de la guerra escribirá: «El único personaje al que la evocación del general De Gaulle traería a mi memoria, no por lo parecido sino por lo opuesto, a la manera en que Ingres evoca a Delacroix, sería Trotski.»

Esos dos tienen en común ser héroes plutárquicos, pues a la vez son quienes son y son más de lo que son: «El desdoblamiento afecta sin duda a la mayor parte de los artistas y de los hombres que hacen Historia: Napoleón no es Bonaparte, Tiziano no es el conde Tiziano Vecellio, y Hugo, cuando pensaba en quien él había llamado en principio Olympio, lo llamaba ciertamente Victor Hugo.» Churchill, De Gaulle y Trotski fueron quienes leyeron con más lucidez el final de los años treinta, pero este último era asesinado en agosto de 1940. «Frente a las *Vidas paralelas*, sería interesante escribir una historia de aquello que la humanidad ha perdido, cuando lo perdido ha dejado huella.»

MUCHACHOS

Mientras que todos los archivos hasta mayo de 1940 dormitan en las cajas del Crédit Lyonnais de Fismes, en el Marne, Monne amasa los siguientes, conserva facturas y correspondencia. Reúne en un paquete las cartas de su hermano de ese periodo. Antes de enrolarse en el maquis, antes incluso de entrar en el colegio de Moissac, él había escrito desde Lacapelle-Biron a los amigos scouts que dejaba en Bram. Les describía su vida en la granja y los trabajos del campo, el rebaño de ovejas del que él era pastor.

Ellos, que todavía eran casi unos críos, perdidos en la guerra, muy pronto tendrían la edad de entrar en ella, y la imitan con la inocencia de la juventud en sus actividades de campistas y mochileros. Acabarán encontrándose, un poco por casualidad, en el bando de los vencedores o en el de los traidores. Algunos no regresarán. Él pide noticias de ese Jean Rancoule cuyo nombre yo había leído en Bram grabado sobre el Monumento a los Muertos, y cuya firma adolescente encontré en algunos documentos scouts de antes de la guerra.

El hijo recibe al poco de su llegada a Moissac, en el otoño de 1942, justo antes del fin de la zona libre, esta carta del amigo que tenía en común con aquel, Maurice Castagné:

> «Querido Loulou:
>
> »Acabo de recibir tu carta, que me anuncia que todavía tú y tu familia estáis en este mundo, pues después de tu partida te creí muerto ante la falta de noticias tuyas. Y puesto que hablo de noticias, helas aquí: de entrada, el domingo próximo hay en Bram una gran kermés a beneficio de los niños del norte que están en el castillo de Lordat, las autoridades civiles y militares estarán presentes, habrá 150 músicos, imagina qué fiesta, pena que no estés aquí, nos habríamos divertido, en fin, ¡así es la vida! Hablemos ahora de Jean Rancoule, yo creo que se le fue la olla, es una manera de hablar, te lo voy a explicar. Como éramos muy compinches decidimos hacer juntos salidas tipo scout, ya habíamos hecho algunas, quizá hayas oído hablar de

ellas, la cosa funcionó bien durante dos o tres meses, pero después él disminuyó el número de salidas hasta llegar a no hacer ninguna, yo no le di importancia porque él tenía que estudiar para sacar el bachillerato. Él tenía muchos proyectos, como reformar la tropa, la formación de los CP, etc. Solo que yo me daba cuenta de que con frecuencia cambiaba de idea, hasta el punto de que hace un mes renunció a formar una tropa de scouts para formar una de exploradores, me preguntó si podía secundarle y le dije que ya vería, porque era algo que exigía reflexión.

»Luego, hace unas semanas, durante la fiesta de las madres él me dijo que ya no era católico, eso me dejó patitieso y no supe qué responderle, más tarde me enteré por varias personas de Bram de que hacía 15 días que no iba a misa y que llevaba una vida desordenada, en fin, que daba mucho que hablar, tanto que su relación con sus padres se había enfriado. Por fortuna aprobó el bachillerato. Eso es lo que los reconcilió, esto es todo lo que sé de él hasta el presente, y es suficiente, ya ves que tenía razón cuando te he dicho que no estaba en sus cabales, y no es sorprendente que no te haya escrito. De todos modos, nunca lo habría pensado de él. Me decías que tienes un montón de ovejas que guardar, pues yo con las vacas no creas que me divierto más, tengo una quincena de las que no son fáciles, en cuanto al calor aquí todo está seco, hasta las personas, por la falta de lluvia, hace un mes que no llueve y puedes creer que se necesita, pero está tardando en llegar. Te felicito por tu entrada en los scouts de Moissac y por tu nominación de AST. En Bram, si la tropa no ha desaparecido poco le falta, yo creo que sería mejor disolverla y no volver a hablar de ella. Otra noticia: no nos vamos a quedar en J… (*ilegible*), nos vamos el día de Todos los Santos. Mi padre quiere irse porque solo le dan malos trabajos, más tarde te diré adónde iré. En cuanto a mi familia, le está yendo mejor y lo que más nos falta no es el trabajo. Me levanto cada mañana a las 4.30 “viejo horario” y llego siempre al final de la jornada, a las 20.30, siempre del “viejo horario”,[16] me falta tiempo para irme a la cama. No se me ocurre qué más contarte aparte de que hace un viento marino de lo más abrasador y las alubias lo resienten. Con esto te dejo, enviándote un fraternal gancho de izquierda. Saludos a tus padres y a tu hermana, Tu amigo.»

En el momento de la Liberación, en el verano del 45, él recibe esta carta un tanto enigmática de otro amigo, que hace pensar que su pequeño grupo también se desgarró entre petainistas y gaullistas, milicianos de Vichy y guerrilleros:

«En cuanto al escultismo, he vuelto de pleno a él y he formado una tropa en Alzonne con un CT de Montpellier que está de guarnición aquí. Funciona bien y espero que hagamos un buen trabajo. Tú piensas que en Bram, con la detención de Charles, la tropa estaba acabada, pero hemos ido allí este domingo último para intentar reflotarla y creo que lo lograremos. En la última jornada de Province, es decir el pasado febrero, no te vi en Toulouse, espero verte en las próximas. Hace mucho tiempo que no tengo noticias de Jean Rancoule, él sigue en Graz, que es bombardeado con frecuencia, y hablando de Jean, tengo que decirte que su amigo André Estampe ha sido encerrado por miliciano. Y en cuanto a su matrimonio creo que ya no hace falta pensar en eso porque a su novia, la Exploradora "Amen", la han rapado, encontraron fotos comprometedoras de ella en compañía de alemanes. Su padre ha sido condenado a cinco años de prisión. ¡Creo que es un mal de familia! En la región los *boches* han hecho mucho daño como seguro que sabes, en Carcasona quemaron un barrio entero, ha habido 27 muertos, y lo de una compañía de Mongoles[17] que estaba de paso, o más bien que se estaba pirando, fue todavía peor, lo saquearon todo, violaron a las mujeres, mataron a los maridos, hicieron las peores torturas, fue repugnante, al final se fueron, tanto mejor. También tuvimos aquí a los ingleses, el 17 de agosto, vinieron para ametrallar un tren *boche* en la estación de Alzonne.»

El 15 de octubre de 1945, cuando todavía él esperaba partir a la escuela militar de las FFI en Uriage, recibe una nueva carta de su amigo Castagné:

«Mi querido Paul: Como ya te ha escrito mi hermano soy soldado. Actualmente estoy en Béziers, después de haberme alistado para ir a África del Norte, en espera de mi partida. Me he enrolado en la caballería blindada, mi regimiento está en Rabat, he firmado por tres años, y si el oficio me gusta me quedaré. No seguí a las secciones de PM por la buena razón de que no tenía tiempo. Actualmente vivimos en un aburrimiento permanente porque de la mañana a la noche no hacemos nada más que comer y dormir. De vez en cuando voy al Hogar del Soldado con un amigo que me he hecho, allí jugamos al ping-pong o a las damas, cada noche tenemos permiso para ir a un espectáculo y nos vamos al cine. Ya te puedes imaginar que nuestra vida de soldados es de momento muy poco militar. Está muy bien que progreses en la PM y espero que te conviertas en un estupendo oficial. En cuanto a mí, todavía tengo que seguir

al pelotón y no espero ser sargento antes de dos años.

»Te doy algunas noticias actuales de la región. En este momento, la tropa de Alzonne ha cesado, tú puedes entender el motivo. Yo conduje mi tropa hasta mi partida porque cuando hago algo solo lo dejo en caso de fuerza mayor. Jean Rancoule todavía no ha aparecido y se cree que ha muerto. Rezamos por él. Y pensar que los *boches* o los «franceses» lo golpeaban, otros franceses que no merecen ese nombre traicionaban a su país en el mismo pueblo. Charlot está actualmente en Bram, sigue trabajando en la destilería. No lo veo más que en raras ocasiones y no me ocupo mucho de él. Debo decirte que en este momento no me ocupo de mucha gente porque la gente en general me disgusta, la mentalidad actual está de lo más baja y tendremos que hacer mucho para remontarla. La política va camino de matarnos y hace más daño que la bomba atómica. Me pregunto por qué, dado que te gusta tanto el oficio militar, no te alistas, sería una ocasión de servir a Francia. Porque nuestro país necesita tipos leales, francos, y que tengan sentido del honor, no te quedes atrás y entra en el ejército.

»Esta es mi dirección en caso de que quieras escribirme, cosa que espero que hagas: CDI 176, CHR Cuartel de Guesclin, Béziers, Hérault.»

Y algunos de aquellos que a diferencia de Jean Rancoule han sobrevivido a esa guerra irán a perder su alma en las guerras coloniales del Tonkín vietnamita o de los montes argelinos de Aurés. Iniciados el 8 de mayo de 1945, los disturbios de la región de Sétif eran el prólogo de la guerra de Argelia, y en el mes de agosto el Viet Minh se apoderaba del norte de Vietnam tras la capitulación japonesa y Ho Chi Minh proclamaba la independencia. El general Leclerc fue enviado a Saigón. La revuelta crecía ya en Madagascar.

En ese paquete había además una carta dirigida a Monne. Tras cinco años de ausencia, los refugiados regresan a casa y descubren los destrozos de la guerra:

«Dieuze, 22 de noviembre de 1945, señorita Simonne y familia, pronto hará un mes que abandonamos Moissac sin poder olvidar la larga estancia que nos ha permitido apreciar esa encantadora ciudad y todo el cariño de los amigos que nos han rodeado. He tardado un poco en escribirles sobre la decepción que nos reservaba la llegada a nuestra pobre Lorena en ruinas; no puedo decirles hasta qué punto estábamos desolados durante los primeros días ante la perspectiva de tener

que vivir en adelante en nuestra pequeña ciudad que estaba casi por entero destruida, sin embargo la alegría de volver a ver a nuestros padres atenuó esa pena y el estar reunidos en familia ha sido nuestro consuelo.

»Nuestro regreso se efectuó en buenas condiciones, tuvimos la ocasión de pasar varios días en París, donde admiramos la majestuosidad de nuestra capital. Mis padres ya se habían instalado en nuestra casa, desdichadamente no recuperamos nada de lo que nos perteneció en otro tiempo porque la panadería fue completamente destruida: ¡esa fue la otra gran tristeza que nos reservaba nuestro regreso! Encontré a algunas amigas que se esforzaron en ayudarme a adaptarme a esta nueva vida porque la mentalidad de la gente del lugar ha cambiado tanto y la juventud ha evolucionado de tal modo que uno ya no se siente entre compatriotas después de estos cinco años de exilio.

»Así que puede creerme, señorita Simonne, si le digo que pienso con frecuencia en Moissac, un lugar que nunca podré olvidar. Todavía no hace mucho frío, pero ya echamos de menos nuestro hermoso sol meridional. Esperando que toda su familia goce de buena salud, le ruego que les transmita nuestros recuerdos. Me hará feliz tener noticias suyas, ¿cuándo piensan abandonar Moissac? Le ruego que cuente con mi total simpatía, Aline B… (*ilegible).*»

Abandonar Moissac, es su turno de pensar en ello.

El padre y el hijo, cada uno por su lado, intentan entrar en una escuela que tiene un pasado de prestigio, uno en el departamento del Isère y el otro en el del Tarn, uno para estudiar y el otro para enseñar.

SORÈZE & URIAGE

El pasado de esta es reciente: en apenas cinco años, el castillo de Uriage, al pie de los Alpes, había acogido a lo peor y lo mejor de Francia vencida. De 1940 a 1942, fue la sede de la Escuela Nacional de cuadros de las juventudes del régimen de Vichy. So pretexto de una revolución moral, su fundador, Pierre Dunoyer de Ségonzac, había reunido a su alrededor a algunos intelectuales entre los que estaban Hubert Beuve-Méry, futuro fundador del diario *Le Monde*, y Gilbert Gadoffre, fundador tras la Liberación de la Escuela Nacional de Administración. Aunque fueran fieles al mariscal, son patriotas. Su fingida colaboración los llevó poco a poco a apoyar a la Resistencia. «Estrecha la mano que no puedes morder; ya la cortarás más tarde.» Esa frase es atribuida a Xavier de Virieu, quien escribirá después para el maquis un *Manual de utilización de los cuerpos irregulares*, que es un tratado de guerrilla.

Ante esta deriva, lamentable a sus ojos, el gobierno de Pierre Laval cierra la escuela y el castillo es confiado a los torturadores de Joseph Darnand. En él se abre la Escuela Nacional de los Cuadros de la Milicia. Liberada Grenoble en junio de 1944, Xavier de Virieu instala allí la Escuela de los Cuadros de las Fuerzas Francesas del Interior, la cual se convertiría en la escuela militar de Uriage. La pretensión era reunir antes de la victoria a los combatientes del ejército secreto y de los FTP, para crear un ejército popular dentro del espíritu de la Resistencia. Con el sueño de recuperar el entusiasmo de la batalla de Valmy,[18] los estudiantes en prácticas alternan los combates en el frente de Lorena con el regreso, aquellos que sobreviven, a la escuela. La enseñanza es humanista y comunitaria, une la formación física y la cultural, en un modelo cercano al propuesto por el militar y educador Georges Hébert a principios de siglo. El entrenamiento deportivo es confiado al campeón de Francia de los cinco mil metros, René Breistroffer. El hijo esperará durante meses la convocatoria. Nunca le llegará. Esa sagrada unión entre los guerrilleros comunistas y la vieja aristocracia militar cristiana no le gusta mucho al general Lattre de Tassigny, de quien depende la escuela. Los soldados, poco más de un año después que las mujeres, han obtenido ya el derecho al voto. El Estado Mayor pone fin a la integración de los resistentes. A partir de

la Liberación se reducen los efectivos de los cuerpos armados.

Por su lado, el padre tendrá muy pronto cincuenta y cinco años. Si para un novelista eso viene a ser como el fin de la adolescencia, para un deportista es muy distinto. Se entera de que en Sorèze buscan profesor de gimnasia. El pasado de esta otra escuela es más considerable y lejano. Hace mil años que encarna a la tantas veces convulsa Francia. Es una metonimia del país entero en la que pueden verse, como en los estratos geológicos de la pared de un acantilado, los tumultos y las fracturas de la Historia.

Adosada al bosque de la Montaña Negra y enfrentada a la llanura, la abadía está situada en la cima de una suave pendiente, al pie de la cual corre el Soricinus, afluente del río Sor, convertido después en Orival. Su fundación legendaria en el año 506 es atribuida al rey Clodoveo, al igual que lo es la de Moissac, que está a ciento cincuenta kilómetros de allí. Aquí también podríamos poner una cámara fija y filmar, desde la calle Lacordaire, en contrapicado y a cámara rápida, la llegada de los constructores con sus carretas, los talladores de piedras, los mercaderes y carpinteros. Esas altas llamas que se ven en la pantalla son las de la razia de los sarracenos en el año 732. Levantada y fortificada en la época carolingia, la abadía de Saint-Marie tuvo su auge en el siglo XIII durante la guerra contra los cátaros, cuando las vocaciones católicas forzadas o sinceras eran numerosas. Después de la noche de San Bartolomé es incendiada de nuevo, esta vez por los protestantes en 1573. Sus edificios son destruidos, así como sus archivos. Reconstruida, se convierte en un seminario que su superior dirige desde la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Tropas a caballo desfilan por el pueblo. En el siglo XVIII, la abadía es transformada en escuela real militar.

Aunque acoge a estudiantes franceses, su reclutamiento es también cosmopolita. Entre sus muros se codean jóvenes españoles e italianos, pero también indios y sirios, americanos del Norte y del Sur, antillanos, cubanos y puertorriqueños. Allí se envía a los niños bien desde Perú, Chile o Paraguay. Bajo la férula del prior dom Raymond Despaulx, el Antiguo Régimen pretende formar élites militares y políticas francófilas repartidas por el mundo entero. Allí se enseñan la ciencia de las armas y las letras, la esgrima y la equitación. La escuela del monarca por derecho divino acoge también a una logia masónica.

En el verano de 1791, dom Despaulx se niega a prestar juramento a la Constitución. Los religiosos benedictinos parten al exilio, entre ellos Arnaud Dulau, que se convierte en Londres en el primer editor de *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand. Desde Valmy, el pueblo se defiende solo. Las escuelas militares son suprimidas el 9 de septiembre de 1793, sus bienes son subastados. Bajo Bonaparte, Sorèze recupera

su prestigio, educa a los retoños de la nobleza del Imperio y a los hijos de gente humilde particularmente brillantes. Allí se producen como en cadena generales para el emperador, y también ingenieros, magistrados, prefectos, académicos, obispos. Bajo la Restauración, sus profesores se abren a las nuevas ideas de Saint-Simon.

Uno de sus más fervientes discípulos, Anacharsis Combes, recupera el elogio del pasado de la escuela: «Durante los veintidós años de la dirección de dom Despaulx, esta alcanzó muy pronto una celebridad extracontinental, sirviendo de unión entre Francia y las colonias de un lado, y entre la península y los estados americanos del otro.» Más allá de las vicisitudes de la Historia, Combes aboga por la continuidad del genio francés: «Fue pues como casa de educación que este punto todavía inadvertido de la provincia de Languedoc vino a adquirir un renombre europeo al principio y muy pronto universal.» Ese «renombre invita todavía hoy a los habitantes de Filadelfia, de Lima, de las orillas del Mississippi, y a los de la isla de Francia, a enviarnos a sus hijos pese a las dificultades de comunicación».

Sobre la pantalla se ve la llegada a Sorèze del reverendo padre Henri-Dominique Lacordaire. Su coche de caballos atraviesa el gran porche. Los cascos herrados resuenan contra los adoquines. Le hacen visitar la abadía. El hombre lleva en sí todas las inquietudes de su siglo. Abogado, periodista, polemista, prior en Notre-Dame de París, liberal, defensor de la libertad de prensa y de enseñanza, de la separación de Iglesia y Estado, puntal de la revolución de 1848, diputado de la República sentado a la extrema izquierda, que luego dimite, opuesto al golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, y miembro más tarde de la Academia para ocupar el sillón de Tocqueville, decide retirarse del mundo y se pone a la cabeza de la escuela en 1854: «Comparaba los primeros años de mi juventud con ese parque espléndido, con esas músicas, esa agua, ese aire libre que me rodeaban por todas partes y envidiaba la suerte de los jóvenes a los que veía crecer en medio de tanta belleza.»

Lacordaire fundó en esos años del Segundo Imperio la congregación de enseñanza de Santo Domingo, la cual abandonará el colegio a principios del siglo XX para volver a establecerse en él después de la Primera Guerra Mundial. Durante la Segunda, la abadía acogerá un anexo replegado de la academia militar de Saint-Cyr y volverá a entroncar brevemente con su pasado militar. El sable se va y la sotana se acantona. En este año de 1945, los restos de Lacordaire reposan en la capilla de la escuela.

Esta espera recuperar con la Liberación la influencia que le había permitido formar a fines del siglo precedente a Nubar Pachá, convertido en primer ministro de Egipto, y en el periodo de entreguerras, a Gabriel d'Arboussier, quien sería ministro en Senegal

después de la independencia. La escuela, que se dispone a reabrir, acogerá en su internado a hijos de familias francesas domiciliadas fuera de la metrópolis y a hijos del cuerpo diplomático y de notables de África y Asia. Y para todos esos jóvenes, clasificados según su edad en Lazos Amarillos, luego Azules y luego Rojos, hace falta un profesor de gimnasia.

En ese mes de agosto de 1945, se establece una correspondencia entre Paul-Marie, de vacaciones en Moissac, y Marie-Louis Deysson prior de Sorèze, el cual pasa el verano en Pian-sur-Garonne, en la Gironda, donde prepara el inicio del primer curso escolar de la posguerra. Ese intercambio dará lugar después a lo que se conoce como negociaciones.

A pesar de su edad, el padre cuenta con el doble aval de la Escuela Normal de Gimnasia y Esgrima de Joinville-le-Pont y de su paso por las instituciones católicas. Este será el apogeo de su carrera. Profesor de educación física y maestro de armas. Pero esta vez él no va a tomar el rábano por las hojas. Conserva el recuerdo de aquel contrato de Creil mal negociado, que le había traído mucha paja y poco grano quince años atrás. No se la van a jugar de nuevo. No se imagina convertido de nuevo en viajante de comercio.

Después de presentar su candidatura, recibe esta respuesta de aceptación el 11 de agosto: «Tengo el honor de hacer acuse de recibo de su carta del 7 del mes corriente. Puedo ofrecerle un empleo de profesor de educación física en las siguientes condiciones: 30.000 francos de honorarios fijos por un año escolar más las lecciones particulares, de ello la Escuela retendría una suma de 15.000 francos si usted se instala en ella en pensión completa. La semana supone diez horas de clases. El profesor impartirá la preparación del bachillerato deportivo y un entrenamiento, retribuido, para aquellos alumnos que deseen participar en él. Quisiera saber si su situación familiar le permitiría vivir en pensión en la Escuela o si le exigiría instalarse en el exterior. Me interesaría saber la edad de su hijo. Según sea, puede concedérsele la gratuidad de las clases escolares. Si estas condiciones le parecen aceptables, le agradecería una pronta respuesta. Sería útil adjuntar a su expediente las referencias personales que me ha señalado.»

Solo que todas esas referencias que le piden, los diplomas y certificados que ha conservado, están en las cajas del Crédit Lyonnais a casi mil kilómetros de Moissac. No dispone más que del certificado de las prácticas en Antibes en 1941, solicita pues declaraciones a los establecimientos de Tarn y Garona en los que ha trabajado en los últimos tres años. Es verano. Todo está cerrado. Pierde el tiempo. El 20 de agosto: «Me permito señalarle que todavía guardo a su disposición el empleo de profesor de educación física que le propuse

en mi carta del 11 del mes corriente. Le agradecería que tuviera la bondad de hacerme saber si puedo contar con su acuerdo para empezar con esa función al inicio de curso en octubre. Le ruego me excuse pero las circunstancias me obligan a insistir en esta gestión.»

Y además está también el hecho de que no quieren separarse, quieren seguir juntos los cuatro. Hay que pensar en una mudanza. ¿Qué podrían hacer los hijos en Sorèze? El 23 de agosto, a vuelta de correo: «Recibo a la vez su carta del 22, directamente, y la del 18 a través de Sorèze. En razón de su situación familiar, yo consentiría en modificar como sigue mi propuesta: 30.000 francos de honorarios fijos por año escolar de octubre a julio incluidos, las lecciones particulares le serán aseguradas por un mínimo de 15.000 francos, una cifra que puede ser claramente sobrepasada. Si se aloja en pensión en la Escuela, bajaría el precio de la pensión a 10.000 francos en lugar de 15.000 (incluyendo alojamiento, comida, calefacción, luz y lavandería).»

Esta carta, más larga, va acompañada de algunas anotaciones generales: «Sorèze cuenta con 1.800 habitantes. Es una localidad semirrural con posibilidades de abastecimiento normales y alquileres a precio bajo. La Escuela tiene más de 230 alumnos que en su mayor parte son internos, en la Escuela hay sala de gimnasia cubierta, terreno con hierba y otros espacios muy adecuados. Aquí se puede hacer un trabajo interesante. Una gran piscina deportiva permite practicar también la natación. A Sorèze se viene en un micheline[19] que llega a Revel (5 km) o en un autocar diario que sale a las 10 de Castelnaudary y está en Sorèze antes del mediodía.»

Monne conservó también el borrador de una carta, fechado el 27: «Señor Superior: He recibido su carta con las informaciones que le había pedido. Mi familia y yo constatamos su benevolencia al proponernos una situación que se adecúe a nuestras necesidades materiales indispensables. Le estamos también muy agradecidos por ello. Tendremos en consideración la propuesta que nos ofrece para mi esposa o mi hija, esta última, que tiene un certificado elemental, dio clase en Moissac durante dos años en una institución libre de enseñanza, y por lo tanto podría servirle en algún trabajo oficina, aunque sea unas pocas horas al día. Naturalmente, a la espera de encontrar un alojamiento, yo partiría solo y estaría en pensión en la Escuela, tal y como usted me ofrece. Mediante esta carta me comprometo a asumir el empleo de profesor de gimnasia en su Escuela en las condiciones que usted ha fijado. Le agradecería que me confirmara el acuerdo por su parte haciéndome saber al mismo tiempo la fecha en la que debo presentarme en la escuela. Envío junto a esta carta las referencias solicitadas, que espero sean de su satisfacción.»

A fin de mes el asunto se concluye con esta respuesta del 29 de

agosto: «Acuso recibo de su carta del 27 de agosto y de las referencias muy favorables con que ha tenido a bien acompañarla. Le confirmo pues nuestro acuerdo según las condiciones del 23 de agosto. A la espera de que encuentre alojamiento en Sorèze, puede quedarse en pensión en la Escuela, tal como le propuse. El curso comenzará en los primeros días de octubre. Hacia el 15 de septiembre, una circular le precisará la fecha. Le propongo pues que venga un poco antes para instalarse y entrar en contacto con la casa.»

El gimnasta abandona solo el departamento de Tarn y Garona para dirigirse al de Tarn, más al este, se pone en camino con una maleta, va a la estación de Toulouse, luego a la de Revel y después en autocar hasta Sorèze, toma posesión de su puesto el primero de octubre, y al día siguiente escribe a su hijo para decirle que el colegio le propone un empleo. El hijo se apresura a aceptarlo, «y si en algún momento me llaman de Uriage, entonces Simonne podría ocupar mi lugar. Si se puede llegar a ese arreglo sería estupendo porque me pueden llaman dentro de 8 días o de 15 o en 3 o 4 meses, quizá más. En ese caso podría quedarme contigo en la misma habitación y comer en la Escuela, y como tendremos libres más o menos las mismas horas podríamos salir a pasear». Después los cuatro volverían a estar juntos: «En todo caso haz lo que puedas por encontrarnos una casa lo antes posible porque si te aburres allí, estarás solo.»

Al hijo le confían el puesto de subecónomo. Su superior es el padre Grange. Tiene quince años más que él, o sea, treinta y cinco. Se convertirá en su mejor amigo.

EN SORÈZE

La última vez que yo había dormido en ese pueblo había sido casi cuarenta años atrás, en 1976, y de manera bastante poco confortable, a bordo de un Citroën 2 CV aparcado en la plaza Dom-Devic. Acababa de sacarme el permiso de conducir. Tenía cita con el padre Grange.

En este año de 2015, con Véronique Yersin, fuimos a dormir a la abadía, transformada en hotel desde el año 2000: los dominicos habían abandonado la escuela en 1978 y esta, entregada a laicos, fue declinando poco a poco y cerró sus puertas en 1991, después de tres siglos de actividad.

La habitación 112 estaba equipada con chimenea, una cama con dosel y un escritorio para estudiar, era un conjunto austero que otrora fue guarida de un alumno seguramente ya graduado, un Lazo Rojo, después de años en el dormitorio común de los Lazos Amarillos y luego de los Azules. La ventana daba al terreno de gimnasia, con sus pórticos y escalas de metal pintados de rojo sobre la hierba verde y rodeado de los altos árboles del parque. Más lejos, el río vertía en la piscina el agua fría que descendía de la Montaña Negra. Un cisne solitario se deslizaba en ella y delante de él, a cámara lenta, el fantasma de un atleta vestido de blanco trepaba a los aparatos de gimnasia y hacía piruetas con las anillas. Hacía mucho tiempo que yo sabía que no hacía falta importunar a los dioses titiriteros, tenía confianza en ellos, especialmente para la organización de mis citas póstumas con el gimnasta.

Ellos me habían atribuido la habitación 125 en el Hotel des Francs de Soissons, que había sido levantado sobre el terreno desmilitarizado del reciente parque Gouraud, una habitación menos apreciada que aquellas que tienen vista a las agujas de Saint-Jean-des-Vignes, pero que daba, por encima del local de las basuras, a los edificios del antiguo cuartel en el que el gimnasta había pasado las noches del mes de mayo de 1940, y desde mi cama yo veía su fantasma vestido de uniforme sentado sobre su camastro. Esta otra ventana, la de la 112, era la única que encuadraba perfectamente el campo de gimnasia. No me cabía la menor duda de que todos los trabajos de renovación

inmobiliaria se habían realizado con el solo fin de facilitarme la tarea.

Después de haber vuelto a ver en el patio de los Lazos Rojos los nombres grabados en las columnas de las arcadas, y el del padre y el hijo en la piedra que me había señalado en aquel otro tiempo el padre Grange estirando el brazo, le mostré a Yersin ese apellido, Deville, y luego caminamos sobre la hierba hasta el fondo del parque y la iglesia de Notre-Dame-de-la-Paix, cuya paz imploraban los militares. Una tormenta comenzó a tronar. Regresamos a la galería de los Ilustres para pasear junto a los bustos de estos, entre ellos el de Simón Bolívar, cuyos pasos había seguido yo hasta Guayaquil, en Ecuador, el pasado mes de febrero.

Con ocasión de una conferencia dada aquí en 1958, el embajador de Venezuela en París había sostenido la hipótesis de la venida del héroe a Sorèze en 1802, y la había retomado en el estudio que escribió para el *Boletín de historia y antigüedades* de Bogotá: *Un año misterioso de la vida del Libertador*. Durante ese año, Bolívar había recorrido Europa de Inglaterra a España, de Francia a Italia. Su busto se sumó a la galería. Sin embargo, su paso por Sorèze había sido puesto en duda por las investigaciones posteriores de Paul Verna en «Bolívar en Sorèze y otros lugares de Francia», publicado en Caracas en 1984. Si Bolívar había conocido la escuela por su reputación, fue su rival Francisco de Miranda, primer jefe supremo de Venezuela y general revolucionario cuyo nombre está grabado en el Arco de Triunfo de París por haber combatido en Valmy, quien vino muchas veces a ella para visitar a sus sobrinos y pagar su pensión.

Otro general revolucionario, Maximilien Caffarelli, cuyo nombre también está en el Arco, estudió asimismo en este lugar, así como sus cuatro hermanos, e hizo la campaña de Egipto. Después de ejecutar trabajos científicos y de ingeniería civil en El Cairo y Alejandría, participó en la toma de Jaffa. Él, a quien una bomba le había arrancado una pierna cuatro años antes en el ejército de Sambre y Mosa, perdió su brazo derecho y encontró la muerte en el asedio de Saint-Jean-d'Acre. Su hermano Auguste, nombrado general en Marengo por Bonaparte cuando este era todavía primer cónsul, y distinguido luego con la Gran Águila en Austerlitz por el emperador, también había inscrito su nombre entre los bravos. Los otros hermanos fueron obispos y prefectos. Un siglo y medio más tarde, los alumnos cantaban todavía aquí sus alabanzas. En los archivos de Monne encontré la letra de «La Soreziana», que se entonaba antes de «La Marsellesa» con un afán de continuidad histórica:

> Si nuestros mayores fueron de Louis Dieciséis
> Los defensores y las últimas amistades;

Si Bonaparte encontró en Sorèze
Cinco Caffarelli y veinte generales,
Del eco de su ejemplo seamos secuela,
¡A nuestra vez engrandezcamos la escuela!

Bonaparte también lo quería asumir todo de Francia, «de Clodoveo al Comité de Salvación Pública». Más allá del terreno de gimnasia, en un recinto rodeado por un muro de piedra en el límite del parque, se escondía el cementerio de los sacerdotes. Cada uno de ellos tenía un angosto lecho de grava con una cruz clavada y una minúscula placa empotrada en el muro. «Fre Marie Dominique Grange 1910-1979». Volví a verlo sentado delante de mí en 1976, en un despacho-biblioteca, vestido con un escapulario blanco sobre la túnica blanca y cubierto con una capucha. La tormenta estalló. Miramos la ventana de la habitación 112, que habíamos dejado abierta, por la que la lluvia entraba a rachas. Taba-Taba, enloquecido por la tormenta, corría en todas direcciones pero yo era el único que le veía y ese era exactamente el problema.

El pueblo medieval de callejuelas empedradas y forma de cruasán, situado sobre la pendiente alrededor de los muros de la abadía, cuya extensión era dos veces mayor que la de él, había cambiado poco según los datos catastrales. La vía principal llamada de Castres se había convertido en del Maquis, estaba bordeada de casas con vigas vistas y pisos en voladizo. Su primera dirección en Sorèze fue en la calle de Puyvert, donde eran vecinos del pintor Georges Artemoff, cuya vida es en sí misma una historia del arte, de Rusia y del exilio. Se mudaron a la calle Lacordaire. Esas dos calles paralelas, cada una de las cuales sube hasta una puerta de la escuela, reunían una decena de casas en pocas decenas de metros. En los sobres de las cartas nunca aparecía un número, inútil para el cartero. Y yo no podía saber desde qué ventana miraban ellos en la mañana si estaba nublado o si hacía sol.

La pequeña banda de los cuatro, reunida de nuevo, vive gracias al salario del hijo subecónomo y al del padre, que está en la cima de su carrera. Aunque la mayor parte de los productos están racionados, ellos reanudan su vida. En la primavera de 1946, cuando un dominico de la escuela les informa de que va a partir en misión a Egipto, Eugénie-Alexandrine le pide que busque allá informaciones sobre su madre, Eugénie-Joséphine. El 8 de agosto, el padre Schehadé hace que el consulado le extienda un duplicado del certificado de nacimiento de la niñita de blanco, que yo me llevaré a El Cairo en mi equipaje.

Ese verano, Monne y su madre se quedan solas en Sorèze. Se

aburren, pero parece que en realidad la madre nunca haya hecho otra cosa. Se ocupan de la casa, cosen sus vestidos, tricotan jerséis. Monne dio clases durante dos años en una escuela privada de Moissac. No parece que intente reanudar la actividad. Se equivoca. El tiempo pasa. Lee novelas. Tras el cierre del internado, el padre y el hijo han cogido un tren hacia el norte. Habían tenido que negociar con el Crédit Lyonnais durante semanas y luego tuvieron que seguir la pista del señor Guillaume. Aunque sea el padre quien lleva años pagando el alquiler de las cajas, estas solo pueden ser abiertas en presencia de quien las cerró.

Por fin están en Fismes, cargados de baúles, se van a Soissons, recuperan algunos objetos guardados desde hace seis años en el altillo. Atraviesan juntos la plaza Saint-Christophe casi desierta, la plaza Pillot bajo los castaños, están en medio de la masa de refugiados, el padre detiene un camión. El rugido de los bombarderos llena el cielo. El hijo no tiene veintiún años sino catorce, ve al padre pedalear un rato sobre su bici y hacer un gesto de despedida con la mano. Se miran en silencio. Están a salvo y de nuevo juntos. Hasta la muerte del padre, no volverán a separarse.

A su regreso a la calle Lacordaire, sacan de los baúles dos o tres tonterías, un camello-tintero hecho de madera de olivo. Ahora tendrán tiempo de revisar todo eso, tiempo para tirar los viejos periódicos de Alexandre Pathey, *L'Abeille d'Étampes* del sábado 26 de agosto de 1899, el giro de cincuenta francos prueba del pago de los sacos de madera de Barbizon del 4 de noviembre de 1916. Esas reliquias sagradas, traídas del infierno, salidas de dos grandes cajas negras como tumbas de faraón, han sobrevivido a los bombardeos alemanes de 1940 y a los bombardeos ingleses de 1945. Cierran los baúles. Nunca tirarán nada.

Poco a poco van instalándose, amueblando, como atestigua esa hoja con acuse de recibo y sello fiscal de diez francos: «He recibido del señor Deville profesor del colegio de Sorèze (Tarn) la suma de 11.500 francos (once mil quinientos francos) procedente de la venta de un escritorio, una luna y dos sillones. Hecho en Sorèze el 19 de septiembre de 1947.» Sin embargo, no se les ocurrió colgar uno o dos cuadros de su vecino Artemoff, que habrían bastado para asegurar los días de mi vejez. Es rebuscando al azar en los archivos de Monne, esos que no habían estado en las cajas, como he reconstituido sus años sorezianos. Poco después de su llegada, el padre y el hijo crean una sección del MRP gaullista, un grupo de una decena de personas del que el padre es secretario y el hijo secretario adjunto.

Aunque el economato no sea una vocación, el hijo se inscribe por consejo del padre Grange en 1947 en un curso por correspondencia de

la Escuela Francesa de Contabilidad, en el número 91 de la avenida de la République, en París. Por la noche, dibuja y pinta carteles para el cine del pueblo. Monne conserva uno de gran tamaño, hecho con tinta china y *gouache* en 1948 para el documental *Au cœur de l'orage*. En él se ve a los planeadores alemanes posarse en julio de 1944 sobre la llanura de Vercors. Se inscribe en la Escuela Internacional por correspondencia de diseño y pintura, en el número 11 de la avenida de Grande-Bretagne, en Mónaco, pero no concibe que ser dibujante sea un oficio. En 1949, pone en escena en la escuela, para la festividad de Santa Cecilia, la comedia *El juego del amor y del azar*, y más tarde *Mi tío y mi cura*, basado en una novela de Jean de la Brète. Ya está listo para el teatro del Lazareto, pero tampoco concibe que director de escena pueda ser un oficio. Hace deporte, pasa el tiempo adiestrándose en el manejo del florete en la sala de armas, pero esgrimista no es un oficio. Cada vez que está de vacaciones, se va a los Alpes con el padre Grange, quien lo inicia en la escalada, y atraviesa con él los glaciares del macizo de Écrins. En una fotografía se le ve delante de un refugio, con mochila y piolet, en compañía de Gaston Rébuffat.

Como los Alpes están lejos y el material, crampones y mosquetones, escasea, explora cada fin de semana las grutas del Tarn alrededor de Dourgne, y recibe en septiembre de 1950 una carta de Jacques Rouire, secretario general de la Sociedad Francesa de Espeleología, calle de la Victoire número 69, París distrito IX: «El Centro de Información Turística de Montpellier, por mediación del Sr. Laures, presidente del Espeleo-Club de Montpellier, me transmite su carta del 14 de septiembre. No existe ningún diploma oficial de espeleología o de guía espeleólogo. Algunos grupos juveniles distribuyen esos diplomas, pero quiero llamar su atención sobre el hecho de que no tienen absolutamente ningún valor, si no es dentro de los grupos que los entregan.» En octubre de 1950, obtiene en Castre su carnet de conducir al volante de un Renault Juvaquatre. Este nuevo palo en su abanico de actividades tampoco le traerá un oficio, como no lo han hecho la espeleología ni la esgrima, salvo el de hacerse conductor-repartidor. En resumen, no sabe a qué dedicarse ni qué hacer con su vida.

UN PESCADOR DE CAÑA

Había comprado unos libros en la librería del pueblo y los iba leyendo en la habitación 112 o en el bar de los Lazos Rojos, en la planta baja del hotel. Entre ellos estaban las actas del coloquio *Sorèze, l'intelligence et la mémoire d'un lieu*, editadas en 2001 por la Universidad de Toulouse.

A principios de este siglo, la escuela estaba abandonada a su triste suerte de atracción turística y Jean Le Pottier, inspector general de los Archivos de Francia, concluía así su intervención: «Si hay un lugar en el que sopla el espíritu, cuando no se trata del viento, ese es Sorèze, y estos muros, estas galerías, las fachadas de este patio de los Rojos recuerdan y dan testimonio de los miles de alumnos, profesores y monjes que han pasado por aquí, cuyas almas errantes hemos despertado un poco con nuestra discusiones.» Yo había regresado para ver el nombre grabado de un alma errante y lo había fotografiado, imaginando que mostrar esa imagen en mi teléfono, junto a mi pasaporte abierto, podía servirme para estar a mesa puesta en el bar de los Lazos Rojos.

Si no, nos dedicábamos a dar vueltas en coche, así regresamos a Revel, donde Malraux, entonces coronel Berger, había estado encerrado, fuimos a Durfort, Castres, Dourgne, conversamos con los comerciantes de Sorèze, que se quejaban de que la catástrofe de la factoría AZF les había traído a toda la chusma de Toulouse. Después de la explosión de la fábrica de productos químicos en septiembre de 2001, había sido necesario realojar a más de mil familias que fueron repartidas por algunas urbanizaciones de los arrabales de los pueblos de la región. Yo había ido a ver esos barrios tan nuevos y limpitos, a través de los cuales se sospechaba que entraban la droga y la barbarie en el campo. El resto del tiempo, buscaba en el mapa los cursos de agua al borde de los cuales el gimnasta, en sus momentos libres, se sentaba con sus cañas y su salabre. Él pesca las truchas y alburnos que se esconden en las altas hierbas y las saponarias que crecen a la sombra de los árboles, lo hace en el Orival y en los riachuelos de los alrededores, cuyas aguas corren alegres sobre sus lechos pedregosos,

en el Malcoustat, el Sor y el Dourdou, incluso en la cuenca del Lampy.

Poseedor en Moissac de un carnet de la Asociación El Perfecto Pescador, con sello oficial de los años de 1943 a 1945, tiene también un carnet de la Federación de la Asociación de Pesca y Piscicultura del Tarn, asociación de Sorèze-Durfort, en el que figuran los sellos de los años 1946 a 1950. Se le da bien esa tranquila felicidad. Conservó este suelto informativo de *La Croix du Jura* del domingo 5 de julio de 1931, época en que él pescaba en el Doubs y en el Loue, y que yo había leído en Dole: «Me gustan los pescadores de caña cuyos amplios sombreros de paja florecen en las riberas verdosas y en los muelles de los ríos. Admiro su paciencia, sus gustos modestos, su espíritu apacible enemigo de la aventura y sus silencios, que denotan una vida interior.» Es como el anónimo pescador de Combray en Proust y «el follaje azul de un avellano bajo el que un pescador de sombrero de paja había echado raíces», que el niño observa curioso, «yo quería preguntarle su nombre, pero él me hacía señal de que guardara silencio para no espantar a los peces».

Al anochecer regresa al pueblo, entrena al equipo de fútbol del Sport Olympique de Sorèze, se instala con los amigos en las terrazas soleadas de los cafés ubicados bajo los plátanos, entre ellos está la familia Gleyzes, cuyo abuelo había sido maestro de armas en la escuela. Pero el tiempo pasa. En ese año de 1950, cuando comienza la Guerra de Corea y en Indochina el ejército francés pierde el Alto Tonkín, cuando la expedición de Maurice Herzog está en el Himalaya y Louis Lachenal y Gaston Rébuffat suben el Anapurna, él tiene sesenta años.

Una fotografía en blanco y negro le muestra en contrapicado de medio lado al borde de la piscina, calzado con zapatillas deportivas blancas, vestido con un pantalón blanco de raya impecable, que un cinturón de tela sujeta sobre un vientre plano, y una camiseta blanca con un escudo deportivo entre los pectorales. Los hombros están desnudos, el brazo derecho es musculoso. La imagen está un poco borrosa y las cicatrices del codo no se ven. La mirada perdida está fija en el horizonte. Detrás de él, los árboles del parque alineados se reflejan en el agua a sus pies. La estatua del eterno gimnasta en mármol blanco se mantiene erguida en el brocal de piedra como sobre un pedestal.

Le gustaría que ahora la Historia se olvidase de él, que lo dejara en paz con sus cañas de bambú con juntas de latón. Sin las dos guerras, quizá no habría pescado más que en el río Aisne de Soissons. Muy pronto abandonará Sorèze, una vez más se dejará embaucar.

CON EL PADRE GRANGE

Los libros que yo acababa de leer eran libros en papel, lo que desde hacía varios años no era ya un pleonasmo. Por un lado, es más difícil quemar todas las bibliotecas que borrarlos o falsearlos en los servidores informáticos, por el otro, se puede garabatear en ellos.

Aunque esa cita con el padre Grange fue frustrante, me marcó lo suficiente, y seis años después, estando en el Medio Oriente encargué el libro *Lacordaire*, de José Cabanis, cuando se publicó en 1982. Después de que ese libro estuviera años en un baúl y luego en las estanterías de diferentes domicilios, lo volví a abrir en ese año 2015: muchas páginas tenían la esquina doblada para que yo pudiera releer un día lo que había en ellas, anotaciones enigmáticas en los márgenes, entre ellas la de la página 172: «Des Esseintes le debe al duque de Rohan.»[20]

Pasearse por la propia biblioteca ofrece la oportunidad de cruzarse al azar con la extraña hermandad de los escribas. Muchos de ellos no conocieron nunca el papel, como Suetonio, Varrón, Tácito o Titu Cusi Yupanqui, hermano de Túpac Amaru, que dictó la crónica del asedio de Cuzco por los conquistadores. Los escribas están con frecuencia cercanos al poder, con el fin de estar bien informados, y a la vez son detestados por los poderosos del momento porque ellos escriben para mucho después, para nosotros, que los leemos siglos más tarde. A uno le gustaría escribirles, darles noticias del futuro, informarles de que al inicio del tercer milenio de la era cristiana ha habido otros escribas que se esforzaron como ellos, consignando la gran deriva del mundo con el único fin de poner un poco de orden en ella. Nuestras inquietudes son las mismas, el gran enigma de estar vivo y de tener que sacar adelante la vida. El resto, ya sea escrito en un teclado o con la punta del cálamo de una pluma, no son más que las cautivadoras tonterías de la política, espuma del tiempo y de las pasiones humanas, y nosotros informamos hoy, a nuestra vez, a los grupúsculos de escribas de dentro de mil años, que proseguirán con la sempiterna labor.

Al mismo tiempo en que me eran enviados los diecinueve

volúmenes del Michelet, comprados por Alexandre Pathey en 1877, los cuales habían pasado la Segunda Guerra Mundial a resguardo en las cajas, recibí un ejemplar de la edición de 1847 de los *Pensamientos* de Pascal, encuadernado en cuero. Constaté que la página de guarda era demasiado gruesa, separé con un cúter tres ligeras hojas que estaban pegadas, en las que se veían con finos trazos de pluma notas en latín y pruebas de la firma del apellido de Lacordaire. El texto estaba abundantemente anotado en los márgenes.

Cuando me reuní con el padre Grange en 1976, yo ya sabía que era de gran interés para la humanidad ver desaparecer la fe de los fanáticos. Masacres de indios del Nuevo Mundo a manos de cristianos, masacres de cristianos por aquí y por allá a manos de musulmanes, masacres entre ellos de sunitas y chiitas, masacres entre ellos de católicos, cátaros y protestantes. Nadie mataría para probar que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos. Las creencias que pretenden ser las más bondadosas derraman sangre. El 28 de septiembre de 2015, en la ciudad de Dadri del estado de Uttar Pradesh, el musulmán Mohammed Akhlaq fue linchado por hindús que lo acusaban de haber comido carne de vaca. Yo conocía ya los versos de Hugo: «Son ya mil años que se hace pagar las esmeraldas / de las tiaras a aquellos que no tienen zapatos.»

Había olvidado dónde quedaba el despacho del padre Grange dentro de la abadía, pero en mi memoria nos veía frente a frente en 1976, en un cuarto un poco oscuro. Él tenía la edad a la que puede que yo llegue muy pronto, veía delante de él a un chaval de dieciocho años y largos cabellos hasta los hombros. Una decena de años después de haber abandonado el Lazareto, yo había descubierto el festival de cine de lo real y había conocido a los directores de documentales Jean Rouch y René Vautier. Acababa de organizar un concierto del cantante uruguayo exiliado Viglietti y militaba más o menos en el Uvelerre, Vive la Révolution.[21] Ese movimiento se preocupaba bastante poco por el porvenir de los dominicos.

El padre Grange quizá sabía ya que dos años más tarde estos abandonarían el colegio, sus siete hectáreas de parque y tres de techado, sus cigarras y sus altas paulonias. Pero él se quedaría allí, desocupado, para morir un año después. El padre Grange había buscado para mí una fotografía de finales de los años cuarenta en la que aparecía todo el personal de la escuela, con los nombres escritos en el reverso, el suyo, el del prior Marie-Louis Deysson, el del padre Schehadé, una veintena de dominicos de vestimenta blanca y capucha negra sobre la espalda, y tres laicos entre los cuales estaban el padre y el hijo, este último flaco y oscuro, con el cabello negro y un fino bigote. Me regaló libros de alpinismo con dibujos de Samivel y su colección de discos de jazz. Yo escuchaba sentado en el 2 CV, en un

lector de minicasetes a pilas, a los Stones y a los Doors. Pero no comprendí que lo que él deseaba era hacer del hijo de su mejor amigo su heredero, él que no poseía nada, ni tiaras ni esmeraldas, porque sabía que iba a morir, que pronto yacería bajo la grava del minúsculo cementerio al fondo del parque, y esperaba dejar una pequeña huella en mi memoria. Y puede que, durante los cuarenta años siguientes, aquella cita fuera resultando cada vez menos frustrante. Porque sería en él en quien yo pensaría durante mis varias visitas a los monjes de Tibhirine, en el Atlas argelino, antes de que fuesen degollados durante la guerra civil. Y en él pensaría junto al hermano Stan en los campos de refugiados de Tanzania, y en la casa del padre Ponchaud, en Phnom Penh, durante el proceso contra los jemeres rojos. Deposité los libros y los discos sobre el asiento delantero, y me acosté en el de atrás dentro de un saco de dormir.

SANSIMONIANOS & SOREZIANOS

Los de la pequeña banda de los cuatro han descubierto, en sus conversaciones con el padre Schehadé, las curiosas conexiones entre Sorèze y el pasado egipcio de los sansimonianos. Y descubrirán otras más en su futuro nazariano.

La enseñanza dispensada en la escuela favorecía el acceso a las nuevas ideas de las obras de Saint-Simon *El sistema industrial* y *Catecismo político de los industriales*, una especie de socialismo utópico que abogaba por el desarrollo de los recursos del planeta en bien de todos. El politécnico Prosper Enfantin abre en Sorèze, en 1829, la segunda iglesia sansimoniana después de la de París. Está dirigida por un antiguo alumno de la escuela, Jacques Rességuier, nativo de Durfort, y animada por Charles Lemonnier, profesor de filosofía en la escuela y más tarde fundador, junto con los hermanos Pereire, de los Ferrocarriles del Norte y del banco Crédit Mobilier, organizador en Ginebra de un Congreso de la Paz y autor de *Les États-Unis d'Europe*, y también Émile Barrault, profesor de retórica y feminista, inventor del concepto de «compañerismo de la mujer», que luego se convertiría en diputado de la izquierda y se ocuparía también de los ferrocarriles y del proyecto de un canal en Suez.

En septiembre de 1834, la sansimoniana y feminista Suzanne Voilquin llegó a Sorèze procedente de Alejandría. El año anterior, Maurice Tamisier y Edmond Combes habían llegado a Egipto donde se encontraron con Prosper Enfantin y Ferdinand de Lesseps, y remontaron el Nilo en dirección a Jartum y Abisinia con el objetivo de establecer allí relaciones comerciales y llevar a aquel viejo país cristiano de África su idealismo y su saber científico y técnico. En 1840, cuarenta años antes del proyecto de Rimbaud de hacer un álbum fotográfico del país de los Galla, publican *Voyage en Abyssinie, dans le pays des Galla, de Choa et d'Ifat*, luego viajan por Nubia y por Arabia. Combes se convierte en cónsul de Francia en Damasco, donde morirá de cólera en 1848. No llegará a ver el canal.

El proyecto había sido presentado en 1833 por Prosper Enfantin al virrey de Egipto, Mehmet Alí. Ferdinand de Lesseps, entonces

vicecónsul en Alejandría, estudiaba los planos levantados por Jacques-Marie Le Père en 1798 a petición del general Bonaparte y el trazado del antiguo canal de los faraones. Lesseps es cónsul en El Cairo cuando su amigo Said Pasha accede al trono. Obtiene en 1854 el apoyo de Napoleón III, receloso de contrariar a los ingleses. En 1869 el canal es inaugurado por el jedive Ismail Pachá y la emperatriz Eugenia. El jedive había encargado a Giuseppe Verdi la ópera *Aida* para esa ocasión, pero el estreno acumuló más retrasos que las obras del canal. Después de Sudán y la caída del Segundo Imperio, el egiptólogo Auguste Mariette se había quedado bloqueado en París durante el asedio de la ciudad, con los decorados y el vestuario que había ideado. La ópera solo será representada en el teatro de El Cairo dos años después de la llegada de la emperatriz Eugenia y del emir Abd el-Kader.

Acto seguido, Lesseps se lanzará a nuevos proyectos faraónicos sin lograr concluir ninguno. Con el fourierista Élie Roudaire crea la Sociedad de Estudios del Mar Interior Africano e imagina un canal de doscientos cincuenta kilómetros para llevar las aguas del Mediterráneo al corazón del Sáhara. La empresa es un fracaso, como lo será más tarde la del canal de Panamá, después de que el emperador hubiera intentado firmar en su favor el contrato del canal de Nicaragua. Pero el de Suez sí logra de golpe encoger el planeta. En 1860, Henri Mouhot, el descubridor de Angkor, había empleado tres meses en llegar a Asia desde Inglaterra a vela en un navío de madera bordeando el cabo de Buena Esperanza. En 1890, Alexandre Yersin, partiendo desde Marsella a bordo de un paquebote de casco de hierro, tarda un mes pasando por el canal.

Desde su apertura, este es fuente de conflictos entre Francia e Inglaterra, que De Gaulle continúa atizando cuando en sus Memorias llega al año 1941: «De hecho, han sido los franceses quienes aseguraron el funcionamiento del canal durante toda la guerra; contribución importante y meritoria al esfuerzo de los aliados, puesto que la comunicación entre las flotas y los ejércitos de Oriente, así como el avituallamiento destinado a Siria, Líbano, Palestina y Transjordania, pasaba por Puerto Said mientras los alemanes bombardeaban constantemente los convoyes y las esclusas. Fui también a Ismailía, a saludar al personal del canal y visitar la pequeña habitación desde la que Lesseps había dirigido la ejecución de esa grandiosa obra, vital para la guerra en curso.»

En julio de 1956, mientras el hijo se hace fotografiar sobre su moto en el camino de ronda del Lazareto, el canal es nacionalizado por Nasser y la estatua de Lesseps es derribada y destruida. En octubre tiene lugar la Operación Mosquetero. Inglaterra, Francia e Israel

lanzan sus navíos, sus aviones y sus carros de combate contra el ejército egipcio. Este es vencido, pero el conflicto se congela por la Guerra Fría. Los Estados Unidos atacan a la libra esterlina. La Unión Soviética amenaza a Francia. El suministro de petróleo a Europa es interrumpido. El carburante es racionado hasta julio de 1957. El hijo economiza sus bonos de gasolina para ir a buscar a su novia. Francia lanza su programa nuclear. Decenas de miles de egipcios de confesión judía deben huir del país hacia Francia o Israel y abandonar sus bienes. Gamal Abdel Nasser se acerca a la Unión Soviética.

Cincuenta años más tarde, en agosto de 2015, en Ismailía, el presidente François Hollande es el invitado de honor del mariscal Abdelfattah al-Sisi para la inauguración de la ampliación del canal. Egipto quiere diversificar su equipamiento militar, demasiado dependiente de los Estados Unidos desde la desaparición de la Unión Soviética. Después de haber encargado aviones Rafale y fragatas guardacostas, el mariscal quiere adquirir los dos buques de proyección y mando, de tipo Mistral, que habían sido construidos en los astilleros navales de Saint-Nazaire para la flota rusa. Como réplica a la anexión de Crimea, Francia había anulado la entrega de los navíos, que aguardaban en la dársena del puerto delante de la base submarina. Los cuatrocientos marinos rusos que habían acudido a tomar posesión del *Sebastopol* y el *Vladivostok* regresaron con las manos vacías. Marinos egipcios van a reemplazarlos. La señalización en cirílico es sustituida por otra en árabe. Y puesto que hay que tragarse los sapos de la Historia, los dos BPM que a fines de septiembre de 2016 zarpan de Saint-Nazaire rumbo a Alejandría, su puerto base, cada uno con ciento ochenta marinos a bordo, se llaman *Anwar El-Sadat* y *Gamal-Abdel-Nasser*.

Eugène Lorion, que decidió al inicio del Segundo Imperio abandonar por voluntad propia Egipto para irse a la Beauce, frecuentó durante su carrera a los sansimonianos que habían llegado después a Sorèze en los años treinta. Los franceses no son muy numerosos en el entorno de los beyes una treintena de años después de la partida de Bonaparte. En este año de 1862, mientras que él desembarca en Francia con su mujer y su niñita de blanco Eugénie-Joséphine, Baudelaire es candidato a ocupar en la Academia el sillón de Lacordaire, muerto un año antes en Sorèze. Se ha presentado una petición contra el traslado de los restos de este a Notre-Dame. En este año, el de 1862, Napoleón III lanza las tropas al asalto de Puebla, en México, y decreta la construcción del Lazareto de Mindin. La sansimoniana Élisa Lemonnier abre la primera escuela profesional para muchachas y los sansimonianos hermanos Pereire crean los

astilleros navales de Saint-Nazaire. Ponen en dique seco al *Impératrice-Eugénie*.

Esa es la curiosa paradoja de ese Segundo Imperio. Diez años antes, la resistencia contra el golpe de Estado había sido reprimida con violencia y en más de treinta departamentos se decretó el estado de excepción. En los territorios rojos, los departamentos del Yonne, la Nièvre, el Hérault y el Var, cerca de treinta mil personas fueron arrestadas y casi diez mil deportadas a Argelia o a Cayena. Renan era expulsado del Colegio de Francia. Hugo, Quinet y Blanc partían al exilio. La República era suprimida, como lo sería de nuevo menos de un siglo más tarde por Vichy. Y al mismo tiempo el país se modernizaba a golpe de locomotora y paquebote. Uno de los Pereire, Eugène, diputado por el Tarn, abría no lejos de Sorèze la línea férrea Castres-Castelnaudary.

Esos trenes de velocidad lenta inventaban un nuevo paisaje de Francia, un panorama en movimiento de sus campos, de sus bosques y montañas, de los ríos que franqueaban o bordeaban, de las hileras de sauces desmochados y setos de espinos, una travesía que era más lenta aún en el corazón de cada una de las pequeñas ciudades, con su estación, su hotel y su café-restaurante, y todo ello era como la idea que una civilización se hace de sí misma en cada momento de su historia, una idea que es ya una nostalgia antes incluso de haber llegado a existir, el sueño de la dulzura de vivir y de viajar. Por la ventanilla del compartimento, el paisaje desfila a cámara lenta con sus colores, como en una linterna mágica. En las separaciones de los vagones y bajo los portaequipajes, se atornillan fotografías acristaladas de lugares pintorescos en blanco y negro, del glaciar Mar de Hielo en Chamonix y del monte Saint-Michel en Normandía, de las playas de Biarritz y las lagunas de Sologne y los acantilados de Étretat.

EN EL FIN DEL MUNDO

En la libreta de direcciones del gimnasta escrita en Sorèze, reparé en el nombre de Jean Mistler d'Auriol. Este, nacido en la calle Lacordaire de Sorèze e inhumado en Sorèze en su cementerio, a unos pocos cientos de metros, había estado pensionado en la escuela antes de la Primera Guerra Mundial. Fue destinado en 1916 a una batería de artillería de Arnouville, al norte de París, y entonces anotaba que en los alrededores «había pueblos placenteros, Écouen, Gonesse, Sarcelles, Villiers-le-Bel, e iglesias de coloridos vitrales renacentistas de viejo relumbrón».

Después llega «la orden de presentarnos a la mañana del día siguiente, a primera hora, en la compañía, en el gran cuartel general». Como Henri Barbusse y otros miles, es enviado a Soissons, pero ya es demasiado tarde. Mientras el gimnasta está prisionero en Baviera, su ciudad natal es destruida. «Un poco antes de Soissons, sobre una carretera bombardeada por oleadas regulares de 130, se veían camiones ardiendo; nos detuvimos junto a las ruinas de Saint-Jean-des-Vignes.» Se retiran. «Al alba, llegamos a los arrabales de Compiègne en medio de una aglomeración espantosa, vehículos militares, coches de civiles que salían de la ciudad, la gente que huía empujando carretillas de mano y cochecitos de bebés, con paquetes de ropa, mantas y una ridícula jaula de pájaro», una confusión que la madre y sus hijos volverán a encontrar en ese mismo lugar veinticinco años más tarde.

En 1918, Mistler está en medio de las tropas que marchan hacia el este como si estuvieran vengando a la vez la derrota de Sedán en 1870 y la destrucción de Soissons en 1916. Se detiene ante «esta Alemania vencida en la que vamos a entrar mañana», y «todo esto representaba para un francés de veinte años, alimentado de Historia, una perspectiva triunfal. Yo pensaba en nuestros maestros nacidos bajo la humillación y la derrota, pensaba en Flaubert, en Taine, en Renan, preguntándose por su propia responsabilidad, preguntándose si Francia tenía todavía un porvenir. La respuesta llegaba al fin, estábamos en el Rin, con Europa abierta delante de nosotros».

Convertido más tarde en novelista, diplomático, diputado, ministro

y académico, Jean Mistler publicará en 1964 sus memorias: *Le bout du monde*. Para el niño que fue, este se hallaba al final de un camino que remontaba el valle del Sor más allá de Sorèze, por la ruta de Durfort, hasta la cascada de Malamort. Esa cascada había desaparecido. En la garganta rocosa se había abierto un conducto que captaba el agua del río y la dirigía hacia una pequeña central. A su alrededor, el bosque sombrío sobresalía por encima de una casa cubierta de grafitis ante la cual estaba estacionado un coche negro de gran cilindrada. Unos perros ladraban atados a sus cadenas en medio del formidable escándalo del agua a presión. Un decorado de novela negra.

En sus recuerdos, Mistler evoca a sus condiscípulos del liceo Henri IV caídos durante la Gran Guerra, «dos veces más numerosos que los supervivientes, pero ¿por qué evocaros, sombras? Puede que entre vosotros estuvieran los mejores, aquellos que habrían señoreado nuestra pobre generación mutilada y diezmada». Yo volví a pensar en la frase de Auguste Comte según la cual la sociedad está compuesta por más muertos que vivos, en la placa puesta en el bulevar Saint-Germain en homenaje a los mil ochocientos médicos franceses víctimas del conflicto, y en los versos del poeta inglés Rupert Brooke, muerto a manos del enemigo en 1915 a los veintiocho años de edad, que yo había fotografiado en las rejas del Ayuntamiento de Saint-Quentin:

> Ellos han abandonado el mundo; han vertido
> el vino rojo
> Y dulce de la juventud; han renunciado a los años
> por venir
> A trabajos y alegrías, a la calma inesperada
> Que los hombres llaman edad; y por aquellos
> que habrían sido
> Sus hijos, han entregado su inmortalidad.

Esos versos avivaban el sentimiento que me acompañaba desde la infancia de haber nacido en lugar de otro, un trauma que venía del de ellos, de haber sobrevivido en lugar de otro, por apenas unos centímetros en la trayectoria de una bala, por el silencio de un guerrillero. Véronique se había puesto al volante. Después de Malamort, tomamos la estrecha carretera que serpentea y trepa por la Montaña Negra, y llega del otro lado a la playa del lago de Saint-Ferréol, como si en cinco kilómetros atravesara todo un continente.

EN VERCORS

Durante mi visita a Grenoble en 2010, me senté en el asiento delantero de un largo automóvil negro para charlar con el chófer y aprovechar mejor así la vista de la magnífica cinta de asfalto que nos llevaba a pleno sol desde el aeropuerto de Lyon-Saint-Exupéry, en un trayecto de un centenar de kilómetros por la A43 y luego por la A48, hacia el macizo de la Chartreuse, que se alzaba en el horizonte. El chófer me había dejado en el Hotel de l'Europe. Yo volví a salir al final de la jornada para tomar una copa. Sentado en un bar, había sorprendido una conversación en la que se hablaba de la compra de un fusil ametrallador Uzi. Aunque sea en una lengua extranjera, ese tipo de negociaciones rara vez son públicas, y eso me asombraba.

Algunas semanas más tarde, ese Uzi -o quizá otro, a lo mejor era posible encontrar uno a voluntad en ese departamento del Isère- fue utilizado durante el asalto al casino de Uriage. La policía había perseguido a los malhechores y abatido a uno de ellos en la barriada de Villeneuve, donde habían estallado disturbios.

De regreso al Hotel de l'Europe, yo contaba con seguir esta vez bien los pasos del padre Grange y del hijo. En el verano de 1950, los dos deciden dar un paseo por los caminos que van a Notre-Dame de La Salette y a los glaciares de los Écrins, para subir el macizo de Vercors. Dos años antes, el hijo ha realizado con tinta china y *gouache* este cartel conservado por su hermana en el que se ven paracaídas, aviones alemanes y cruces de Lorena, destinado a anunciar la proyección en Sorèze del filme de Jean-Paul Le Chanois *Au cœur de l'orage*, un documental sobre los maquis, rodado en la clandestinidad y enriquecido con imágenes de archivo. Seis años más tarde, quieren ver con sus propios ojos los lugares de la catástrofe de julio de 1944.

Desde un punto de vista estratégico, uno puede imaginar al macizo como un portaaviones gigante amarrado entre el Mediterráneo y Lyon, susceptible de desembarcar tropas en el Ródano y luego en el Rin y Berlín, una fortaleza de ciento cincuenta kilómetros de largo y cincuenta de ancho, a más de mil metros de altitud. Allí se vive un poco apartado del siglo, ríos y rebaños de ovejas, trabajos de

leñadores, caballos salvajes. En invierno la nieve y en verano los trigales. Pueblos en los que se vive bien y que acogen en 1942 a los primeros francotiradores, que todavía son llamados «disidentes». En el 43 la cosa se organiza. Hubert Beuve-Méry, de la antigua escuela de Uriage, y el novelista Jean Prévost se reúnen con oficiales del ejército secreto y con civiles del maquis. La idea es hacer llegar un día hasta allí en paracaídas a tropas aliadas. Sin embargo, la detención del general Delestraint y la muerte de Jean Moulin van a aislar el Vercors de Londres y de Argel. Sus estrechas vías de acceso serán las guindalezas de un sangriento abordaje.

Con Ludovic Decamp, joven archivero y bibliotecario de la Escuela de Ciencias Políticas de Grenoble, especialista en esta historia y también paracaidista, abandonamos Grenoble al alba por la carretera D215, que sube haciendo curvas hacia Villard-de-Lans y Saint-Martin-en-Vercors, e hicimos un primer alto en el mirador de Valchevrière. Aquí el grupo de cazadores de montaña del teniente Abel Chabal contuvo a los alemanes en un combate de uno contra diez. Jean Prévost dirigía el maquis en el 44 bajo el nombre de capitán Goderville. Fue a él a quien Chabal hizo llegar este mensaje antes de sufrir el asalto final: «Estoy casi completamente rodeado, nos preparamos para un Sidi-Brahim. Viva Francia.»

Sidi-Brahim es para las tropas de cazadores como la batalla de Camarón para la Legión. Al igual que este grupo de legionarios se negó a rendirse ante el ejército mexicano, sacrificándose, los cazadores asediados por todas partes por las tropas de Abd el-Kader se negaron a dejar las armas y formaron un cuadro de infantería antes de ser exterminados. Nosotros caminábamos por senderos que discurrían junto a campos pedregosos, en el linde de bosques resinosos, entramos en las ruinas de pueblos incendiados, abandonados, como el de Oradour, donde las siemprevivas con sus pequeñas alcachofas carnosas tapizaban el suelo entre las rocas. Los primeros ataques alemanes habían tenido lugar a mediados de junio de 1944, después del desembarco de Normandía. El 3 de julio, se proclamó sin embargo con toda pompa y fanfarria el restablecimiento de la República, en la plaza del Tilleul de Saint-Martin-en-Vercors, donde una pancarta indicaba que ese árbol venerable, que da nombre a la plaza y cerca del cual nosotros comíamos, era «un tilo plantado por orden de Sully en 1597».

Volvimos al coche para llegar a la planicie de Vassieux sobre la que el maquis había trazado una pista de aviación. Si bien las fortalezas volantes aliadas habían lanzado en paracaídas el 14 de Julio víveres y cigarrillos, y contenedores con metralletas, así como a un heroico comando americano de unos pocos hombres para enseñar a manejarlas, ningún avión llegó a posarse en ella antes de que lo

hicieran los planeadores alemanes el 21 de julio. El maquis no disponía de defensa antiaérea ni de armamento pesado. Argel lo tenía desatendido, ocupada como estaba en preparar el desembarco en la Provenza. Los oficiales de botas enceradas y guantes blancos, a las riendas de sus caballos cepillados, habían recuperado sus maneras obsoletas y se creían invulnerables. A pesar de haber dinamitado puentes y túneles, el macizo de Vercors es invadido por todos lados. Aquí no hay ninguna división de las SS, serán diez mil jóvenes alemanes secundados por voluntarios rusos, ucranianos y georgianos los culpables de los crímenes de guerra, matarán niños, violarán mujeres, pasarán cuerdas por el cuello, las manos y las piernas de campesinos, anudándolas, con el fin de que se ahorquen a sí mismos cuando les venza la fatiga, rematarán sobre sus camillas a los heridos del hospital que está escondido en la gruta de la Luire, después de haber ejecutado a los médicos.

Los supervivientes abandonan, huyen hacia los bosques, donde comerán tréboles y raíces y beberán el agua de los charcos. Yo quería ver la casa a cuyo abrigo Jean Prévost, en los momentos en que no era el capitán Goderville, había escrito su *Baudelaire*. Recoge su manuscrito y su máquina de escribir y se repliega con algunos hombres en una gruta que no figura en ningún mapa. Ludovic Decamp me cuenta que esta es de muy difícil acceso y acaba de ser visitada por un grupo de escaladores que no han encontrado nada en su interior, pero que se quedaron asombrados al ver que el único nombre escrito en sus paredes era el de Trotski. En 1934, diez años antes del asalto y seis antes de ser asesinado en México, el antiguo jefe del Ejército Rojo había pasado varios meses bajo un falso nombre a una veintena de kilómetros de aquí, en Domène, del otro lado de Grenoble, en la ruta de Saboya, con vista a la Chartreuse, y sin duda había dejado émulos en la región del Isère.

Los resistentes, que no esperaban que la situación tomara semejante sesgo, no han acumulado armas ni alimentos en las grutas y los bosques. Los alemanes incendian los pueblos, los saquean, martirizan a la población. El 29 de julio de 1944, Goderville intenta realizar una salida en compañía de cuatro camaradas que ignoran su identidad. Durante tres días y tres noches avanzan al abrigo de los bosquecillos, espían los ruidos de las botas y escuchan el canto de los pájaros. Tienen una pistola para cinco. La vida de este hombre que marcha a la cabeza de un puñado de supervivientes podría uno escribirla en paralelo con la de Mistler. Los dos se llaman Jean. Sus comienzos en la vida fueron comunes, ambos alumnos del liceo Henri IV en el que asisten a los cursos del filósofo Alain, combatientes en la Primera Guerra Mundial, admitidos en la Escuela Normal Superior

después del Armisticio, convertidos en novelistas; pero al inicio de la Segunda, sus dos existencias divergen.

Diputado, Mistler vota a favor de dar plenos poderes a Pétain, que declara a su vez: «Con hombres como él vamos a rehacer el país.» Miembro del Consejo Nacional de Vichy, alcalde de Castelnaudary, dimite en 1942 en oposición a la política colaboracionista de Laval - una trayectoria bastante semejante, de hecho, a la de los cuadros de la primera Escuela de Uriage-, a continuación, como muchos, espera a que las cosas pasen.

En cuanto a Prévost, defiende en ese año de 1942 su tesis sobre Stendhal en la Universidad de Lyon, luego entra en la clandestinidad, se convierte en el terrorista Goderville. Ese hombre que se esconde en el bosque ha vencido a Ernest Hemingway en un combate amistoso de boxeo, ha sido amigo y primer editor de Antoine de Saint-Exupéry. Nunca sabrá que ese jueves 31 de julio, mientras él marcha a la cabeza de cuatro guerrilleros del maquis atrapados en los barrancos del Vercors, Saint-Exupéry efectúa, a los mandos de su Ligthning, un vuelo de reconocimiento para preparar el desembarco en la Provenza y se estrella en el Mediterráneo.

A las siete de la mañana del día siguiente, primero de agosto, los cinco hombres siguen el curso de un riachuelo y salen al descubierto en el desfiladero que está por encima del pueblo de Sassenage. Unos centinelas alemanes los abaten con una ráfaga sobre el puente Charvet. Nosotros trepamos por el camino de tierra hacia ese barranco en el que sus nombres estaban grabados. La vista, alrededor, evocaba la idea de paisaje sublime que tenía Kant o romántico, según Chateaubriand, el bosque sombrío, el precipicio de roca azul, el torrente en medio de los roquedales, el estrecho puente.

La única victoria del Vercors fue el sacrificio de esos hombres y haber retenido a más de diez mil combatientes alemanes que estuvieron ausentes del frente de Normandía. Unos cuantos héroes liberaron a la mayoría de los franceses contra la voluntad de estos. Y uno podría esperar escuchar el nombre de Jean Prévost en el elogio fúnebre que pronuncia Victor Hugo a la muerte en 1875 de Edgar Quinet: «Delante de esta liberación, la muerte, afirmamos esta otra liberación, la Revolución. Quinet trabajó por ella. Digámoslo con ternura, pero bien alto, digámoselo a quienes desconocen el presente, digámoselo a quienes niegan el porvenir, digámoselo a tantos ingratos liberados a pesar de sí mismos, porque es en beneficio de todos que el pasado ha sido vencido, sí, los magnánimos luchadores como Quinet han sido dignos del género humano.»

A la noche, con Ludovic Decamp, cenamos en el castillo de Uriage, dividido en lujosos apartamentos. Desde la alta balaustrada de las

terrazas, yo observaba allá abajo, en el valle, el balneario de Uriage-les-Bains y su casino iluminado con neones, y me imaginaba la vida del hijo aquí, en vez de en Sorèze, si su candidatura hubiera sido aceptada, si la escuela no hubiera sido cerrada, mientras pensaba que entonces seguramente yo nunca habría llegado a existir.

Muchos años después de su peregrinaje con el padre Grange por el macizo de Vercors, en 1962, él decidirá montar en el teatro del Lazareto de Mindin una obra de Paul-Jacques Bonzon escrita en 1945, *La noche del 3 de marzo*, «cuya acción sucede en el Vercors en 1944». Él ha leído las novelas de Jean Bruller, quien a partir de 1941 había adoptado el seudónimo de Vercors y creado en la clandestinidad las Éditions de Minuit, que menciona De Gaulle en sus Memorias, las cuales «reparten bajo cuerda libros, entre ellos *El silencio del mar* de Vercors del que se hacen copias y se reparten innumerables ejemplares».

Pero es *El camino a la estrella*, del mismo autor, el que él me regaló en 1987, su viejo ejemplar de 1946 todo amarillento, porque la calidad del papel racionado dejaba mucho que desear. Yo le había avisado de que llegaba con un libro que acababa de publicar en Les Éditions de Minuit, en el que le había escrito unas palabras. Intercambiamos el nuevo y el viejo, en el que él había escrito a bolígrafo «Vercors, Les Éditions de Minuit, el maquis del Lot, la publicación de una primera novela, la vida continúa».

Entonces su padre estaba muerto y él no es ya el hijo. Él es el padre y el hijo soy yo. Tiene más de sesenta años y yo veintinueve. Él me regala una narración de la vida del padre de Vercors escrita por su hijo. Durante esta única manifestación de intimidad y evocación del pasado, los dos nos sentíamos incómodos, con ese Vercors en la mano, él por regalármelo y yo por agradecérselo, como dos grandes memos avergonzados por timidez y por todo aquello que excedía a nuestras insignificantes existencias, dudando si rozar nuestras mejillas, como dos niños a los que sus madres empujan uno hacia el otro. Vuelvo a ver esa escena cada vez que releo el comienzo de las *Antimemorias*, cuando Malraux interroga al capellán superviviente del Vercors y le pide que le diga, sin traicionar el secreto de confesión, qué es lo que aquellos hombres le enseñaron: «Él levantó sus brazos de leñador bajo la noche llena de estrellas: Pues que, ante el final, *no existen las personas mayores…*».

PEQUEÑAS HUELLAS

Algunos días después de mi regreso de Asia, antes de llegar a Saint-Nazaire, dejé a Yersin de bastante mal humor en una galería del distrito I de París y tomé un taxi. La esperé en su casa, porque ella había querido volver en bicicleta, y no llegaba. Allá abajo, en la calle, las ambulancias pasaban con la sirena puesta. Encendí la radio. El último kamikaze, Brahim Abdeslam, acababa de inmolarse no muy lejos de allí, en el interior del bistró Comptoir Voltaire.

El periodista anunciaba que las ráfagas de fusil ametrallador habían matado a más de cien personas en las terrazas del distrito XI, en su mayoría desdichados fumadores, pensé yo. Francia nunca había tenido tantas víctimas civiles en un solo día desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Más tarde me enteré de que la operación había sido coordinada por Abdelhamid Abaaoud, cómplice de Ayoub el-Khazzani, asaltante del tren Thalys entre Bruselas y París, el pasado 21 de agosto, al que los pasajeros habían logrado reducir. Había sido reivindicada por el mando del ISIS en Siria.

Desde ese 13 de noviembre de 2015, Francia estaba sometida a un estado de excepción y yo había seguido arrastrando por habitaciones de hotel una maleta llena de archivos de Monne clasificados por lugares y años. A primeros de enero, me los llevé al chalet del Valais donde nos habíamos enterado, un año antes, del atentado contra *Charlie Hebdo*. Una vez más, los yihadistas no habían conseguido provocar una ola de islamofobia ni un principio de guerra civil. Yo me preparaba para partir hacia Sudán.

Cuarenta y ocho horas en Jartum bastan para dar allí con toda su historia y hundirse en su geografía. Yo atravesaba la isla de Tuti, poco edificada, en pleno centro de la capital, con parcelas hortícolas y fábricas de ladrillos y caminos agujereados en los que se cruzaban educadamente asnos y camionetas Toyota. En las orillas muy verdes, pocos metros por encima de escarpaduras rocosas mezcladas con tierra amarilla, se levantaban merenderos en los que se respetaba la prohibición de bebidas alcohólicas, como en todas partes de la República islámica.

Sin embargo, era posible fumarse un pitillo, sentado en una silla de

plástico bajo un parasol, dando sorbos a una bebida roja hecha a base de hibiscos o a una blancuzca llamada tabaldi, hecha con semillas de baobab, delante del grandioso encuentro de los dos ríos en los que los ibis sagrados picoteaban al azar, en la exacta confluencia del Nilo azul y el Nilo blanco. Bastante indiferentes a la hidronimia, las aguas más claras, supuestamente azules, venían de las montañas de Etiopía, y las otras, un poco ocres, más bien limosas, remontaban rumbo al norte desde la región de los Grandes Lagos, donde habían absorbido riachuelos, charcas y pantanos como una esponja, sin que por ninguna parte se viera la fuente original que buscaba Livingstone. Esas aguas habían atravesado la provincia de Ecuatoria, en el Sudán del Sur, que estaba en plena guerra civil desde su secesión, conflicto cuyo balance estimado, en ausencia de observadores imparciales y de registros civiles fiables, variaba entre cincuenta mil y trescientos mil muertos.

Milenios después de los faraones, los turcos del Imperio otomano emprendieron en 1820, a partir de Egipto, la conquista de este Sudán de fronteras imprecisas. Una quincena de años más tarde desembarcaban aquí los sansimonianos de Sorèze. Mientras que Lesseps trabajaba en el canal, los ingleses se instalaban en Jartum con el propósito de tener allí un puesto militar en su larga vertical de El Cairo hasta El Cabo. A principios de los años ochenta, Mohammed Ahmed ibn Allah el-Mahdi se proclamó enviado de Dios y llamó a la yihad contra los infieles. Como solía ocurrir en aquellos años cada vez que en Gran Bretaña no se sabía qué hacer, se llamó a Gordon.

El héroe Charles George Gordon había participado en 1860 en el saqueo del Palacio de Verano en Pekín, a continuación había combatido un poco por todas partes, había sido administrador en la India, y en Sudán por cuenta del jedive Ismail. Desde 1882 estaba retirado en Palestina, donde se dedicaba a las excavaciones arqueológicas. Acepta ir en auxilio de la población de Jartum. La ciudad está asediada por los mahdistas desde inicios de 1884.

Los meses y los años van pasando, Na'um Bey Shuqayr se convertirá en el glorioso escriba de ellos. Este es de origen yemení. Después de hacer estudios en Beirut llega a El Cairo, donde es reclutado con veinte años de edad por los servicios de información del ejército inglés. Acompaña a la expedición de Lord Wolseley, enviada para socorrer a Gordon, mientras que Rimbaud está en Harar y maldice, porque todo eso no es nada bueno para el comercio: «Su Gordon es un idiota, su Wolseley un asno, y sus empresas una serie insensata de disparates y saqueos.» Los refuerzos llegarán demasiado tarde.

La ciudad cae en enero de 1885. Los yihadistas matan a los hombres, reducen a la esclavitud a mujeres y niños, decapitan a

Gordon. El Mahdi hace destruir la ciudad otomana. La ruta está cortada entre El Cairo allá lejos, en el norte, y la provincia de Ecuatoria, todo al sur, a la cabeza de la cual había puesto Gordon a Emin Pasha, cuyo verdadero apellido era Schnitzer. Este pide auxilio. Henry Morton Stanley monta una expedición. Esta tardará tres años en atravesar toda África horizontalmente, desde el Atlántico, y en llevar a la población egipcia hasta El Cairo, a través de Zanzíbar. Schnitzer decide quedarse en Bagamoyo y ponerse al servicio de sus compatriotas alemanes, que han tomado Dar es-Salam. Mientras Stanley atraviesa la selva, en el verano del 87, Rimbaud está en El Cairo, en el Hotel de l'Europe, deposita su oro en una caja del Crédit Lyonnais, va hasta Jartum en otoño, pero no escribe nada. Piensa llegar a Zanzíbar.

En 1889, Shuqayr se integra en los servicios de información del ejército egipcio. Su vistoso título es el de Katib adh-Dhuhürät, cronista oficial, encargado de consignar los acontecimientos y de reunir los archivos. Inspector de fronteras en 1890, recorre el Sinaí mientras que Brazza y Conrad navegan por el río Congo. Ese año, Emin Pasha y Henry Morton Stanley llegan a la costa del océano Índico, Van Gogh muere en Auvers-sur-Oise y Eugénie-Joséphine, la niñita de blanco, trae al mundo en Mérobert a su hija Eugénie-Alexandrine. Shuqayr escribe un memorándum sobre el Sudán oriental bajo administración mahdista y se une a la expedición inglesa.

Las tropas yihadistas, conducidas por el yerno del Mahdi, son vencidas en la batalla de Omdurmán, en la cual participa el joven Winston Churchill. Tras la victoria de ese viernes 2 de septiembre de 1898, el general Kitchener remonta el Nilo Blanco hacia el sur a bordo del *Sultan*. Diez años después de Stanley, la misión francesa Congo-Nilo del general Marchand acaba de atravesar a su vez África desde el Atlántico. El 14 de julio, la bandera tricolor es izada en Fachoda a orilla del río. Después de rechazar un ataque de los mahdistas, la noticia de la instalación de un puesto militar francés en el Nilo llega a Jartum. El domingo 18 de septiembre, Marchand debe ceder antes los cañones del *Sultan* y arriar la bandera. Kitchener les deja vía libre hacia Yibuti.

Los ingleses han vencido en pocos días a yihadistas y franceses, vengan la decapitación de Gordon y la humillación de Muang Sing en Laos dos años antes, donde la situación era la inversa. Bajo la amenaza de los cañones de *La Grandière*, fondeada en el río, los ingleses habían tenido que volver a atravesar el Mekong y regresar a Birmania. Tras Fachoda, Francia sin embargo no deja el asunto y monta la expedición Voulet-Chanoine en dirección al Chad, cuyo final catastrófico leerá Alexandre Pathey, el sábado 26 de agosto de 1899, en Blandy, en el artículo de *L'Abeille d'Étampes*: «Un drama en Sudán».

Mientras Kitchener arregla cuentas con los franceses, el cronista Shuqayr se presenta en el palacio del califa vencido, se apodera de todos los documentos que alimentarán su considerable obra, poemas y proverbios, y su *Historia antigua y moderna del Sudán y su geografía*, esa *Tärikh as-Südän* es la primera historia de un país al que Shuqayr no volverá jamás. Después de la Primera Guerra Mundial y del desmantelamiento del Imperio otomano, él escogerá hacerse sirio, a la vez que dirigirá en El Cairo el Servicio Histórico hasta su muerte en 1922. Ese mismo año, para que se vea que esta saga sigue un criterio, la niñita de blanco se inclina en Soissons sobre la cuna de su nieta Monne. Ese año, Howard Carter descubre en el Valle de los Reyes la tumba de Tutankamón.

Yo había atravesado el río para llegar en Omdurmán a la casa de Hashim Khalifa, quien se pretendía a justo título descendiente de aquel que se pretendía el enviado de Alá. Arquitecto y urbanista, su casa, emplazada en una calle arenosa, estaba cerrada por un portal de hierro forjado. Altos muros de tierra amarilla rodeaban un jardín lleno de aves. Los nidos de los pájaros tejedores se balanceaban de las palmeras con la ligera brisa como bolas de Navidad y acunaban a los polluelos. En el cielo giraban esas rapaces del Nilo que son milanos o halcones. Nosotros habíamos ido a visitar juntos el modesto palacio de adobe de su ancestro el califa Abdulahi ben Mohammed Toarshain, yerno y sucesor del Mahdi, construido cerca de la tumba de este, muerto de tifus poco después del asesinato de Gordon. En la batalla, los valerosos jinetes sudaneses cargaron en línea sable en alto. Más de diez mil de ellos murieron ese día de septiembre de 1898, mientras que los ingleses, al amparo de sus ametralladoras Maxim, perdieron menos de cincuenta hombres. No muy lejos se veía, a orillas del agua, el naufragado y herrumbroso navío de hierro de Gordon, de proa afilada y ruedas de paletas, posado sobre una línea de picaderos. Como si todo aquello hubiera sucedido la semana anterior.

Del otro lado del Nilo, me dediqué a recorrer Jartum la polvorienta con un chófer, tomando como referencia el gran huevo de avestruz del hotel Corinthia, regalado por Gadafi al régimen islámico del general Omar al Bashir. Este a veces no se negaba a negociar la venta de refugiados, como el revolucionario venezolano Ilich Ramírez Sánchez, alias Carlos, al que agentes franceses vinieron a recoger a una clínica mientras estaba bajo los efectos de una anestesia general, en agosto de 1994. En esa época, Osama bin Laden vivía con tres de sus esposas y una quincena de niños al sur de Omdurmán, donde se ocupaba de las obras públicas y de los entrenamientos militares de Al-Qaeda.

De la ciudad inglesa de la época de Kitchener sobreviven el palacio del gobernador, las filas de grandes árboles a lo largo del río, entre los

cuales hay caobas africanos, los *mahogany trees*, y nimbos o margosas traídos de la India, al igual que el primer puente de pernos que sigue en servicio, el viejo y abandonado edificio de correos, y el Gordon College que albergaba la Universidad de Jartum. En el centro del campus, a lo largo de impecables prados de césped sobre los que correteaban los monos y picoteaban las tórtolas azules y violetas, un paseo de palmas reales bordea Main Street hasta los edificios de ladrillos rojos estilo Oxford. Allí, como en la Universidad de El Nilein, encontré chicos y chicas que estudiaban literatura y algunos querían escribir, buscaban libros inencontrables y celebraban cada vez que descargaban una obra online. Entre ellos había dos estudiantes a los que volví a ver más tarde, refugiado uno de Darfour y el otro de Kordofán, cálidos y curiosos, sonrientes. Como sucede más o menos en todas partes, estaban convencidos de que los franceses debían sentirse a diario felices por tener su pasaporte y vivir en un país donde no faltaba de nada, ni cines ni librerías. Ese entusiasmo podría llevarlos un día a correr riesgos insensatos para llegar a Europa y encontrarse encerrados en un campo de inmigrantes o en un centro de retención aeroportuario.

Cada noche me encontraba con Bruno Aubert en la Residencia de Francia y reanudábamos nuestras conversaciones sobre los sansimonianos o sobre el cine sudanés anterior al régimen de Omar al Bashir. Nacidos en el mismo año, habíamos iniciado en el mismo momento nuestras carreras en la Arabia feliz y apacible de principios de los años ochenta, uno en Saná, Yemen, y el otro en Mascate, en el sultanato de Omán.

Por la mañana, antes de volver a salir de expedición, me fumaba un primer cigarrillo en la terraza y me preguntaba hasta qué punto puede uno saturarse el cerebro de informaciones, de fechas, nombres, lugares, obras y teorías antes de hundirse en el caos, incapaz de ordenar los miles de conexiones neuronales y proteínicas allá en las profundidades del pequeño hipocampo. Me imaginaba que acabaría sentado en un sillón de mimbre como los del jardín, mirando al viento jugar con los árboles, haciendo malabarismos con todas esas imágenes que giraban sobre sí mismas en medio de los recuerdos de la infancia, sin volver a escribir una línea ni a pronunciar una palabra, balanceando lentamente el torso adelante y atrás.

Una noche, él dejó su chaqueta y su corbata de embajador sobre el respaldo de una silla, nos sirvió unas copas con el único propósito de hacer efectiva la extraterritorialidad y me informó de que había firmado con los alemanes la compra de un terreno al borde del Nilo. Los dos países iban a hacer una embajada común. Yo me pregunté qué iba a ser entonces de la placa puesta en nuestra actual embajada, en la

que se recordaba la visita a ese lugar del general De Gaulle en marzo de 1941: «Aterrizo, primero, en Jartum, base de la batalla de Eritrea y del Sudán. Esta la conducía -muy bienel general Platt, jefe siempre alerta y dinámico, que acababa precisamente de barrer en las alturas de Keren la línea principal de defensa de los italianos.»

EN EL DESIERTO DEL NORTE

Por invitación del arqueólogo suizo Charles Bonnet, quien deseaba compartir con nosotros su descubrimiento, partí con Bruno Aubert hacia los confines trazados a regla en los mapas, las rectilíneas fronteras de ángulos rectos: la egipcia, la libia y la chadiana. Al alba, el comisario de policía francés vino a saludarnos. Partimos en el vehículo blindado de la embajada, con un chófer guardaespaldas, un teléfono satelital Thuraya y chalecos antibalas. Esas medidas les habían parecido insuficientes a las autoridades sudanesas, inquietas ante la posibilidad de ver volatilizarse a tan destacados *roumis*,[22] ansiosas sin duda también por verificar qué era lo que nos traíamos entre manos. Nos pusieron, a bordo de una camioneta pick-up, una escolta de seis hombres de la Seguridad, de uniforme azul y armados con metralletas y pistolas.

La carretera rectilínea y poco frecuentada cortaba una sabana salpicada de espinos, desiertos de rocalla, arenisca y pizarra, luego venían las dunas de arena, discurría junto a numerosos esqueletos de camellos, restos de neumáticos reventados de camiones, animales muertos y resecos, cabras y perros o zorros. Más lejos atravesaba una zona de grandes rocas redondas y grises, como una inmensa manada de hipopótamos arenosos y fosilizados sobre el lecho de un río seco. Después de ocho o nueve horas de ruta, llegamos a Sedeinga. En el crepúsculo del día siguiente alcanzamos el templo de Soleb y esperamos allí, de pie, silenciosos, ese sol rasante que hacía aparecer las siluetas difuminadas de los bajorrelieves de las columnas, el último resplandor cereza y oro sobre el palmeral, y luego la subida de la luna llena de enero, por encima de las aguas.

Después de descender hacia Dongola para atravesar un puente, remontamos hacia Kerma por la orilla derecha del río. El nantés Frédéric Cailliaud, mineralogista en jefe del jedive, fue el primero en describir estas tierras de los faraones negros. Llegó aquí en 1821 tras la estela de los otomanos, había publicado *Voyage à Méroé*, que los sansimonianos leyeron cuando apareció. Las excavaciones solo comenzaron durante la Primera Guerra Mundial, realizadas por algunos investigadores sustraídos del frente. El octogenario Bonnet

nos recibió con los brazos abiertos, sonriente bajo su sombrero de campo. Cada invierno, la misión franco-suiza plantaba sus cuarteles en ese pabellón verde inglés justo al borde del Nilo, donde Kitchener vino en su día a inaugurar una bomba a vapor para el riego.

El equipo acababa de descubrir una ciudad de arquitectura africana, toda en círculos, sobre la cual se elevaron más tarde templos egipcios de ángulos rectos. Con el fin de hacer visible el palimpsesto de los siglos, estaban haciendo fabricar en un terreno vecino millones de ladrillos crudos destinados a levantar varias decenas de centímetros los contornos redondeados de las paredes. Bonnet nos describía la inmensa sala-bosque, de cerca de trescientas altas columnas, por la que caminábamos, levantando la cabeza como si fuéramos a ver la bóveda, edificio del que decía no haber leído nunca semejante descripción en otra parte, salvo en la obra de Stanley, pero mucho más al sur, en la Ecuatoria del tiempo de Emin Pasha.

Esa noche miramos en el ordenador las fotos tomadas durante el día con una cometa. La superficie de la ciudad descubierta sobrepasaba la zona concedida para hacer excavaciones. Bonnet había alquilado por varios millones de libras sudanesas el palmeral contiguo, había indemnizado al propietario de las datileras cuyos frutos probamos y había derribado el muro. El acuerdo era válido por dos años. Él pronunciaba «miyón» en vez de millón. Como después de los últimos años ando medio helvético, me he vuelto sensible a ese tipo de detalles. Sobre la mesa había tubos de la pasta alimenticia suiza Cenovis.

A mi regreso a Jartum, la pintora Sittana Bediker Bedri, nacida durante la Primera Guerra Mundial pero cuya fecha de nacimiento es imprecisa incluso para el calendario de la Hégira, con el aspecto de una viejecita inglesa victoriana de piel negra, lectora recurrente de Agatha Christie, ligera como un gorrión y alimentada día y noche a base de bizcochos y té negro, me había hecho llegar el cuadro inacabado que yo había admirado en su casa, en Omdurmán. Si de lejos parecía una obra abstracta, cuando te inclinabas sobre él revelaba minuciosas escenas de la vida cotidiana, vistas a través del rincón de una mashrabiya, un balcón enrejado, en tonos rojos y ocres, realzadas con collages. Se veían mujeres y hombres vestidos con galabiyas blancas, niños. Venía acompañado de otro, de tamaño más reducido. Diez pequeños personajes efectuaban desenfrenados movimientos de danza. En el horizonte, una minúscula palmera cerca de una edificación amarilla que podía ser una mezquita o el palacio del Califa. Arriba, a todo lo largo y a modo de filacteria, cinco líneas de caligrafía árabe formaban una dedicatoria.

Por más que ello fuera por sí mismo capaz de perturbar mi

humildad, me pareció que, en homenaje a la amistad entre nuestros dos pueblos, debía transcribirlas al francés desde esa bella lengua árabe-sudanesa un tanto sentenciosa: «Los sudaneses han tenido el honor y la alegría de recibir la visita a su país del gran escritor Patrick Deville. Yo personalmente he tenido el inmenso honor de encontrarme con él y he podido apreciar su amabilidad, su modestia y su notable estilo.» Exactamente eso mismo se pensaba en Saint-Nazaire, adonde yo llegaba en ese año de 1951, justo a tiempo para recibir a la pequeña banda de los cuatro.

Mientras atravesaba a pie el parking del Building con mi maleta, me había parecido que el Passat me sonreía con toda su parrilla y me guiñaba un faro. La pobre bestia mecánica no podía saber que en este año 1951 el Building todavía no existía, que la ciudad destruida durante la guerra no había acabado de ser reconstruida. Ignoraba que en ese año de 1951, Faruq se proclamaba rey de Egipto y del Sudán y que eso era el fin de la dominación inglesa en Jartum. En ese año de 1951, ni los ibis sagrados del Nilo ni las pequeñas cotorras verdes se veían todavía sobre el estuario del Loira. Esas aves debían esperar a que pasara el año 2000 y progresara el calentamiento climático, para obtener su autorización de sobrevuelo.

HACIA BRETAÑA

El jovencito de cabellos negros recorría el año anterior, 1950, el macizo del Vercors en compañía del padre Grange. Él había conocido las nieves del Jura y los glaciares de los Alpes, había nacido entre las brumas del norte y descubierto el sol del Midi, pero nunca había visto todavía un puerto de mar. Sigue sin saber qué hacer con su vida, le gustaría tanto encontrar el amor.

En cuanto al padre, a quien yo había dejado derecho como una i, estatua marmórea sobre el borde del estanque de natación de Sorèze, lo veía ahora descender a la hierba y estirar las piernas. Tiene sesenta y un años, esa no es todavía edad de jubilarse. «Monitor de gimnasia diplomado por la Escuela de Gimnasia de Joinville y diploma de monitor general del Sena, ha dirigido ya Sociedades de Gimnasia de los Patronatos.» Se dirige también a la Federación Deportiva de Francia, plaza Saint-Thomas-d'Aquin número 5, París VII, informa sobre sus recientes proezas como entrenador: «Último puesto: 6 años en el Colegio de Sorèze. Resultados del año escolar 1950/51: 3 equipos de fútbol (campeones del Tarn), Atletismo: 15 campeones del Tarn - 12 segundos, 6 campeones de academia, 6 clasificados para el Campeonato de Francia.»

La Federación le hace varias propuestas, entre ellas esta: «Señor: Como no nos ha tenido al corriente de los resultados de sus gestiones referidas a su plaza de monitor, no sabemos si ha tenido éxito con las sociedades cuyos nombres le dimos en nuestra carta del 22 de junio pasado. En este día, hemos recibido una oferta de la Étoile Bleue de St-Junien (Alto Vienne), que busca un monitor de gimnasia. Les hemos pedido que se pongan en contacto con usted. El contacto en la sociedad es el señor Faubert, calle de la Liberté número 1.» Sin duda habrían partido hacia ese pueblo, situado entre Limoges y Angulema, si entretanto Michel Duthil, el camarada del hijo en el colegio de Moissac, ahora estudiante de medicina en Toulouse, no hubiera mencionado en una carta el Lazareto de Mindin y la Sociedad de Gimnasia de La Brévinoise.

Si ellos hubieran escogido el departamento del Alto Vienne, una

vez más el pequeño pescador de gambas de Mindin nunca habría nacido, pero ya me estaba habituando, al hilo de la lectura de los archivos de Monne, a esos caprichos del destino a los que cada uno de nosotros debe su existencia. A menos que, como católicos que son, se imaginen que estoy esperando, querubín de brazos cruzados, sobre una nube, con las alas plegadas y dando golpecitos con el pie, a que me den mi carnet de vuelo. El padre va a Toulouse, se reúne con el presidente de La Brévinoise, de piadoso camino hacia Lourdes. Después de los años en Sorèze, su desconfianza tal vez es menos aguda. Va a dejarse engañar de nuevo.

En la calle Lacordaire, a su regreso, abre el mapa, localiza Saint-Brévin, situada enfrente de Saint-Nazaire, no muy lejos de Vallet y del campamento de Châteaubriant. Para ellos Saint-Nazaire era hasta entonces el nombre de la iglesia de la ciudad de Carcasona, en el tiempo en que estuvieron refugiados en Bram. Sin duda han olvidado la mención de paso, en la *Historia de Francia* de Michelet, de ese lugar del estuario del Loira «mezcla de opulencia colonial y de sobriedad bretona», tal vez se acuerden más de su evocación en el manual de lectura escolar *La Tour de la France par deux enfants*, obra en la que el límite entre Bretaña y la Vendée está en los humedales de la región del Marais bretón, donde debe estar, al sur de la comuna de Pornic. El pequeño Julien, a bordo de su navío, como el pequeño Michel en su alfombra mágica, «se quedó asombrado al subir a cubierta y no ver el mar sino un hermoso río bordeado de verdes praderas y sembrado de numerosas islas». Los dos niños remontan el río hasta Nantes y vuelven a descenderlo. «Volvieron a ver, en la desembocadura del Loira, los puertos comerciales de Saint-Nazaire y de Paimbœuf, donde atracan los más grandes navíos que van a América y a la India. Por fin llegaron a mar abierto.»

Los dos chavales han pasado sin saberlo delante de la casa de infancia de Jules Verne, en Chantenay, no lejos de Nantes, río abajo: «Yo conocía ya los términos marinos y comprendía lo suficiente las maniobras como para poder seguirlas en las novelas marítimas de Fenimore Cooper, que no podía dejar de releer con admiración.» El viejo escritor recuerda que aún no había barcos de vapor, «o por lo menos eran muy pocos, sino gran cantidad de esos veleros cuyo género los americanos felizmente han conservado y perfeccionado con sus clíperes y sus goletas de tres palos. En aquel tiempo no teníamos más que los pesados buques de vela de la marina mercante». El niño se cuela a escondidas a bordo de uno de ellos, baja a las bodegas, visita las crujías. «Salgo, me subo a la toldilla y allí tengo la audacia de darle un cuarto de vuelta al timón… Me parece que el navío va a alejarse del muelle, que va a largar amarras, sus mástiles se van a cubrir de

velas ¡y soy yo, timonel de ocho años, quien va a llevarlo al mar!»

En el verano de 1839, él tiene once años y se fuga, embarca como grumete en el *Coralie*. Su padre lo agarra en la primera escala en Paimbœuf. «A los doce años yo todavía no había visto el mar, ¡el mar de verdad!» Y, por fin, «He ahí Saint-Nazaire, su embrión de embarcadero, su vieja iglesia con su campanario de pizarra, tan inclinado, y las pocas casas o chozas que formaban entonces ese pueblo que tan rápidamente se ha convertido en ciudad». El niño está exultante: «Por fin había visto el mar, o por lo menos la vasta bahía que se abre al océano entre las puntas de los dos extremos del río.»

En 1862, cuando él acaba lejos de aquí la invención de *Cinco semanas en globo*, los hermanos Pereire abren en Saint-Nazaire sus astilleros navales.

SANSIMONIANOS & NAZARIANOS

La duda entre Paimbœuf en la orilla izquierda y Saint-Nazaire en la orilla derecha había durado demasiado tiempo. Los ingleses lo habían aprovechado para ponerse un paso por delante.

Sin embargo, los ingenieros Groleau y Goury habían enviado ya en 1802 un informe al primer cónsul: «Paimbœuf no puede prestarse más que a la construcción de fragatas, la punta de Mindin en la orilla izquierda y la de Bonne-Anse en la derecha no permiten un establecimiento marítimo. La ensenada de Saint-Nazaire es la única disponible para recibir la dársena proyectada.» En agosto de 1808, el emperador bajó desde Nantes en bote hasta el estuario, se presentó en Paimbœuf donde vio *La Méduse* en construcción, luego en Saint-Nazaire y ordenó nuevos estudios. La dársena no se excavó hasta 1847 y ya en 1860 estaba saturada. El ingeniero Paul Leferme expone su proyecto de ampliación. El 24 de febrero de 1861, la ciudad envía a tres miembros de su consejo municipal a pedir la autorización del gobierno. Los hermanos Pereire están esperando esa segunda dársena para abrir su línea transatlántica. Obtienen satisfacción el 25 de agosto de 1861:

> Napoleón,
>
> Emperador de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional,
>
> A todos los presentes y por venir, salud:
>
> Oído nuestro Consejo de Estado,
>
> Hemos decretado y decretamos lo que sigue:
>
> La Compañía General Marítima es autorizada a adoptar la denominación de Compañía General Transatlántica.
>
> Hecho en el Palacio de Saint-Cloud

La revolución industrio-portuaria es con frecuencia asunto de hermanos industriosos, los hermanos Nobel en Bakú y los Pereire en Saint-Nazaire. Por todas partes, astilleros navales, líneas férreas, carreteras, canales, exclusas. Émile e Isaac Pereire, así como el hijo de este último, Eugène, se apoyan en la Société Générale du Crédit

Mobilier, creada junto a los sansimonianos de Sorèze. Discípulos de Enfantin, imprimen su divisa en el *Diario y Boletín comercial de la Compañía General Transatlántica*: «Todas las instituciones deben tener como propósito la mejora moral, intelectual y física de la clase más numerosa y más pobre.»

Los acuerdos de libre intercambio franco-británicos de enero de 1860 organizan la mundialización del comercio. En 1861, Inglaterra, Francia y España invaden México en nombre de la recuperación de deudas impagadas. El 17 de febrero de 1862, la Compañía firma un convenio con el Imperio para el transporte mensual de tropas desde Saint-Nazaire destino a Veracruz, con escalas en la Martinica y en Cuba. Los hermanos Pereire compran en Inglaterra cuatro barcos nuevos: el *Louisiane*, el *Floride*, el *Veracruz* y el *Tampico*.

Con ocasión de la primera partida del *Louisiane*, el 14 de abril del 62, antes de que el largo paquebote blanco se aleje, Émile Pereire organiza un banquete en el gran salón del buque gemelo *Floride*, que permanece en el muelle: «Es una gran satisfacción para mí, que tuve el insigne honor, al comienzo de mi carrera hace treinta años, de emprender la fundación de la primera línea férrea de gran velocidad con punto de partida en París, y que quince años más tarde pude tender sobre esa misma línea la primera aplicación en Francia del telégrafo eléctrico, es para mí una intensa satisfacción y una auténtica recompensa poder presidir la organización de estos grandes servicios que borrarán la distancia entre los dos mundos.» Un mes más tarde, en mayo, mientras Eugène Lorion cierra en El Cairo su equipaje y se dispone a embarcar en Alejandría a bordo de un paquebote de las Mensajerías Imperiales con su mujer y su hija, el emperador firma el decreto de construcción del Lazareto de Mindin en la orilla izquierda.

Los hermanos Pereire obtienen la concesión de las líneas del servicio postal para Venezuela, Panamá y México. Sus barcos de palas tardan unos veinticinco días entre Saint-Nazaire y Veracruz y consumen diariamente entre ochenta y cien toneladas de carbón. El ingeniero escocés John Scott pone en el dique seco en octubre del 62 al *Impératrice-Eugénie*, que saldrá a la mar en abril del 64, y luego al primer *France*. En el 64 y el 65, se embarcan en Saint-Nazaire dos mil voluntarios belgas y siete mil voluntarios austriacos que se van a México a reemplazar al cuerpo expedicionario francés y sostener a Maximiliano de Austria convertido en Maximiliano de México, y a su esposa belga Carlota.

Henri Chevreau, prefecto del Loira Inferior, futuro ministro del Interior, redacta para el emperador en 1865 un informe entusiasta, *Saint-Nazaire, su porvenir*: «Los servicios postales con América Central han creado ya relaciones y riquezas nuevas y se han asegurado una rica clientela. Habrá que establecer en Saint-Nazaire líneas de clíperes

de gran tonelaje para las mercancías y los emigrantes, hacia los Estados Unidos, el golfo de México, las Antillas, Veracruz, Nueva Orleans, Brasil, el océano Pacífico, China, Manila, Sumatra, las Indias Orientales, la isla Bourbon y Madagascar.»

El 5 de mayo de 1866, el *Impératrice-Eugénie* desembarca a su regreso novecientos pasajeros civiles y militares, quinientas toneladas de mercancías y cinco millones en dinero, de los cuales tres son para el Tesoro francés. Los beneficios de la Compañía son considerables. En el 67, Maximiliano es fusilado en Querétaro. Es el fin de la aventura mexicana. Podría ser el comienzo de la japonesa. Los muelles de Saint-Nazaire están abarrotados de material militar austriaco inútil. Este es embarcado rumbo al Japón. Ese armamento acompañará al capitán Du Petit Thouars, encargado de entrevistarse con el nuevo emperador Meiji en Tokio, y de obsequiárselo.

Durante mucho tiempo el puerto de Nantes intentó resistir frente a su joven competidor. En octubre de 1873, la Cámara de Comercio todavía se subleva: «Nunca admitiremos que el Consejo General del Loira Inferior tenga derecho a comprometer durante veinte años el comercio nantés mediante un acuerdo financiero del que solo obtendrá beneficios Saint-Nazaire, y que parece implicar el abandono del Loira marítimo, el abandono del puerto de Nantes.»

Al año siguiente, el presidente Mac Mahon y su ministro de Obras Públicas, Eugène Caillaux, van a Saint-Nazaire y autorizan la concesión de un préstamo. Alphonse Daudet viene aquí y toma notas para su novela *Jack*. En el prefacio de 1876 contará que subió y bajó «el Loira, de Saint-Nazaire a Nantes, en una barca que cabeceaba y parecía tan borracha como su remero, muy asombrado de que yo no hubiera preferido coger el ferrocarril en Basse-Indre o el vapor en Paimbœuf. Y el puerto, los transatlánticos, las salas de calderas visitadas con detalle me han suministrado las notas de verdad de mi estudio».

Todo se acelera. Las líneas de pasajeros se multiplican, veinte consulados entregan visados. A partir de 1880 la Compañía fleta navíos en el Mediterráneo y el sur del Pacífico. La actividad se reduce durante la guerra. Los americanos entran en el conflicto después del naufragio del *Lusitania* en 1915, en 1917 desembarcan en Saint-Nazaire. Tras la guerra, los Astilleros de Penhouët comienzan la construcción del *Île-de-France*, primer paquebote equipado con un hidroavión postal. Los puertos de mar atraen a los escritores como el faro llama a la tempestad. La vida es allí más novelesca, las pasiones más violentas. En los tugurios y los cafés alrededor de la estación transatlántica se ven los adioses lacrimógenos de los emigrantes, el retorno del rey del guano, hombres esposados escoltados por la

policía, franceses extraditados que bajan la escala de embarque, extranjeros expulsados que la suben. La gran novela nazariana de entreguerras es la de Paul Nizan.

Dos años después de *Adén, Arabia*, este publica *Antoine Bloyé* en 1933, recupera la historia de esta ciudad que, «tras siglos de silencio, de pequeños trabajos marinos, era, en el tiempo de la adolescencia de Antoine, una invención del Imperio. Trece o catorce años antes, los augures del alto comercio, los especialistas en el tráfico marítimo, habían fijado sus ojos en los mapas del Oeste. El gran comercio calculaba que partiendo de Saint-Nazaire se ahorrarían tres días en el largo recorrido atlántico; echaba cuentas: tantas toneladas de carbón de menos, tantas jornadas de salario en el mar, y así sucesivamente».

El mayor paquebote del mundo está entonces en construcción con el nombre de T6 y se convertirá en el *Normandie*. Muy pronto, de nuevo la guerra. Vladimir Nabokov llega a América con su mujer y su hijo: «En el transcurso del otoño, regresamos a París, y hacia el 20 de mayo del año siguiente estábamos de nuevo cerca del mar, esta vez en la costa oeste de Francia, en Saint-Nazaire.» Aguardan en un hotel del puerto: «Detrás de los edificios que teníamos enfrente, el paquebote *Champlain* nos esperaba para llevarnos a Nueva York.» Nabokov acabará con esa escena nazariana el relato de su vida en Europa y publicará *Las otras orillas* en 1951, el año de la llegada de la pequeña banda de los cuatro.

EL ENCLAVE

Un terrible episodio se ha desarrollado el 17 en Saint-Nazaire.

CHURCHILL, *La caída de Francia*

El sábado 15 de junio de 1940, mientras que Monne y su joven hermano, que acaba de pasar las pruebas del certificado de estudios, bajan las curvas de Fanjeaux y caminan bajo el sol por la carretera recta para regresar a Bram, las tropas de la Operación Dynamo que no han podido embarcar en Dunkerque se repliegan hacia Normandía y atraviesan Bretaña con el ejército alemán pisándoles los talones, ametralladas por la aviación, que se va a soltar minas flotantes en los puertos para impedir su fuga. Cuarenta mil hombres llegan a Saint-Nazaire en un maremágnum de vehículos. El *Saint-Christophe* lleva al día siguiente, domingo, a un regimiento inglés y soldados checos y polacos hasta Mindin. Acampan en el Lazareto, que ha sido evacuado. Después de sabotear su material militar, atraviesan de nuevo el estuario para subir a bordo del *Lancastria*.

Ese lunes por la mañana, noventa navíos de evacuación fondean en la bahía. El *Champlain*, que vuelve de atravesar el océano tras haber desembarcado en Nueva York a mil pasajeros, entre ellos a Nabokov, varía su derrota más al sur, hacia el puerto de La Pallice, en La Rochelle, donde una mina magnética lo hace explotar a primera hora de la mañana. En ese mismo momento, el bombardeo de la estación de Rennes mata a ochocientas personas y los alemanes avanzan hacia el sur. En medio de decenas de navíos, el imponente paquebote *Lancastria* de la compañía Cunard comienza a embarcar tropas y también civiles, entre los que hay mujeres y niños belgas que han venido caminando desde la frontera. El gentío es tal que al llegar a los seis mil se deja de contar. Puede que haya nueve mil personas a bordo. En pleno mediodía el *Lancastria* es machacado a bombazos. Una bomba penetra por la única chimenea. Las bodegas explotan. El mar se cubre de una capa de veinte centímetros de combustible. El anuncio de la mayor tragedia marítima de todos los tiempos -en pocos minutos, cuatro o cinco veces más víctimas que en el *Titanic*- es censurada por Churchill.

Ese 17 de junio, al hijo le cuentan que su padre está en Vallet, cuando este está ya en Châteaubriant. Le escribe una primera carta después de haber escuchado el discurso de capitulación de Pétain. Al día siguiente, desde Londres, De Gaulle lanza su llamamiento a proseguir el combate. Churchill volverá en sus Memorias al naufragio del *Lancastria*: «Tenía la intención de difundir la noticia algunos días más tarde, pero los acontecimientos, tan cargados de amenazas, se amontonaban rápidamente sobre nuestras cabezas y olvidé levantar la prohibición, y transcurrió un tiempo antes de que la noticia de aquella terrible catástrofe se hiciera pública.»

Mientras De Gaulle redacta su llamamiento, el acorazado *Jean-Bart*, todavía sin acabar de armar, huye de Saint-Nazaire el 18 de junio para no caer en manos alemanas. Esa fuga bajo las bombas es una proeza, pero la tripulación en vez de irse a Inglaterra se dirige hacia Marruecos, fondea delante de Casablanca. Los únicos obuses disparados por el buque a medio equipar lo serán contra los aliados, que lo acribillan durante el desembarco de noviembre de 1942. Terminado después de la guerra y puesto en servicio en 1955, el último acorazado francés participará en la expedición de Suez en 1956, antes de ser desguazado en 1970.

El *Jean-Bart* llega a Casablanca el 22 de junio. Desde la víspera, los alemanes, que no han podido apoderarse de él, están en Saint-Nazaire. De inmediato, el almirante Dönitz emprende el trazado de una base submarina de catorce alvéolos y con una esclusa fortificada. El muelle de embarque de los paquebotes desaparece. El dique seco Joubert donde se hizo el *Normandie*, el más grande del mundo, con trescientos cincuenta metros de longitud, es el único del Atlántico que puede acoger al acorazado *Tirpitz*, que la Kriegsmarine quiere traer desde Noruega. Los ingleses montan la Operación Chariot. El *Campbeltown* es maquillado como buque alemán. En la noche del 28 de marzo de 1942, se lanza contra el cajón de entrada del dique seco, gran muro de acero de cincuenta metros de longitud, diecisiete de altura y once de espesor. La proa embiste con el espolón y el navío barrena. Los comandos ingleses, canadienses y escoceses hacen explotar las bombas y se dispersan por el puerto, donde son ametrallados. A la mañana siguiente, el navío encallado explota y deja la esclusa fuera de servicio durante toda la duración de la guerra. En homenaje a esos héroes, nos es hoy imposible estar tristes o sentirnos desdichados; si no, ¿para qué sirvió su sacrificio?

Desde el 31 de marzo, el mariscal Von Rundstedt viene a reforzar el muro del Atlántico. Búnkeres, los llamados espárragos de Rommel, campos de minas, caballos de Frisia y alambradas rodean una

fortaleza acuática de La Baule, en Pornic, aislada por las inundaciones de las marismas de Guérande, la Brière y el Boivre. En L'Océan, los oficiales ocupan el hotel Normandy y las villas que tanto gustaban en otro tiempo a la banda de Bonnot, con sus muchachas al piano y la tierra roja de las pistas de tenis bajo los pinos y las magnolias, Villa Maud, Les Papillons Bleus, Alta Villa, Ker Egyw, Les Pervenches, y las tres villas del general Marchand, héroe de Fachoda. Requisan el personal de la casa, hacen venir a caballos sementales del Cadre Noir, la escuela hípica de élite de Saumur, para ir a trotar por la mañana por la playa delante del Gran Hôtel des Plages y del Casino, cuyas torretas sin embargo dinamitan. Están en primera fila para asistir en febrero de 1943 a los bombardeos aliados que machacan Saint-Nazaire. Dado que la base submarina es indestructible, esta seguirá en pie en medio de un campo de ruinas.

En abril del 44, un irritado Rommel está de gira de inspección en L'Océan y les canta las cuarenta a sus oficiales, les habla de Rusia. El 6 de junio, después del desembarco de Normandía, los carros de combate van hacia París, que ha sido liberado por la división Leclerc en agosto, y luego hacia Berlín, adonde quieren llegar antes que los rusos. En Saint-Nazaire, los alemanes están atrapados en un enclave, una zona circular de una treintena de kilómetros, de La Roche-Bernard a Pornic por Fégréac, Bouvron, Cordemais, Paimbœuf y Saint-Père-en-Retz. Hay ciento treinta mil civiles, que aguardarán un año más la liberación y que son prisioneros de treinta mil soldados de la Werhmacht, la Kriegsmarine y también de los rusos blancos, ucranianos, georgianos y kirguises del ejército del antiguo héroe soviético Vlásov. Estos, que han visto la guerra en el Este y se saben perdidos ante la Historia y sin esperanza de regreso, se entregan a las violaciones y al pillaje. Todo alrededor del enclave, están los miembros de las FFI bajo las órdenes del viejo Brazza, seudónimo de René Malbrant, antiguo miembro del Instituto Pasteur, que fue diputado por Brazzaville. El 11 de mayo de 1945, los alemanes firman su rendición. Los prisioneros son internados en el Lazareto. Algunos serán empleados hasta el 47 en tareas de agricultura y desminado. En la primavera del 49 cesa el racionamiento de productos lácteos, en otoño el café se vende libremente. El Lazareto, vaciado de sus prisioneros, se convierte en Casa Departamental de Mindin. De todas partes se envía allí a enloquecidos supervivientes de la hambruna y a chiflados diversos, así como a Taba-Taba.

EN LA BRÉVINOISE

Después de su azaroso tour de Francia como fugitivos por este pedazo del planeta, esos cuatro esperan llegar a su última dirección, su último lugar en la tierra. Desde el alba, han seguido, durante unas doce horas, la larga diagonal del Tarn hacia el noroeste. El camión aparca en la calle de la Résistence, delante del cine-teatro Le Brévinois. El vehículo entoldado está cargado con algunos muebles de Sorèze, baúles de libros, los archivos recuperados de las cajas, cañas de pesca. El hombre al que el padre ha ido a ver en Toulouse baja delante de ellos por una escalera en el lateral del edificio y abre una puerta en el sótano. Ellos se imaginan que deben depositar allí la mudanza. Pero es ese el alojamiento que les han asignado.

El chófer ha partido. Los muebles están amontonados. Ellos se sientan en las sillas. La habitación dispone de un tragaluz. La madre y la hija lloran. Comen las provisiones que sacan de una cesta. Durante la guerra nunca han vivido en un cuchitril parecido, ni en Bram ni en Moissac. El padre enciende su pipa, el hijo un cigarrillo. Cuatro personas comunes y corrientes intentan seguir con sus vidas, sacudidas por la Historia. Quizá habrían podido probar suerte cada una por su lado. Pero en enero de 1941, hace más de diez años, se juraron no separarse. Se miran unos a otros a la luz eléctrica de una lámpara que cuelga del techo.

En los días que siguen, el hijo va al Lazareto, donde le habían prometido un trabajo de oficina. El padre comienza los entrenamientos deportivos en La Brévinoise, recorta las pequeñas tarjetas de propaganda manuscritas que Monne va pegando por las tiendas, «Educación física - Gimnasia de relajación - Gimnasia médica - Clases particulares». Ella también se prepara para buscar clases de apoyo escolar a domicilio. Encuentran una pequeña villa amueblada en la avenida de Mindin, que deberán abandonar antes de la llegada de los veraneantes que vienen a darse baños de mar. Está a mitad de camino entre el Lazareto y el Brévinois, a unos dos kilómetros de cada uno.

El padre busca horas de clase, escribe al ingeniero Albert

Chassagne, consejero general del cantón de Paimbœuf, hace valer sus campañas militares, sus medallas. Les Éparges y la carretera de La Tranchée de Calonne. Y veinticinco años más tarde, Vallet y el campo de Châteaubriant. Desde la Liberación está a la espera de recibir la indemnización por la casa de Soissons. El expediente sigue su curso.

El electo le responde con buena voluntad desde Troyes: «Aquí tiene las informaciones que he recogido. Dos municipios del departamento, Couëron y Châteaubriant, pagan a monitores de educación física. El Estado no puede intervenir en esa retribución; es probable que el Consejo General no pueda tomar una medida discriminatoria en favor de dos o tres comunas; si no tendría que ser aplicada la misma liberalidad a todas las demás. Por el contrario, las comunas que le interesan, es decir, Saint-Brévin, Paimbœuf y Saint-Père-en-Retz pueden perfectamente solicitar sus servicios y pagarle siempre que el informe del señor inspector académico le sea favorable. Según la carta que acabo de recibir de él, está dispuesto a proceder con ese informe, pero solo si es a pedido de los municipios en cuestión. Haría falta pues que usted hiciera que las alcaldías de esos municipios enviaran dicha petición al señor inspector académico. Yo puedo apoyarlo con el alcalde de Paimbœuf si usted quisiera fijar cita con él y conmigo. Pero de cara a los otros dos alcaldes, es usted quien debe hacer la petición.»

Él no tiene coche, tampoco tiene ya edad para recorrer en bici esos pueblos a decenas de kilómetros a la redonda. Llega a un arreglo con el Lazareto. Los cuatro podrán alojarse allí si el padre acepta un puesto de guardián a tiempo parcial. Descubren el antiguo campo de prisioneros de guerra transformado en hospital psiquiátrico, las quince hectáreas valladas. Es dos veces más grande que el parque de la escuela de Sorèze. Pero es el mismo encierro protector detrás de altos muros, e igualmente aislado del mundo exterior, en autarquía. Los prisioneros alemanes han dejado sus dibujos y grafitis en las paredes de los barracones de madera pintada de azul. Después de todos esos años encerrado en campos de prisioneros de Alemania y de Francia, helo ahí como guardián del campo.

EN EL LAZARETO

Para ellos ese es también el primer contacto con la locura, no con la de la Historia, a la cual están acostumbrados, sino con la demencia. Hasta ahora se la habían ahorrado. Se codean con locos y psiquiatras. Durante los ocho años que yo pasaré allí, descubriré que la mirada sobre estos últimos de quienes ejercen otros oficios está llena de un temor supersticioso, incluso en los que no han leído a Proust. Sin ser capaces de formularlas, todos se hacen las mismas preguntas que el narrador de este: «¿Qué médico de locos no habrá tenido, a fuerza de frecuentarlos, su crisis de locura? Y aun será afortunado si puede afirmar que no ha sido una locura anterior y latente la que le ha llamado a ocuparse de ellos. Con frecuencia, el objeto de estudio de un psiquiatra provoca una reacción en este. Pero antes de eso, ¿qué oscura inclinación, qué fascinante temor le hizo escoger ese objeto?»

Tampoco han frecuentado nunca el genio de la locura, no conocen las vidas de Artaud, de Warburg o de Semmelweis. «Pero eso no dispensa a los genios sanos de tener miedo cuando un loco que ha compuesto un poema sublime y les ha explicado con los argumentos más justos que está encerrado por error, por maldad de su mujer, suplicándoles que intercedan ante el director del asilo, gimoteando a causa de la promiscuidad que le es impuesta, concluye así: Esperen, ese que va a hablarme en el prado, cuyo contacto me veo obligado a soportar, se cree que es Jesucristo. Eso solo es suficiente para probar con qué clase de alienados me han encerrado, él no puede ser Jesucristo, ¡puesto que Jesucristo soy yo!»

Alrededor de ellos y de Taba-Taba, el paisaje hospitalario se transforma. Poco a poco, a medida que se levantan grandes edificios de una planta pintados de blanco, se derriban los barracones de madera pintada de azul de los prisioneros de guerra. Monne reanuda su manía de conservar los periódicos. La ha heredado de Alexandre Pathey, quien tendría cien años, en ese año de 1953, y podría leer, con la ayuda de unos quevedos comprados en Étampes por siete francos antes de la Primera Guerra Mundial, este ejemplar del diario *Ouest-France* del jueves 30 de julio.

En él se detalla la inauguración de un nuevo pabellón. «El Lazareto o Casa Departamental de Mindin está situado a tres kilómetros del área metropolitana de Saint-Brévin, a unos cientos de metros del embarcadero de Mindin para Saint-Nazaire, al borde del Loira.» Olvidando el pasado, el periodista toma por «un estanque de agua» lo que queda de la antigua dársena de cuarentena, poco a poco cubierta. «Con sus múltiples construcciones (la mayor parte de ellas obra del director actual), rodeadas de pinos y de parterres floridos, con un magnífico estanque de agua en el centro, da la impresión de ser una propiedad ordenada, sana y acogedora.»

Monne no había recortado el artículo y yo pasaba las páginas del diario del 30 de julio de 1953. Más al sur, en Pornic, hay uno que tiene todos los boletos para terminar en el Lazareto: «Eran cerca de las 11 h, mientras el Sr. Nitulesco Savu, sujeto rumano hotelero en París, de vacaciones en la calle de la Source, admiraba el paisaje en la playa de la Noëveillard, cuando un individuo se aproximó a él, cuchillo en mano, y le dijo: Este es el cuchillo que mató al sobrino de Rothschild. El Sr. Nitulesco se quedó sorprendido, pero el individuo se acercó más a él e intentó clavarle el cuchillo en el pecho. Él se protegió con el brazo y fue alcanzado en el hombro izquierdo. El malhechor corrió hacia el espigón y lanzó su cuchillo al mar. El doctor Margat fue llamado para acudir al lugar y atendió al herido, que perdía sangre en abundancia. La gendarmería atrapó enseguida a ese loco peligroso, quien declaró llamarse Leblanche André, de 32 años, y ser de París.»

Ese día, al otro lado del estuario, hay otra inauguración, la del «primer petrolero construido en un astillero francés por cuenta de una naviera extranjera». El *Persian-Gulf*, buque de 31.500 toneladas, es botado en Saint-Nazaire en presencia del secretario de Estado de la Marina Mercante, señor Ramarony, del embajador de Liberia y de un representante del embajador de los Estados Unidos. En veinte años, el tonelaje pasará de 50.000 a 500.000 toneladas, a raíz del cierre del canal de Suez y de la primera crisis del petróleo. Después de haber construido los mayores paquebotes del mundo, los Astilleros del Atlántico pondrán en dique seco al *Batillus*, el mayor petrolero del mundo. Esos gigantescos cargueros, *Ultra Large Crude Carrier*, tras la reapertura del canal ya no navegarán más que hasta la China, para ser convertidos allí en chatarra.

Ese jueves del verano de 1953, mientras continúa la construcción del alto edificio del Building en el puerto de Saint-Nazaire, la compañía de bailarines de Marc Malka, Les Tropicals, actúa en el casino de Saint-Brévin-l'Océan después de haber tenido un lleno en La Baule. En la sección «En mi pantalla», se anuncia durante una semana la proyección, en el cine-teatro Le Brévinois, de un filme de André Haguet, *Il est minuit, Dr. Schweitzer*: «Este personaje, cuya fama es

mucho menor que la de cualquier cantante de moda, reunió en sí las glorias de Pasteur y del padre de Foucauld con algo de la de Stanley. Nunca se había visto una interpretación parecida de Pierre Fresnay. ¿Por qué "es medianoche…"?: porque el primero de agosto de 1914 el administrador Leblanc, obedeciendo a su gobierno, arresta al doctor Schweitzer, alsaciano luego ciudadano alemán, y cierra el hospital de Lambaréné.»

En el Lazareto, el hijo se toma a pecho ese nuevo trabajo que él no ha escogido, prepara los concursos, intenta ingresar en la Escuela Nacional de Salud de Rennes. Se convierte en cantante barítono, director de escena del teatro, reanuda esa actividad que había comenzado en la escuela de Sorèze, crea una compañía que interpretará en alternancia en el Lazareto y en el Brévinois. Al leer esos viejos programas, volví a encontrarme con nombres de adultos que yo había conocido siendo niño, los Redon, Lebrisse, Pasquereau, Leroux, Person, Keréneur, Guennec, Grimaud, Blanchard, Le Goff, Le Cornec, Daussy, Piron, Fauveau, Rabu, Mauclair, Chadeigne, Daligaut, Le Nay, Orain, Lusseau, Michaux, Castagnary, Farcouli, Gallen, Lemasson, Périgaud…, ni un solo nombre que suene extranjero. Tardé años en encontrar a un verdadero extranjero, cuando el pequeño Michel veía cuantos quería desde su alfombra mágica, cosa que exacerbaba mi xenofilia.

Si después de Toulouse él hubiera seguido preparándose para oficial, en ese verano de 1953 estaría sin duda batiéndose en Indochina, al lado de combatientes que se habían cubierto de gloria en Bir Hakeim por haber rechazado a los ejércitos hitlerianos de Rommel, y que se encontraban ahora del lado malo en la batalla. El barítono sigue por la prensa las largas semanas del asedio en Dien Bien Phu, hasta la derrota de mayo del 54. Para muchos franceses, hartos de la guerra, hace falta terminar con esas aventuras coloniales, ocuparse de Francia, de su modernización, de tener agua caliente y cuartos de baño como los americanos.

Las condiciones de vida mejoran con el paso de los meses, el país arruinado se levanta, se reconstruye, los salarios aumentan, no se conoce el paro. Henri Calet, autor de *Viejos tiempos*, uno de los mejores escritores y reporteros de la época, recorre las provincias, un año más tarde, en mayo de 1955, y escribe el artículo «El Loira perezoso» para la revista *Elle*: «En el horizonte, aparece bruscamente un decorado metálico: grúas, puentes levadizos, fábricas. Hice mi entrada en Saint-Nazaire a la hora de la salida de los astilleros y quedé atrapado en una muchedumbre de obreros en bici. A la puerta de un establecimiento de duchas había una fila de espera: era sábado. Me sentía contento de estar en un puerto de verdad. El *Iliade* estaba en dique seco, el *Isidore*,

en construcción, el *Anjou*, un petrolero blanco, zarpaba. El aire olía a nafta.»

Arrastrados por ese loco optimismo económico, ellos que no han vuelto a poseer un automóvil desde la venta en Dôle, veinte años atrás, del Renault 6 CV al jefe de estación, adquieren un Citroën-Tracción negro de ocasión, la versión berlina, la 15, esa sobre cuyas puertas, durante la Liberación, se escribía con pintura blanca lacada las siglas FFI. La pequeña banda va a bordo, los dos hombres delante, de traje oscuro, guantes y corbata, el hijo al volante, la madre y la hermana atrás, de abrigo y sombrero, así es como se los ve en una fotografía tomada ese día, antes de partir de expedición.

El padre ha esperado cuatro años. En este de 1956, quiere volver a ver el campo de Châteaubriant.

UN PINCHAZO

Es invierno y la campiña está brumosa, los árboles sin hojas. Las vías rápidas aún no han sido trazadas. Varios itinerarios se ofrecen ante ellos. Después de haber tomado el transbordador hasta Saint-Nazaire, el más simple sería remontar la diagonal hacia el nordeste por Bouvron, Blain, Nozay y luego Treffieux, para llegar a Châteaubriant por el sur. Los designios de los dioses titiriteros son oscuros. Han revuelto los mapas de carreteras. El Tracción sube más al norte, entra en el departamento de Ille y Vilaine. Después de Bain-de-Bretagne, debe volver a bajar hacia el sudeste durante una treintena de kilómetros. A medio camino, una de esas divinidades menores arroja un clavo, rompe un casco de botella, abre un hueco en la empinada calle del pueblo de Teillay, que la pequeña banda no debía atravesar.

El pesado Tracción negro pasa sobre la trampa. El hijo reduce la marcha, aparca, se baja, quizá da unos golpecitos con su zapato a la rueda desinflada, como en el cine. La imagen es frecuente en la época, tanto la calidad de los neumáticos como de las carreteras es mediocre. Los cuatro están de pie delante del taller de Aveline, mecánico y empleado de gasolinera, en la parte baja del burgo, frente a la iglesia. El vehículo está equipado con una rueda de repuesto, pero solo una, subraya Monne, que es más bien de las que llevarían múltiples espráis antipinchazos, si ese utensilio hubiera existido entonces. Quieren que se lo reparen inmediatamente.

Bajo el viento frío, los cuatro suben la única calle, que es la carretera D82, moteada por los grandes soles negros de las bostas, y entran en el café-carnicería ante el que acababan de pasar. Teillay es un pueblo sacudido por el estrépito de los camiones volquetes que salen de las minas de hierro. Nadie se detiene allí, sobre todo cuatro peatones de traje, sombrero y guantes recién engrasados, dos parejas, una joven y otra vieja, gente de ciudad. Una muchacha morena de piel muy blanca les toma el pedido y desaparece. Es una mujer ya vieja quien les trae el café. Le cuentan que han tenido un pinchazo y le dicen que esperarán allí, a resguardo del frío. «*Ma doué béniguette*»,[23] puede que les responda ella.

Esa muchacha está familiarizada con los aforismos. «Con tu lengua

y tu bici puedes ir a todos lados.» «Es mejor provocar envidia que pena», sentencia que yo volveré a encontrar en la gente humilde de las novelas de Simenon. Ella no se parece a los retratos de las princesas, ni al de María Antonieta ni al de Ana de Bretaña. María de Massard se convertirá sin embargo en el primer injerto aristocrático de esta historia -en la cual hacía falta que hubiera, como en todo linaje, algunas gotas de sangre azul-, hecha de nobleza en zuecos y avería de coche, ricos y pobres, un profesor laico y su yerno católico, algunos que son de derechas y otros de izquierdas, arrendatarios y propietarios, gente de ciudad y gente de campo.

Del otro lado del café-carnicería lo que hay es sangre roja. Los hermanos Mortier llegaron aquí desde Anjou para construir una fábrica de ladrillos cerca del bosque. Émile montó solo su modesto imperio autárquico. Alimenta a sus animales con el heno de sus prados, los mata y trocea en su matadero, los vende en su carnicería. En su restaurante se sirve esa carne acompañada de verduras de su granja. Todavía es el tiempo en el que el caballo y el tractor coexistían. El hijo cuenta un poco, recuerda su verano en Lacapelle-Biron. La madre y la hija callan. El padre, perdido en sus pensamientos, se dispone a regresar al año cuarenta.

Al hijo le gustaría ver regresar a la muchacha morena de piel muy blanca, y buenos senos, quien quizá los observa de reojo. Después de unos años de pensión en Rennes, ella ya ha rechazado como pretendientes a un médico y a varios vendedores de vacas. Tiene veintisiete años. Ayuda un poco a sus padres, participa un poco en las reuniones de la Juventud Agrícola Cristiana, se aburre un poco. Pero no vuelve a aparecer. Al salir, la pequeña banda de los cuatro baja de nuevo hasta la calle principal. Aveline ha extraído ya la flecha olímpica clavada en el neumático, ha hinchado la rueda, se ha limpiado las manos en el mono y acaba de redactar la factura.

HACIA CHÂTEAUBRIANT

El Passat, vivaracho, parecía tan feliz como yo de volver a la carretera. La N137 cortaba verticalmente con sus cuatro carriles la península armoricana, y ponía a Bain-de-Bretagne a poco más de una hora de las dos costas, a medio camino entre Saint-Nazaire al sur y Saint-Malo al norte. Yo había almorzado en La Croix Verte, hotel restaurante de Bain que presumía de haber acogido al rey Francisco I y luego a Enrique IV, pero no precisaba qué era lo que ellos aconsejaban del menú; luego atravesé Teillay y deposité mi equipaje en el Auberge Bretonne de Châteaubriant, donde yo había dormido ya con Yersin, situado en la plaza de la Motte, en la que está aparcando, en ese comienzo de 1956, el Tracción negro.

En los últimos días, el padre ha regresado a la guerra, al repliegue desde Soissons, a las marchas nocturnas por las pequeñas carreteras del Aisne cuyo trayecto yo había rehecho al volante hasta Coulommiers vía Neuilly-Saint-Front, al tren, y después a Vallet, a las dos jornadas de más de ocho horas de marcha forzada sin calcetines en medio de la columna de los vencidos, a los barracones de madera que los alemanes hicieron construir a toda prisa en la pista de carreras de caballos situada al norte de la ciudad, en la carretera de Fercé. Sus camaradas descubren entonces la vida de prisionero que él ya conocía. La sopa aguada es la misma que en Baviera, veinticinco años antes.

Él ha estado rebuscando en los archivos, en el Lazareto, y ha encontrado los pequeños carnets amarillos del «Servicio de Prisioneros de Guerra - Franquicia militar», en los que escribía frases como estas del 10 de octubre de 1940, cuando llevaba ya cinco meses en el campo:

> Queridos míos:
>
> Nos han autorizado a escribiros y me aprovecho de ello, aunque mi vida no ha cambiado. Aquí sigo a pesar de mis pronto 50 años. En fin, espero y espero. Como soy jefe de Compañía, tengo autorización para ir solo a la ciudad cada tres días. Lo aprovecho para hacer algunas compras para mí y para

los amigos. Hoy he recibido la carta de Paul del primero de agosto, noticias frescas, ya veis. Os habéis ocupado de la transferencia de salario, insistid en ello, tenéis derecho. Yo tengo todo lo que hace falta. No os preocupéis por mí. Podré aguantar el tiempo que sea. Mi gran preocupación es no tener noticias vuestras con más asiduidad, pero espero que sigáis bien.

Desde el hipódromo, volvieron al centro de la ciudad, a dos o tres kilómetros. El padre les enseña las calles por las que podía caminar dos veces por semana y yo los acompañaba, invisible fantasma del futuro, pensando que en esas calles podían haberse cruzado ya al azar en 1940 las miradas de Paul y de Émile, del gimnasta de Soissons de uniforme de prisionero y del ganadero de Teillay que llevaba a sus animales los miércoles para venderlos. El hijo está distraído. Quince años antes, él intentaba en Bram imaginarse este lugar. Hoy es la muchacha morena de piel muy blanca la que ocupa su mente. Ha memorizado el nombre del pueblo de Teillay y ya prevé regresar solo. El padre y el hijo marchan codo a codo por el mismo espacio, pero sus pensamientos están alejados, uno vuelto hacia el pasado y el otro hacia el porvenir. El padre acaba de releer la carta que su amigo Félicien Boniface, que le acompañaba desde Soissons, le envió aquí, al campo Choisel, a su número de inscripción, 1703, Auflag n.º 1 — 5.ª compañía.

Boniface, que había sido licenciado por razones médicas en septiembre de 1940 y había reanudado su actividad como dueño del Bar de L'Hôtel de Ville en Saint-Quentin, le escribía el 11 de diciembre:

«Mi querido camarada Paul: Tres meses ya desde que te dejé para ingresar en el hospital. Ya debes saber la continuación. Te la recuerdo en pocas líneas. Fui licenciado el 20, después de ir a buscar mi equipaje a Vallet volví a tomar dirección a Saint-Quentin donde llegué el 21 de septiembre. Pese a todo, me sentí feliz de volver a ver a mi mujer y a mis hijos con bastante buena salud. Te digo a pesar de todo porque fuimos literalmente desvalijados de nuestras mercancías y de las ¾ partes de nuestra vestimenta, mobiliario y ropa de casa, lo que nos ha ocasionado una pérdida de cien mil francos. En fin, la salud de mi mujer deja un poco que desear, pero ha mejorado desde mi regreso. Los niños van bien, siguen yendo a clase. Por mi parte, mi salud se recupera bastante bien, pero de aquí a un tiempo me veré obligado a pasar por el quirófano de todos modos por mi apendicitis crónica.

»Nuestro comercio va bastante bien, el problema es la falta de mercancías. Por fortuna recibo de vez en cuando muscadet de Vallet.

A mi regreso a Saint-Quentin me permití escribir a Ricateau a su casa, pero me devolvieron la carta por dirección desconocida, así que o está prisionero o en la zona libre. En los últimos días recibí una carta de Dubuch, que ha regresado a París con un ojo inútil, aunque todavía lo tiene. No sé qué ha sido de Lepère. El undécimo sorteo de la Lotería no nos ha tocado. Tengo un rembolso de 33 francos, con esa suma compraré tres décimos de una participación para los dos uno de estos días y esperemos que a pesar de todo seamos más afortunados.

»¿Y tú, querido Paul, qué ha sido de ti? ¿Y de tu familia? Te escribo por si acaso a nuestra antigua dirección en el campo. En los últimos días he visto a varios vecinos de Saint-Quentin que fueron licenciados unos días después de mi partida y que han esperado después durante dos meses los papeles de liberación. Entre paréntesis, uno era Lesur, que ejercía de arquitecto. ¿Será que Jacquin, nuestro antiguo vaguemaestre en el retén, sigue aún contigo? Dile que todavía no he podido tener el placer de ir a ver a sus padres ni a sus hermanos, y que espero una ocasión favorable para hacerlo. Les envío mi sentida amistad a todos mis queridos camaradas. Y tú, a la espera de leerte, recibe un fraternal apretón de mano. Félicien. Dime si te falta alguna cosa y si puedo haré lo necesario.»

También él había terminado por ser licenciado y había estrechado la mano de los que se quedaban allí y serían llevados en convoyes a Alemania. Pero en lugar de dirigirse hacia el norte, como hace Boniface, viajó solo hacia el sur con su salvoconducto para llegar a la zona libre y a Bram, y a su convocatoria para ir al Centro de Desmovilización de Carcasona.

Caminábamos junto a los fosos de la fortaleza. Este castillo bretón fue tomado en el siglo XV por los franceses después de un asedio. De belleza renacentista, se convirtió en la residencia de Francisca de Foix, la amiga de Francisco I. Este había hecho traducir por primera vez al francés un fragmento de Plutarco, la *Vida de Antonio*, preocupado por la elevación moral de su amante, y acababa de instituir el francés como lengua oficial del reino. El rey estaba aquí, como en otras partes, hasta agotar los recursos del lugar, cazaba a caballo en el bosque de Teillay y luego se iba a otro castillo. Y se supone que incorporó a su comitiva a un joven hidalguillo apellidado De Massard, que habría participado en el Milanesado en la guerra de Italia antes de regresar a Bretaña.

Absorbido por el abismo del pasado, perdido en el espacio y el tiempo, yo veía ante mí en 2016 el hermoso cubo de cristal de un teatro que llevaba depositado delante del castillo desde 1996, a mi costado, a la pequeña banda de los cuatro que regresaba a su Tracción en 1956, y sobre la plaza, tres camiones que pasaban en tromba en

1941. Eso es el 22 de octubre, a primera hora de la tarde. El abate Moyon, cura de Béré-de-Châteaubriant, lo anota en su testimonio: «Fue un hermoso día de otoño. La temperatura era particularmente suave, un buen sol brillaba desde la mañana. Todo el mundo en la ciudad estaba entregado a sus ocupaciones habituales. Había gran animación en el centro porque era miércoles, día de mercado.»

A bordo de los camiones viajan esposados veintisiete prisioneros del campo de Choisel, entre los cuales están los comunistas Guy Môquet y Jean-Pierre Timbaud, y los trotskistas Marc Bourhis y Pierre Guéguin, alcalde de Concarneau. Los camiones toman el camino al pueblo de Soudan, se detienen después de dos kilómetros delante de la cantera de la Sablière. Los rehenes rechazan la venda y entonan «La Marsellesa». A la noche, los cuerpos de los veintisiete fusilados son depositados en el castillo de Francisca de Foix, antes de ser repartidos al día siguiente por los cementerios de los pueblos de alrededor.

Louis Aragon les dedica «La rosa y la reseda». En 2003, las ediciones Tallandier publican sus últimas cartas bajo un hermoso título, *Vivir a muerte*, así como el testimonio del abate Moyon, que recogió esas cartas y fue el último en estar con aquellos ateos. «Vuelvo a ver una vez más al señor Timbaud dando el brazo al joven Môquet, tenía ante mis ojos su bello rostro de joven de diecisiete años.» Él escribirá de memoria, a su regreso, la declaración que ellos le han hecho. «Señor cura, me dijeron, nosotros no tenemos sus convicciones religiosas, pero nos une el amor a la Patria. Vamos a morir por Francia. A ella es a quien hacemos entrega de nuestras vidas. Queremos morir para que el pueblo de Francia sea más feliz. Nuestro sacrificio no será inútil, lo sabemos, un día dará sus frutos. En los comienzos de la Iglesia, ustedes tuvieron sus mártires, nosotros haremos como los mártires cristianos.»

Los hombres escriben de pie, con la hoja apoyada en la pared de madera del barracón. Jean-Pierre Timbaud, trabajador de la fundición, nunca escolarizado, traza con dificultad estas palabras para su mujer y su hija:

> Mis dos grandes amores es la última carta que os escribo, yo vo ser fusilado en cualquier momento pero querida mi mano no tiembla yo soy un honrado trabajador se que las dos estais llorando teneis que superar esta gran desgracia ser valientes como yo lo soy. Toda mi vida yo e combatido por una humanidad mejor tengo gran confianza que vosotras vereis realizado mi sueño mi muerte abrá servido para algo mis últimos pensamientos será primero para vosotras dos mis dos amores y luego para el gran ideal de mi vida. Adios mis dos queridos amores de mi vivir tener valor prometerlo viva

Francia viva el proletariado internacional

otra vez mientras tengo fuerza para hacerlo un millón de besos de aquel que os adora para toda la eternidad.

Timbaud

aquí van 500 francos que tenia en conmigo os servirán un millón de besos.

Pierrot

EL IDILIO

Después de haber visto la Sablière, camino de vuelta a Saint-Nazaire, en el asiento delantero del Tracción, el padre se pregunta qué habrá sido de ellos, de Boniface y los demás supervivientes a los que ha perdido de vista. Sentado al volante del Passat, yo repasaba mi estancia en Saint-Quentin seis meses antes, en el hotel Mémorial, habitación 101, no lejos del ayuntamiento con su carillón y de la exposición de fotografías de John Foley. En esa plaza ya no estaba el Bar de L'Hôtel de Ville, sino dos cafés, L'Univers y L'Édito. Uno de los dos había sido el de Félicien Boniface, en el cual los habitantes de Saint-Quentin habían podido descubrir en 1940, por los avatares de la guerra, el vino muscadet de Vallet. Yo me disponía a viajar a China y me preguntaba si se podrían encontrar allí las últimas cartas de los millones de condenados a muerte ejecutados.

Desde el Lazareto, el hijo recupera el contacto con su amigo de los tiempos de Moissac, Michel Duthil, que fue quien los puso en contacto con La Brévinoise. Le informa de que acaba de recibir el título de funcionario del Estado, le habla de su vida en el hospital, de su proyecto de ingresar en la Escuela de Salud, de sus actividades teatrales, las puestas en escena que prepara, las operetas en las que canta las arias del barítono. Como la guerra nunca cesa, el joven médico le responde el 18 de abril de 1956 desde Bir el-Ater, en Argelia, cerca de la frontera tunecina:

> «Mi querido Paul:
>
> »He recibido a tiempo tu carta del 15 de marzo. Te agradezco el programa y te felicito por tu talento como actor. Pienso que debe de ser bastante penoso tener que repetir durante meses la misma obra. En fin, tú me dices que te va bien y eso es lo principal.
>
> »Debía haber sido desmovilizado en junio y aunque no me había llegado el permiso tenía que regresar a Francia de todos modos en 20 días. Pero he aquí que los socialistas se han convertido en colonialistas y militaristas a la vez, con la

bendición del partido comunista (lo que hay que ver) y aquí me tienes, retenido *ad vitam aeternam*. Esto no me resulta muy divertido porque tengo otras cosas que hacer que matar el tiempo en Bir el-Ater. La región se está volviendo cada vez más insegura…, en fin, ¡¡secreto militar!!

»Últimamente he recibido dos buenas noticias, mi tesis ha obtenido medalla de oro en la Facultad, lo que me da derecho al título de graduado, y ahora me acaban de nombrar subteniente con efectos desde el primero de enero, lo que cambia considerablemente mi sueldo (paso de 90 francos al día a 100.000 francos al mes). Sin embargo, eso no me ha convertido en militarista.

»Aquí comienza a hacer relativamente calor.»

En esa primavera de 1956, la guerra de Argelia se vuelve más mortífera. Nasser nacionaliza el canal en julio. Queman en efigie a Ferdinand de Lesseps. Túnez, Marruecos y Sudán acceden a la independencia. Detrás del auge de los nacionalismos árabes, Malraux detecta un movimiento más profundo, el 3 de junio de 1956 escribe que «el gran fenómeno de nuestra época es la violencia del empuje islámico. Subestimada por la mayor parte de nuestros contemporáneos, este auge del islam es analógicamente comparable a los comienzos del comunismo en tiempos de Lenin».

Michel Duthil saldrá indemne del avispero e iniciará su especialización en cardiología. Seguirán escribiéndose. Él le enviará desde Moissac en 1961 una invitación a su boda. En 2015, durante los días pasados en la habitación 208 del Moulin-de-Moissac, fui a ver la hermosa ubicación del cardiólogo en el número 7 de la calle Malaveille, por encima de la plaza de Récollets, con vista sobre el mercado cubierto y la lonja ofrecida por la ciudad de París después de las inundaciones de 1930, convertida en Hall de Paris, sala de espectáculos art déco. Ese inmueble del número 7 tenía un gran frontispicio, en lo alto de sus dos pisos, con la inscripción «A la ciudad de París», en agradecimiento.

Con el fin de tener libertad de movimientos, y porque el Tracción negro parece más bien propio de un notario, el hijo se compra una moto que le da un aire más aventurero. Se presenta en Teillay, entra en el café, se quita el casco, los guantes y la bufanda. A veces ve a la muchacha morena y a veces no. Esta envía a Odette, la sirvienta, para que le tome el pedido. Sabe perfectamente lo que él pretende.

Durante semanas, él escribe a diario a la muchacha. Encuentra una habitación en el pueblo donde pasar a veces la noche, entabla amistades, aprende a jugar al tejo. La muchacha se muestra esquiva

ante tanta obstinación, pero a veces le sonríe. Intercambian algunas palabras, un día ella responde a sus mensajes. El noviazgo dura meses. Uno puede deberle la existencia al reventón de un neumático. En enero de 1957, ahí está ella, uniéndose en el Lazareto a la pequeña banda de los cuatro; descubre el reglamento interno, que es el de un campo de concentración. Esa es la nueva pequeña banda. Pronto seremos seis los detenidos. Para ellos aquello es un refugio, para ella y para mí, una prisión.

EXTRACTOS DEL REGLAMENTO INTERNO

Artículo 50: Los empleados que habiten en el establecimiento deben estar de regreso en él a las 22 horas.

Artículo 51: El personal y los hospitalizados cambiarán la ropa de casa todas las semanas. Las sábanas serán renovadas cada quince días. Los empleados del establecimiento deben estar perfectamente limpios. Deben tomar un baño o una ducha todos los meses y lavarse los pies todas las semanas.

Artículo 59: El personal y los enfermos están obligados a hacer revisar por el conserje los paquetes y bultos que estén en su posesión, tanto a la entrada como a la salida del establecimiento.

Artículo 65: Está absolutamente prohibido al personal del establecimiento y a los enfermos presentarse en un servicio sin haber sido convocado allí por algún motivo válido.

Artículo 66: Está absolutamente prohibido al personal del establecimiento, bajo pena de sanción, permitir la entrada en la propiedad de personas extrañas sin haber obtenido previamente la autorización del director.

PEQUEÑAS HUELLAS

Inmóvil en medio de los desplazamientos de los veinticinco millones de habitantes de Shanghái, yo miraba, desde las tres ventanas de la habitación 605 del Astor House, los paquebotes, barcazas y cruceros fluviales que se deslizaban sobre el río Huangpu, el malecón Bund y la belleza de las esbeltas líneas de los edificios de Pudong por encima de los tejados del consulado ruso. En ese mes de abril de 2016, tumbado en aquella cama como lo había estado en la del hotel Barceló en Managua en mayo de 2015, donde puse en marcha este proyecto monnesco, releía los cuadernos que había garabateado desde mi retorno en febrero de Sudán, al que habían seguido la breve estancia en Châteaubriant y luego la partida hacia Pekín.

Con los ojos cerrados, intentaba recordar aceleradamente las peripecias chinas y francesas desde la época de la niñita de blanco, que había nacido a mitad del siglo XIX durante la revuelta aquí de Taiping -irónicamente la «Gran Paz»-, cuando el iluminado Hong Xiuquan, que decía ser hermano de Jesucristo, lanzó la guerra campesina más mortífera de la Historia, veinte millones de muertos en diez años, preconizando la igualdad, la fraternidad y la propiedad colectiva de las tierras, una cruzada higienista que prohibía el alcohol, el tabaco y el opio. Sus tropas fueron vencidas en Shanghái por «el Ejército siempre victorioso» comandado por Charles George Gordon, por cuenta de los Qing. Ese hecho de armas le valió al inglés convertirse en Chinese Gordon, antes de ser Gordon Pasha en Jartum.

Cinco meses después del nacimiento en El Cairo de la niñita de blanco, el Tratado de Tientsin ponía fin, en junio de 1858, a la segunda guerra del opio y obligaba a China a abrir sus puertas al libre comercio de ese producto, a otorgar a las potencias occidentales concesiones que se convertirían en pequeñas ciudades fuera de sus suelos patrios, y yo había ido a Tientsin, convertida en Tianjin, para recorrerlas. A raíz de algunas masacres de europeos y de la negativa a acoger embajadas, los ejércitos franceses e ingleses tomaron Pekín en 1860, saquearon el Palacio de Verano, dejado desde entonces en ruinas, como Oradour. En esas exacciones participaron Chinese Gordon y Francis Garnier, el futuro explorador francés del Mekong.

Con la mirada clavada en el techo y las manos en la nuca, yo veía a Alexandre Pathey en el patio de la escuela de Chailly, en 1899, que se enteraba por la lectura de *L'Abeille d'Étampes* de la declaración de la guerra de los bóxers contra la ocupación occidental, del combate codo con codo de los ejércitos coloniales francés y alemán, y veía cómo se iba a buscar en el trastero el mapa Vidal-Lablache de China. Él no podía imaginar que Pekín estaría un día a diez horas de París, más cerca de lo que estaba entonces Marsella en tren, ni que en 1949 Mao Zedong o el Mao Tse-tung de mi infancia tomaría el poder y que a fines de 1956, mientras su hija Eugénie viviría en el Lazareto de Mindin, Mao lanzaría las Cien Flores, y dos años más tarde el Gran Salto Adelante, provocando una hambruna que fue responsable de la muerte de varios millones de sus compatriotas.

Después de un viaje por el Shandong, abandoné Quingdao, que antes fue Tsingtao, y tomé el tren expreso con destino a Jinan, pensando que ese podía ser el provenir del mundo: tras su europeización y luego su americanización, su sinización. Vi cómo las polvaredas grises del cemento y el humo de las fábricas aureolaban el sol, pocos pájaros, algunas urracas a lo largo del camino junto a los rieles, una campiña triste salpicada de altas torres de apartamentos como bosques de hormigón sobre la llanura saqueada. Me bajé para ocupar la habitación 1015 del Blue Horizon, con vistas a unas obras de explanación y a edificios feos, sin horizonte ni cielo azul.

En el salón de ese hotel, amueblado con sillones de fieltro rojo, me encontré con nuestro embajador, Maurice Gourdault-Montagne. A preguntas mías, me expuso su teoría de los arbotantes. En esa visión arquitectónica, si Francia podía mantenerse erguida y derecha era por sus lejanos apoyos, y China era uno de ellos, bien sólido. Entre treinta y cuarenta mil antiguos estudiantes formados en Francia integraban el Club France y se beneficiaban de visados permanentes. Treinta mil franceses trabajaban aquí en empresas como Airbus, aunque el número había disminuido un poco debido a la polución y a la sinización de los cuadros empresariales. Él me estaba confirmando la importancia que había tenido la carta de Victor Hugo después del saqueo del Palacio de Verano en 1860, ante el cual ni un solo escritor inglés se había mostrado indignado.

Acabamos hablando del patrimonio inmobiliario diplomático. Unos meses ante me había enterado, en Vienne, de que el palacio Clam-Gallas, que albergaba al Instituto Francés de Austria, había sido vendido a Qatar, y eso me parecía deplorable. Maurice Gourdault-Montagne, que había sido embajador en el Reino Unido, mencionaba los problemas de la Residencia de Francia en Londres con su vecino millonario, que quería crear un museo de automóviles. Y de golpe yo

no estaba ya en aquel hotel de Jinan, sino en ese gran edificio blanco delante de Kensington Gardens, en compañía de las pequeñas bandas de *Le Canard enchaîné* y de *Charlie Hebdo*. Es su predecesor, Luc de La Barre de Nanteuil, quien nos recibe a finales de los años ochenta. Cabu lleva una cómica corbata de colorines demasiado corta. Yo estoy en el chalet del Valais, el 7 de enero de 2015, y leo esta frase de Malraux: «me encontraba, antes de Dien Bien Phu, con algunos amigos en un chalet del Valais, delante de unos turistas vodevilescos que miraban el Mont Blanc a través de un enorme catalejo»; dejo las *Antimemorias* para acercarme a la ventana y encontrarme con el Mont Blanc muy lejos, a mano derecha, más allá del invisible lago, mientras suena un aviso en mi teléfono, seguido de unas pocas palabras en su pantalla. Poso una mano sobre el hombro de Véronique, que está corrigiendo en la terraza las pruebas del *Accattone* de Pier Paolo Pasolini. Regresamos al salón y encendemos la radio.

Entre los doce muertos se encontraba Georges Wolinski, a quien yo había visto algunas semanas antes y que me había regalado un retrato erótico que me había hecho. Él también formaba parte de nuestra antigua expedición londinense. Yo nunca había estado con el economista Bernard Maris, cuyo último libro aparecería de manera póstuma, *Et si on aimait la France*, textos bastante al estilo De Gaulle que repasaban la historia del país desde la época de Bonaparte, en la que «con más de veinte millones de habitantes, Francia es el país más poblado del mundo después de China y la India. Está un poco más poblada que Rusia. Es la China de Europa». El embajador regresó a Pekín y yo partí hacia Chengdu, capital de la provincia de Sichuan. En el centro de la ciudad circular se alzaba la alta estatua blanca de Mao de pie, y a su alrededor reinaban la economía liberal y la lucha de las clases sichuanesas. Los uigures musulmanes vendían en las aceras sus brochetas de cordero dispuestas sobre brasas. Yo me refugié en el templo de Wenshu, toda una aldea con sus diferentes lugares de culto, el monasterio, los jardines y los lagos, sus ginkgos y su bosque de bambús, estanques de tortugas y de carpas doradas, gallos y gallinas, pájaros y mariposas, casa de té al borde de una fuente, el primer remanso de paz desde hacía semanas.

En un patio, los monjes y los novicios jugaban al bádminton y al ping-pong. Uno de ellos dejó la raqueta para acercarse a hablar conmigo. Iba vestido con el hábito gris de los novicios y me había identificado, decía él, como potencialmente francés. Estaba contento de haber acertado porque esa era la única lengua extranjera que hablaba. Durante cuatro años, había hecho estudios de ingeniería en energía térmica en Longwy.

«En el departamento de Meurthe y Mosela», precisó.

Taba-Taba me acompañaba por todos lados, en Hangzhou habíamos pasado un día entero sentados en un banco delante del Gran Canal, bordeado de sauces llorones sobre el que revoleteaban mariposas azules y negras. Había barcazas que se deslizaban rumbo a Pekín, a más de mil quinientos kilómetros de distancia. Los trabajos del canal habían comenzado bajo la dinastía de los Sui, a finales del siglo VI, durante el reinado de Clodoveo en Francia, y ese saber hacer quizá sea un día adaptado a la excavación del canal de Nicaragua. En Shanghái tomamos el pequeño metro decorado con láseres psicodélicos que pasa bajo el río Huangpu. De noche, el puente Wiabaidu era iluminado con un color rojo intenso porque incluso en Shanghái el Oriente es rojo. En China me enteré, en el mes de marzo, de los treinta y dos muertos de los atentados de Bruselas. Hay movimientos islamistas que agitan regularmente la región de Sinkiang. La policía afirmaba haber abatido a numerosos terroristas.

DOS CUADERNOS

Yo había encontrado en los archivos de Monne dos cuadernos alfabéticos regalados por «L'Union - Compañía aseguradora de la vida humana, fundada en 1829 y establecida en París, plaza Vendôme», de doce centímetros de largo por ocho de ancho.

El primero había servido de agenda de direcciones y yo copié las que me parecieron novelescas. Roger Dubief en el número 80 de la calle de Lyon en Mâcon. Étienne Barriera, en Cannes-la-Boca. Un tal Bonnet-Dupeyron, número 5 calle Duguay-Trouin, en el distrito VI de París. Sr. y Sra. Roesch en Honfleur, 20 calle Charrière. Claude y Marcel Leffère, 22 avenida Carnot, en el XVII de París. Alain Dulac, número 23 de la avenida de la Gare en Friburgo, Suiza. Jean Mistler d'Auriol, 11 calle de l'Université en París, en el VII. Srta. Delonca en Taroudant, Marruecos. El padre Ferdinand, al cuidado de la Misión Católica de Nola, Haute-Sangha en la región de Ubangui-Chari. El taller Pasquier de Tharon-Plage. Gilette Back, en el número 22 bis de la calle de Chartres, en Neuilly-sur-Seine. Clotilde Argot, 15 calle Jeanned'Arc, en Saint-Mandé.

Esos nombres de la posguerra daban ganas de buscar las huellas de quienes los habían llevado, de reconstruir sus vidas, los azares que hicieron que sus padres se encontraran, las otras coincidencias que los reunieron sin que lo supieran en una misma agenda, saber de sus hijos si los tuvieron, a excepción de ese padre Ferdinand, quien quizá supo resistir a las terribles tentaciones que el demonio puso ante él incluso en su iglesia del Ubangui-Chari, de sus descendientes con los que seguramente habré cruzado la mirada en el metro o en un bistró, saber de sus risas, de sus infortunios, de sus cuentas bancarias y sus créditos, de todas esas admirables pequeñas cosas de la vida material. Esa agenda databa de Sorèze, donde el gimnasta había frecuentado a Jean Mistler, pero algunos contactos eran más recientes. Yo conocí a ese Pasquier, mecánico en Tharon-Plage.

En las cartas aparecía también, hasta 1955, el nombre y la dirección modianescos de Gilette Back, quien desaparecía después. Ella se había casado con André Pathey, profesor al igual que su abuelo Alexandre. Era el hijo único de Eugène Pathey, quien en 1898 se

arrojó al cuello de un caballo encabritado en la estación de Étampes.

André se mató en moto el 11 de noviembre de 1955. La familia de Gilette Back se negó a acogerlo en la cripta familiar del Père-Lachaise. Está enterrado en Seine-Port, en el departamento de Sena y Marne. Desde Saint-Germain-Laval, donde daba clases, escribió el 15 de septiembre de 1946 a su primo Loulou en Sorèze: «A propósito de las fotos que nos piden, Gilette se las enviará en cuanto las tenga. Vamos a ir a pasar unos días en casa de mi suegra del 18 al 23 de septiembre, seguramente una visita de despedida para Colette y su marido, que deben partir próximamente hacia Buenos Aires, en Argentina. Tienen que embarcarse en Marsella y pasar por Argel, Casablanca, las Azores y luego lanzarse a atravesar el gran mar. Mi cuñado, que formó parte de la célebre 2.ª DB de Leclerc, ha encontrado gracias a un antiguo camarada de la División un barco que está a punto de zarpar. Esas son las noticias que hay.» Quizá unos lejanísimos primos por alianza, a la manera de Bretaña, conozcan la continuación de la historia de aquellos emigrantes franceses convertidos en argentinos.

La vida de Monne en Sorèze había estado dividida, durante cinco años, entre las obras de beneficencia y la lectura. El cuaderno gemelo de la agenda de L'Union lo utilizó para elaborar el inventario de sus libros. Las doscientas cincuenta novelas que había leído en la calle de Puyvert y luego en la calle Lacordaire, ciento treinta y ocho autores clasificados por orden alfabético, de Mathilde Alanic a Émile Zola. Un biógrafo concienzudo debería comenzar por leerse esas doscientas cincuenta novelas.

UN DOMINGO A ORILLAS DEL MAR

La niñita de Egipto vestida de blanco y bordados habría podido, a los noventa y nueve años, felicitar a Loulou por ser padre. Las mujeres del Lazareto daban a luz en Paimbœuf para evitarse la agitada navegación del transbordador hasta Saint-Nazaire. Dos meses antes había comenzado la construcción del paquebote *France*. Esa semana de diciembre de 1957, daban en el teatro *Las campanas de Corneville* y Camus recibía el Nobel. La nueva temporada literaria era de altos vuelos. Max Frisch publicaba *Homo Faber*, Malraux *La metamorfosis de los dioses*, Barthes *Mitologías*. Gallimard reeditaba las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob. Las Éditions de Minuit publicaban *Final de partida*, de Beckett, *La celosía* de Robbe-Grillet, *El viento* de Simon, *Tropismos* de Sarraute, *La modificación* de Butor y *Rébus* de Gégauff. Hasta tres años más tarde no se darían cuenta de que en mi combate prenatal con el ángel, al igual que Jacob yo me había herido la cadera.

Desde su cochecito y luego sentado tras las bambalinas, un niño puede impregnarse de minúsculas huellas. Leí los programas ciclostilados que Monne había conservado. En 1958, *La arlesiana*, de Alphonse Daudet, música de Georges Bizet, luego *Los saltimbanquis*, ópera cómica de Maurice Ordonneau. En 1959, *Los mosqueteros en el convento*, de Paul Ferrier y Jules Prével, *Pipérazine* de Lina Roth, *Esas damas de sombreros verdes* de Germaine y Albert Acremant, *Les Oberlé* de René Bazin. En 1960 tienen lugar la operación, con el injerto, y la botadura del *France*. Tumbado en mi carrito, asisto varias veces a las mismas representaciones, cuyas frases comienzo a memorizar. *La mascota* de Audran, en 1961 *El jorobado* de Paul Féval, en 1963 *Fanfan la Tulipe*, opereta de Louis Varney, en 1964 *Ciboulette* de Reynaldo Hahn, en 1965 *Vitrail* de René Fauchois y *Los trabajadores del mar*, un drama en dos actos de Marcel Dubois a partir de la obra de Victor Hugo. Pronto tendré ocho años, voy a abandonar el Lazareto.

Yo había decidido poner un fin a todas esas artimañas de los dioses titiriteros. El pequeño pescador de gambas en Mindin, de pantalón corto demasiado ancho del que asoman sus patitas como palillos, quiere unirse a la cohorte de los niños a los que se da por desaparecidos en los accidentes. Iba a aprovechar el aburrido pícnic

dominical en las dunas de L'Océan. Todo era entonces político, incluso los automóviles. Los Renault eran de izquierdas, los Citroën y los Peugeot, de derechas. El Panhard PL-17 a bordo del cual llegamos a L'Océan es, sin embargo, de adscripción incierta.

La pequeña banda de los cinco saca del maletero los trajes de baño, el mantel y la vajilla. Yo escojo el vehículo que se dirige hacia nosotros a unos cientos de metros y a buena velocidad, siguiendo la larga línea recta del bulevar del mar. Miro del otro lado a la pequeña banda por última vez. Dejo que se aproxime el parachoques reluciente sobre el que se ven en anamorfosis el cielo azul y los pinos, tenso los músculos para lanzarme contra la rejilla o bien bajo las ruedas, dudo. No me tiro al pie del coche. Ya ha pasado. Con la cabeza en llamas, atravieso a mi vez el bulevar y los alcanzo. Han puesto a la sombra para mí un pequeño sillón, porque el tope injertado impide que la pierna se doble y nunca podré sentarme en el suelo. Hago el payaso, el acróbata, camino sobre las manos mejor que sobre los pies, como me ha enseñado el gimnasta. Se ríen, cuando podrían estar reunidos alrededor de una ambulancia. Uno se cree único y más tarde descubre con la lectura la banalidad de los hechos, subraya una frase de Artaud en una carta de Rodez: «Recuerdo que desde la edad de ocho años, e incluso antes, siempre me pregunté quién era, qué era y por qué vivir.»

Todos los niños rezuman esas ideas y les dan vueltas, algunos se suicidan por ellas sin que nadie lo sepa, la mayor parte puede que las olvide, otros escriben como quien lanza en el mar bengalas de socorro y luego viven detrás de un grueso cristal. Yo miraba al gimnasta que no pudo caminar más sobre sus manos después del balazo en el codo, imaginaba las dos vidas que él podría llevar ahora, una sin el accidente y la otra con, una vida que él nunca imaginará y el anónimo conductor tampoco, impensable. Se arrojó bajo mis ruedas. Regresé al Lazareto, sintiéndome fuera de lugar, un fantasma que disfrutaba del privilegio de saber que todo eso que llamamos vida no tiene gran importancia, pero podemos decidir hacer algo con ella. El niño y el adulto se sientan en los escalones de la puerta monumental, el amnésico y el hipermnésico, balancean con ritmo lento el torso de atrás adelante, balbuceando como un mantra el hermoso verso alejandrino sin palabras.

Cincuenta años más tarde, regresé solo al Lazareto, en el que ahora se entraba como Pedro por su casa. La dársena de cuarentena era una fiesta de patos al borde de la cual paseaban dos llamas. Me habían dicho que iban a derribar el abandonado teatro convertido en hangar. Sin embargo, no se podía destruir la puerta monumental ni las dos alas de apartamentos, inscritos en algún inventario del Patrimonio. A

la espera de que se caigan por sí mismos sin herir a nadie, los habían rodeado de empalizadas, que yo aparté. El patio empedrado y los escalones habían desaparecido bajo una capa de hormigón para el acceso de las sillas de ruedas. Las tres habitaciones minúsculas, a mano derecha, en las que habitaba el Caballero Negro habían servido durante un tiempo de laboratorio radiológico, antes de ser condenadas. El cobertizo en el que vivía Jeannot el conejo blanco de ojos rojos, que cada día se presentaba solo en la Cocina para recibir su pitanza, había sido destruido. Como ya no podía deslizarme entre los barrotes de la verja, la rodeé para bajar a la playa, estuve observando los restos arrojados por las olas, maderas a la deriva enredadas con algas, un zapato, un trozo de red de pesca, una botella.

El estuario es aquí tan ancho como el del Bósforo en Estambul entre Europa y Asia, menor que el río Congo entre Brazzaville y Kinshasa, en África. Yo era un niño de ocho años exiliado del Lazareto y muy asombrado de estar de regreso allí tan viejo a sus propios ojos, que imaginaba entonces que se plantaba en la fuente del nacimiento del Loira, más arriba de Gerbier-de-Jonc, para desecarla y ver aparecer entre el cieno los restos de la flota de César, que vino a combatir contra el pueblo galo de los vénetos. Delante de la ventana de la cocina, Louis Antoine de Bougainville partía en 1766 para dar la vuelta al mundo. Los veleros del comercio triangular remontaban hasta Nantes. En 1793, el valeroso Daniel Savary, capitán de *La Capricieuse*, fragata de trescientos marineros y cincuenta cañones, destruía las baterías monárquicas en Saint-Nazaire, desembarcaba en Mindin y hacía pedazos a los católicos alzados de la Vendée comandados por Ripault de La Cathelinière. En 1816, *La Méduse*, que el emperador había visto en el dique seco de Paimbœuf, partía hacia África, adonde nunca llegaría. En 1861 estallaba la epidemia de fiebre amarilla y se aceleraba la construcción del Lazareto. Yo estaba sentado al lado de Taba-Taba, le decía que había estado dando una vuelta por el exterior y que regresaba para ocupar mi sitio en los escalones.

EN MINDIN

De lejos se puede tener la impresión de que la guerra ha terminado con el fin de la guerra. La Liberación. Las banderas. La lectura de un pequeño paquete de correspondencia administrativa modifica esa visión. El 28 de octubre de 1946 es promulgada la ley sobre indemnizaciones por daños de guerra. El 30 de octubre de 1951, el gimnasta recibe una carta del «Ministerio de la Reconstrucción y del Urbanismo, delegación del Aisne - Causa del siniestro: Ocupación alemana. Prorrata de destrucción: a determinar posteriormente», que le asigna un adelanto provisional de 70.000 francos por parte de la oficina de recaudación de Dourgne (departamento del Tarn). Pero ellos acaban de abandonar el Midi para irse a Bretaña.

Tras el tiempo que demora el expediente en cambiar de departamento, les escriben el 8 de marzo de 1952 para decirles que ese adelanto debe llegarles del banco de Crédit National vía oficina de recaudación de Paimbœuf. El 12 de diciembre de 1955, se les anuncia una «decisión de inscripción prioritaria»: la entrega en moneda de 16.800 francos y «una parte de la indemnización cuyo pago se efectuará en forma de títulos bancarios» por un montante de 38.000 francos. El 9 de febrero de 1957, diecisiete años después de haber abandonado su casa como millones de habitantes del norte y del este del país, les llega una carta de la Secretaría de Estado para la Reconstrucción y el Alojamiento, Dirección de los servicios departamentales del Aisne - Lugar del siniestro: Soissons - expediente n.º 51911/982 M: «Tengo el honor de informarle que será enviada una orden de pago de 38.000 francos (en títulos) a su favor lo antes posible.»

Puede que por fin les haya llegado ese dinero. Puede que lo hayan sumado a un préstamo para adquirir un terreno arenoso en Mindin plantado de pinos marítimos, no lejos del embarcadero de los transbordadores. Se hacen construir una pequeña villa. Monne la llama villa Turquesa y pinta las contraventanas de ese color. Ella dispone de un despacho-biblioteca donde dar sus clases particulares, con un sofá donde aguardan los alumnos. Después de que ella me enseñara a leer y a escribir tumbado en mi carrito, me enseña en esa

habitación las demás disciplinas. Por la ventana entra el olor de los claveles amarillos y rojos y de las esparcetas de flores malvas, también el arrullo de las tórtolas. Bajo los pinos, ella había dibujado con los guijarros de los parterres flores llenas de abejas.

En el salón oscuro donde su madre ya no se levanta del sillón, se toma a las cinco té con leche y tostadas, y se juegan partidas de un juego de cartas, el Nain Jaune, como en Victor Hugo. Eso podría durar mil años, en el centro del mundo. Todos los niños son precopernicanos y luego descubren que nada es estable, que los continentes derivan, que el universo está en expansión, que todo falla a pesar de los esfuerzos del Estado, de los funcionarios y del general en persona. En medio del optimismo de esos años sesenta, en medio de los progresos médicos y la conquista espacial, a los niños se les dice que ahora reina la paz en el mundo, que pronto se viajará a la Luna, que esa felicidad es eterna. En invierno se jugará siempre con las bolas de nieve, en verano a correr las olas. Los paisajes estarán siempre ahí. La mitad de los animales salvajes del planeta, los pájaros y las mariposas no desaparecerán.

Los días en que había redacciones escolares, en un intento de socialización, aunque fuera un esfuerzo en vano, el gimnasta acompaña al niño, que está dispensado de ir a clase, hasta la escuela Saint-Joseph, detrás del cine-teatro Le Brévinois, en medio de alumnos de su edad, que lo detestan. A fin de año, el pequeño monstruo de circo aquejado de hipermnesia avanza orgullosamente bajo los tilos en medio del oro de julio, sube los escalones del estrado al ser llamado por su apellido, se baja de él con los brazos cargado con los libros del premio, de grandes tapas rojas de cartón. Informa de ello en villa Turquesa, en el número 14 de la avenida Raymond-Poincaré, y presenta sus trofeos a Eugénie-Alexandrine, quien sonríe ligeramente.

Durante quince años, ella no recorrerá más que los pocos metros que hay entre su cama y su sillón, nunca se aventurará hasta la cocina, al final del pasillo, jamás leerá un libro ni un periódico. Chupeteará pastillas Pulmoll, mojará sus labios en infusiones, paseará la vaga mirada de su neurastenia sobre la copia de *El Ángelus*, porque el campanario que se ve en su horizonte es el de Chailly-en-Bière, cuando ella era feliz, y Millet reposa en el cementerio como sus padres, que desde hace varias décadas están en el de Chailly, en el camino a Villiers que lleva hacia el bosque, lleno de grandes rocas redondeadas. Una mañana de febrero, ella pedirá que la lleven al jardín para ver por última vez las mimosas en flor y se apagará.

Cada mañana, el gimnasta acciona la manivela del molinillo de café, luego la de otro molinillo reservado al trigo para las tórtolas.

Con su bolsa de marinero al hombro, atraviesa el terreno baldío con dunas erizadas de carrizo y cinerarias. En la avenida de Mindin, el carnicero Vandervène coge el lápiz que lleva tras la oreja, anota sobre el papel de horno los precios de los bistecs y del bofe para los gatos. En el camino de regreso, delante del estuario y de los arrastreros y el olor a pescado, compra *Ouest-France* en el café-tabac del Débarcadère. En la cocina pela las verduras, llena las casillas de los crucigramas, corta el bofe con las tijeras, acaricia a los gatos, enciende su pipa. Que su mujer y sus hijos estén vivos, que tengan un techo, coman cuanto necesiten y reciban atención cuando están enfermos: todo eso que a mí me parecía tan aburrido, era para él un milagro. Como muchos hombres de su edad, él ha matado hombres. En la paz de esos años sesenta y luego de los setenta, eso ya no se entiende. Casi que se lo reprocharían. No habla de ello.

En el maletero del 2 CV que acaba de comprar, deposita sus cañas de bambú con juntas de latón para la pesca en agua dulce, cuando aquí todo el mundo pesca con caña en el mar desde la orilla. Vamos hasta el canal del Migron, lateral al Loira. Él prefiere este decorado apacible, que podría ser el Aisne o el canal del Midi, con sus riberas salpicadas de botones de oro, a la masa de agua y las olas. Al fondo de la cesta de malla, deposita un puñado de hierba fresca sobre la que brillarán los rutilos, se sienta, provisto de las que fueron sus virtudes, la calma, la mesura y la cortesía, ve delante de él el corcho rojo y blanco y todo lo que ha vivido, a su hermano Henri que podría estar también sentado a su lado sujetando otra caña, ese hermano que le había instado a terminar su amorío, también le había asegurado que después de la guerra la vida iba a ser «interesante para quienes conserven sus cuatro extremidades para disfrutarla».

Sabe que la carta de Annie está en algún lugar de los archivos, después de haberse pasado la otra guerra en un baúl. Él le había escrito desde Soissons que no iría a París a encontrarse con ella. Ella le respondió de inmediato, el 2 de agosto de 1919:

> Mi querido Paul:
>
> Recibo su carta del primero y le confieso que de entrada he sentido una gran pena. Después de haberlo pensado bien todo, me rindo ante la evidencia de que todos esos razonamientos están justificados, y he tomado mi decisión, diciéndome que es muy difícil tener una buena vida en París, es tan cara que resulta casi imposible encontrar un sitio donde vivir, que la capital no tiene el monopolio de la felicidad, que también se puede ser feliz en otras partes, y que más tarde, cuando todo haya vuelto a su orden, «nosotros» podríamos volver a París, y eso podría ser lo mejor para todos, lo principal es el objetivo

que teníamos, si eso no es un obstáculo por su lado, le aseguro que tampoco lo será por el mío, aunque se me encoja el corazón pensando en mis padres, pero a pesar de todo tengo la esperanza de que esto no sea una separación, que más tarde se produzca una aproximación.

Nunca se producirá.

Una libélula se posa sobre el corcho. El hilo de pesca brilla al sol sobre las ondulaciones bronceadas del agua calma. Le parece que con la cercanía de la muerte hay algo menos amargo, menos monstruosamente injusto, en la dulce melancolía de los antiguos amores que no se han olvidado. Se pregunta si Annie vive aún, si también ella piensa a veces en él. En cómo habrían sido sus vidas.

UN PUENTE

Durante el cuarto de hora de navegación entre Mindin y Saint-Nazaire, los pasajeros de los transbordadores habían visto poco a poco salir del agua, como por azar, extrañas estructuras verticales bastante parecidas a los pilotes llamados duques de alba a los que se mantienen amarrados los transbordadores durante las maniobras: el puente no será una línea recta entre las dos riberas sino esa gran S, como la inicial de la serpiente de verano que había sido ese proyecto durante años.

Los geómetras encargados del cálculo de puentes de triangulación mediante la implantación de esos pilares habían paseado sus lentes sobre trípodes por el antiguo pontón donde atracaba el *Saint-Christophe*, río arriba, delante del Lazareto y enfrente de la punta del espigón del faro del barrio nazariano del Petit-Maroc. Se tiró sobre la zona una guía flotante y luego se depositaron las planchas de tablestaca. Los pilares se hundieron mediante perforadoras de compresión que atravesaron cuarenta metros de lodo y arena en el fondo del río antes de ser fijados unos sesenta centímetros en la roca armoricana.

Después de tres años de ese espectáculo pedagógico, una vez puestas las traviesas y suspendida la parte central de sus tirantes bajo las agujas rojiblancas, nos dejaron atravesar el puente todavía lleno de escombros, planchas y casetas de obras, mucho antes de su apertura oficial, la cual dio lugar al descubrimiento de las casetas de peaje. A eso le siguió un levantamiento popular: si bien nadie se quejaba por tener que pagar el transbordador, no sucedía lo mismo con lo que parecía ser, después de todo, una carretera, aunque fuera a sesenta metros por encima del agua, que no consumía carburante ni necesitaba de marineros pagados.

Lo había franqueado mil veces y todavía me sucedía sentirme poseído por el vértigo, ante la belleza del paisaje industrial-portuario contemplado desde esa altura, la margen derecha y sus astilleros navales, la izquierda con el bosque de pinos, y el espejo coruscante de las olas como escamas doradas, y seguía tomándolo por placer, a poca velocidad y sin necesidad de hacerlo, tamborileando sobre el volante

del Passat y con el sentimiento del deber cumplido, puesto que después de nuestra lucha heroica y victoriosa su paso es gratuito.

Ese verano de 1975, antes de la inauguración del puente, diez años después de que yo hubiera salido del Lazareto, tomé un tren a Brest y luego un autocar para la ría de L'Aber-Wrac'h, partía para navegar hacia los anglo-normandos y hasta Ámsterdam. Los teléfonos móviles no existían, internet tampoco. Yo tenía diecisiete años y no era de los que mantenían el contacto. A mi regreso, me enteré de que el gimnasta estaba muerto y enterrado.

PEQUEÑAS HUELLAS

Había dejado la habitación 605 del Astor House de Shanghái para trasladarme a la 810 del Grand Coloane Resort de Macao, donde había un sillón de mimbre plantado en la vertical del océano delante de una playa de arena negra volcánica; había bananos, cocoteros y arecas al pie de una colina un poco polinésica, rapaces, bruma marina y brisa cálida, en la desembocadura del río de las Perlas. Después de fumar un último cigarrillo, tomé el autobús para ir a la estación marítima, un ferry al aeropuerto de Hong Kong y un vuelo para París, cené con Yersin, que preparaba su viaje a Japón, de mañana cogí el 86 para pasar por mi casa, me bajé en la plaza Saint-Sulpice. Modiano se me apareció.

Yo estaba esperando la luz verde del semáforo en la calle de Rennes, a la altura de la calle del Vieux-Colombier. Escuché y reconocí su voz detrás de mí, pero quizá fuera una alucinación auditiva debida al cansancio. Él cruzaba la calle vestido con un largo abrigo marrón, tan alto que la mujer que lo acompañaba parecía muy pequeña a su lado. Yo escuchaba el ruido de sus suelas claveteadas contra la acera. A veces caminaba detrás de ellos y a veces delante. No quería seguirlos ni apartarme de mi camino. Ese miércoles 20 de abril de 2016, esos dos parecía que se dirigieran a mi casa: caminamos por la calle Coëtlogon, luego un pequeño trecho de la calle de Assas hasta la estatua de Mauriac en la esquina del hotel Lutetia, y atravesamos Raspail para entrar en la calle de Cherche-Midi. Durante todo ese trayecto, ellos prosiguieron con su tranquila conversación. En el cruce de Saint-Placide, dejando a su izquierda la placa en memoria de Huysmans, tomaron a mano derecha en dirección a la calle de Sèvres y la calle de Bac, donde murió Chateaubriand.

Cambié de maleta y a la noche regresé al aeropuerto de Roissy, compré los periódicos, que fui leyendo en el avión a México. En ellos se informaba de que los parisinos contestatarios pasaban la noche en pie en la plaza de la République, que tres soldados franceses habían muerto en Mali, adonde yo me planteaba ir, que unos fuertes movimientos sísmicos habían sacudido a Japón y Ecuador. Llegué de noche y la circulación era fluida. Después de aguardar dos horas en la

207 del hotel Milán, en el número 94 de la Álvaro Obregón de la Colonia Roma, empujé la puerta de la cafetería El Péndulo en cuanto esta abrió, en el número 86, y pedí una cerveza y un vaso de tequila, puesto que a todas horas está amaneciendo o anocheciendo en alguna parte del planeta. Millones de hombres y de mujeres salían en ese instante de sus sueños y abandonaban el lecho mientras que otros entraban en el suyo.

Después de haber almorzado en la Condesa me fui bastante lejos, a Tlalpan, para dar una conferencia en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Al día siguiente, con Philippe Ollé-Laprune fuimos en coche durante cuatro horas hacia el este, por esa carretera magnífica que sube hasta los tres mil metros en medio de volcanes nevados, y baja por desiertos de rocalla y bosques de altos cactus hasta la muy verde y lluviosa ciudad de Xalapa, donde dormimos en el Mesón del Alférez. A continuación partí hacia la costa en compañía de Rodrigo Fernández de Gortari y de Claudia Itzkowich-Schñadower.

En la terraza de La Parroquia, delante de la estatua a pie del emigrante español con su maleta y su boina, Claudia me explicaba que su abuelo, emigrante de la Europa del Este, había llegado enfermo a Veracruz porque había descubierto las piñas que vendían en las embarcaciones que se acercaban al navío todavía en mar abierto y se había atiborrado de ese fruto desconocido y suculento. Pasamos junto al monumento a la Revolución Mexicana en el que se recordaba que los Estados Unidos habían ocupado militarmente Veracruz durante algunos meses en 1914, hecho de armas en el que destacó el joven Douglas MacArthur, quien recibiría en Yokohama, treinta años más tarde, la rendición del Japón. Enfrente de los colores amarillo y blanco del hotel Mar y Tierra, se vendían ese sábado, debajo de los parasoles, muñecas hechas de conchas de moluscos, caramelos y cañas de pesca para niños. De pie en el extremo del rompeolas, con la mirada hacia el este, yo sabía que a mano derecha, más allá de Guatemala y Honduras, estaba la ciudad de Managua donde había comenzado este periplo once meses atrás. En ese muelle, a fines de octubre de 1936, Artaud se embarcó en el paquebote *Mexique* para ir a La Habana y Saint-Nazaire.

UN HERMOSO CHAFLÁN

Por la ligera vibración de las chapas, los pasajeros saben que el navío acaba de parar máquinas. El *Mexique* se desliza entre las balizas rojas y verdes en medio de dos espigones curvos como brazos acogedores, penetra en la esclusa y luego en la dársena, echa amarras y baja la escala de embarque sobre el muelle.

Llevando en la mano su maleta, en la que ha amontonado sus *Mensajes revolucionarios*, un Artaud alucinado se dirige hacia la estación transatlántica. Uno puede tomar el mismo camino atravesando hoy la base submarina. Ese centenar de metros ha sido recorrido antes que él por decenas de miles de seres anónimos y entre ellos reconocemos a algunos fantasmas. Ferdinand de Lesseps regresa en 1886 de Panamá con los planos del canal en su cartera. En 1925, Vladímir Maiakovski va a encontrarse con Diego Rivera y Frida Kahlo. En 1927, Miguel Ángel Asturias y Robert Desnos suben juntos a bordo del *Espagne*. Todos, impacientes, miran la hora en el reloj de la estación y Cendrars se toma el tiempo de escribir un pequeño poema:

> Esto es divertido
> Hace dos horas que llaman
> ¡Muelle de Orsay - Saint-Nazaire!

Los trenes llegan al borde del Loira, al final de la línea, desde el borde del Sena. Una plancha giratoria, bajo la locomotora, los reenvía hacia París. Después de los raids aéreos de 1943, solo queda del edificio la fachada y ese gran reloj flanqueado por dos estatuas de mármol copiadas de Miguel Ángel, *El Día* y *La Noche*, con las agujas detenidas a la hora de las bombas. La estación sigue en ruinas cuando el escritor colombiano Orlando Sierra Hernández se instala en el Building en 1995. Tiene treinta y seis años. Uno le intuye emparentado con el realismo mágico de su famoso compatriota. También él es periodista, en *La Patria*.

Mira las ruinas ferroviarias cuyos muros exteriores están cubiertos de telas blancas destinadas a ralentizar el desmoronamiento de las piedras. No es difícil deslizarse en su interior por la noche. Imagina que se cruza con los espectros que llenan las vías de tren

abandonadas, y que todos los nazarianos, cada noche recuperan allí en sus sueños su memoria hundida. Abandona la ciudad con un manuscrito inacabado, prosigue en Colombia con su carrera de periodista, en el 98 publica *Democracia, política y paz. Elecciones en el Eje Cafetero*. El tema es espinoso. Le dan un premio al mejor periodista de investigación y un tiro en la cabeza. En sus cajones encuentran *La estación de los sueños*. Diez años más tarde, cuando la estación iba a ser por fin restaurada para convertirse en teatro, junto al alcalde de la época, Joël Batteaux, habíamos sellado con paleta dentro de un bloque de concreto ahuecado un ejemplar en francés del libro de Sierra Hernández *La gare des rêves*, que permanecerá dentro de sus muros hasta el próximo bombardeo.

Ese hermoso chaflán que forma la esquina de la dársena y que veo desde mi despacho, está compuesto de pesados bloques de piedra acoplados, víctimas de grietas que comienzan con el rozamiento de los aparejos, pequeñas huellas en las que se puede ver un siglo y medio de gestos marineros y el encarnizado combate entre las fibras de cáñamo y las partículas de granito. Lo que hace a ese hermoso chaflán tan conmovedor, porque el espacio no es nada sin el tiempo, es saber que fue, si no contemplado, sí percibido al menos, aunque no fuera más que por prudencia, para no acabar en el agua, por todos aquellos que han pisado ese muelle, por el inmenso Rubén Darío, por Paul Gauguin, por Alejo Carpentier, quien descubrió estupefacto que en Saint-Nazaire se comía caballo.

Enfrente se alzaba hasta 2016 la gran Terminal Frigo, que Jean Rolin convirtió en título de un libro. Reinaldo Arenas detestaba esa terminal, marielito huido del régimen castrista se encontraba aquí, bajo su ventana, con las inmensas banderas rojas soviéticas en las popas de los barcos frigoríficos que venían a cargar bueyes congelados, de los que Europa era entonces excedentaria. Unos meses antes de partir hacia Nueva York para suicidarse, había escrito, en el décimo piso del Building, *Meditaciones de Saint-Nazaire*, que acaba con esta frase: «Solo quisiera pedirle a este cielo resplandeciente y a este mar, que por unos días aún podré contemplar, que acojan mi terror.»

El hermoso chaflán nazariano de Jean Rolin está un poco más al norte. Es el que se ve en el extremo del antiguo varadero del *Jean-Bart*, en la desembocadura del Brivet, rodeado de cañaverales y de cenagales relucientes durante la marea baja, cerca de donde se alza en contrapicado el gran puente de Mindin. Sin embargo, los dos compartimos esta preocupación de Malcolm Lowry expresada en *Ultramarina*: «¿Qué era pues lo que siempre nos atraía de los muelles? Solían estar desiertos, salvo algún barco de pesca, uno o dos

arrastreros, pero amábamos los olores de esos lugares, y sus ruidos. El puente levadizo, el toque de silbato del guardián de los muelles, la rapidez con la que encapillaba y soltaba las cadenas, todo eso adquiría un sentido muy particular en nuestras vidas.»

Cuando los Astilleros del Atlántico emprendieron, por tercera vez en menos de un siglo, después del *Normandie* y del *France*, la construcción del mayor paquebote del mundo, seguimos con Jean de vez en cuando los trabajos. El *Queen Mary II* nació el 4 de julio de 2002 con la puesta del primer bloque, n.º 502, del proyecto G-32. Un emisario de la naviera Cunard asistió a la supersticiosa soldadura de dos monedas de oro, una con la efigie de la reina de Inglaterra y la otra de Luis Felipe, último rey de los franceses. Con la espalda encorvada, pasamos bajo ese primer bloque entre filas de candeleros amarillos, para tener a la Reina en la palma de la mano puesto que, como nos recuerda Kipling, «The Liner she's a Lady».[24] El 21 de marzo de 2003, a las cinco de la mañana, el navío aprovechó la marea alta equinoccial para salir de puerto por primera vez. La neblina se había levantado. Desde lo alto del puente, en ese primer día de la primavera, yo veía todo el cielo moteado del oro y violeta de las nubecillas que cubrían como rebaño de ovejas el Petit-Maroc.

EN L'OCÉAN

Sin embargo, durante mucho tiempo seguí alquilando al otro lado del río una villa ruinosa, contigua a un estanque de peces bordeado por una pequeña plantación de bambú. Un invierno, en febrero, invité a Jean y Hans Christoph Buch a venir a respirar la alta muralla amarilla de mimosas que había plantado para aislarme. En primavera, leía en una hamaca bajo las acacias y los eucaliptos. En las noches de junio circulaba por el bulevar del mar deslumbrado por el sol rasante. El parabrisas se cubría de un puré de insectos. Su número ha decrecido, así como el de los pájaros que se los zampaban. Después de diez años yo seguía creyendo que esa soledad era un privilegio. Al final de la jornada, los gorriones se buscaban un lugar en los árboles para pasar la noche protegidos de los depredadores. Algunos de ellos habían ido durante el día hasta la playa, al final de la avenida, y piaban sus peligrosas expediciones, al parecer exagerándolas un poco.

En el verano de 2013, llegué aquí con Yersin, la bella aventurera. Nos conocíamos desde el mes de octubre. En diciembre yo partí hacia Polinesia. En enero ella estaba en California. La mañana de su regreso hablamos por teléfono desde dos terminales del aeropuerto de Roissy. Ya en la sala de embarque, yo habría roto los cristales con tal de estrecharla entre mis brazos. Me iba a Colombia, ella llegaba a París y luego partía a Suiza. Habíamos acampado durante algunos meses en mi chamizo parisino. Ese verano ella ve por primera vez la casa de L'Océan cuyos despachos nos repartimos. Yo escarbo en mis archivos mexicanos. A la noche en la cama le leo en voz alta. Descubrimos que hemos estado en las mismas ciudades en épocas diferentes, y que los dos aprendimos español en Cuba, después de eso ella se fue sola a la Amazonia, más tarde tradujo la obra colombiana clásica de Jorge Zalamea: *El gran Burundún-Burundá ha muerto*.

Prepara entonces para las ediciones Macula la primera versión francesa de *El arte industrial tardorromano*, de Alois Riegl, que no es precisamente una novelita policiaca, género por otra parte que ella consume en abundancia al final de sus jornadas de estudio. Se pone mis viejos vaqueros, que le quedan por la pantorrilla. Hemos limpiado y puesto un poco presentable la ruina, comemos en el jardín, cenamos

en la terraza, a veces vamos a nadar, pedaleamos hasta Tharon-Plage. Yo le enseño los alrededores, de Guérande a Pornic, lugares a los que no he ido en años. Soy incapaz de llevarla al Lazareto, que está tan cerca, ni de señalarle los escalones sobre los que el pequeño monstruo se acurruca junto al gran chiflado y recita su letanía.

Sentado en el Jade, convertido ahora en Acapulco, le cuento historias no siempre divertidas, le muestro enfrente la villa Ty-Milo. Después de una vida de peluquero trotamundos a bordo de transatlánticos, Émile Farcouli ganó la Lotería Nacional con la que pudo instalar su salón aquí. Fanfarrón meridional, de sesenta años de edad, peinaba durante la guerra a las zorras de lujo de los oficiales alemanes, hacía bromas sobre el mariscal y el Führer. En marzo de 1943 fue convocado a la Kommandantur de Nantes. Sus amigos le habían aconsejado que se escondiera. Él tomó el autobús y desapareció. Después de la Liberación, un antiguo deportado se acordaba de haberlo visto por última vez en Buchenwald, donde cortaba el pelo.

Aislado del mundo por esta explosión de alegría y ganas de vivir, yo leía sin embargo la prensa. Habíamos llegado a L'Océan un poco antes del golpe de Estado en Egipto de principios de julio, nos enteramos del resultado de las presidenciales en Mali y la elección de Ibrahim Boubacar Keïta, recogimos alrededor del estanque las primeras setas de finales de agosto, tras las tormentas, vimos cómo los días empezaban a acortarse y las ardillas a cargar hasta las ramas sus primeras reservas, y cerramos nuestros equipajes. Yo me preparaba para irme a México.

Encerrado en el estudio de La Condesa, todo eso, ese jardín, esos paisajes, resultaba tan lejano que me parecía volver a verlo mucho tiempo después de mi desaparición o en ese lapsus durante el que la conciencia poco a poco se desvanece, de regreso por una suerte de subterfugio o alfombra voladora a aquellos años en torno al segundo milenio. Yo estaba solo en esa casa cuando me enteré de que Loulou iba a morir en pocas horas. Había llegado a tiempo. Le habían retirado la inútil mascarilla de oxígeno. Yo había pronunciado con voz fuerte esa palabra que no puedo escribir, con la que los niños llaman a su padre, esperaba que esas dos sílabas se abrieran camino en medio del desorden neuronal, del revoltijo de sinapsis en vía de desconexión. Un último estertor en busca del aire que falta, el cuerpo arqueado y luego relajado de golpe, la mirada vidriosa. Solo el tumor vivía todavía en lo hondo de su cerebro, al que su victoria matará a su vez. Paul es el único hombre al que he visto morir y mi hijo, Pierre, el único que he visto nacer.

Una mañana de ese mes de diciembre de 1998, me encontré acompañado de dos obreros y un oficial del registro civil cuya presencia era requerida. Uno de los dos albañiles llevaba un jersey de tela jacquard roja tricotado quizá por su mujer, en todo caso por alguien que le tenía manía. Él me había dicho que por la lectura de los papeles que tenía en la mano, había que prepararse para lo peor. En el fondo de esa cripta reposaba Eugénie-Alexandrine Pathey, y encima de ella, su esposo. Yo le había pedido que redujera esos cuerpos para dejar lugar al hijo de ambos. Esas inhumaciones databan de los años setenta. Entonces se consideraba absolutamente moderno meter los restos mortales en fundas herméticas. Él ya había visto eso.

Después de forzar los féretros, extendieron los dos sacos de plástico blanco sobre la lápida y los entreabrieron. El jugo negro corría sobre la gravilla. El policía municipal se alejó para no vomitar y yo le seguí. Observamos de lejos bajo el aire helado los movimientos del jersey rojo de tela jacquard, que quizá el hombre solo llevaba en esas ocasiones. En los archivos de Monne, encontraría más tarde una factura del 27 de septiembre de 1930, que mostraba que la preocupación por los muertos era entonces más juiciosa. La carpintería Crépin-Moncomble, en el número 26 de la calle del Gouvernement de Saint-Quentin, tenía el encargo de expedir el cuerpo de Alexandre Pathey a Chailly, donde se uniría al de la niñita de blanco venida de El Cairo, muerta un año antes: «Un féretro de roble de primera clase, forrado de zinc y provisto de llave de aire, un transporte.»

Ese 14 de diciembre de 1998, cuarenta y un años después de que Loulou se alegrara de ser por fin padre, entré solo en la casa de L'Océan. Había releído esta frase de Artaud, que había anotado hacía mucho tiempo, pues sabía que un día me sería útil: «Otro ser ha salido de ese cuerpo. Y por primera vez en la vida, ese padre me ha tendido los brazos. Y yo que me siento incómodo en mi cuerpo, he comprendido que él se había sentido incómodo toda la vida en el suyo y que existe una mentira para protestar contra la cual hemos nacido.»

Me resulta difícil recordar el rostro de Loulou, pero hablamos con frecuencia, nos separamos en la mañana sabiendo que nos veremos una de las noches siguientes en uno de esos raros sueños que perduran y que son recurrentes, sueños en lugares imaginarios que uno sabe que debe abandonar al despertar, pero con la seguridad de que pronto volverá a ellos, acechando a veces la reminiscencia de un detalle que emerge como un pez desde el fondo, que uno siente llegar y que, justo antes de alcanzar la superficie, como espantado por la luz, da la vuelta y desciende de nuevo hacia las profundidades, para agazaparse entre el lodo y las hojas muertas a la espera del instante propicio, o bien muere lentamente en el fondo del hipocampo.

PEQUEÑAS HUELLAS

Leyendo *L'Indépendant* del viernes 14 de octubre de 2016 me enteré de que seis soldados franceses habían sido heridos la víspera en la ciudad maliense de Abeïbara cuando su blindado ligero pisó una mina. También se leía en la página 5: «Rusia se compromete a entregar armas a Mali para reforzar su dispositivo de lucha contra el terrorismo.» En la región de Kidal, el jefe tuareg Cheikh Ag Aoussa había muerto en un atentado. Un cooperante humanitario estadounidense había sido secuestrado en Níger y trasladado a Mali después de abatir a su guardaespaldas. Doce hombres atacaron la prisión nigeriana en la que había yihadistas detenidos y luego huyeron hacia Mali. Nuestro embajador, Gilles Huberson, a punto de dejar su puesto para trasladarse al más apacible de la isla Mauricio, se había negado a ayudarme a llegar a Tombuctú.

Vista de lejos, la situación no me parecía tan confusa. Yo quería ver la ciudad en la que René Caillé, después de haber abandonado Paimbœuf y navegado por el Loira a lado de *La Méduse*, y de haber estudiado el árabe y el Corán en Senegal y Mauritania, y leído en el libro de Ibn Batuta la descripción de Tombuctú, una ciudad prohibida para los cristianos, había sido el primer europeo en entrar en ella, disfrazado, en 1828, como más tarde entraría Richard Burton en La Meca. Más tarde todavía, el teniente coronel Jean-François Klobb abandonaría Tombuctú en persecución de los oficiales Voulet y Chanoine. Y Alexandre Pathey se enteraría de su muerte en las páginas de *L'Abeille d'Étampes*. Yo estaba acuartelado en la habitación 211 del hotel Azalaï Salam de Bamako, uno de los tres establecimientos para viajeros que tenían medidas de seguridad obligatorias después del ataque y la toma de rehenes del Radisson Blu, que causaron veinticinco muertos en noviembre de 2015, una semana después de los atentados de París.

Yo había tenido noticias del ambiente en Tombuctú por el fotógrafo Chab Touré, que venía de allí. Un asaltante solitario, que había atacado a dos hombres de la Minusma, la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas

en Malí, había sido abatido hacía dos días. Habían puesto de nuevo una placa en la casa de René Caillé, ahora bilingüe, en francés y árabe. Había niños que pisaban minas. Los islamistas se movían como pez en el agua en medio de una población que detestaba a la policía corrupta que estaba de vuelta en la ciudad. Desde su derrota, toleraban los bares y la música, a la espera de su revancha.

En esos días tenía lugar en La Haya el proceso contra Al-Faqi al-Mahdi, jefe de la policía islámica que había hecho destruir los mausoleos. Este había sobrepasado las consignas, y sus exacciones, así como la destrucción de los documentos antiguos de la biblioteca, habían ayudado simbólicamente a la puesta en marcha de la intervención militar, como la voladura con dinamita de los Budas de Bamiyán en Afganistán y la del arco de triunfo de Palmira en Siria. Según Chab, si el riesgo de atentados era tan elevado en Bamako como en Tombuctú, el de secuestro era aquí mucho más considerable para un francés. Yo le tranquilicé. No pensaba fugarme del bunkerizado hotel Azalaï de noche a lomos de un camello.

Él me decía que en la primavera de 2012, los tuaregs habían sido bastante bien acogidos, luego llegaron detrás de ellos los yihadistas, unión heteróclita de veteranos de la guerra civil de Argelia y de los combates de Oriente Medio, marxistas de la vieja escuela y neosalafistas. Entre ellos había jefes de guerra aventureros, héroes sombríos como el tuareg Iyad Ag Ghali, fundador del grupo fundamentalista Ansar Dine, que había huido de Mali en los años setenta, había combatido en la Legión de Gadafi en el Chad y luego en Líbano junto a la OLP, y que había abandonado Beirut en 1982 con Yasser Arafat rumbo a Túnez. En 2013, la Operación Serval había detenido su progresión hacia el sur y los había empujado hacia el desierto. Los habitantes de Bamako, eufóricos, compraban a lo largo de las avenidas, junto a los negocios de plantas en macetas, las dos banderas, francesa y maliense, y las cosían juntas. La exaltación cesó cuando el comandante del Serval le negó al ejército maliense el acceso al norte, por temor a las represalias que pudiera ejecutar.

En mayo de 2014, el primer ministro Moussa Mara decidió aterrizar allí a pesar de todo. Manifestaciones pro-Azawad y disparos le obligaron a refugiarse en el campamento de la Minusma antes de regresar a Bamako. Los funcionarios y prefectos que dejó detrás de sí fueron asesinados. La operación militar lanzada en represión unos días más tarde había fracasado. Las tropas malienses huyeron y la situación era de nuevo explosiva. Escuchando a Chab, se me aparecía la imagen de los rubios paisajes del Sáhara más allá de Kidal y los precipicios rojos de Tassili n'Ajjer, y luego del oasis de Djanet y de la frontera libia, que no había vuelto a ver desde los años ochenta, ni contaba con hacerlo a corto plazo.

Durante esas jornadas, en las que estallaba en Irak la batalla de Mosul para desalojar al ISIS, yo salía poco, daba vueltas a la habitación, hacía llamadas y miraba más allá del parking y de la garita del control de seguridad el complejo ministerial, que había sido un regalo de Gadafi, como regalo suyo fue también el gran huevo de avestruz del hotel Corinthia de Jartum. La ofensiva yihadista en Mali era la consecuencia de la guerra librada en Libia con pretextos tan falaces como los de la invasión de Irak, y de la dispersión de su armamento en beneficio de la Al-Qaeda del Magreb islámico, fundada por Mokhtar Belmokhtar, de quien no se sabía si todavía estaba vivo. Yo leía tumbado en la cama, acumulaba largos de piscina y disfrutaba de la extrema cortesía de los malienses, «¿cómo está usted, todo bien en casa?». Las buenas maneras, junto a la galantería y al cuidado de los muertos, representan el más alto grado de la aventura humana y esa delicadeza cortés contaminaba felizmente hasta a los soldados nigerianos que recorrían huraños los pasillos.

Tan solo un sudanés con un pronunciado callo en la frente parecía insensible a esas atenciones. Yo había intentado entablar una conversación con él, que pretendía haber venido aquí tan solo para hacer turismo y se lamentaba de que no le hablaran en árabe. Yo le había respondido que se escuchaba hablar tanto en bambara como en francés. Él se pasaba las tardes bebiendo café junto a la barra en la que aguardaban, sentadas en altos taburetes, pequeñas putas de vestidos coloridos y masajistas rusas, cerca de una pared en la que había un mapa del antiguo Sudán francés alejado del mar, con su forma geométrica de diábolo desequilibrado, que en 1960 -tras el fracaso de la federación con Senegal, rechazada por Senghor por miedo a los marxistas de Bamako- se había convertido en el actual Mali, palabra que es también uno de los nombres del hipopótamo en bambara.

Una noche, en la Villa Soudan al borde del río, me encontré con Bruno Sicard, quien desde hacía mucho se pasaba la vida entre Francia y Mali. Hablamos de sus investigaciones en cronobiología, yo le pregunté por la eventual relación entre hipermnesia e inmovilismo, evocamos la aceleración de la vida humana que, a fuerza de desplazarse demasiado por el espacio y demasiado deprisa, hacía que fuéramos mutantes sin reloj biológico. Me habría gustado abordar con él las investigaciones de la neurogenetista Isabelle Mansuy, en Zúrich, las cuales demostraban la transmisión hereditaria de los traumas de guerra, mediante modificaciones y metilaciones epigenéticas de las células reproductoras del hombre, una transmisión de la que yo creía ser víctima. Él me contaba que poseía una casa junto al agua río arriba, a una o dos horas de barco, en medio de un paisaje conservado, donde un día podríamos reanudar nuestra conversación.

En ese año 2016, el calentamiento climático producía efectos benéficos en Mali y en la zona subsaheliana, donde las lluvias habían sido abundantes. Estas habían permitido la extensión de cultivos y pastizales, extensión de todos modos insuficiente para equilibrar la explosión demográfica. Yo veía fluir cerca de nosotros el negro Níger bajo la noche silenciosa, manchado por la luz de las lámparas. Se dirigía lejos hacia el norte, antes de dar la gran curva que le llevaría a descender hacia Nigeria y el Estado de Kwara, en el que yo había permanecido diez meses antes de llegar a Kano y luego a Maïduguri, más al este, es esa zona de las cuatro fronteras de Níger, Nigeria, el Chad y Camerún, donde oficiaba el grupo fundamentalista Boko Haram, en cuyo nombre se puede escuchar la prohibición del alfabeto.[25]

Una semana después de mi llegada, otro jefe tuareg, Tali Ag Tintaba, era ejecutado en Aguelhok en uno de esos arreglos de cuentas que tienen más de mafiosos que de políticos. Hay un tráfico de polvo blanco y de polvo negro, de armas y de esclavos, en esa larga línea horizontal que va de Mauritania a Sudán. Búsquedas de tesoros yihadistas que escaparon a los bombardeos de la Operación Serval sobre la frontera argelina. Lavado de oro clandestino y aterrizajes de Air Cocaína en el desierto, guerras en el seno de los cárteles colombianos de Bamako. Esa ciudad fue ya durante la Segunda Guerra Mundial el escenario de novelas de espionaje cuando Francia puso allí a recaudo «un stock muy importante de oro», del que todas las potencias intentaban apoderarse y que De Gaulle trataba de defender: «Se trataba del metal precioso almacenado por el Banco de Francia, por cuenta propia y por la de los bancos del Estado belga y polaco.»

En Mali se condensaba toda la confusión del planeta, en el que los servicios especiales se disparaban entre sí para desviar el dinero de los rescates de los empleados de las empresas Vinci o Areva que habían sido secuestrados. Ese 20 de octubre de 2016, quinto aniversario de la ejecución de Gadafi, *L'Indicateur* volvía a hablar sobre sus terribles consecuencias y citaba fragmentos del discurso del primer ministro francés en el Parlamento, la víspera, recordando que sin la intervención militar «una parte del continente africano habría caído» y «habríamos asistido a masacres en masa. Hoy tendríamos un califato en el corazón de África». Las elecciones presidenciales se acercaban y la extrema derecha en Francia estaba a la cabeza de los sondeos, sostenida por los atentados islamistas. Después de mi regreso de México en abril, una pareja de policías había sido asesinada en su casa en Magnanville, el 13 de junio, por Larossi Abballa. El 14 de julio, en Niza, la noche de la fiesta nacional, Mohamed Lahouaiej-Bouhlel había lanzado un camión contra la muchedumbre y matado a ochenta y seis personas. El 26 de julio, cerca de Ruán, Adel Kermiche y Abdel

Malik Nabil-Petitjean degollaron al padre Jacques Hamel mientras decía la misa en la iglesia de Saint-Étienne-du-Rouvray. En abril de 1975, la guerra civil en el Líbano había sido desatada por unos asesinatos durante la inauguración de una iglesia. La represalia en ejecuciones iba a durar quince años.

Una mañana, a las siete en punto, el general Patrick Gournay me envió a un teniente coronel y un chófer a bordo de un coche sin distintivos. Nos presentamos en el Badala, que no es uno de los tres hoteles con medidas de seguridad obligatorias. Los militares iban suficientemente equipados para defenderse. Esas lindas olitas de arena que el viento desliza sobre las dunas, los barjanes, habían prestado su nombre a la operación lanzada el 14 de agosto con el propósito de actuar sobre el conjunto del G-5 de la región del Sahel: Mauritania, Mali, Níger, Chad y Burkina Faso. Esa mañana eran una treintena los «barjanes» que tomaban café en la terraza, en medio de los jardines floridos.

Jefe de la misión en Mali, el general venía del Estado Mayor, donde estaba a cargo del personal, que en las tres cuartas partes del ejército francés es contratado. También tenía que gestionar el material. Los dos VAB destruidos la semana anterior, esos vehículos con la delantera blindada, tenían cincuenta años. A veces se llegaba a los sesenta grados en el interior de ellos. En el norte, durante las acciones, solo estaba climatizada la tienda médica así como la sección psiquiátrica. Desde la instauración del estado de excepción en Francia, esos jóvenes pasaban de ser barjanes a ser centinelas, alternando combates en el desierto y rondas por estaciones y aeropuertos. Hacía una hora que había amanecido. Estábamos sentados delante de la ribera del gran Níger todavía inundada, donde muy pronto serían cultivadas parcelas hortícolas. Los pájaros revoloteaban por encima de las piraguas y de los lirios acuáticos, como si estuviéramos a la orilla del Ogooué o del Congo, en una lejana zona que no es un frente.

Si bien el general se lamentaba de no tener un enemigo de uniforme que respetara los acuerdos de la convención de Ginebra, al menos aquí sus hombres podían combatir y contraatacar. Él había sido casco azul en Líbano, donde había que esperar a recibir un balazo para tener derecho a responder. Yo no iba a grabar nuestra conversación ni a citar ninguna de sus frases entre comillas, le expliqué que hacía meses que venía circulando por Francia y buscando lejos de ella huellas de ese país al que amaba inmoderadamente, intentando comprender un poco, entre otras cosas el enigma familiar que intentaba resolver, y que en anteriores ocasiones se me habían hecho confidencias en secreto y nunca las había traicionado. Ese mismo compromiso era el que adoptaría con los otros militares con los

que iba a encontrarme, entre los cuales estaba el agregado militar Didier Jamme, a quien vería en su despacho de la embajada.

Ese coronel se ocupaba de la delicada misión de las relaciones entre el ejército maliense, la Minusma y el operativo Barján. Era el único agregado de defensa europeo en medio del gran juego diplomático, con los rusos y los americanos emboscados, los cuales verían con buenos ojos un fracaso de los franceses. Yo acababa de copiar unas frases del semanario maliense *Les Échos*: «No hay sombra de duda sobre el interés de Francia por nuestro país en el plano político, económico y de seguridad. La crisis política y de seguridad de 2012 vino a confirmar esa atención especial, particularmente con el aumento de la presencia de la antigua potencia colonial. Hoy día, otras naciones tienen la mirada puesta en Mali. Los Estados Unidos, a través de las recientes palabras de su embajador en Bamako, han dado señal del papel que podrían verse arrastrados a representar en el tablero político de Mali. Alemania y Rusia acaban de indicar la importancia que dan a nuestro país con la materialización de la visita de la canciller alemana a Bamako y la del representante especial para Medio Oriente y África del presidente Putin.»

Algunos de esos militares me confiaban fragmentos que yo juntaba. Si bien Francia tenía bajo control el norte y Kidal, la situación se había degradado en el centro, donde los movimientos yihadistas habían matado a más de cien hombres de la Minusma. Alrededor de la ciudad de Mopti, los conflictos entre ganaderos de la etnia peuls y agricultores se habían avivado. Los acuerdos firmados entre los rebeldes tuaregs y los árabes no se habían aplicado. Miembros de la Comisión para la Paz eran narcotraficantes a media jornada. Argelia, que de momento no podía explotar ciertas zonas mineras del norte, prefería que estas permanecieran inaccesibles para los demás. Se lamentaban de la inactividad de Ibrahim Boubacar Keïta, a quien llamaban IBK, igual que se decía LDK en el Congo en los tiempos de Laurent-Désiré Kabila, aunque reconocían que aquel no podría hacer gran cosa. Estas nuevas guerras eran también conflictos de inteligencia informática. En ese terreno, solo un puñado de potencias estaba en condiciones de enfrentarse.

Francia mantenía la Operación Serval en Mali, la Sangaris en Centroáfrica, la Barján en el Sahel y los ataques aéreos en Siria e Irak. La formación de las FAMA, Fuerzas Armadas Malienses, seguía su curso, pero hacía falta partir de nuevo de cero después de la derrota de 2014. Así que se compraban los grados de oficial como los cargos en el Antiguo Régimen. El objetivo era que este nuevo ejército fuera ya capaz de defender sus cuarteles. Los militares me recordaban que todo eso llevaría años, que un ejército está formado también de memoria y leyendas, que más allá del manejo de las armas se les había

enseñado la historia de la misión del coronel Flatters y su caravana, y que las tropas preposicionadas en Gabón, Chad y Yibuti eran cajas negras que guardaban memoria de esas viejas historias del ejército francés que eran míticas desde el siglo XIX, las de Camarón y Sidi-Brahim, derrotas en las que los hombres habían muerto de pie sin retroceder jamás.

Comimos con Évelyne Decorps en la Residencia de Francia, a la que había invitado a intelectuales malienses susceptibles de ilustrarme. Ella acababa de llegar a Bamako, antes era embajadora en N'Djamena, la capital del Chad y corazón de la Operación Barján. Hablamos de este continente que yo recorría desde hacía más de treinta años. Me dijo que quería darle un aire nuevo a aquella casa tan decrépita. Acababa de comprar manteles, quería cambiar el mobiliario, las cortinas, talar algunos árboles para darle más luz, y sus gustos resultaban razonables.

Los embajadores permanecen en el puesto varios años. En el curso de su carrera, habitan un número limitado de Residencias y el azar ha querido que yo visite muchas de ellas. Ese era mi lado Jean Giraudoux, que fue en 1934 el primer inspector general de puestos diplomáticos y consulares, en el tiempo en que Saint-John Perse era secretario general de Asuntos Exteriores en el Quai d'Orsay, y en el que la diplomacia francesa todavía era una disciplina literaria.

Por su extraterritorialidad tan novelesca, yo amaba esos islotes de Francia diseminados como los lejanos territorios de Guadalupe y Martinica, de la Guyana y La Reunión, la isla Mayotte, Tahití y las Tuamotu, las islas Marquesas y las Gambier, Saint-Pierre-et-Miquelon, Wallis y Futuna, Saint-Martin y Saint-Barthélemy, Nueva Caledonia, las tierras australes y antárticas, Bassas da India, la isla Europa en el canal de Mozambique y las islas Gloriosas, las de Juan de Nova, Tromelin y Clipperton. A ellos les debía Francia el ser la segunda zona marítima mundial después de los Estados Unidos. Una modificación de las zonas de exclusividad, adoptada por Naciones Unidas, la convertiría en la primera y desataría una guerra invisible y feroz.

Tomamos el café en el jardín. En ese almuerzo participaba Jean-Marie Milleliri, especialista en medicina tropical e historiador. Hablamos de Gabón y del hospital de Schweitzer en Lambaréné. Jovial y entusiasta, quería aprovechar mi presencia en la ciudad para dar una conferencia que acababa de redactar, *Alexandre Yersin, explorador y pasteuriano*. Acepté asistir a ella sabiendo ya lo que eso me iba a costar. Durante dos horas, en vez del hermoso rostro austero del genial barbudo, lo que yo tendría en mente sería el sonriente rostro de aquella a la que había conocido, no por la casualidad del pinchazo de un neumático, sino por la publicación de una novela.

Ella me había enviado una carta después de haber leído el libro. Nos encontramos en la brasserie del Lutetia. Los dos habíamos dormido en ese hotel en épocas diferentes, ella como homenaje a su antepasado. En cuanto a mí, quería verificar que desde la habitación de la esquina del sexto piso se veía bien tanto la plaza Boucicaut como la Torre Eiffel. A los diecinueve años, ella se había ido sola a Asia, siguiendo los pasos de aquel hasta la ciudad vietnamita de Nha Trang. Eso era en 1994. Yo emprendí más tarde ese mismo viaje.

Esa noche, en la habitación 211 del hotel Azalaï, yo volvía a vernos en el Lutetia bajo el esplendor de lo que comienza y el roce de los dedos, como me suele pasar cuando estoy lejos de ella, durante las horas de insomnio en las que soy capaz de escuchar esas canciones de una tristeza de llorar que también son Francia, como «El himno al amor», soñando con escribir después de aquella *Vida de Alexandre* una *Vida de Véronique*, durante esos amaneceres en los que no hay nada más cierto que la ausencia de un cuerpo alto, de unos suaves cabellos negros y de los pequeños empujones con la cabeza contra mi hombro levantando el mentón, para enroscarnos todavía más, y la voz desgarrada de Piaf:

> Je renierais ma patrie…
> Si tu me le demandais.[26]

Porque puede que ella sea una bella espía suiza, encargada desde hace cuatro años de captarme para los servicios secretos de la Confederación. La antigua Dirección de Vigilancia del Territorio francesa siempre estuvo muy atenta a las parejas mixtas.

UNA VIDA DE MONNE

En suma, mi tía exigía a la vez que se aprobara su dieta, se la compadeciera por sus sufrimientos y se la tranquilizara respecto a su futuro.

PROUST, *Por el camino de Swann*

El viernes primero de marzo de 2013, las autoridades vietnamitas me habían invitado al setenta aniversario de la muerte de Alexandre Yersin. Alrededor de su tumba de color azul cielo, en Suôi Giao, se alternaron discursos comunistas y ceremonias budistas en homenaje a quien era honrado como bodhisattva, como alguien embarcado en el camino de Buda, en una pagoda no lejos de allí. De regreso a Nha Trang, en el hotel Yasaka, cerca del Instituto Pasteur, me esperaba un mensaje anunciándome la muerte de Monne. Este me informaba de que el entierro tendría lugar el miércoles a las tres de la tarde. Calculé que a esa hora serían las diez de la noche en Hong Kong y decidí pensar en ella. Esa noche, había salido del barrio de Sheung Wan para ir a encontrarme con un fotógrafo alemán en el Foreign Correspondent's Club, donde se exponían reportajes de guerra. Él me informó de la muerte de Hugo Chávez en Caracas.

Desde su llegada a Mindin, cincuenta años antes, Monne no había vuelto a moverse de allí, vivía encerrada. Mientras que su hermano hacía una carrera y subía escalones, convirtiéndose en director de hospital, ella había estado dando clases particulares en su casa. En Moissac, había dado clases durante la guerra y había abandonado la ciudad con este viático escrito el 9 de noviembre de 1945: «La directora de la Escuela Genyer de Moissac, que ha tenido como adjunta para los Cursos de enseñanza elemental, durante el año escolar 1944, a la señorita S. Deville, no puede por menos que encomiar la devoción y la conciencia profesional de esta joven.»

En Sorèze, Monne se consagró a la lectura de novelas y a la beneficencia, y abandonó la ciudad con este otro viático, de fecha 22 de septiembre de 1951: «Subrayo y certifico que la señorita Simonne

Deville presta desde hace 6 años su ayuda desinteresada a las monjas de St-Vincent-de-Paul en la distribución de comida a los viejecitos de la Entraide Sorézienne, siempre con la misma bondad y amabilidad, y con una devoción idéntica hacia cada uno de ellos, los cuales se sienten felices de testimoniarle con ocasión de su partida de Sorèze, cosa que lamentan, su más sincero reconocimiento.»

Monne se casó más bien tarde, jamás tuvo hijos, continuó viviendo cerca de sus padres, se quedó viuda en la villa Turquesa, a la que ella había puesto nombre, sola en medio de los muebles y los objetos de sus familiares muertos y hablándoles a sus fantasmas, visitaba el cementerio donde reposaban y la esperaban tres de los miembros de la pequeña banda de los cuatro. Ella me pidió, haciéndose un lío en el cálculo, que no me olvidara de renovar la concesión perpetua cincuenta años después de su muerte. Yo no le respondí que, si no moría antes que ella, las posibilidades de que yo la sobreviviera cincuenta años eran muy escasas. Ya no salía de su despacho, con sus dos mesas, el sofá y la biblioteca. Era una vieja dama de cabellos blancos y gafas de montura dorada que hacía crucigramas y recortaba artículos de los periódicos, que terminaban en un lugar misterioso donde nadie había entrado desde hacía años, al que ella llamaba «el cuarto del fondo», o bien «ahí al fondo». Siempre fue la buena alumna del colegio de Saint-Ursule de Dôle, que llevaba al mediodía sus cubiertos de plata. Puede que, de cuando en cuando, pensara en el guapo español de Bram.

Con más de noventa años, después de tener una caída en la que se rompió los dientes y acabó con el rostro lleno de hematomas, la paseamos por los hospitales de Saint-Nazaire, Paimbœuf y Pornic, y finalmente la dejamos en el Lazareto de Mindin, donde ella me contó un sueño antes de mi viaje a Asia, era en Sorèze, una mañana, su padre estaba de regreso del cautiverio, con su uniforme, de pie delante de la puerta, y la tomaba en sus brazos. Al leer sus archivos me di cuenta de que la escena no era en Sorèze sino en Bram. Ella se dejó morir, de nada, de lasitud, de saber que nunca volvería a su despacho ni a sus archivos, a esos «cuartos del fondo» que eran su memoria y su monstruoso hipocampo externo.

LOS ARCHIVOS

Algunos días después de nuestra llegada a L'Océan, cuatro meses después de la muerte de Monne, entré en la villa Turquesa. Avancé por los tres cuartos del fondo con la precaución de un egiptólogo, un poco inclinado hacia delante.

Después de la acumulación de los últimos años -botellas de cristal y de plástico a la espera de un eventual reciclaje, productos alimenticios de supervivencia caducados, utensilios y tarros, vajillas, cubiertos, botes para conservas y ampollas de Débrumyl, un psicoestimulante contra los «problemas de memoria, de adaptación y de atención»-, apareció un montón de ropa desechada desde hacía décadas, que se remontaba hasta mi infancia, guardada en cajas planas de cartón donde estaban mis disfraces de carnaval y mi espada de madera de Caballero Negro, y luego los atuendos estrafalarios de las generaciones pasadas, vestidos, sobretodos, sombreros de hombre y de mujer y al fondo de todo, los baúles cuyo contenido había permanecido durante años en las cajas del Crédit Lyonnais, esos archivos de cuatro generaciones durante las tres últimas guerras que Francia había conocido y que incluían hasta facturas de gas y cuadernos escolares.

De aquella inmensa leonera, extraje yo al azar tres metros cúbicos de archivos con la idea de revisarlos un día. Unos baúles militares de madera conservaban reservas de papel en blanco, cuadernos nuevos, mazos de papel de carta, de papel secante, tinta, bolígrafos, lápices y gomas, toda una papelería destinada a consignar los diarios íntimos de una próxima guerra, junto a los que había litros de aceite para cocinar, kilos de azúcar, bidones de lejía y pastillas de jabón, y seguramente Monne habría preferido amontonar todos esos tesoros al fondo de un refugio atómico hundido en las arenas de Mindin, como los búnkeres del muro del Atlántico.

Yersin me ayudó a meter esos tres metros cúbicos en un cuarto de baño en desuso de la casa de L'Océan. Si bien logré salvarme de la munición de guerra no percutida que estaba diseminada en medio de ese desbarajuste, no pude evitar la caída de un asador que me hizo un

corte en el brazo, ni la explosión de una polvera, un gran bote metálico redondo que yo me había esforzado en abrir y de la cual salió una nube de humo color rosa pálido. La noche siguiente empecé a sangrar por la nariz y por la garganta durante el sueño y seguí haciéndolo de rodillas en el baño. El especialista nazariano que me recibió de urgencia intentó cauterizar con electricidad la hemorragia. La primera tentativa fracasó. Me envió sanguinolento a la sala de espera en medio de los inquietos pacientes. En la terraza del restaurante Skipper, en el puerto, delante del hermoso chaflán, me encontré con Yersin, que se partió de risa al ver mi camisa manchada y mi tez lívida, antes de que pidiéramos dos copas de vino de Quincy.

TABA-TABA

> ¿Con qué podría él estar soñando cuando permanecía inmóvil durante horas con una loca actividad en la cabeza y un ligero vaivén en el busto? Verlo así me producía vértigo y, de golpe, empecé a sentir un miedo horrible de él.
>
> CENDRARS, *Moravagine*

Cuando sacó de su pequeña biblioteca el libro *Moravagine* para aconsejarme su lectura, la historia de un loco con la pierna derecha torcida, ¿pensaba Loulou en esa cita, en Taba-Taba con su hermosa jeta de profeta, en su pinta de náufrago de la balsa de *La Méduse*? Después de pasarme más de un año con la concha de escayola, volví a aprender a caminar a principios de los años sesenta. La operación del joven cirujano bretón había salido bien, pero la articulación no me dejaba hacer más que movimientos en línea y no podía abrir la pierna. Yo me quedaba sentado junto a Taba-Taba en los escalones de la puerta monumental.

En consecuencia, y durante décadas, quise viajar como un loco de puro miedo a volver a la inmovilidad antes de haber agotado todos los lugares del atlas. El injerto de mi infancia se consumía tratando de mantenerme en equilibrio. La pierna derecha no me sujetaba ya. Las cosas empeoraron en Asia. Después de haber pasado el verano en L'Océan, partimos juntos a Vietnam en diciembre, nos alojamos en el Yasaka, en esa ciudad de Nha Trang a la que Véronique regresaba ahora tras sus propias huellas, después de la primera vez que llegó siguiendo los pasos de su antepasado. Nadamos delante del hotel. Su bikini era azul con motivos florales. Una ola le sacó de la copa el seno derecho. Señalé con el dedo su pezón al descubierto, arrugado por el agua fría:

«Tú no me miras, así que hago el payaso», dijo ella riéndose, con los cabellos chorreantes.

Habíamos emprendido un largo paseo por el bulevar del mar y cenamos en un restaurante de pescados, al día siguiente fuimos a Dalat por carretera, luego a Hanói en avión. Nos bajamos en el Hô-

Chi-Minh-Ville. Ella quería acercarse al mercado Yersin, para comprar unos cuchillos. Yo seguí a esa alta tijera de piernas infinitas hasta el zoológico, donde me senté en un banco, agotado. Regresamos en taxi a la casa de invitados del consulado general, que fue la residencia de los almirantes de Saigón, única villa que permanecía en pie, junto con la casita de la Escuela Francesa de Extremo Oriente, en medio de los rascacielos de cristal. De regreso en Suiza, el reposo en el chalet no cambió nada.

En un ataque de frenesí, partí hacia Atenas. Algunos días después dormí en el palacio Farnesio de Roma sin poder ir más allá del Campo dei Fiori, y cogí un avión a Barcelona como si fuera una gira de despedida. Bajé a la Diagonal, desde el apartamento en lo alto del Instituto Francés, y me compré un bastón en una farmacia. En París me encontré con mi editor, que había llamado al doctor Gilbert Haas. Por consejo de este, el cirujano Rougereau volvería a hacer, cincuenta años después, el trabajo del cirujano Bretonnière.

En medio de los exámenes preparatorios, Yersin me invitó a Normandía y nadamos. En mayo dejamos el Passat en un garaje de Quiberon y tomamos el ferry a Belle-Île-en-Mer. Me caí por una escalera. Tirado desnudo sobre el cemento, tanteé mi caja craneana. Ella condujo camino de vuelta hasta Saint-Nazaire. Tomamos un tren para regresar a París. El día marcado, ella me acompañó a la clínica del Trocadéro. Llenamos los formularios en la secretaría, sentados delante de una joven de blusa blanca. Si levantar la vista, esta le preguntó si estaba informada de las disposiciones a tomar en caso de deceso. Le pedimos cinco minutos y salimos al jardín a fumar un cigarrillo. Le propuse que arrojara mis cenizas en la dársena del puerto de Saint-Nazaire, delante del hermoso chaflán. Ella lo suscribió. Yo sobreviví. Eso era en junio. Al despertarme, me trajo cerezas.

Cuando al fin recibí el alta, ella estaba en Ginebra. Era obligatorio que alguien se hiciera cargo de mí y el encargado de la ambulancia tenía que constatarlo. Llamé a Jean Rolin, que accedió a recibir la camilla. En las escaleras de caracol del último piso, estorbados por las muletas, hombro con hombro, debíamos de parecernos bastante a una pareja de generales napoleónicos en la noche de una batalla, digamos Lannes y Pouzet en Essling, cuando a este último le alcanza una bala perdida y Lannes, queriendo sujetarlo, recibe una bola de cañón que le arranca una pierna. Un mes más tarde me autorizaron a montar en un tren. Nos fuimos al chalet. Yo caminaba con bastón a lo largo de los *bisses*.[27] Ella filmó mis primeros pasos. Según Rougereau, yo debía poder ahora separar la pierna. Mi cerebro era incapaz de ordenar unos movimientos que no había conocido en cincuenta años. Solo quedaba amputarme de Taba-Taba.

Estamos a 21 de febrero de 2017. Justo veinte años atrás, el mismo día, yo había llegado antes del alba a Nicaragua, me había instalado en el hotel Morgut y había bajado para leerme *El Nuevo Diario* del viernes 21 de febrero de 1997 en el snack-bar Morocco. Ese día decidí comenzar a escribir la vida de William Walker.

Esta mañana del martes 21 de febrero de 2017, estoy solo en este estudio del Building. Ella se ha ido el sábado y yo la acompañé a la estación. Está en su chalet. Al final de la tarde, en un estado de desasosiego, he bajado al parking y he arrancado el Passat. He franqueado el gran puente sobre el estuario en dirección a Mindin. Me iba al Lazareto en busca de Taba-Taba y me lo he traído al Building.

Hacía mucho tiempo que yo sabía que, vista la distribución de cigarrillos Gauloises Troupes a todos los pensionados, la hipótesis nicotínica no se aguantaba. Él no estaba diciendo Tabac-Tabac. Después de haber leído la obra teatral *Tabataba*, de Bernard-Marie Koltès, pensé que quizá lo que decía era eso, Tabataba: «Ya ves que no serviría de nada salir y caminar entre las mierdas de perros de las calles de Tabataba.» Pero es el rumor del viento lo que vuelve loco. En el verano de 2015, cuando Yersin fue a dar su conferencia sobre *Arte incendiario* en Aubrac, nos encontramos allí a Jean-Luc Raharimanana y hablé con él, más tarde compré su libro *Madagascar*, en el que él cita el diccionario malgache-francés de Malzac & Abinal: «Tabataba: rumores, grandes ruidos, tumulto, término con el cual se designa la insurrección de 1947.»[28]

Esa es la hipótesis más novelesca. Las fechas concuerdan. Si hoy una sección psiquiátrica acompaña a los soldados de la Operación Barján en Mali, ese tipo de atención era desconocida en la ciudad malgache de Moramanga. Y ese hombre perdido, sentado a lo largo de los días en los escalones de la puerta monumental, podría ser un combatiente que sobrevivió a las matanzas malgaches, un criminal de guerra que se había vuelto loco y al que los avatares de las rutas marítimas y de las conexiones neuronales deficientes habían dejado encallado en el Lazareto para que se convirtiera en mi camarada. Taba-Taba el amnésico. Taba-Taba, que quedó reducido a dos sílabas como en el Crénom de Baudelaire,[29] y de quien nunca sabré su nombre, ni nada sobre su nacimiento o su muerte.

Yo había estudiado la historia de Madagascar, la vida de las reinas, la del aventurero Jean Laborde, convertido en cónsul de Francia en Madagascar en 1862. A este lo junté a esa pequeña banda de franceses repartidos por el mundo cuyas huellas yo seguía, Du Petit Thouars en Lima y en Tokio, Antoine de Tounens, que fue rey de Patagonia, y a Mayrena, que fue rey de los Sédangs, a Jussieu en Quito y en Puno, a Caillé en Tombuctú, a Bertin en Yokohama, a todos aquellos que, para

bien y para mal, habían puesto en contacto a los pueblos. Yo sabía de la llegada de Alexandre Yersin a Madagascar y luego la del general Gallieni, sabía de la colonización de la Gran Isla por los blancos, los «vahazas» como los llamaban los malgaches, y de la insurrección del 30 de marzo de 1947. Así que decidí llevar a Taba-Taba de regreso a Madagascar.

Yo estaba sentado en la gran casa de Denis Bisson, en la parte alta de esta ciudad de Tananarive convertida en Antananarivo, aunque solo la llamen Tana. Nunca nos habíamos encontrado antes. Tenemos la misma edad. Entre sus funciones de agregado cultural no entra necesariamente la de tener que ver desembarcar en su casa a las tres de la madrugada a un chiflado en semejante estado. Le pregunté si tenía whisky y comencé a fumar cigarrillos. Me dijo que desde hacía poco le habían prohibido hacerlo, pero que había conservado los ceniceros.

La terraza daba al oeste y a África, a mano derecha daba al palacio de la Reina, edificado por Jean Laborde. Al amanecer, escolares de camisa azul pasaban por la calle empedrada. Este viernes 10 de marzo de 2017, el ciclón Enawo acaba de barrer la isla y de dejar decenas de muertos y miles de damnificados. La parte baja de la ciudad está inundada, invadida por grandes nubes de libélulas. Yo estoy sentado en el Café de la Gare, me entero sin sorpresa, por *La Gazette* y *Le Matin*, de la extrema dificultad de los malgaches para conseguir un visado para Francia, y de que el ciclón El Niño ha devastado Perú. Esta pequeña estación en desuso, delante de la cual aparcan taxis Citroën 2 CV y Renault 4L color arena, se parece a la que hay en Lima cerca del puente del Rímac, también ella de arquitectura francesa, transformada en biblioteca, que habíamos visitado en el verano de 2015.

Me pregunto qué hago ahí una vez más lejos de ella, a solas con Taba-Taba, y la vuelvo a ver leyendo sus novelitas policiacas, que a veces desatan su risa y mis celos. Me gustaría saber inventar aventuras palpitantes, *Seis cuates en México* o *Cinco tipos rumbo a Singapur*. Me imagino escribiendo una nadería, *Tu chica llega a Tananarive*, una novelita de amor en la que los dioses titiriteros van acercando, poco a poco, desde el extremo de sus hilos, a un pequeño pescador de gambas de Mindin y a una alta cría de la campiña ginebrina. Voy a librarme de Taba-Taba y a largarme a buscarla.

Hoy, 11 de marzo de 2017, justo treinta años después de la publicación de aquel libro de las Éditions de Minuit que yo había intercambiado por el de Vercors, Denis Bisson ha encontrado para mí un pequeño automóvil surcoreano de un color rojo intenso y con conductor, el señor Lanto. Emprendemos ruta al alba, más al este en dirección al océano Índico, hacia Moramanga, que fue el corazón de

aquellas tinieblas.

Hace días que no duermo a pesar de los somníferos y del alcohol y este viaje es una ordalía en medio de derrumbes provocados por el ciclón, de arrozales arrasados, colinas, bosques y controles de policía donde pago mordidas con puñados de billetes de diez mil ariaris. Están retirando de la carretera rocas y árboles arrancados. Veo puentes sobre ríos cuyos nombres no sé, campos de taro y de bananos. En cuanto la vía se libera, Lanto acelera, baja las curvas en punto muerto a una velocidad vertiginosa.

Como los aztecas, que transportaban en sus alforjas a verdaderos dioses, yo protejo a Taba-Taba en el fondo de mi cerebro y temo sufrir un accidente estando tan cerca del objetivo, le pido a ese Lanto, que va un poco demasiado rápido, que levante el pie, y le doy vueltas a esa frase tan pascaliana de Proust, sobre el miedo a poner la vida en peligro y sobre los hombres que «afrontan sin necesidad los riesgos de un viaje por mar, de un paseo en aeroplano o en automóvil, cuando en sus casas les espera el ser al que su muerte destruiría o cuando todavía permanece ligado a la fragilidad de sus cerebros el libro cuya próxima revisión es la única razón de sus vidas».

Después de casi tres horas de esa locura, aparcamos delante de la escuela de gendarmería inundada donde tengo cita con el ayudante Zo Rason. El cuartel acoge un pequeño museo dedicado a las masacres de 1947. Los insurgentes habían asesinado aquí a lanzadas de azagaya al comandante francés así como a su mujer y a sus hijos. Se enviaron tropas en su persecución a través de macizos montañosos de vegetación tropical atravesada por torrentes. Los jóvenes soldados asustados se atascaban en el barro, vomitaban por la disentería y la esquistosomiasis. Capturaron a 166 rehenes y en represalia los ametrallaron en un vagón. Los supervivientes fueron ejecutados al borde de una fosa. En el patio del cuartel, el viejo vagón sobre un pedazo de raíl es una reconstrucción y yo quiero ver el auténtico lugar.

El ayudante nos señala la estación de Madarail, del otro lado del mercado, y nos dice que tengamos cuidado. Todavía ayer hubo tiros. Paso de largo junto a los mostradores con carne de cebú hasta llegar al edificio de madera delante del cual están sentados algunos mendigos y pordioseros. El aguacero ha desplegado en los charcos toda una armada de arañas de lluvia. Instalo a Taba-Taba al lado de ellos. Ahora yo voy a intentar olvidarme del Lazareto y tú, tú vas a quedarte ahí, Taba-Taba.

NOTAS

1 *Uadi* es la palabra árabe que designa las ramblas o cauces secos de los ríos. (*N. del T.*)

2 El Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia se halla en el Quai d'Orsay, en París, y suele designarse por ese nombre. (*N. del T.*)

3 «Tú vivirás / Tal fuerza en esta pluma siento» (soneto LXXXI de Shakespeare, en la traducción de William Ospina). (*N. del T.*)

4 Charles Barbieux, gerente del periódico *Le Rappel*, fundado en 1869 por iniciativa de Victor Hugo, aunque este no figuró oficialmente entre sus fundadores. (*N. del T.*)

5 Cita de Marcel Proust referida a un personaje de *En busca del tiempo perdido*: Gilberte Swann. (*N. del T.*)

6 *Abeille*, en francés, significa abeja. (*N. del T.*)

7 Se llamaba dreyfusards a los defensores de la inocencia del capitán Alfred Dreyfus en el célebre proceso por traición contra el oficial francés de origen judío, y antidreyfusards a los partidarios de su condena. (*N. del T.*)

8 Sobrenombre que el escritor Maurice Barrès dio a la carretera que unía Bar-le-Duc y Verdún y que se convirtió en la arteria principal del ejército francés durante la batalla de Verdún. (*N. del T.*)

9 Juego de palabras con el «gas ciudad» y el apellido Deville (que en español quiere decir: De ciudad). (*N. del T.*)

10 Juego con la palabra *gaga*. *Être gaga* significa en francés «chochear», tener disminuidas las facultades mentales a causa de la vejez. (*N. del T.*)

11 El Building es un edificio de diez pisos construido en los años cincuenta en la desembocadura del Loira, en Saint-Nazaire, donde se encuentran las oficinas y la residencia de escritores de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs (MEET), de la que Patrick Deville es director literario. (*N. del T.*)

12 *Larbin* en francés quiere decir «lacayo», «servil». (*N. del T.*)

13 Nombre que se da a las ciudades medievales del sur de Francia construidas mediante círculos concéntricos. (*N. del T.*)

[14] El autor juega con el título del libro *Aden, Arabie*, de Paul Nizan, publicado en 1931. (*N. del T.*)

[15] En Francia se llamaba popularmente «azules» a los telegramas, pero durante la ocupación alemana los telegramas fueron de color amarillo. (*N. del T.*)

[16] Los nazis impusieron un cambio de hora para acomodar el horario de Francia al de Alemania, como hizo Franco en España. (*N. del T.*)

[17] Se llamaba «mongoles» a las tropas auxiliares del ejército alemán formadas por prisioneros originarios de los territorios asiáticos de la Unión Soviética a los que los nazis enrolaban no para combatir sino para ejecutar tareas represivas. Eran famosos por su brutalidad. (*N. del T.*)

[18] Batalla crucial librada en el año 1792 en la que la derrota del ejército prusiano consolidó la Revolución Francesa. (*N. del T.*)

[19] El micheline era una especie de tren equipado con ruedas neumáticas que puso en marcha la empresa Michelin en los años treinta. (*N. del T.*)

[20] Des Esseintes es el protagonista de la novela *A contrapelo* de Joris-Karl Huysmans. Se ha especulado sobre quién pudo ser el modelo real que inspiró al autor. (*N. del T.*)

[21] Transcripción fonética de las siglas VLR (Viva La Revolución), movimiento político en el que Patrick Deville militó. De ese movimiento saldrían después los creadores de la revista *Charlie Hebdo. (N. del T.)*

[22] *Roumi* es un término árabe con el que se designa a los europeos y, más genéricamente, a las personas blancas de apariencia europea. Literalmente quiere decir romano y viene de la época del Imperio bizantino. (*N. del T.*)

[23] Expresión en bretón que quiere decir «Por Dios bendito». (*N. del T.*)

[24] «El liner es una dama.» El *liner* es un barco de pasajeros transatlántico que navega regularmente entre ciertos puertos. (*N. del T.*)

[25] El nombre de Boko Haram, según la prensa francesa, vendría de la palabra inglesa *book* (libro) y la árabe *haram* (prohibido). (*N. del T.*)

[26] Yo renegaría de mi patria… / si tú me lo pidieras. (*N. del T.*)

[27] *Bisses* es la palabra suiza con que se designa en la región del Valais a los riachuelos de montaña canalizados para la irrigación. (*N. del T.*)

[28] Revuelta nacionalista en Madagascar contra la presencia francesa. (*N. del T.*)

[29] En sus últimos días, Baudelaire, después de sufrir una caída,

perdió casi por completo el habla y solo repetía «¡No, Crémon!», una contracción de la expresión «*sacré nom de Dieu*» (santo nombre de Dios). (*N. del T.*)